



LOKI

MIKE VASICH



Dios de la Maldad, Padre de la Mentira, Herald de la Destrucción.

Exiliado y torturado por los dioses, Loki jura venganza.

Invocará al mítico lobo Fenrir y a la legendaria serpiente de Midgard, y junto a ellos dirigirá un ejército de gigantes y muertos de Niflheim contra Thor, Odín y el resto de los Aesir.

Con el poder del ser más destructivo de los Nueve Mundos bajo su mando, Loki no descansará hasta que Asgard caiga y los dioses mueran a sus pies.



Mike Vasich

Loki

ePub r1.0
Banshee 16.06.14

Título original: *Loki*
Mike Vasich, 2010
Traducción: Pedro Román
Diseño de cubierta: Greg Cole

Editor digital: Banshee
ePub base r1.1



Para Beth, Spenser y Oscar

El panteón nórdico

Loki — El dios de las maldades y los engaños.

Odín — El líder de los Aesir, el grupo principal de dioses. También se le conoce como Padre de Todo y el Alto.

Sigyn — La esposa de Loki.

Tyr — Un dios renombrado por sus habilidades en combate.

Balder — El más hermoso entre los dioses.

Thor — El dios del trueno, el rayo y la tormenta. Porta el martillo Mjolnir.

Freyja — Una diosa de los Vanir, dioses de la fertilidad.

Frey — El hermano gemelo de Freyja.

Heimdall — El guardián del puente del arco iris conocido como Bifrost, la única vía de acceso al reino de los dioses.

Otros en el mundo nórdico

Yggdrasil — Un fresno eterno que se eleva por encima de toda la creación.

Thiazi — Uno de los gigantes, una raza que se opone a los dioses.

Jormungand — También conocida como la serpiente de Midgard, vive en el fondo del mar y rodea el mundo entero.

Fenrir — Una masiva criatura lobuna y el hermano de Jormungand. También conocido como el Fenrir el lobo.

Hel — La hermana medio viva, medio muerta de Fenrir y Jormungand. Rige sobre los muertos en el mundo subterráneo conocido como Niflheim.

Valkirias — Damas guerreras que sirven a los Aesir.

Einherjar — Guerreros muertos que han sido llevados a Asgard para luchar por los dioses.

Lugares y acontecimientos

Asgard — El reino de los Aesir.

Midgard — El reino medio, el mundo de los hombres.

Jotunheim — El reino de los gigantes.

Niflheim — El reino de los muertos.

Valhalla — La sala de los muertos, donde los einherjar celebran un festín cada noche.

Valaskjalf — La morada de Odín.

Ragnarok — El legendario fin de los tiempos para los dioses.

Prólogo

Como siempre, el veneno goteaba lentamente sobre el hombre, inmovilizado bajo el almíbar ácido. Estaba retenido en posición vertical sobre un afloramiento rocoso, con los brazos y las piernas atadas y con cadenas alrededor de su cuello que limitaban sus movimientos hasta que parecía estar casi tan congelado como la serpiente incrustada más arriba en la roca.

No podía evitar el flujo de veneno que salpicaba su cara. Sus intentos por mantener los párpados cerrados eran inútiles, pues la ponzoña le abrasaba la piel y le licuaba los blandos ojos. Cerrar la boca no impedía que se le disolvieran los labios y la lengua mientras el veneno serpenteaba por su garganta y le destrozaba el estómago y las entrañas antes de salir dejando un rastro sanguinolento que regaba la piedra.

El veneno haría su trabajo durante segundos interminables y los gritos y sacudidas de una agonía más allá de toda comprensión harían temblar la tierra. No obstante, el alivio llegaría y su fiel esposa regresaría de nuevo con un cuenco en la mano para interrumpir el curso del veneno.

Pero ese descanso era una cruel burla. Mientras que un mortal habría fallecido, acabando con su miseria en cuestión de minutos, su maldición consistía en sobrevivir para volver a sufrir. Podía sentir en su interior cómo se le tejían las entrañas y se le curaban las cavidades abrasadas por el rastro de veneno. Su estómago se rehízo por completo y su garganta se recompuso, volviendo rosa lo que había estado calcinado. La lengua y los labios le crecieron de nuevo y la carne disuelta se le fue curando poco a poco. Incluso

su visión volvió titubeante. Su esposa apareció de nuevo sobre él, añadiendo a sus torturas la contemplación de su rostro angustiado.

Leal Sigyn. Durante los breves y fugaces períodos de lucidez en los que cesaba su agonía, se cuestionaba su valía ante tal compañera: le había sido infiel en numerosas ocasiones y había estado más ausente que atento; era un marido menos que ideal que no merecía su devoción.

En breve terminarían estos pensamientos. Ella no podría alzar el cuenco para siempre. Era poco profundo y rebosaba deprisa, haciendo que el veneno corriera por su costado y lamiera su carne en un preámbulo del ardor que pronto soportaría. Llorando, Sigyn apartaría lentamente la escudilla del caño de ácido y la llevaría a un charco de veneno cercano y siempre en aumento.

Una vez más volvería a fluir. Una vez más arderían sus entrañas. Y una vez más ella volvería con el cuenco vacío en la mano. El ciclo era eterno y, pese a lo miserable y desgraciado de su estado, temía todavía más el día en que su esposa se viniera abajo y muriera frente a él, una vieja marchita esclavizada por su culpa hasta el día de su muerte.

No recordaba cuánto llevaba en la cueva. El tiempo ya no tenía significado para él más allá del flujo y reflujo de veneno, pero sí recordaba cómo había llegado hasta allí y el odio que sentía hacia los que le habían hecho aquello no tenía límites. Los imaginaba y mantenía frescos en su recuerdo todos los daños que le habían causado. Su deseo de venganza le quemaba las entrañas.

Pero no se liberaría. Sus ataduras no se aflojaban por más que las tensara. Permanecería encadenado a la roca en un tormento eterno hasta el final de los Nueve Mundos.

Nublado por la angustia, oyó algo que no había escuchado antes. Sigyn sostuvo el cuenco en alto mientras él se regeneraba. Aguzó el oído para percibir otra vez el sonido. Era tenue. Se preguntó si era real.

Recuperó la vista y miró hacia arriba para encontrar el semblante sombrío de Sigyn, clara señal de que el cuenco estaba a punto de rebosar. La alejó de sus pensamientos y se concentró en el ruido. Procedía del subsuelo, muy por debajo incluso de la cueva donde estaba enterrado.

Puso todo su esfuerzo en escucharlo. Cuando el sonido le llegó de nuevo,

esta vez más intenso, creyó reconocerlo. Era un sonido lacerante, el sonido de músculos tensados hasta el límite y después rasgados. Estaba acompañado por otros ruidos y se dio cuenta de que había algo más enterrado allí con él, mucho más abajo pero igualmente torturado. Oyó acero desgarrando hueso y músculos, y un gruñido que resonó a través de la roca; oyó el frío metal deslizándose por la carne y cayendo al suelo. Sus labios quemados dibujaron una dolorosa sonrisa, la primera que cruzaba su rostro desde su encarcelamiento. Sabía qué significaba ese sonido: su propia carne y sangre se estaba liberando en las profundidades, varias leguas bajo la superficie.

Levantó la mirada para ver los brazos de Sigyn temblando por el esfuerzo de sostener el cuenco sin derramarlo. Pronto tendría que vaciarlo y el veneno fluiría, causándole más dolor del que hubiera sufrido cualquier otro ser en los Nueve Mundos.

Ya no importaba. El final estaba próximo y podría resistir aunque tuviera que hacer frente a otro centenar de ciclos. Cuando su hijo por fin se liberara, vendría a por él y juntos reunirían un ejército como jamás habían conocido los Nueve Mundos.

Había oído muchas veces las historias sobre el ocaso de los dioses y se había preguntado si serían ciertas. Había temido que un día llegara y destruyera todo lo que conocía. Nunca antes había considerado que serían sus hijos y él quienes lo anunciarían.

Al circular de nuevo el veneno, oyó el inconfundible sonido de un lobo aullando. Ya no tardaría. El Ragnarok había llegado y Asgard sería destruido y calcinado hasta que él caminara sobre las cenizas de todos los que le habían ofendido.

La reconstrucción de las murallas de Asgard

Poco después de que terminaran las guerras entre los Vanir y los Aesir, las murallas de Asgard continuaban en ruinas. Los dioses eran reacios a reconstruirlas ellos mismos, pero tenían miedo de que Asgard fuera vulnerable si los gigantes atacaban. Por eso aceptaron encantados la oferta de un solitario maestro de obras que apareció un día ante el consejo de los dioses.

Situado entre ellos, el constructor debía ser muy audaz para realizar tal propuesta.

—Reconstruiré vuestras murallas en dieciocho meses, más altas y fuertes de lo que eran antes, por lo que ningún enemigo, gigante o no, podrá atravesarlas.

Los dioses no creían que ningún constructor que trabajara solo pudiera reconstruir las murallas de Asgard en tan poco tiempo, pero no rechazarían sin más aquella oferta. Les tentaba la idea de que se levantaran los muros sin ningún esfuerzo por su parte. Tenían sin embargo curiosidad por conocer el precio de aquel trabajo.

El sabio Odín, Padre de Todo, formuló esa misma pregunta al artesano.

—¿Y cuál sería el precio? Sin duda una tarea así exige un pago elevado.

El constructor paseó sin vergüenza sus ojos sobre una de las diosas reunidas en Gladsheim. La adorable Freyja, cuya belleza detenía a los hombres a su paso, con sus cabellos de oro hilado y su inmaculada piel blanca, era el objeto de sus miradas.

—Quiero a Freyja como esposa.

Los dioses se enojaron al escuchar el precio y algunos tuvieron que ser retenidos para no descuartizar al maestro de obras por su audacia. Incluso el sabio Odín se enfureció y se dispuso a expulsar al artesano de Gladsheim, la sala del consejo de los dioses. Pero allí estaba Loki, susurrándole al oído, intrigando y tramando sus planes.

—Espera, Padre de Todo —dijo el taimado—. No lo desestimes con tanta rapidez. Aceptemos su oferta pero dándole tan poco tiempo para el trabajo que no sea capaz de terminarlo. Su patente lujuria por Freyja será su perdición.

No parecía que a Odín le gustara la idea, pero Loki continuó hablando.

—Démosle hasta el primer día de verano. No habrá terminado —nadie podría completar esa labor tan deprisa— y al menos las murallas estarán parcialmente reconstruidas. Y todo a cambio de nada.

Odín asintió, valorando el plan de Loki.

—Te pagaremos tu salario —dijo Odín al fin—. Pero las murallas deberán estar levantadas antes del primer día de verano, y tendrás que hacerlo solo.

El constructor no estaba satisfecho con el acuerdo, pero su deseo por Freyja era intenso.

—Es un trato imposible —dijo—. Pero tener a Freyja para mí... —La expresión de su cara dejaba claro lo que pensaba—. Acepto la oferta, pero permíteme disponer de mi caballo para que me ayude a acarrear las piedras.

Esta nueva condición irritó a los dioses, pero Loki estaba allí una vez más, susurrando consejos al oído del Alto.

—Dejémosle emplear su montura, Padre de Todo. ¿Qué daño puede hacer? Tampoco así acabará, y tendremos completada la mayor parte del trabajo. Si se lo negamos, no ganamos nada.

Odín no quería transigir, pero las palabras del Astuto le convencieron al fin.

—Muy bien. Puedes usar tu caballo.

El artesano hizo jurar a los dioses un salvoconducto por si Thor regresaba de Midgard, donde estaba aplastando cráneos de gigantes.

Acordaron que nadie, ni siquiera el Tronador, le haría daño.

Y así el constructor y su caballo comenzaron la reconstrucción de la destrozada muralla de Asgard el primer día de invierno...

Capítulo uno

Con el miedo marcado en el rostro, un criado ojeaba furtivamente a Loki mientras le conducía por las escaleras en espiral de Valaskjalf, el salón de Odín. Loki conocía los rumores que circulaban a lo largo de Asgard sobre sus métodos y que hasta sirvientes tan humildes como aquél habían oído, pero ¿qué pensaba el insensato que iba a hacer? ¿Apuñalarlo en las costillas de camino a una audiencia con el Padre de Todo? Aunque tal ignorancia le ofendía, jamás mataría deliberadamente a un siervo del Alto.

Por supuesto el criado no sabía aquello y Loki le dedicó una sonrisa malévola cuando volvió a mirarle de reojo. El criado aceleró el paso subiendo las escaleras y, al llegar arriba, abrió precipitadamente la puerta, apartándose del camino del dios y manteniendo la cabeza gacha. Loki entró en la sala sin pensar más en él.

Odín permaneció de espaldas, contemplando la amplia extensión de Asgard a través de la ventana, mientras Loki se aproximaba.

—Padre de Todo, ¿me has hecho llamar? —dijo Loki.

No hubo respuesta. Loki se acercó más.

—¿Altísimo? —dijo.

—Veo que has vuelto de Jotunheim. —Odín no se volvió—. ¿Tuviste éxito?

—Sí, Padre de Todo. Mjolnir ha regresado a las manos de su legítimo dueño. —Era extraño contarle a Odín noticias que ya conocía, pensó Loki, pero siempre ocurría lo mismo con el Alto.

—Cuéntame cómo fue lo del gigante.

Se aproximó al Padre de Todo, que seguía mirando por el ventanal. Todavía no le había dedicado ni una sola mirada. Pero a Loki no le importaba. Odín sostenía sobre sus hombros el peso de los Nueve Mundos y no se podía pretender que se desentendiera del destino de la creación por un saludo ritual. Además, Odín era el Padre de Todo, el Alto, y estaba más allá de los criterios que pudieran aplicarse al resto.

—¿Desde que Thor descubrió que le faltaba su martillo?

—No. Comienza a partir de la transformación.

Loki asintió:

—Pronuncié las runas sagradas y vi cómo el Tronador cambiaba ante mí: su barba se diluyó hasta desaparecer, su piel se suavizó, sus caderas se ensancharon y duplicó su altura.

—¿Quién le confeccionó la ropa?

—Fue Sif, Padre de Todo. No resultó complicado ampliarlas para que se ajustasen a las nuevas hechuras de Thor.

—¿Cómo reaccionó?

Loki sonrió al recordarlo. Era un espectáculo que tardaría en olvidar, y estaría encantado de rescatarlo de vez en cuando para recordarle la humillación a Thor.

—Sus ojos ardieron como relámpagos, Padre de Todo. Su rabia sólo se contuvo al recordarle que pronto tendría su martillo en la mano. Desde el principio había sido favorable a un ataque contra los gigantes, pero cedió cuando le convencí de que nunca recuperaría a Mjolnir de donde estaba escondido y de que la muerte de los gigantes provocaría que permaneciera oculto para siempre. Pero no le alegró casarse con un fornido hijo de Jotunheim.

Odín asintió sin dejar de mirar por la ventana. Si encontraba divertida la historia, no lo demostró.

—¿Y tu propia transformación?

—Un mero engaño, por supuesto, como la de Thor. Pero también aumenté de tamaño y me vestí con uno de los trajes de Sigyn. La ira de Thor no me permitía disfrazar su voz, por lo que tuve que asistirle en calidad de

criada para hablar por él. Aunque habría asistido de todos modos: no me hubiera perdido el banquete de boda.

—¿Cuándo apareció el martillo?

—Tardó algún tiempo, Padre de Todo. El gigante quería contentar a su nueva esposa, así que encargó que le llevaran los mejores platos. Le sorprendió el apetito de Thor, que se tragó nueve bandejas rebosantes de carne y las bajó con nueve grandes cuernos de hidromiel.

—Pero ¿no sospechó del hechizo?

—No, Padre de Todo. Ni tampoco ningún otro de los gigantes presentes. Estaban demasiado ansiosos por ver lo que querían ver y tal vez demasiado confiados tras el robo de Mjólnir.

—Pensaban marchar sobre Asgard utilizando el propio martillo de Thor contra nosotros.

—Como diga, Padre de Todo. Pero no llegó a suceder. El gigante cubrió de regalos a Thor, que los apartó como sólo una esposa fastidiosa puede hacer. El gigante reservó el martillo como regalo final, sin duda pensando que el arma más temible de la creación la impresionaría. Fue su último error.

—¿Pudo contenerse hasta entonces?

—Sí, Padre de Todo, aunque aparecieron relámpagos en sus ojos y se avecinó tormenta en su frente. Un poco más y no sé si Thor hubiera logrado controlar su furia.

—Y entonces se habría perdido todo.

—Como diga, Padre de Todo. —Loki no estaba seguro de que fuera cierto, pero nunca cuestionaría abiertamente el juicio de Odín.

—¿Qué sucedió cuando trajeron el martillo?

—Cuando se lo colocaron delante, le cruzó la cara una sonrisa. Vi cómo la sonrisa del gigante también se ensanchaba, satisfecho al fin de haber podido complacer a su prometida. Pero no le duró. En el momento en que Thor asió a Mjólnir por el mango y lo levantó, la ilusión desapareció. Si hubieran tenido tiempo, los gigantes se habrían sorprendido, pero Thor no les dio ninguna oportunidad. Hizo girar a Mjólnir y despedazó a todos los colosos de la sala. De no haberme apartado, también hubiera sido su víctima.

Odín asintió solemne antes de levantarse despacio. Encaró a Loki y le

puso una mano en el hombro.

—Lo has hecho bien, hijo mío. Si no fuera por tu astucia, Asgard podría haber caído ante los Hijos de Jotunheim.

Cuando Odín bajó la mirada hacia él, Loki notó las arrugas de su rostro y se dio cuenta de lo mucho que el Padre de Todo había envejecido desde su primer encuentro. Todavía lo recordaba, a pesar de ser una imagen lejana o incluso el recuerdo de un recuerdo. Fuera lo que fuese, allí estaba el rostro — más joven—, observándole con la misma expresión que había visto originalmente hacía tantos eones. Era su primer recuerdo y casi podía sentir los trapos que lo envolvían mientras contemplaba la cara de quien lo había rescatado cuando sus padres fueron asesinados por los gigantes.

—Gracias, Padre de Todo. Aunque será mejor si evito a Thor durante un tiempo. Sólo espero que la satisfacción de recuperar a Mjólnir le haga olvidar que tuvo que convertirse en la novia de un gigante para conseguirlo.

Odín sonrió ligeramente, un espectáculo poco común.

—El episodio se olvidará con el tiempo. Conténtate con haber servido a Asgard; ningún otro podría haberlo hecho.

Loki se inclinó y Odín se volvió hacia la ventana, contemplando nuevamente Asgard. Terminada la audiencia, Loki se retiró de la sala y caminó deprisa a través de los pasillos y las escaleras sinuosas de Valaskjalf.

Aunque el resto de los Aesir no le daría importancia a lo que había hecho en beneficio de Asgard, el Padre de Todo reconocía su contribución. Por el momento era suficiente.

En lo profundo de la casa de las tormentas, Thiazi sentía cómo las olas del caos le golpeaban, causándole dolores que le oprimían las entrañas y le forzaban a doblarse mientras agonizaba. Durante un instante el dolor se atenuó, pero volvió más fuerte y Thiazi cayó al suelo acurrucado en posición fetal esperando a que pasara.

El caos que lo inundaba era más intenso que cualquiera que hubiera encontrado. Su propia energía caótica se había alzado instintivamente en respuesta a la primera oleada de poder, y había alzado una defensa que fue destrozada casi al instante, atravesándolo con ráfagas de dolor. Mientras yacía en el suelo de piedra apretando los dientes, dispuso su energía para

reducir las defensas —poco a poco para no ser ahogado por el asalto— hasta que pudiera entretejerla con el caos que lo agredía.

Finalmente, el dolor disminuyó hasta ser un ruido sordo y Thiazi fue capaz de ponerse en pie. Tanteó el caos para averiguar a qué tipo de enemigo se enfrentaba. Jamás había sentido una energía bruta como aquella, pero cuando envió zarcillos para examinar las oleadas de fuerza invisible se sorprendió al descubrir que no tenían intenciones agresivas. No estaba siendo atacado, como había pensado inicialmente, sino que las emisiones emanaban de forma natural de... algo con un poder mayor que nada que hubiera conocido.

Caminó a través de los pasillos serpenteantes de su fortaleza y subió escaleras en espiral hasta llegar a una alta torre desde donde podía divisar a cualquiera que estuviera acercándose. La fuerza del caos había sido tan vigorosa que esperaba encontrar un ejército de gigantes ígneos a su puerta o tal vez incluso a Surt, el Señor del Fuego, reclamando una faceta de sí mismo abandonada antes de la creación. Al principio no vio nada, algo más sorprendente y, de alguna manera, más inquietante.

Después de largo rato escrutando el camino que conducía hasta Thrymheim, vio una figura solitaria que se acercaba, tan lejana que era poco más que una mota. Apenas podía creerlo, pero las ondas que le habían derribado y cuya energía iba lentamente en aumento parecían emanar de esa única criatura. Siguió observando a la figura caminar con paso firme hacia las puertas de Thrymheim.

Se trataba de un gigante y, salvo por el caos que irradiaba, no parecía excepcional. Cuando se acercó a las puertas, desapareció de la vista de Thiazi, que continuó examinando la ruta y percibiendo el caos más intenso que nunca. Ya no sufría ningún tipo de dolor; hizo que su propio caos se enlazara con la energía del gigante, mucho más poderosa.

Sospechaba que aquel visitante no era plenamente consciente de su potencial. Thiazi pensaba que su propia capacidad para blandir el caos lo convertía en el más fuerte de Jotunheim, pero la energía que emanaba del gigante a las puertas hacía que la suya pareciera inexistente.

Miró hacia el puente del arco iris, que desde aquella distancia apenas

podía intuirse. Los enemigos de los gigantes estaban sólo un poco más allá, pero quién sabía cuándo conducirían a sus legiones de guerreros no-muertos y damas fantasma a través del puente para asaltar Jotunheim. El barbirrojo, portador del martillo del rayo, había matado a cientos de gigantes, sacrificándolos sin consideración. Se había presentado sin otro motivo que sembrar el caos y no se marchó hasta que todos los gigantes a los que se enfrentó estuvieron muertos. Los otros dioses eran poco mejores y llegaría el día en el que marcharan sobre la tierra de los gigantes, como sabían todos los habitantes de Jotunheim.

Escuchó el retumbar de un puño en la madera de las puertas de la fortaleza. Sus siervos lo buscarían para preguntarle qué debían hacer y les ordenaría que dejaran pasar al visitante. Escucharía sus razones para venir a Thrymheim y encontraría la manera de utilizar su poder para ayudarle a destruir a los dioses.

Heimdall se despertó con el sonido de pisadas sobre Bifrost. Se levantó de la cama para mirar a través de la ventana; el puente del arco iris estaba a sólo un tiro de piedra de su fortaleza. Los que contaban cuentos sobre tales asuntos exageraban sus dotes para ver a grandes distancias y escuchar a cientos de leguas, pero sus sentidos eran indudablemente mucho más agudos que los de cualquier otro Aesir. Por ese motivo era su deber montar guardia en la entrada de Asgard.

Se volvió cuando oyó entrar a los sirvientes. Uno portaba una bandeja con bebida y comida mientras el otro traía diversas armas y una armadura: casi podían anticipar sus necesidades antes de que él mismo fuera consciente de ellas.

—¿Un intruso en Bifrost, mi señor?

—Eso parece.

Tomó una hogaza y un vaso de aguamiel de la bandeja, arrancó un pedazo de pan con los dientes y lo ayudó a bajar con un trago del dulce líquido viscoso. Su aliento formaba vapores helados en el aire glacial del castillo, pero el clima no le preocupaba. Estaba acostumbrado al frío y, al fin y al cabo, el invierno ya había comenzado. Puede que los mortales de Midgard imaginaran que el Alto Reino persistía en un verano eterno, pero los

inviernos asgardianos no eran menos gélidos.

Trató de vislumbrar al extraño desde la ventana; oía sus pisadas, pero todavía no podía distinguirlo. A menudo, durante sus rondas, veía amenazas donde no las había. Por eso asumió instintivamente que el desconocido era un intruso: opinaba que aquella actitud era preferible a quedar desprevenido por asumir intenciones pacíficas.

—Mi cuerno —dijo mientras un tercer siervo llegaba con Gjall, brillante y dorado sobre su caja. No se colocó apresuradamente la armadura, pero sí con la ligereza necesaria como para no perder tiempo. Después se ciñó la espada. También colgó a Gjall en su cinturón. Aunque rara vez lo necesitaba, no se iría sin él, pues ¿quién sabía cuándo marcharían los gigantes sobre Asgard?

Le preocupaba no haber podido distinguir aún al intruso. Algo iba mal, pero no sabía qué. Había seis pisadas individuales y por la marcha deducía que se trataba de un viajero solitario con un caballo a su lado. Los sonidos de sus pisadas parecían recios unas veces y ligeros otras, como si sus pesos se desplazaran a medida que se acercaban. Pensó que tal vez estuvieran despojándose de cargamento, pero no escuchaba ningún ruido que lo confirmara. Ignoró el enigma por el momento, abandonó la fortaleza y se dirigió al borde de Asgard, donde Bifrost descendía en arco hasta Midgard.

Heimdall se plantó en mitad del camino, en la ruta directa del desconocido y de su caballo. No tardó en verlos, pero la sensación de incomodidad no se mitigó. Aparecieron por donde había previsto basándose en los sonidos de su avance. A pesar de que todavía estaban a leguas de distancia, pudo confirmar que era un mortal solitario guiando un único caballo.

Había algo extraño en el viajero, aunque ya no detectaba ninguna anomalía en su modo de andar. Relajó un poco la guardia: si aquel mortal y su caballo eran una amenaza, al menos lo serían mucho menos que la atronadora masa de gigantes que un día esperaba que cayera sobre Asgard. No le cabía duda de que podría mantener a aquella única figura fuera de la tierra sagrada si era necesario.

Pasó un buen rato hasta que el viajero llegó hasta donde estaba, pero

cuando lo hizo, Heimdall no apreció nada notable en él. Era fuerte, mas no de forma desmesurada, y lo mismo podía decirse de su montura. Se convenció de que su valoración original era deficiente, de que los muchos años vigilando el camino hacia Asgard le hacían ver amenazas donde no las había.

Sin embargo miró a ambos con cautela. Aunque el hombre parecía desarmado, llevaba sobre el hombro una bolsa en la que se podía oír el tintineo de unas herramientas: martillos, cinceles, cuñas y similares. El caballo iba igualmente cargado. El viajero —evidentemente un constructor— vestía con sencillez. Su rostro tenía las huellas de quien ha trabajado bajo un sol ardiente o con un viento helado golpeándole constantemente las facciones. Sus manos también eran ásperas: cuando juntaba los dedos era como si la arena le raspara la piel.

Al acercarse el maestro de obras y su caballo, Heimdall sintió una ligera alarma que desapareció en un momento. Notó como si algo bloqueara los rayos del sol y una sombra helada le enfriara la piel. Ignoró el pánico inexplicable y de nuevo centró su atención sobre el mortal.

Heimdall le saludó con la cabeza, y el constructor y su montura se detuvieron a una docena de pasos de él.

—¿Qué buscas en Asgard? —dijo, mirando atentamente al artesano. No apreciaba nada extraño en aquel hombre, que de hecho se veía casi dolorosamente normal, pero no renunciaba a la inquietante sensación de que allí había más de lo que saltaba a la vista. Sin embargo, era inconcebible que un enemigo pudiera ocultar de manera prolongada su verdadera naturaleza a Heimdall. Aunque su brazo de arma era fuerte, era su buen ojo lo que le convertía en el más adecuado para el puesto de guardián de Asgard. Si el constructor se escondía tras una máscara aparentemente inocente, Heimdall acabaría viendo a través de ella.

—¿Han terminado las guerras? —preguntó el constructor.

—¿Por qué es asunto tuyo?

El constructor no respondió directamente y miró más allá de Heimdall, como si pudiera ver las altas torres de Asgard desde donde estaba, una hazaña que nadie podía llevar a cabo salvo Heimdall y tal vez Odín.

—¿Asgard sigue en pie?

Parecía que ya sabía la respuesta a esa pregunta; la desconfianza natural de Heimdall estaba demostrando ser correcta.

—Asgard se sostiene bien. —Hizo una breve pausa, como si el recuerdo de la destrucción provocada en tierra sagrada le causara un dolor físico—. Hay trabajo que hacer, pero hará falta algo más que trucos de magia — asqueado, estuvo a punto de escupir las palabras— para derribarlo.

El artesano asintió como reconociendo la verdad de la afirmación de Heimdall.

—¿Y el muro que la rodea? ¿Sigue en pie?

—¿Quién eres tú para preguntar eso? —Heimdall estaba perdiendo la paciencia—. Aclara tu propósito ahora o vuelve por donde has venido.

El constructor no se dejó intimidar por la amenaza. Ya fuera un hombre con una valentía poco común o un loco, Heimdall había decidido que, en cualquier caso, no iba a pasar. Si trataba de abrirse camino no podría culpar a nadie salvo a sí mismo por su cabeza perdida.

—Vengo a reconstruir el muro de Asgard —dijo simplemente.

Heimdall se rió, en voz baja al principio y luego más fuerte a medida que consideraba la absurda propuesta.

—¿Reconstruir el muro de Asgard? ¿Tú? —Se rió más fuerte—. Vuelve a Midgard y trabaja de sol a sol el resto de tu miserable vida construyendo chozas y tallando lápidas.

El constructor se mantuvo firme e inamovible ante la burla y Heimdall dejó rápidamente de reír al oír aleteos. Alzó la vista para ver a los cuervos de Odín sobrevolando la zona. Las aves planearon en círculos muy por encima de Heimdall y luego regresaron a Asgard. El mensaje de Odín era claro.

—Parece que el Alto quiere verte en audiencia.

Heimdall dejó entrever un atisbo de confusión que pronto desapareció. Si Odín decretaba que se dejara entrar en Asgard a ese mortal para perseguir su ridículo objetivo, ¿quién era él para cuestionarlo? La sabiduría de Odín era eterna y obviamente consideraba adecuado permitir su paso.

Al ver al artesano guiar su caballo hacia el final de Bifrost, Heimdall concluyó que la anomalía que no había podido identificar en el constructor era la razón por la que el Padre de Todo quería que se aceptara su entrada. Se

contentó pensando en la sabiduría del Padre de Todo, que los mantenía a salvo de la maldad que supuraba desde Jotunheim, donde los gigantes buscaban continuamente la muerte de los dioses y del orden que éstos llevaban a los Nueve Mundos.

El sonido de la hierba helada aplastada bajo los pies del maestro de obras se debilitaba poco a poco mientras Heimdall lo veía a lo lejos, disminuyendo de tamaño con cada paso que daba, una duda persistente que se desvanecía casi por completo.

El mensaje del Padre de Todo le llegó cuando hacía frente a una docena de criados en el patio. Tyr estaba desarmado salvo por sus puños, mientras que los guerreros se le acercaban con espadas y hachas para tratar de herirle.

Era lo suficientemente rápido como para evitarlos, pero lo que le servía no era tanto la velocidad como su capacidad de anticipación: leía los gestos y los giros de sus atacantes, el movimiento de los ojos que delataba sus intenciones. Al acercarse uno de los criados, lo cogió del brazo de la espada en mitad de un ataque y lo arrojó contra otros dos, derribando así a los tres. Hizo la zancadilla a un cuarto y se inclinó ante la torpe embestida de un quinto, haciéndole caer al suelo. Tras algunos ataques diestros y paradas, todos sus contrincantes estaban desarmados o en el suelo, o bien en ambas situaciones.

Cogió una espada caída y se acercó al hombre más cercano. Sostuvo la punta sobre su pecho.

—No ha ido bien —dijo.

Orn se enjugó el sudor de la frente.

—No, mi señor. No ha ido bien.

Tyr clavó la espada en el suelo y ayudó a levantarse a Orn. Los demás sirvientes se incorporaron, recuperaron las armas y algunos atendieron las heridas.

—Mi señor, conoce nuestros planes antes de que los ejecutemos. No es una batalla justa. —Orn liberó su acero de la tierra. El tono de su voz no era el de una queja, sino el de quien simplemente expone un hecho. Los demás asintieron y lanzaron un gruñido de acuerdo.

Tyr reconoció la verdad de las palabras de Orn aunque sólo fuera para sí

mismo. Era cierto que ni una docena de ellos podría aspirar a ganarle. Su destreza en combate era legendaria y ninguno de los Aesir podía igualar su habilidad con la espada. Sólo Thor era rival para él en el campo de batalla y únicamente por su poder y su fuerza bruta. Nadie podía igualar al Tronador en eso, pero tampoco había dudas en términos de pura habilidad con el acero.

—No hay justicia en la guerra —dijo Tyr—. En un campo de batalla no haréis frente a otros con vuestra misma y exacta destreza.

—Pero usted es un Aesir, mi señor —dijo Geir—. Tampoco haremos frente a los que son como usted.

—Es cierto, mi señor —agregó Orn—. Ni siquiera estando desarmado podemos competir con su velocidad o con su fuerza.

Tyr frunció el ceño.

—¿Cuál será tu excusa cuando los gigantes marchen sobre nosotros? ¿Son demasiado grandes?

—Pero mi señor —dijo Kjallar, otro de sus criados—, los gigantes al menos son fáciles de golpear. Apenas podemos verle moverse. ¿Cómo podemos golpearle si sus movimientos son más rápidos que nuestros ojos?

Tyr suspiró.

—Si quisiera quejas tendría aquí a las mujeres.

Sus sirvientes, avergonzados ante la ligera reprimenda, dejaron de protestar.

—Sois guerreros capaces, pero vuestras habilidades de observación son nefastas. No os he derribado por ser más rápido o más fuerte, sino porque anticipé vuestros torpes ataques. Vuestros gestos y miradas os delatan.

Geir le miró desconcertado.

—¿Cómo, señor? Apenas pensaba antes de abalanzarme.

—Cada uno de vuestros movimientos os traiciona. Un paso aquí, un vistazo allí. Y me atacáis como individuos, no como grupo. Así jamás me pondréis una mano encima.

Sus hombres se miraron con culpabilidad en los ojos. Todos reconocieron la verdad en los consejos de su señor.

—Ahora me atacaréis de nuevo, pero esta vez coordinaréis vuestros ataques. Mirad rápido a vuestro alrededor y anticipad lo que va a hacer quien

está a vuestro lado y quien está al lado suyo. No esperéis a que termine una acción antes de lanzaos al ataque. Y cuando atacéis, leed los movimientos de los que os rodean y ajustad el plan según avance la batalla.

Los guerreros se miraron entre sí tratando de leer las intenciones de los demás sin desvelar las suyas a Tyr. Sabían que era poco probable que pudieran tocarle y mucho menos vencerle, pero al menos demostrarían que habían escuchado sus lecciones.

Un criado que corría hacia él paró el ataque. Tyr alzó la mano y los guerreros se detuvieron. Algunos evidenciaron su alivio al evitar otra paliza.

—Mi señor, el Padre de Todo os reclama. —El siervo estaba sin aliento tras la carrera para entregar el mensaje—. Se ha convocado un concilio en Gladsheim. Hay un desconocido.

Miró atentamente al criado. Parecía agitado.

—¿Qué se sabe de ese extraño?

—Poco, mi señor, salvo que se trata de un maestro de obras. Ha venido solo excepto por su montura.

Tyr despidió a sus hombres con un gesto.

—Manda un mensaje y di que voy de camino —dijo al sirviente, que hizo una profunda reverencia y volvió rápidamente por donde había venido.

Tyr se acarició la barba, preguntándose qué presagiaba aquella noticia y por qué era tan importante como para reunir a los dioses en Gladsheim para escucharla.

El sacrificio de Odín

Yggdrasil se elevaba por encima de los Nueve Mundos. Siempre había existido y existiría para siempre. Era tan grande que sus ramas rozaban los altos cielos y sus raíces terminaban en el inframundo.

Una raíz se hundía en Niflheim, serpenteando hacia un manantial negro y fétido. En aquella tierra rebosante de cadáveres y descomposición vivía Nidhogg, el dragón que devoraba a los muertos por el día mientras por la noche masticaba la raíz de Yggdrasil, amenazando constantemente la vida del árbol eterno. De vez en cuando dejaba de roer, aunque sólo para dictar insultos a una ardilla que se escabullía por el tronco y los transmitía al águila majestuosa encaramada en la cima de Yggdrasil.

Otra raíz penetraba en Asgard, bajo el Pozo de Urd, donde las tres Nornas residían y decidían el destino de dioses y mortales por igual. Las Nornas —Urd, Skuld y Verdandi— rociaban el árbol con el agua vital procedente del pozo, contrarrestando así el daño del dragón. Para dar forma al destino, tallaban un fino canal en la madera por cada uno de los seres de la creación. En la parte superior del canal daba comienzo la vida; cuando alcanzaba el extremo inferior dejaba de existir. Algunos canales eran largos, lo que indicaba una vida plena, y otros eran misericordiosamente breves. Tal es la senda que recorre el destino de dioses y hombres.

Una tercera raíz se abría camino hacia Jotunheim, donde habitaban los gigantes, y se hundía bajo el Pozo de Mímir. Sus aguas otorgaban sabiduría a quien bebiera de ellas.

Frente al pozo, con su manto gris y con su poderosa lanza Gungnir camuflada como si fuera un bastón, Odín codiciaba los conocimientos que obtendría si bebía del pozo. Alzó la mano y extrajo un ojo de su cuenca, arrojándolo a las aguas a cambio de un único sorbo. Ya era sabio y poseía grandes conocimientos, pero sólo le servían para tener sed de más.

Solo, se acercó a Yggdrasil y se empaló en el árbol con su propia lanza. Allí colgó durante nueve largas noches, sacrificando su vida para poder levantarse de nuevo con el conocimiento de lo que estaba por venir. Terminada su prueba, el Alto se alzó más sabio y también más triste y melancólico, porque no sólo lo había aprendido todo sino que también había visto su muerte y la muerte de todos los dioses en el Ragnarok. Arrastró esa pesada carga con gran tristeza, abrumado por la certeza de que aquel destino no se podía alterar. Y así Odín regresó a Asgard para reflexionar sobre el futuro que podía ver, pero no evitar...

Capítulo dos

El presente era nebuloso, a veces hasta más que el pasado o incluso que el futuro. Odín podía ver cómo una muralla de gigantes caía sobre Asgard, marchando a través de Bifrost, haciendo añicos el puente bajo su peso colectivo. Una masa caótica con el único propósito de destruir Asgard y a sus habitantes; una marea irresistible que no se podía detener.

Y a continuación la imagen había desaparecido.

En su lugar, cruzando Bifrost a buen paso, apareció un viajero solitario junto a un gran caballo percherón. Llevaba un cinturón con herramientas de albañil. Les haría una oferta en breve, que aceptarían. ¿O ya la habían aceptado? No estaba claro. Odín sabía que el constructor no era lo que aparentaba, pero el resto era vago y oscuro. Durante un breve segundo vislumbró una escena de violencia y destrucción tan terrible e intensa que le produjo un dolor lacerante por todo el cuerpo. Se desvaneció tan rápidamente como había llegado, dejándole con la mirada perdida en el vacío salón del consejo de Gladsheim.

El mensajero de Heimdall llegó mansamente ante la presencia de Odín. El Padre de Todo lo había visto entrar por la puerta principal tras anunciar a sus siervos que tenía un mensaje urgente de su señor. Lo dejaron pasar con presteza. El viejo Edil, al que conocía desde hacía décadas como siervo de confianza de Heimdall, se le acercó con un mensaje que sabía que tenía que llegar desde que se arrancó el ojo tantos años atrás.

—Padre de Todo, traigo un mensaje urgente de mi señor Heimdall.

Edil se dejó caer sobre una rodilla e inclinó la cabeza a los pies de Odín. El viejo temblaba, visiblemente aterrorizado, mientras permanecía arrodillado en actitud suplicante.

—Habla.

Edil no levantó la cabeza, para evitar la mirada del único ojo de Odín.

—Padre de Todo, Heimdall me manda para decir que...

La atención de Odín se dispersó. Estaba allí, en su salón, pero al mismo tiempo estaba en otro lugar. Vio una serpiente arrancada de su nido por uno de bello rostro y aura de brujería. Vio las runas místicas grabadas en el aire mientras la criatura cambiaba. El de bello rostro —se percató de que era Frey— desapareció con la serpiente en una cueva.

La imagen cambió y vio las aguas susurrantes de un angosto y frío arroyo. Trataban de cazar un pez, uno que no era un pez y tejía su camino en las profundidades del río. El pescado era astuto y pequeño y se podía agarrar con una mano. Lanzaron una red hacia un extremo del arroyo. Mientras su peso la hacía descender al fondo de la corriente, dos dioses —¿Thor? ¿Frey? No podía verlo con claridad— se zambullían y avanzaban a trompicones, empujando a la presa más y más hacia la red mientras un tercero permanecía sobre ella. El pez, incapaz de encontrar una salida entre de las piernas de los Aesir, dio un último salto desesperado sólo para ser capturado en pleno vuelo. Se retorció y revolvió para liberarse, aunque fue en vano.

—... un solitario maestro de obras ha ofrecido...

La escena cambió de nuevo. Estaba en el salón de un dios manco. Un lobo tan grande como un caballo estaba siendo arrojado al suelo. La escena estaba oscura y no podía distinguir los rostros, pero le pareció que Tyr estaba allí. El lobo se debatía, sujeto por una cuerda de plata enroscada alrededor de sus patas y su tronco. Todavía tenía el hocico libre. Las poderosas mandíbulas arremetieron y se cerraron firmemente. Hubo un aullido de dolor y la imagen final de un brazo ensangrentado y atenazado con fuerza.

Volvió al presente. Un viejo sirviente —Edil, pensó— se arrodillaba ante él, esperando algún tipo de respuesta.

—¿Padre de Todo? —La voz le temblaba de miedo.

Bajó la mirada hacia el tembloroso sirviente. Siempre ocurría aquello

cuando los que no eran Aesir se le acercaban. Pocos podían estar en su presencia sin sentir su aura aterradora.

Podía entender por qué le tenían miedo. Él era el Terrible, el Dios de la Carga, el Gobernante de la Horca. Era el dios del misterio, la magia y la muerte. Los relatos de sus hazañas no se cantaban por los guerreros borrachos que intentaban arrancar su propio valor ante una inminente batalla. Eran cuentos para asustar a niños pequeños y también a hombres adultos. Eran historias lúgubres sobre la muerte y su certeza en los que la sombra del tuerto se aparecía para enviar a alguien a Niflheim con un golpe de su lanza o con la mirada de su ojo. No era un dios al que amar y respetar; era un dios al que temer.

Y así debía ser. Nadie podía imaginar su carga, la profundidad de su conocimiento y su sabiduría. Aún los primeros entre los Aesir —Tyr, Thor, Heimdall— no eran para él más que niños con su simple comprensión de las sendas de los Nueve Mundos.

—Dile a Heimdall que hemos recibido su mensaje.

Despidió a Edil con una inclinación de cabeza y el viejo criado se alejó lentamente con la cabeza baja antes de darse al fin la vuelta y marcharse a toda prisa de la sala.

Odín ya había mandado sus cuervos para indicarle a Heimdall que permitiera entrar al viajero en Asgard; el mensajero era una cortesía.

Llamó a sus propios sirvientes para enviar un mensaje a los Aesir. Al instante corrían a las moradas de cada uno de los dioses, solicitando su presencia en el consejo de Gladsheim. Llegarían muy pronto y Odín entonces fingiría que tenían algo que decir en la decisión venidera.

El artesano pronto estaría allí para presentar su propuesta a los Aesir reunidos y Odín no podía disipar su temor frente al trato que se cerraría. Lo rechazaría en apariencia, pero sabía que en última instancia sería aceptado. Pese a que cada día acercaba inexorablemente el Ragnarok, el resultado final no era cuestionable: el ciclo de los Nueve Mundos debía representarse como indicaba el porvenir, e incluso él, el Alto, el Padre de Todo, estaba sujeto a su destino.

Al pasar el umbral, como de costumbre, todos los ojos se volvieron hacia

ella. La belleza de Freyja era arrebatadora y nadie, dios o mortal, podía verla pasar sin contemplarla con anhelo. Los sirvientes apartaron la mirada tras el primer vistazo, respetuosos ante la presencia de alguien como ella. Los Aesir retomaron sus conversaciones en sus asientos mientras Odín presidía la mesa en silencio y con la mirada perdida. Sus dos lobos jadeaban a sus pies.

Freyja no se sorprendió al ver así sentado al Alto, separado del resto en espíritu y también apartado de ellos a la cabeza de la mesa. Era un dios distante y muchas veces parecía estar meditando grandes misterios con el ceño fruncido, viendo cosas que nadie más podía comprender.

Durante las guerras entre los Aesir y los Vanir, Odín había sido el enemigo más temido. Tan sólo con la mirada había matado a muchos de su especie, y su magia rivalizaba con la de cualquiera de los Vanir, versados como estaban en las artes de la brujería. En ese aspecto era único entre los Aesir: todos eran guerreros poderosos, pero tan sólo él manejaba la muerte como arma. Era bueno que la guerra hubiera terminado. Las pérdidas habían sido abundantes en ambos bandos, aunque eran los Vanir quienes más habían sufrido.

Mientras tomaba asiento y los siervos se peleaban por retirarle la silla, llenar su copa y velar de cualquier forma porque sus necesidades fueran satisfechas, Freyja comprobó que, salvo dos, todos los dioses principales estaban presentes. Aunque sabía que Thor no se les uniría, a Loki se le esperaba. Si de ella hubiera dependido, el consejo se habría llevado a cabo sin él.

Loki no era amigo de los Aesir por mucho que se hiciera pasar por uno de ellos. Había a su alrededor un aura que, como la de Odín, lo distinguía de los demás. Pero su aura era diferente de la del Alto. Pese a su distancia, Odín era el árbol del que se propagaban las ramas que eran los Aesir. Era el padre de muchos de ellos y su espíritu les infundía, como a todo el reino de Asgard. Sin Odín, no había ni Aesir ni Asgard.

No podía decirse lo mismo de Loki. Freyja percibía algo extraño en él, algo de lo que tal vez ni siquiera era consciente. Actuaba como ellos en muchos aspectos, pero evitaba sus formas sencillas y su personalidad guerrera. Por supuesto poseía una gran fuerza y era también hábil con la

espada, como corresponde a un asgardiano. Sin embargo, sus verdaderas habilidades eran el engaño y la astucia. En muchos sentidos era todo lo contrario a Thor, la encarnación de la fuerza definitiva, inflexible e inexorable.

Le asombraba que, pese a sus diferencias, Thor y Loki no parecieran odiarse. Se preguntó si el Tronador no percibía al Astuto como una amenaza y por eso no lo tenía en consideración. Ciertamente Thor no prestaba atención a los pequeños detalles y optaba por asaltar de frente y sin ambages a sus enemigos. De hecho, su actual ausencia se debía a sus viajes a Jotunheim, donde indudablemente buscaba gigantes para masacrar.

Sin embargo, no era sorprendente la enemistad entre Loki y Heimdall. El Guardián de Bifrost sólo sentía desprecio por los métodos del Astuto: como protector de Asgard, trazaba una línea clara entre amigo y enemigo y, puesto que los gigantes engañaban y provocaban el caos, aquellos que utilizaban dichos medios bien podían ser sus aliados. No era de su incumbencia que las artes de Loki estuvieran al servicio de Asgard, como proclamaba el Astuto; tal como Heimdall lo concebía, los que luchaban por el bando de los dioses no usaban las armas del enemigo. Si no fuera por la presencia dominante del Padre de Todo, él mismo se encargaría de matar a Loki antes de que pudiera causar la caída de Asgard.

Pese a que no le gustaba la muerte, a Freyja le resultaría difícil derramar lágrimas por Loki. Era insólito que ni siquiera sus vaticinios fueran capaces de penetrar el extraño aura que lo rodeaba. Sólo esperaba que el sabio Odín tuviera razón al mantener al Astuto entre ellos.

Balder se sentó a la larga mesa tamborileando los dedos con impaciencia sobre el duro roble. De vez en cuando tomaba un largo trago de hidromiel. Cada vez que su copa tocaba la mesa, los siervos se apresuraban a recargarla aunque él no prestara ninguna atención al hecho de que nunca estaba vacía. Cuanto más se prolongaba la tardanza, más se oscurecía su ánimo ¿Por qué debían esperar todos a que asomara la cabeza el intrigante de Loki?

Odín nunca podía celebrar el consejo sin el asesoramiento del Astuto, lo que era un insulto para el resto y sobre todo para Balder. Le encolerizaba sentirse esclavizado por ese embaucador. ¿Qué sabiduría aportaba Loki que

no pudiera ser obtenida de otras fuentes? ¿Por qué era necesario esperar a quien todos vilipendiaban?

Apuró su copa frustrado antes de dejarla de un golpe en la mesa, salpicando las últimas gotas de aguamiel. Al instante otro criado se acercó con una jarra y rellenó la copa. Su aversión a Loki había crecido desde sus sueños más recientes y no podía ignorar la aprensión que sentía por dentro cada vez que estaba en su presencia.

Desde hacía algún tiempo, Balder se despertaba bañado en sudor frío, a veces todavía deslizándose entre escenas fantasmales. Recordaba poco de los sueños a excepción de la presencia de sombras, oscuridad y una abrumadora sensación de desesperación. Pero persistían algunas imágenes fugaces: en todos los sueños había una reunión de los dioses que comenzaba con un festín. Mientras comían, uno de ellos comenzaba súbitamente a arañarse la garganta y a vomitar sangre para acabar cayendo de bruces sobre la mesa en un paroxismo de dolor. Le seguía otro y luego otro hasta que toda la sala se llenaba de estallidos violentos. A medida que los espasmos se calmaban, todos aquellos a quienes conocía y amaba morían horriblemente. Todos, excepto él y su hermano, Hod, que no mostraba sin embargo su rostro ciego y hermoso, sino más bien una máscara siniestra que sonreía con desprecio vil, el rostro descarnado de un enemigo que se oponía a él por completo. Pero como sucede en los sueños, Hod no era Hod sino alguien que se disfrazaba con su cara.

No había contado aquellas ensoñaciones a nadie: le parecía afeminado preocuparse por fantasmas que rondaban sus pesadillas y no era difícil imaginar que sería objeto de burlas por admitir el miedo que le producían. Llevaba el temor consigo y, aunque disminuía al avanzar la jornada, volvía de noche al acostarse: sabía que el reposo evocaría otra vez las escenas y sensaciones, y que se despertaría con la cama empapada en sudor mientras trataba en vano de ahuyentar fantasmas que no podía ver.

Jamás hubiera creído que le aliviaría ver a Loki entrando en una sala, pero eso fue lo que experimentó Tyr cuando el Astuto tomó asiento cerca de Odín. Loki saludó a cada uno de los dioses convocados con un ligero cabeceo que no escondía nada excepto respeto. Al menos sabrían por fin para qué los

había convocado Odín.

Tyr notó lo rápido que se hizo el silencio al volverse las miradas hacia Odín para que explicara el propósito del consejo. El Padre de Todo levantó su cabeza gris y se enderezó en la silla. Tenía el aspecto de un antiguo guerrero que hubiera regresado de entre los muertos y que todavía se alojara en el cuerpo famélico de un cadáver. Durante largo rato Odín los miró sin decir nada, como si estuviera contemplando algo que estaba más allá de ellos. Justo antes de que sonara su voz, Tyr ya dudaba que fuera a hablar.

Simplemente dijo:

—Tenemos un visitante.

Señaló a las grandes puertas de Gladsheim, que los sirvientes trataban de abrir tirando de ellas hacia ambos lados.

Tyr esperaba a alguien de importancia. Tal vez un Vanir de alto rango o un señor oscuro de Svartálfheim con sus feos rasgos y su piel negra como la tinta. Estaba incluso preparado para que fuera un emisario de Jotunheim con una declaración de guerra o incluso, por improbable que eso fuera, con un gesto hacia la paz. Sin embargo jamás hubiera imaginado que se celebraría un consejo de los dioses para recibir a aquel visitante.

Las puertas estaban ya abiertas por completo y los brillantes rayos del sol se filtraban al oscuro salón haciendo que los ojos se entrecerraran. Una silueta que caminaba lentamente, con una bestia de carga a remolque, se recortó en la luz de la puerta. El visitante se dirigió al centro de la sala.

Permaneció de pie, impasible ante los dioses, esperando permiso para dirigirse a ellos. Tyr no apreciaba nada especial en él: se trataba de una especie de artesano, o eso sugerían sus herramientas, y parecía fuerte, como si estuviera acostumbrado a construir cosas.

Tyr examinó al hombre un instante y luego observó de prisa a los demás dioses convocados hasta que su mirada se detuvo finalmente en Odín, que no expresaba nada en absoluto. El Padre de Todo se inclinó hacia adelante en su asiento y colocó sus brazos sobre las rodillas antes de hablar.

—Tienes un trato que ofrecernos —dijo. No era una pregunta.

El mortal no parecía intimidado o inseguro, lo que hizo sospechar a Tyr. Miró a Loki y lo vio con la barbilla en la mano, obviamente valorando la

escena. Los otros tan sólo observaban; la curiosidad era patente en sus rostros.

—Sí —respondió el mortal.

Pese a que ni la familiaridad ni la falta de respeto parecieron importar a Odín, sí molestaron a Tyr. Se preguntó acerca de la cordura de un mortal que se atrevía a abordar a los dioses como a sus iguales, aunque por ahora se contentaría con cumplir la voluntad inexpresada de Odín de escuchar sus palabras.

—Haznos tu propuesta.

El visitante los miró a todos, deteniendo la vista sobre Freyja un momento que, aunque breve, no dejaba duda sobre el deseo que contenía. Si Freyja lo notó no pareció importarle. Hasta donde Tyr sabía, Freyja recibía esas miradas de todo aquel con quien se cruzaba, por lo que tal vez ya ni siquiera se fijara en ellas.

—En Midgard hemos oído hablar de la guerra entre los Vanir y los Aesir. Hemos oído hablar de la destrucción del poderoso muro de Asgard, el recinto que os mantiene a salvo de los invasores. —Con una mano señaló el cinturón —: veis mis herramientas. Soy maestro de obras. Levanto solidez con mortero y roca. Hay mucho que reconstruir en Asgard: he visto palacios y torres en ruinas, estructuras una vez orgullosas que ahora raspan el cielo como dientes rotos.

Fue una suerte, pensó Tyr, que Thor no estuviera aquí. Con la venia de Odín o sin ella, al escucharlo proferir tales insultos sobre Asgard habría abierto de par en par la cabeza de aquel mortal con un golpe de Mjolnir. Tal era así que Tyr podía sentir cómo su propia cólera iba en aumento. Se preguntó cuánto dejaría Odín que aquello continuara.

—Con todo lo que os queda por reconstruir, tan sólo propongo que me permitáis volver a levantar las murallas de Asgard.

Tyr escuchó las risitas y los murmullos de todos. En silencio se hizo eco de esos mismos sentimientos. Era como mínimo presuntuoso para aquel solitario mortal venir a Gladsheim y reclamar la reconstrucción de un muro que había costado meses levantar a los dioses. ¿Por qué lo toleraba Odín? La expresión del Padre de Todo estaba en blanco, pero eso no quería decir que

rechazara la idea de plano. ¿Qué locura era aquélla?

—¿Y qué precio pedirías? —Odín era ante todo sucinto.

El constructor recorrió la sala con la mirada, deteniéndose un instante en Freyja. Esta vez ella notó dicha atención: bajó sus cejas y miró inquisitivamente a Odín. Tyr creyó adivinar el precio que el constructor estaba a punto de pedir y la ira brotó de su interior. Miró a Frey, el hermano gemelo de Freyja y, o éste no entendía lo que el constructor iba a reclamar o Tyr no era capaz de leer su expresión. En cualquier caso, no podía predecir cuál sería la respuesta del príncipe Vanir; la suya la tenía clara.

—No pediré un pago que no se pueda pagar.

—Declara tu precio.

—No deseo enfadar a los dioses con éste. ¿Juras que estoy a salvo aquí?

Odín se quedó perplejo.

—Nadie te atacará. —Su sola mirada acarreaba el peso de su autoridad.

—Muy bien. —De nuevo, el maestro de obras miró con rapidez alrededor antes de enderezarse hasta alcanzar toda su altura. Era un hombre grande y poderoso, pero un insecto en comparación con el poder de cualquier dios y mucho más frente a los ilustres convocados—. Por reconstruir vuestras murallas quiero a Freyja.

Tyr había predicho el precio correctamente, pero el atrevimiento del constructor al pronunciarlo lo encendió. Observó que Freyja, sin embargo, no parecía enfadada o repugnada, sino que había incluso un toque de diversión en su rostro. Probablemente disfrutaba con aquel ridículo pacto: como que el Alto iba a utilizarla de moneda por un servicio. Pese a que casi con certeza Freyja estaba en lo cierto, Tyr se encolerizó por la impertinencia de aquel mortal. Quizá ese insulto sacara a Odín de su complacencia.

En cambio, simplemente se quedó con la mirada fija. Tyr se preguntó si estaría pensando en el trato o si sólo estaba con la mente en algún otro lugar, como parecía estar a menudo.

—¿Qué plazo necesitas para reconstruir el muro? —preguntó Odín.

El anterior regodeo de Freyja se tornó en repulsión, o eso supuso Tyr a partir de la mueca que se extendió por su rostro; era extraño ver cómo unas facciones tan hermosas se retorcían de una forma tan poco atractiva. Según

barría la habitación con la mirada, Tyr vio aumentar la furia en los rostros de unos dioses; otros simplemente estaban conmocionados. Sin embargo, todos ellos intentaban enmascarar sus reacciones: Odín era el Padre de Todo, el Alto, y no era propio de los Aesir cuestionar abiertamente su juicio.

—Necesitaré seis estaciones.

Tyr entrecerró los ojos. Un período de tiempo corto para que un constructor reparara una muralla que rodeaba la totalidad de Asgard. Era una tarea en apariencia imposible. ¿A qué estaba jugando aquel necio?

Tyr había visto que Loki, hasta ese momento, seguía sentado en silencio cerca de Odín, sin duda observando, percatándose de detalles que el resto de ellos podía estar pasando por alto. Loki se inclinó y le susurró algo a Odín, gesticulando sutilmente con las manos para enfatizar su discurso. Tyr se preguntó qué maldad estaría tramando. Finalmente el Astuto se recostó en su silla y Odín volvió su atención hacia el constructor.

—Tienes dos estaciones para completar el muro.

Tyr oyó un ruido sordo —el sonido nítido de un puño golpeando en la madera— y vio a Balder ponerse en pie disparado, volcando su silla hacia atrás contra el suelo de piedra.

—¡Padre, no puedes negociar con Freyja como si fuera ganado!

Odín clavó en él su único ojo y no dijo nada, pero el mensaje era lúcido e inequívoco. Balder se sentó en silencio, aunque no sin una mirada hosca de desagrado.

Tampoco el constructor parecía contento.

—No puedo reconstruir el muro en tan poco tiempo. Es imposible.

—La muralla debe estar finalizada antes del primer día de verano. Ése es el trato.

El constructor frunció el ceño mientras contemplaba atentamente primero a Odín y después a Freyja. Se volvió nuevamente hacia el Padre de Todo. Tyr no podía ni plantearse que aceptara el acuerdo. Seis temporadas eran insuficientes para completar esa monumental tarea, pero tener listo el muro antes del primer día de verano era imposible y el constructor también lo sabía. ¿Era tan enorme su lujuria por Freyja como para nublarle completamente el juicio? Pasaría dos temporadas reconstruyendo un muro

para nada. ¿Sería tan tonto ese mortal?

—Acepto la oferta si puedo usar mi caballo para que me ayude a transportar piedra.

Aparentemente Odín estuvo a punto de decir que no, pero Loki, una vez más, se inclinó y le susurró. Después de un momento, el Alto volvió la mirada hacia el constructor. Tyr no pudo dejar de notar la sonrisa de suficiencia que cruzaba el rostro del Astuto.

—Será como dices. Reconstruirás la muralla sin asistencia salvo por tu caballo. Habrás terminado antes del primer día del verano o de lo contrario perderás tu pago. —Odín esperó un momento para que el constructor lo asimilara—. Si lo logras —se detuvo un instante— Freyja será tuya.

El constructor sonrió ampliamente y Odín, antiguo y venerable, se levantó de su silla despidiendo a todos los dioses reunidos con un gesto de su cabeza gris. Se dio la vuelta y abandonó el recinto, la elevada autoridad de su persona palpable a cada paso. No se oía nada en la sala que ahogara el débil sonido de las lágrimas doradas de Freyja golpeando la mesa.

Loki había estado durmiendo cuando recibió el mensaje del Padre de Todo. Uno de los siervos de Odín estaba en su puerta, llamándolo para una audiencia con el Alto.

Estaba solo en la cámara dormitorio: el lado de Sigyn estaba vacío. Se vistió sin prisa y se ciñó el cinto; no le molestaba el golpeteo de la espada en la pierna ni necesitaba un arma, pero era parte de la vestimenta normal de un asgardiano. Las apariencias son importantes y siempre es más fácil ceder a las expectativas que luchar contra ellas.

Sabía que se le miraba con suspicacia. Oía los furiosos susurros, a menudo ni siquiera disimulados, e incluso las quejas al oído del propio Odín. Podía sentir las miradas de desprecio, su asco hacia él. ¿Y por qué? ¿Porque se atrevía a considerar una solución en lugar de desenvainar su acero al instante? ¿Debido a que no estaba a la altura del concepto de lo que debiera ser un asgardiano?

Se sacudió la idea de la cabeza. No sería bueno entrar con el rostro iracundo en una cámara llena de hoscos asgardianos. Como siempre, le correspondería examinar cautelosamente el problema desde todos los ángulos

y ofrecer asesoramiento al Padre de Todo, quien, desde donde alcanzaba su memoria, había sido para él un padre de hecho si no de nombre. Sabía que su valía para Asgard estaba antes en su sano juicio que en su espada, y cumplía bien su papel, aun cuando los otros dioses no lo valoraran. Por encima de todo, a pesar de las burlas de los demás, se lo debía a Odín.

No es que no pudiera luchar si era necesario: no era tan tonto como para pensar que era rival para Thor o Tyr, pero sabía cómo usar un filo y había acabado con muchos de los propios Vanir antes incluso de que se pensara en hablar de paz entre ambos bandos. Una vez se enfrentó incluso con el mismísimo Frey, aunque las circunstancias intervinieron y el choque terminó antes de que pudiera dar comienzo.

Ahora reinaba la paz, lo que le complacía. Hasta cierto punto. Por supuesto no se podía confiar ni en Frey ni en Freyja, el perro vanirio y la puta de su hermana, pero era mejor tenerlos rodeados en Asgard antes que conspirando en la lejana Vanaheim. Su traición era inevitable y él sería el primero en encargarse de que pagaran con sus vidas.

Podía ver el doblez en cada acción que realizaban, en cada palabra que brotaba de sus lenguas de plata. Habían sido enviados como rehenes para poner fin a la lucha, pero él sabía que aquello era un ardid, que se limitaban a esperar el momento más oportuno para atacar. Y los Aesir eran presa fácil para ese tipo de estrategias: tanto Frey como Freyja poseían cualidades que los Aesir respetaban y nadie salvo él podía ver la astucia que había bajo la superficie de sus acciones.

Esperaría el momento oportuno para desenmascararlos: ésa era su mayor habilidad, elegir el momento perfecto para actuar. Los Aesir ya no podrían pronunciar su nombre con desprecio una vez probara ante todos la falsedad de los dos gemelos Vanir. Su habilidad y belleza no tendrían relevancia: la traición era el crimen más odiado por los Aesir y su castigo —el águila de sangre— era en verdad terrible.

Loki fue el último en llegar a Gladsheim. Encajó con gracia, asintiendo, las miradas de desprecio de los Aesir convocados, que lo detestaban. Después se presentó en el centro de la sala un hombre grande, corpulento, vestido con toda sencillez. Y había algo más: Loki percibía que aquel hombre no era lo

que parecía ser, pero no podía penetrar más allá. Su mente empezó a urdir posibilidades y razones, los motivos por los que aquel insólito y curtido visitante se presentaba en medio de los dioses.

A medida que el artesano se dirigía hacia ellos, Loki calibró sus acciones, su lenguaje, su manera de moverse. Era rudo, simple, mas no era un maestro de obras corriente. Hubo una alteración mientras hablaba, como una segunda piel aferrada a él, perceptible un breve instante y únicamente por alguien con habilidad suficiente para verla. Loki miró de reojo a Frey y a Freyja y le hizo gracia que ninguno la hubiera detectado.

El constructor se enfrentó a la ira de los Aesir cuando nombró su precio; sin embargo, se mantuvo firme. Loki notó en su rostro una leve mueca de satisfacción por haber enfurecido a un enemigo, por haber conducido a un oponente a la angustia física tan sólo con palabras. Loki lo había hecho en muchas ocasiones y sintió una repentina y singular afinidad con aquel audaz mortal que pedía tanto de aquellos que tenían tan poco sentido del humor. Se inclinó y susurró al Padre de Todo.

No era necesario contarle todas sus sospechas. Odín era el único Aesir que Loki consideraba su igual en capacidad mental y sin duda habría visto todo o casi todo lo que él mismo había observado: su único papel consistía en señalar las ventajas que se podían obtener de la situación, en explicarle cómo sacar beneficio del apetito del constructor por Freyja. Metámosla en el acuerdo; había pocas posibilidades de que el constructor tuviera éxito. Aunque había algo oculto en él, Loki no podía anticipar ninguna manera en la que eso le ayudara en la monumental labor que había aceptado. Fracasaría y sin embargo las murallas de Asgard estarían parcialmente reconstruidas a cambio de nada salvo el sudor y las lágrimas del constructor.

Y si por alguna obscena casualidad finalizara su trabajo, mejor que mejor: los Aesir tendrían la muralla completamente reconstruida y se desharían de Freyja en un solo golpe. Los Aesir no podrían desdecirse del acuerdo, por supuesto, pero tal vez pudieran deshacerse también de Frey, pues éste no aceptaría tan fácilmente que se esclavizara a su hermana. Tal vez se levantara en armas contra el constructor, y los Aesir se verían obligados a matarlo para que no violara el pacto, un código por el que morirían o matarían.

El maestro de obras no se preocupaba por las condiciones que le hubieran impuesto, sino que su lascivia por Freyja era como un hedor fétido que envenenaba el aire a su alrededor. Loki sabía que eso sería su perdición. Su réplica —poder emplear su caballo— era patética. Claro, pensó Loki, usa tu caballo: no queremos que tus esfuerzos te maten antes de que la labor esté medio acabada. Odín era reacio a la idea, pero las palabras de Loki lo decidieron. Aceptó el acuerdo y los Aesir se quedaron en silencio, reconociendo su autoridad incluso sin estar conformes con su decisión.

Mientras el constructor se marchaba para comenzar la faena imposible que había acordado, Odín se volvió hacia Loki.

—Si el constructor tiene éxito...

—No lo hará, Padre de Todo. Se trata de un cometido imposible.

—Eso era verdad hasta que le permitiste emplear su montura.

—Obtendremos más del trato, mi señor: así conseguirá reconstruir más. Con caballo o sin él, no terminará; Freyja está a salvo.

Odín se acercó y le clavó la mirada.

—Si el muro se completa, aprenderás por qué me llaman el Terrible.

Aún sabiendo que estaba en lo cierto, Loki sintió que sus entrañas se tensaban al contemplar el ojo del Padre de Todo. ¿No conocía también Odín el resultado? Si realmente temía perder, no debería haber aceptado el trato. Se tranquilizó porque Odín conocía el futuro. El Alto no le permitiría meterse en una negociación en la que estuviera verdaderamente en riesgo. La amenaza era parte del espectáculo para recordar a todos los reunidos que también era el Terrible.

El constructor fracasaría, el muro quedaría casi reconstruido y él habría servido al Padre de Todo una vez más, como de costumbre. La falsa amenaza de Odín podía incluso funcionar a su favor: si el Alto admitía ante los dioses que el consejo de Loki había sido acertado, nadie más sería capaz de rechazarlo abiertamente. Ni siquiera sus detractores podrían afirmar que sólo causaba problemas en Asgard.

Capítulo tres

Balder y Tyr detuvieron sus caballos en las afueras de Asgard, en la hierba alta de los campos. Dominando desde allí la ciudad, contemplaron los torreones y grandes fortalezas que se extendían a un lado y a otro hasta el horizonte. La guerra había dañado muchas de las estructuras, una vez immaculadas y brillantes. Muchas —la mayoría— habían sido reparadas, pero los trabajos proseguían: incluso para los dioses llevaba tiempo levantar de nuevo lo que había caído.

La muralla que rodeaba Asgard era sin embargo la estructura más gravemente dañada. Casi diezmada durante los combates, había quedado reducida a escombros en muchos lugares. En otros, quedaban en pie secciones solitarias de muro a una fracción de su antigua altura. Una vez, desde su promontorio, las murallas tuvieron el aspecto de fauces abiertas llenas de mellas y dientes rotos.

Pero casi era verano y lo que veían era una muralla que estaba, sorprendentemente, casi terminada. Donde una vez hubo huecos y ruinas ahora se elevaban bloques de piedra sobre bloques de piedra hasta una altura vertiginosa. La brecha en el recinto, una vez tan grande como para dejar sin protección la totalidad de Asgard, ahora se reducía a meras leguas. Esa distancia parecía insignificante en comparación con lo que el constructor había logrado hasta ahora. Ni Balder ni Tyr dudaban de que terminaría antes del primer día de verano.

Podían verlo trabajar desde donde estaban sentados. Era apenas una mota

a esa distancia, pero el rastro de su avance era inconfundible. Una nube de polvo se levantaba donde tallaba y colocaba los bloques de piedra, encajándolos a la perfección sobre aquellos que ya había colocado. Si astillar y cortar cualquier piedra alzaba una polvareda, el artesano trabajaba tan rápido y con tal furiosa intensidad que creaba un torbellino de polvo, logrando que pareciera como si el humo ondeara desde un pequeño e intenso fuego que no podía verse.

En otras ocasiones, cuando arrastraba piedra de la cantera y la descargaba en la base de la pared, sus movimientos eran tan veloces que parecía un ejército de hormigas construyendo su nido. Maravillados, especularon sobre su fuerza y resistencia, pues izaba bloques de piedra que darían problemas a algunos dioses. Y no se detenía: continuaba trabajando cuando se tumbaron de noche y, cuando al día siguiente se levantaron, seguía arrastrando y cincelando piedras. Ningún dios lo había visto descansar o hacer tan siquiera una pausa para comer.

Pero incluso a ese ritmo increíble no habría llegado tan lejos sin la ayuda de su caballo. Cada vez que regresaban de la cantera, el animal —no más grande que cualquier caballo de tiro— arrastraba decenas de enormes bloques en una amplia red que remolcaba tras de sí durante cientos de pies. La carga era tan pesada que dejaba un surco a su paso y el estruendo se oía a muchas leguas.

—Se acerca el primer día de verano —dijo Tyr.

—Y nos acercamos más a la pérdida de Freyja —contestó Balder apretando los puños. Se volvió hacia Tyr—. Sin hechicería, ningún mortal podría lograr lo que éste ha logrado. —No mencionó que la intensidad de sus pesadillas había aumentado desde la llegada del maestro de obras.

—Sin lugar a dudas. Su fuerza rivaliza con la de Thor.

—Entonces debemos rescindir el contrato: fue acordado de mala fe. Eso debería justificar que se rompiera.

Tyr negó con la cabeza.

—Sabes que no es posible: no podemos cambiar los términos de un acuerdo porque no nos guste el resultado. Ya conoces lo que significa ser Aesir —agregó Tyr— y no debemos olvidar que, incluso si perdemos a

Freyja, algo obtenemos con este trato.

Balder no se aplacó.

—No me importa el muro. ¿Cómo se puede comparar a una de las diosas con una cosa hecha de ladrillos apilados? Lo que perdemos es mucho más que lo que ganamos.

—Eso lo dices ahora: ¿y si los gigantes marcharan sobre nosotros? No me tomo a la ligera la triste pérdida de Freyja, y quizá es cruel decirlo, pero ese muro puede ser lo que evite la destrucción de Asgard; que Freyja se sacrifique en este momento puede evitar la muerte de todos.

Balder lo miró con amargura.

—¿Es éste el coste de nuestra seguridad? ¿Intercambiar a uno de los nuestros para que los demás se sientan seguros? Es un trato cobarde.

Tyr no se sorprendió al oír hablar así a Balder. Su temperamento a menudo se apoderaba de él. Sin embargo, no permitiría que Balder hablara mal del Alto sin réplica.

—Haces un flaco favor a tu padre, de cuyos sacrificios y cargas poco sabes. Mientras él lleva el destino de los Nueve Mundos a hombros, tú piensas únicamente en una diosa solitaria. Pese a que la valoramos y honramos, ¿sacrificaríamos toda la creación por ella?

Balder miró hacia otro lado, frustrado.

—Tratas de hacerlo más complicado de lo que es. ¿De verdad crees que el destino de todos descansa en este trato mal concebido?

—¿Cómo podemos saberlo? No somos nadie para cuestionar el juicio del Alto; sabe cosas que sólo podemos intuir.

Balder no estaba satisfecho.

—Bah, ésa es una explicación destinada a mantenernos tranquilos. Si mi padre realmente lo sabe todo, entonces ¿por qué no comparte sus conocimientos con nosotros? ¿Nos cree niños que no pueden soportar oír noticias agrias?

Tyr se removió en su caballo, incómodo con el rumbo de la conversación.

—Todavía no sabemos cuál será el resultado de este trato. Es posible que las murallas no se completen y que no se pierda a Freyja.

—Terminará. Míralo: es un torbellino. ¿Cómo puede trabajar sin

descanso con tanta furia? Hay hechicería en esto.

Tyr asintió lentamente.

—Puede que tengas razón. Pero se hizo un pacto y eso es lo que importa.

—¿Y qué hay de la brujería? ¿No importa que esta criatura nos haya engañado?

—No, si no se puede probar.

Tyr suspiró y miró el muro. Tampoco le gustaba el trato, pero una vez acordado nadie podía cambiarlo. Dudaba que el constructor se hubiera conformado con otra recompensa. Además, ¿qué podía compararse con Freyja?

Balder frunció el ceño.

—El culpable de esto es Loki. Él convenció a mi padre para aceptar este pacto. Tú lo viste, Tyr: Odín estaba dispuesto a rechazarlo antes de que Loki le susurrara dulces palabras al oído. Sus tejemanejes nunca traen nada bueno; mi padre debería saberlo a estas alturas.

—Sabes que eso no es cierto. Algunas veces los ardides del Astuto han ayudado a Asgard.

Balder parecía asqueado.

—Echa a perder cuanto toca.

—¿No fue Loki quien encontró a Mjólnir cuando lo robó Thrym, el gigante? Si no fuera por él, Thor no hubiera recuperado el martillo.

—Mjólnir hubiera aparecido muy pronto incluso sin ayuda de Loki. Ese gigante era un necio: ni siquiera podía distinguir que su novia era un bruto atronador de barba roja.

Tyr prefirió no discutir: sabía que la ira de Balder hacia el pacto le impedía ver con claridad.

—No me quedaré aquí sentado mientras perdemos a Freyja —dijo Balder.

—No hay nada que hacer salvo sentarse, aguardar y desear que el artesano no complete la reconstrucción. No podemos interferir. —Tyr se preguntó si Balder planeaba atacar o detener de alguna manera al maestro de obras. Un acto así sólo traería deshonor a los Aesir y Balder podría ser castigado con el águila de sangre, que haría que sus pulmones brotaran por la espalda como si fueran alas. Sin embargo, Tyr dudaba que Balder

sobreviviera a un ataque al constructor y se preguntó qué ocurriría en tal caso.

—Puedo leer tus pensamientos, Tyr. No voy a hacer ninguna tontería. Me limitaré a buscar el consejo de aquel que nunca deja de tener un plan. Tal vez sus argucias puedan deshacer lo que han provocado.

—No hagas nada precipitado. No me gustaría verte castigado por interferir en los planes de tu padre. Su ira puede ser terrible.

—Sólo quiero encontrar una solución a este problema. Estoy seguro de que el Astuto será capaz de descubrir una manera de salvar a Freyja.

Balder espoleó a su caballo y se alejó, de regreso a Asgard.

Tyr lo vio partir y su ceño se arrugó preocupado. Balder nunca se acercaría a Loki. Ni siquiera soportaba estar en la misma habitación que él. ¿Se tragaría su asco e imploraría a Loki por esto? ¿Lo amenazaría? E incluso si se decidía, ¿podía confiarse en el consejo de Loki? Era tan cierto que sus planes a veces evitaban el desastre como que sus malicias irritaban a muchos de los Aesir.

El artesano continuó con la reparación hasta que se quedó sin bloques. Se dirigió entonces con su caballo a la cantera, viajando más rápido de lo que era posible. Pronto volverían con más piedra que añadir a la muralla. Tyr no creía que la reparación pudiera detenerse. Confiaba en que Balder, a pesar de sus celos, encontrara la manera de hacerlo.

Servía de poco negar que el constructor probablemente completaría la reconstrucción de la muralla, pero de todas formas esto enfadaba a Loki. Se maldijo por ignorar el brillo de la hechicería que había visto en el hombre durante el concilio de Gladsheim. Sin duda era más aceptable culpar a la brujería que reconocer que podía haber sido engañado.

Pero ¿por qué había aceptado Odín el acuerdo si sabía que el artesano lo cumpliría? La amenaza del Alto le rondaba la cabeza y consideraba los castigos que podría recibir si el muro se terminaba. ¿Muerte? ¿Exilio? Si Odín conocía el resultado, ¿por qué iba a permitir que se pusiera en peligro? Tal vez significaba que algo iba a impedir que el constructor concluyera la tarea.

Sin embargo, se le ocurría poco que pudiera hacer. Cualquier hecho que

interfiriere de forma evidente con el maestro de obras sería vista como una ruptura del acuerdo. Por improbable que fuera, estaba condenado a la esperanza de que no acabara.

Lo había observado, convencido de que la verdadera responsable era la brujería que ocultaba su auténtica naturaleza. No trabajaba como uno, sino como muchos. Su fuerza y su velocidad no eran las de los mortales ni incluso las de los dioses. Ninguno de los Aesir podría haber logrado lo que el constructor había hecho hasta el momento, lo que resultaba perturbador. No podía concebir un ser que controlara tales habilidades. Incluso los gigantes, a pesar de que eran fuertes más allá de toda creencia, carecían de los poderes de este mortal.

Se había alejado de los caminos de Asgard para contemplar la obra del artesano, pues recelaba de acercarse demasiado sin conocer la verdadera naturaleza de la criatura. Lo vio desde lejos, trabajando, transportando con facilidad bloques de piedra que habrían dado problemas a Thor. Nadie podría haber predicho que sería capaz de hacer cosas semejantes. Seguramente esto se tendría en cuenta si la muralla se terminaba.

Por ahora lo observaría y consideraría formas de detener la construcción. Si seguía a su ritmo actual, aún quedaban varias semanas antes de que el muro estuviera terminado. Plazo suficiente, pensó Loki, para idear una manera de detenerlo.

Mientras se movía alrededor de una esquina, acercándose a donde el maestro de obras trabajaba, sintió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Tropezó y cayó al suelo, apenas consciente. Fue agarrado y arrastrado violentamente antes de que lo arrojaran al suelo.

Tumbado con el rostro en el polvo, luchando por superar las náuseas, se puso a cuatro patas y fue recompensado con una patada en el estómago. Vomitó, pero se las arregló para mantener su posición. Mientras se le aclaraban la cabeza y la vista, anticipó otro golpe que no cayó. Miró hacia arriba para ver a su atacante.

Había un semicírculo de hombres que lo rodeaban, una veintena de ellos, y un alto muro a sus espaldas. Vestían armaduras curtidas de cicatrices de batalla y armas gastadas que todavía se veían lo suficientemente sólidas como

para cortar la carne. Ellos estaban igualmente dañados: a algunos les faltaban las manos e incluso los brazos; uno caminaba sobre una sola pierna, apoyándose con una muleta de madera áspera; varios carecían de ojos u oídos, o de ambos; todos tenían numerosas cicatrices visibles y más que no lo eran; sus armaduras habían perdido placas y tenían abolladuras y cortes donde innumerables espadas habían apuñalado, empalado y sesgado. Todos en Asgard conocían a estos hombres: eran el ejército de guerreros muertos de Odín, los einherjar. Batallaban en los campos de Asgard cada día y comían y bebían hasta el estupor cada noche, sólo para levantarse —tanto los muertos como los vivos— para repetir el ciclo al día siguiente.

Pero a pesar de que se alzaban para luchar nuevamente, no salían indemnes. Aquellos miembros que habían perdido no les volvían a crecer por arte de magia. Los que tenían los ojos apuñalados no recuperaban su visión. De hecho, algunos de los einherjar más gravemente heridos apenas eran humanos, pero pese a todo se arrastraban sobre el campo de batalla para combatir como podían. Los que habían sobrevivido intactos una y otra vez eran luchadores terribles, aunque pocos en número. Se les necesitaría en el Ragnarok, o eso decía la leyenda.

Loki estaba menos preocupado por un futuro legendario que por la amenaza inmediata que planteaban. Thor e incluso Tyr saborearían esa situación —una veintena de combatientes contra un único adversario—, pero él no se engañaba creyendo que era su igual. Hábil como era con el acero, no era rival para todos a la vez. Al menos no después de haber sido asaltado.

Se levantó lentamente, temeroso de otra patada. Al contemplar sus horribles rostros no vio nada en ellos que le hiciera pensar que aquellos guerreros habían estado vivos una vez. Sus ojos estaban apagados y exánimes y sus movimientos eran mecánicos. No había ni una chispa de vida dentro de ninguno de ellos. Loki podía sentir la lascivia sorda y sangrienta que emanaba de ellos como un hedor nauseabundo. No eran hombres, sino demonios.

—Habéis golpeado a un príncipe de Asgard —dijo. No hubo ningún cambio en sus inexpresivos rostros—. Al Padre de Todo no le va a gustar esto. Os arriesgáis a recibir su ira.

Uno, grande y calvo, se adelantó. Le faltaba un globo ocular y tenía cicatrices por encima y por debajo de donde el ojo había estado, como si una hoja enorme lo hubiera apuñalado allí. También le faltaba la oreja y parte de la cabeza en el lado derecho. El resto de él, aunque gravemente marcado, estaba intacto. Llevaba un hacha en la mano.

—No puede terminar el muro —dijo el guerrero. Su discurso era entrecortado y áspero, como si no hubiera hablado en años. Loki consideró que posiblemente así era: aquel guerrero podría haber pasado en Asgard muchas vidas mortales y apenas habría necesidad de que dijera nada. Los otros demonios, a pesar de sus posturas inmóviles, simplemente fijaban la vista y observaban como si estuvieran ansiosos por cortar y tajar cualquier cosa.

Nunca antes los einherjar habían atacado a un Aesir, y no parecía posible que pudieran haber urdido ésta o cualquier otra idea por su cuenta. Alguien les había ordenado que lo hicieran. Sospechaba que era Frey, probablemente enojado porque su hermana gemela era el pago por el muro.

—Estoy de acuerdo —dijo. Confundiría a estos guerreros mientras recuperaba su porte, descubriría quién los había enviado y luego los mataría a todos—. Tenemos que impedir que el constructor acabe la muralla, pero no podemos hacerlo aquí, batallando entre nosotros. Tengo que encontrar a vuestro maestro para planificar nuestra estrategia. ¿Dónde está ahora?

El guerrero calvo no respondió, pero tenía un aire de confusión, como si no estuviera seguro de lo que debía decir.

—Él nos dijo... —Hizo una pausa, buscando una respuesta—. No puede terminar el muro. Te mataremos si termina la muralla.

Loki sintió aumentar la amenaza. No estaba del todo seguro de que no lo fueran a matar ahora, antes de que pudiera averiguar quién los había enviado.

—El artesano es la amenaza. Tenemos que ayudarnos unos a otros. No se puede hacer nada mientras estamos aquí intercambiando palabras. ¿Está vuestro maestro en sus aposentos? Tengo que encontrarlo rápidamente, hay poco tiempo que perder: ¿dónde está?

El guerrero calvo miró a los otros einherjar. Hizo una seña a algunos cercanos a Loki, que lo agarraron de los brazos, uno a cada lado. Dando un

paso adelante acercó su cara al Aesir. Su aliento era cálido y fétido.

Loki abrió la boca para convencer aún más al guerrero, pero le golpearon en el estómago con el mango de un hacha. Se dobló, aunque los dos que lo sostenían lo mantuvieron en pie.

—Detendrás la muralla o te mataremos.

Vio que las palabras no iban a funcionar.

—Sí —balbuceó—. Voy a ir a detenerla ahora.

Sintió que los dos que lo sostenían se relajaban mínimamente y pateó las ingles del calvo, que se dobló a sus pies. Aprovechó la sorpresa y liberó uno de sus brazos. Su mano encontró la empuñadura de su espada. La desenvainó rápidamente. Antes de que nadie más pudiera actuar, continuó el movimiento y barrió en un amplio arco, decapitando al que le estaba agarrando.

El otro tiró instintivamente, pero ése fue su último error. Loki giró la espada y lo atravesó con ella. Pero incluso con una hoja sobresaliéndole, el einherjar agarró a Loki con más fuerza y la inercia del golpe los envió a ambos al suelo. Loki liberó su brazo. La espada quedó atrapada en el cuerpo del guerrero.

Los otros einherjar avanzaron hacia él a trompicones, como si sus cuerpos estuvieran gastados. Se puso en pie y sacó un cuchillo. A medida que se acercaba, seccionó la garganta de uno y apuñaló en el pecho a otro. Ambos se desplomaron y el resto se abalanzó implacable sobre él. Fue arrojado al suelo y golpeado, desapareciendo finalmente bajo una masa de cuerpos retorcidos y apuñalados.

Las valkirias y los einherjar

Odín miró en las brumas del tiempo y vio que los gigantes vendrían en el Ragnarok. Le desesperaba el final, pero no se quedaría de brazos cruzados esperando la fatalidad. Contó las huestes de los Aesir y, aunque eran muchas, no estaba convencido de que fueran suficientes para repeler a los gigantes. Llamó a sus valkirias fantasmales y como respuesta las bellas doncellas guerreras montadas en sus corceles se reunieron a su alrededor, deseosas de cumplir sus mandatos. De entre sus legiones, convocó a sus favoritas: Niebla y Poder, Grito y Chillido, Rabia, Tiempo de Hacha, Guerrera, y también a Portadora de Lanza, a Encadenadora de Huestes y a Pariante de los Dioses. Les encomendó la tarea de aumentar los ejércitos de Asgard.

—Descenderéis a la tierra de los mortales —les dijo— siempre que haya una batalla o un derramamiento de sangre. De entre los caídos deberéis elegir a los más fuertes y valientes. Traeréis a esos guerreros al Valhalla, mi Salón de los Muertos. Una vez allí, les serviréis vino y aguamiel.

»Lucharán en los campos de Asgard cada día y tendrán un festín en los salones del Valhalla cada noche. Aquellos que mueran renacerán para luchar de nuevo al día siguiente. Estos hombres serán conocidos como los einherjar y combatirán y morirán y renacerán cada día hasta que llegue el Ragnarok.

»Cuando los gigantes marchen contra Asgard, los einherjar combatirán junto a los Aesir y sus aliados. Estos valientes guerreros servirán a los dioses

en su muerte como lo hicieron en vida.

Las valkirias salieron volando del salón de Odín en sus corceles espectrales y buscaron a aquellos que se convertirían en einherjar. Se las conocía como las Selectoras de los Caídos y todos los hombres mortales deseaban verlas, pues ¿qué mayor honor puede haber que ser llevado al Valhalla para servir al Alto?

Capítulo cuatro

El insistente golpe del puño en el roble resonó en toda la sala, sorprendiendo a Sigyn con su urgencia. Envió a los sirvientes a contestar y luego decidió verlo también por sí misma.

Cuando las puertas de la oscura sala se abrieron, dos figuras se siluetearon contra la luz del sol. Altas y delgadas, la luz reflejada en sus armas y armaduras metálicas disipaba cualquier impresión de debilidad. Las reconoció como dos de las valquirias, Tiempo de Hacha y Portadora de Lanza, aunque las conocía sólo de nombre.

Su atención se dirigió de inmediato a la carga que llevaba una de ellas. Lo que al principio, en la oscuridad del pasillo, parecía ser un gran saco, se concretó más claramente cuando las puertas se cerraron y sus ojos se reajustaron a la penumbra de la sala.

Una de las doncellas guerreras acarrea un cuerpo sobre su hombro. Una punzada de alerta se convirtió en horror al reconocer a quien portaban. Corrió hacia ellas.

—¿Vive? —preguntó con la respiración jadeante y entrecortada a causa del pánico. Sin esperar una respuesta, las hizo pasar a un dormitorio.

—¡Aquí! ¡Ponlo aquí!

Tiempo de Hacha depositó con cierta brusquedad el cuerpo inerte de Loki sobre la cama.

—Vive —dijo—. Pero ha sido gravemente golpeado.

Sigyn dio órdenes a los sirvientes cercanos, que se marcharon de prisa

hacia las entrañas de la morada en busca de lo que necesitaba. Se inclinó sobre la forma inconsciente de Loki y con la manga de su vestido le limpió cuidadosamente la sangre de la cara.

—¿Cómo ha ocurrido? —Su voz amenazaba con desbordarse por la emoción.

Ambas valkirias miraron impasibles a la pareja sin manifestar ninguna emoción.

—Lo encontramos así —dijo Tiempo de Hacha—. Estaba en el suelo, cerca de las murallas. Sus atacantes se habían ido cuando llegamos.

—Eran muchos. Las señales de la lucha eran claras —añadió Portadora de Lanza.

Sigyn alzó la vista hacia ellas mientras un abanico de emociones cruzaba su rostro.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué señales?

—Señales de reyerta —dijo Portadora de Lanza, como si fuera sentido común—. Primero le golpearon por detrás. Cayó. Lo arrastraron para poder agredirle sin ser vistos. Lo rodearon y luego se abalanzaron sobre él y le atacaron, todos a la vez.

—¿Cómo ha podido suceder esto en Asgard? ¿Hay enemigos entre nosotros de los que no somos conscientes?

Tiempo de Hacha negó con la cabeza.

—No, señora.

—Entonces ¿quién ha hecho esto?

—No querían matarlo —dijo Portadora de Lanza.

Sigyn detuvo sus curas; Loki no se movió.

—¿Qué quieres decir? Míralo: ¿cómo podrían no querer matarlo? — Sintió desatarse su ira, pero se obligó a aplacarla. No quería cargar su pena con quien había recogido a su marido del polvo.

—No usaron armas sino que le golpearon con los puños desnudos. Él derramó su sangre y pudo haber matado a algunos, pero retiraron a los muertos y heridos.

Portadora de Lanza sacó el cuchillo y la espada de Loki, todavía cubiertos con la sangre de sus agresores, y los depositó en el suelo para que Sigyn los

examinara.

Los sirvientes corrieron a la habitación y empezaron a limpiar las heridas de Loki mientras le aplicaban ungüentos y vendajes curativos y sumergían los paños en cuencos de agua tibia. A medida que retiraban la sangre, el agua se tornaba rosa.

Sigyn se levanto y permaneció cerca, con una mano sobre Loki. Tomó el cuchillo y lo examinó.

—¿De quién es esta sangre?

—Einherjar —dijo Portadora de Lanza.

—¿Qué? Eso no puede ser.

Las dos valquirias la miraron sin más.

—¿Cómo lo sabéis?

Habló Tiempo de Hacha:

—Durante edades incontables hemos recogido a sus caídos del campo de batalla. Conocemos a estos guerreros mejor que a nadie: estamos atados a ellos.

Portadora de Lanza añadió:

—Nadie más puede haberlo hecho. Sabe tan bien como nosotras que no puede ser un Aesir. Ninguno dios atacaría a otro en la tierra sagrada de Asgard. Y no hay nadie en Asgard que pueda hacerle esto a un dios salvo los Aesir, los einherjar y las valquirias.

—¿Y cómo sabes entonces que no ha sido una de las tuyas?

Si las dos valquirias se sintieron ofendidas, no dieron ninguna señal de ello.

—Vivimos para servir al Alto —contestaron sin más, como si eso disipara toda duda.

Volvió a mirar a su marido. Bajo el cuidado de los criados comenzaba a tener mejor aspecto, pues su capacidad inmortal de curación remendaba ya su cuerpo. Sigyn podía ver cómo las magulladuras se desvanecían lentamente. No pasaría demasiado tiempo hasta que se recuperase por completo.

—¿Por qué iban los einherjar a atacar a mi marido? Nunca antes han hecho algo así.

Portadora de Lanza bajó la mirada hacia Loki. No había ni amor ni odio

en sus ojos.

—Es extraño, pero no podemos adivinar por qué harían tal cosa. Debe buscar las respuestas en el Alto. —Tiempo de Hacha asintió.

—No tiene sentido. Mi señor también sirve al Alto. ¿Qué razón podrían tener los guerreros de Odín para atacarle? —No lo dijo en voz alta, aunque también se preguntó por qué lo habían dejado con vida. Era una advertencia, pero ¿de quién?

—Buscad al Alto, señora —dijo Tiempo de Hacha, y las valkirias no dijeron más.

Sigyn les dio las gracias por traer a Loki e hizo que varios siervos las acompañaran a la salida. Mandó a otro a bloquear la puerta principal para no dejar entrar a nadie y después se sentó junto a Loki, tomándole la mano con delicadeza. Sus heridas, aunque graves, sanarían. Dio gracias porque no resultara sencillo matar a un dios, aunque era consciente de que tampoco era imposible.

Sabía que esto se debía al pacto con el artesano. Loki nunca había sido popular en Asgard, pero el rápido e inesperado avance hacia la finalización del muro había puesto a todos los Aesir en su contra más aún que de costumbre. Le dolía que no lo valoraran como era debido y se sabía incapaz de hacer nada para alterar su opinión sobre él: sus métodos eran distintos y probablemente nunca sería plenamente aceptado por los Aesir.

Pero Sigyn no se podía envenenar odiándolos, pues ella también era una Aesir y, aunque apoyaba a su marido y se sentía herida por el rechazo y el ridículo al que se enfrentaba, no podía darle la espalda a su propia especie. Sintiendo arrastrada en dos direcciones opuestas, descansó la cabeza sobre su brazo.

Varias horas más tarde notó una agitación. Se había quedado dormida. Al incorporarse vio a su marido observándola, aturdido, con los ojos abiertos.

—Fui atacado —dijo, casi como una pregunta.

—Sí, mi señor. Fuiste atacado por...

—Los einherjar —completó—. ¿Cómo llegué aquí?

—Te trajeron dos valkirias. Te hallaron cerca de las murallas, derrumbado.

Loki asintió lentamente, como si pudiera recordar cómo lo habían traído.

—¿Cuánto llevo encamado? —Se sentó, retirándole con suavidad la mano a Sigyn y poniendo los pies en el suelo.

—Todavía no deberías levantarte. Fuiste golpeado a conciencia. Debes curarte y descansar.

—Hay poco tiempo para eso —espetó—. ¿Cuánto he estado inconsciente? —Sus ojos se clavaron en ella. Insistentes. Impacientes.

—Diría que sólo unas horas. Me dormí velándote. No creo que haya pasado un día.

Asintió y se incorporó.

—Bien. Hay mucho que hacer y el tiempo se acorta deprisa.

—Déjame llamar a los sirvientes para que cumplan tus órdenes mientras te recuperas. No hay necesidad ni siquiera de que abandones la cama.

Sus ojos brillaron irritados, pero pudo mantener la lengua bajo control casi por completo.

—Si no descubro el secreto del constructor, y pronto, estas heridas no serán nada comparadas con las que recibiré de manos del Padre de Todo.

—El Alto nunca te haría daño —dijo ella con el rostro alarmado.

—No seas necia —siseó—. Si este acuerdo hace que perdamos a Freyja, el Padre de Todo y el resto de los Aesir me culparán a mí por impulsarlo; matarme será lo mínimo que harán conmigo.

—No. No te harían tal cosa. Sólo te amenazan. Odín no permitiría que te hicieran ningún daño, incluso si perdemos a Freyja.

Él negó con la cabeza.

—Conoces poco sobre Odín. —Había en sus palabras un filo oscuro que la hizo detenerse.

—¿Qué quieres decir?

Loki hizo una pausa y mantuvo la mirada baja, como si buscara entre sus recuerdos.

—Siempre se me acusa de tratos ambiguos, pero las maquinaciones del Alto hacen palidecer las mías. Si supieras las cosas que ha hecho.

Ella se apretó las manos y sacudió la cabeza lentamente.

—No te creo. El Padre de Todo es bueno y amable.

Loki miró fijamente a su esposa. En sus labios se dibujó una fina línea:

—¿Quieres conocer sus oscuras hazañas?

Sigyn palideció y no respondió.

—Hace muchas épocas, en un viaje a Midgard, nos acercamos a nueve esclavos que labraban un campo. Dejó entrever lo suficiente de sí mismo para que supieran que no trataban con un simple viajero. Sacó una piedra de afilar de su bolsa y la sostuvo para que la vieran.

«Esta amoladera —dijo— hará que vuestras hojas estén tan afiladas como las de los dioses». No le creyeron, por lo que afiló una de sus guadañas y se la devolvió. Cuando el esclavo barrió la hierba con su hoja, segó las cañas altas sin esfuerzo. Sus ojos se abrieron de par en par, y Odín afiló todas las guadañas. Los esclavos pudieron segar todo el campo en tan sólo unos minutos, lo que antes les habría llevado horas.

—Así que los ayudó. Ya ves que es benigno y generoso.

Loki la miró antes de continuar.

—Cuando el campo estaba segado, el Padre de Todo les dijo que daría la piedra a uno de ellos. Los esclavos, ansiosos por tener la amoladera, discutieron entre sí sobre quién debería tenerla. Miré a Odín y había un brillo terrible en sus ojos. Lanzó la piedra en mitad del tumulto. Al final yacieron a sus pies nueve esclavos masacrados, cada uno reclamando la piedra para sí. El Alto sonrió y guardó la piedra. Luego seguimos nuestro camino.

Con el rostro horrorizado, Sigyn todavía no podía creer que el Padre de Todo hiciera tal cosa.

—Debió ser un malentendido: no podría haber previsto lo que sucedería.

Loki no respondió.

—Los mató su propia codicia. No es culpa del Padre de Todo que estuvieran dominados por sus emociones.

—Te engañas: disfrutó viéndoles destruirse. No será el Alto el que me perdone las consecuencias.

—Mi señor, estoy segura de que...

—Ya basta —dijo. Se llevó una mano a la cabeza y paseó por la planta—. Tengo que descubrir qué hechicería hay detrás del constructor. Fui un insensato al impulsar este pacto aún cuando podía entrever que nos ocultaba

algo. Pero ¿por qué no puedo detectarlo?

Ella se cruzó de brazos y miró hacia abajo. No le importaba lo que pensara su marido: no podía creer que Odín hubiera hecho tal cosa. Tampoco podía creer que Loki estuviera en peligro incluso si perdían a Freyja. Nadie estaría contento y sin duda lo rechazarían incluso más que ahora, pero el Padre de Todo no le daría de lado a su propia especie. Tuvo que existir alguna razón para la muerte de los esclavos, algo que sólo Odín sabía y que Loki confundió con un mirada o un gesto. Conocía lo suficiente a su marido como para saber que a menudo veía las cosas más descarnadas de como realmente eran.

Apartó ese pensamiento por el momento. Lo había visto lanzar las runas muchas veces y cada una de ellas había terminado frustrándolo, incapaz de encontrar nada sobre el maestro de obras. Se acercó a Loki, posando ligeramente una mano sobre su hombro.

—¿No has encontrado nada en las runas?

—Nada. —Pronunció aquella palabra como si fuera una maldición—. La brujería tras la que se esconde está más allá de mi habilidad de penetración. Si pudiera detectarla entonces quizá podríamos justificar la ruptura del trato, pero sin ese conocimiento, debe mantenerse. Y el muro está casi terminado: quedan semanas o días para que acabe.

Ella se inclinó, pasándole un brazo alrededor.

—Si se trata de hechicería, podrías consultar con aquellos que son expertos en esos asuntos.

Rompiendo el abrazo, volvió la cabeza para mirarla. Sabía a quiénes se refería.

—No acudiré a ellos.

—Pero los Vanir tienen acceso a magia que puede ayudarte a encontrar una respuesta. Es Freyja quien está en juego: ¿no estaría ella dispuesta a utilizar su poder para descubrir el secreto del constructor?

—¿No habrían acudido ya al Padre de Todo si tuvieran una respuesta? ¿Y si, de alguna manera, son ellos la causa de este problema?

Una mirada de inquietud cruzó el rostro de Sigyn.

—No crees que puedan estar confabulados con el constructor, ¿verdad?

No traicionarían a Asgard.

—¿Y por qué piensas eso, esposa? No han estado con nosotros lo suficiente como para olvidar que una vez fuimos enemigos, que una vez usaban su magia para matar a los Aesir.

—Pero ahora ellos también son Aesir: han sido aceptados por el Padre de Todo.

—O eso al menos les permite creer. ¿Por qué estás tan dispuesta a confiar en aquellos que mataron a tu familia?

Ella agachó la mirada.

—La guerra ha terminado, mi señor.

—Por ahora. ¿Puedes asegurar que no comenzará de nuevo? ¿Y qué venenos podrían propagar mientras permanecen aquí? ¿A qué planes están dando vueltas en este mismo momento, planes que significarán tal vez la muerte de todos los Aesir? ¿Por qué permitimos vivir al enemigo entre nosotros?

Ella mantuvo la cabeza baja y no respondió. Hubo unos instantes silenciosos donde todo lo que pudo oír fue el lento ritmo de su propia respiración.

Loki se apartó y no se volvió hacia ella cuando habló.

—No hay nadie aquí a quien pueda consultar. El Padre de Todo no revela lo que sabe sobre el presente o el futuro y no hay otros que posean la habilidad necesaria para ayudarme a descubrir el secreto de este artesano.

—¿Hay algún otro que pueda ayudar? ¿Alguien fuera de Asgard?

Se dio la vuelta para mirarla; los pensamientos ya se gestaban en su mente.

—Sí —dijo—. Por supuesto. —Atenuó su voz mientras contemplaba el vacío—. Ellas lo sabrán. ¿Por qué no se me ocurrió antes?

—¿Quiénes, mi señor?

Se acercó a la puerta y la abrió antes de hacer una pausa para volver la vista.

—Que los siervos preparen mi caballo: parto esta noche.

—¿Pero dónde, mi...? —Antes de que pudiera terminar la pregunta ya había atravesado la puerta. Le llegó la respuesta cuando se puso en marcha

para avisar a los siervos, y sus ojos se abrieron de par en par. Ellas lo sabrían, por supuesto. Tendrían la respuesta al problema. Pero sólo el Alto las había visto y revelaba poco de lo que sabía.

Se decía que vivían en el Pozo de Urd, un lugar lejos de Asgard. Incluso si Loki encontraba el camino hacia ellas, Sigyn no entendía por qué le iban a ayudar. Volvió a pensar en la historia acerca de Odín. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si el Alto tenía un lado que nunca antes había mostrado? Lo que podría depararle a su marido que Freyja se perdiera. De pronto sintió la desesperación caer sobre ella, se sentó en la cama, puso su cabeza entre las manos y sollozó en voz baja.

La sabiduría de Mímir

Nadie sabía del primer viaje de Freyja a Asgard. Usando su magia, se disfrazó de bruja y viajó a la tierra de los Aesir. Por primera vez en el salón de Odín indignó a los dioses hablándoles una y otra vez de cómo codiciaba el oro, de cómo lo necesitaba. No soportaban oír acerca de tales avaricias y por eso alzaron sus afiladas lanzas y la asaltaron.

Fue perforada por espadas y lanzas y flechas y luego la descuartizaron y arrojaron al fuego. Sentados junto al hogar, los Aesir se mostraron satisfechos por haber librado a los Nueve Mundos de su inmundicia. Por eso se sorprendieron cuando salió del fuego, entera e indemne.

Enojados, la atacaron y empujaron de nuevo a las llamas y, una vez más, ella salió ilesa. Finalmente, abandonó la sala y se dirigió de vuelta a Vanaheim, con una sonrisa en su rostro por los problemas que había causado.

Cuando los Vanir oyeron cómo la habían tratado los Aesir, reunieron sus armas y pronunciaron sus hechizos más poderosos, deseosos de vengar los insultos y las heridas de Freyja. Sentado en su trono, Odín podía ver todo lo que hacían los Vanir. Envió sus dos cuervos a los Aesir, con la orden de prepararse para la batalla.

Y así comenzó la primera guerra en el mundo.

Tras un largo conflicto, los dioses se cansaron de pelear y acordaron una tregua. Intercambiaron líderes como símbolo de buena fe: Frey y Freyja se marcharon a Asgard para vivir con los Aesir y se convirtieron en dos de sus

consejeros más queridos y de mayor confianza. Jamás descubrieron el papel de Freyja en el origen de la guerra. Por su parte, los Aesir enviaron al patilargo Honir y al sabio Mímir.

Los Vanir los apreciaron pronto porque, cuando estaban juntos, su consejo era eminente más allá de toda medida. Sin embargo, cuando estaban separados, no se podía contar con que las recomendaciones de Honir fueran tan capaces. Balbuceaba y no decía nada más profundo que «pensaremos en ello».

Los Vanir se sintieron engañados por los Aesir y pretendieron mostrar a los dioses lo que opinaban sobre aquel intercambio. Cayeron sobre el sabio Mímir cuando estaba solo, lo inmovilizaron y le cortaron la cabeza.

Odín la recogió y pronunció las runas sagradas para darle vida de nuevo. Está colocada en la cámara de adivinación para que el Alto la consulte siempre que tenga una necesidad acuciante. Mímir era sabio en vida, pero muerto lo es todavía más...

Capítulo cinco

Sobre sus rodillas reposaba la cabeza cortada de su amigo, con su propia mano apoyada encima. A pesar de tener los ojos abiertos, parecía inanimada. No había ni una chispa de conciencia, ni vapor en los orificios nasales, ni una mueca en la boca. Tenía una apariencia cerúlea que la hacía parecer casi irreal, aunque una inspección más cercana revelaba signos de que alguna vez había estado unida a un cuerpo.

Había recogido él mismo la cabeza después de que los Vanir la hubieran rebanado del tronco de Mímir. La dejaron en el Pozo de Urd a sabiendas de que allí la encontraría. Odín los había visto decapitar a su amigo innumerables veces en visiones, los había contemplado depositando la cabeza en el pozo, creyendo que con este acto de violencia hacia su sabio amigo iban a sorprenderle o enojarle, pero ignoraban que les había enviado a Mímir incluso después de haber tenido las visiones: conocía perfectamente lo que iba a pasar y acudió ese día al pozo sabiendo con exactitud lo que encontraría.

No le resultó difícil cantar las runas mientras embadurnaba la cabeza con hierbas sagradas, trayéndola de vuelta a la vida y devolviéndole el habla. Recordaba muy bien la mirada de su amigo cuando abrió los ojos y dijo sus primeras palabras, débiles y roncadas, aunque lo suficientemente claras para que Odín las entendiera. Se limitó a asentir una vez y luego metió la cabeza de su amigo en un saco y regresó con ella a Asgard. Incluso ahora, las primeras palabras de Mímir resonaban de nuevo en su interior como símbolos

de su maldición y responsabilidad. Había dicho: «*Lo sabías*».

—¿Dónde está ahora Loki? —dijo Odín.

Los ojos se movieron ligeramente sin que parecieran estar viendo nada. Eran los ojos de un ciego. La boca se abría y cerraba, como un pez boqueando en busca de aire. Odín se inclinó, acercándose.

—*Está planeando...* —dijo la cabeza de Mímir en un susurro como el del viento.

—¿Qué planea?

De nuevo la boca abierta, los ojos más centrados, observando a su alrededor y captando su limitada perspectiva.

—*Un viaje...*

Odín suspiró impaciente. La cabeza de Mímir era siempre así: su distanciamiento de los Nueve Mundos le permitía contemplar cosas que ni siquiera él veía, aunque jamás era sencilla o directa. Hablaba con acertijos y pistas, a menudo haciendo tedioso obtener algo de ella. Odín se preguntó si ésta era la minúscula manera que tenía de vengarse de él. No podía sin embargo negarse a responder por completo, pues las runas le obligaban.

—¿A las Normas?

—*Sí...*

Odín asintió. Era satisfactorio confirmar su visión, dado que también él lo había visto. Se puso en pie y acunó la cabeza mientras caminaba hacia un pedestal de la cámara. La depositó sobre el pedestal y contempló el cielo nocturno. Aunque fuera era de día, allí dentro siempre era de noche y se podía ver el cielo lleno de estrellas cuando se alzaba la vista.

Volvió a bajar la mirada hacia Mímir.

—¿Qué le dirán?

—*Nada... y todo...*

—Les preguntará por el constructor. ¿Qué le dirán?

—*Ellos comparten... la misma... chispa...*

—¿Van a decirle eso?

—*No... Lo... averiguará...*

—¿Le dirán qué es el artesano?

—*Ellos son... uno y... el mismo...*

Odín entrecerró los ojos.

—No le dirán eso.

—Sí... *y no...*

El Alto alzó de nuevo la vista hacia el cielo nocturno. Se decía que las estrellas eran las pavesas de las llamas de Muspelheim, ese reino ardiente situado en la periferia de los Nueve Mundos. Él las había colocado allí mismo, parte de la creación de los Nueve Lugares, o eso decía la historia. No recordaba haber hecho tal cosa. Era difícil acordarse de acontecimientos que sucedieron hace mucho, sobre todo porque viajaba siempre a la deriva, adelante y atrás en el tiempo.

Los sucesos que había puesto en marcha cuando aceptó la oferta del constructor le preocupaban aún cuando era consciente de su necesidad. Él era el Padre de Todo y lo había sido durante tanto tiempo que apenas podía recordar una época en la que no lo llamaran así. Los Aesir acudían a él en busca de orientación y siempre estaba allí para ofrecerla. Y sin embargo, aunque no lo sabían, era su enemigo. De hecho tal vez nunca lo llegaron a saber, aunque quizá lo sospecharan cuando ordenara a los ejércitos de los Aesir situados más allá de las murallas que hicieran frente a las huestes masivas que caerían sobre ellos.

Aunque tal vez no. Estaban tan acostumbrados a la infalible sabiduría del Padre de Todo que la mayoría sería reacia incluso a cuestionar una decisión tan cuestionable. Tiene que haber una razón, dirían. Hay una estrategia que sólo el Alto conoce. Había una razón, por supuesto, pero nunca la explicaría. Y si lo hiciera, ninguno de ellos la entendería.

No necesitaba que lo comprendieran. Sus actos eran una traición. No, pensó: son una traición necesaria. Era irónico que encontraran engaño y deslealtad en cada gesto y en cada palabra de Loki y que lo fueran a condenar por sus actos, cuando no era más que una herramienta para el Alto. Él era en verdad su mayor enemigo. Sin embargo, sólo unos pocos se darían cuenta en algún momento. Los demás estarían muertos.

Yggdrasil, el Árbol del Mundo, se elevaba sobre toda la creación. Sus raíces

conducían a las regiones más alejadas de Niflheim, hasta las entrañas de Hel. Invisible para los mortales que no podían percibir su magnitud, se levantaba a través de Midgard y cruzaba el plano celestial en el que se asentaba Asgard. Sus ramas se extendían a lo largo de los Nueve Lugares. Era el alma de la creación. Yggdrasil estaba allí antes de que el gigante de hielo Ymir fuera asesinado y descuartizado, antes de que su cuerpo se convirtiera en la tierra, los árboles y el cielo. Estaba allí incluso antes de que el cuerpo de Ymir se formara a partir de un bloque de hielo congelado. Yggdrasil siempre había sido. Y siempre sería.

Loki lo había visto una vez y quedó abrumado por su tamaño y majestuosidad. Sucedió muchos años atrás, antes de las guerras, mientras buscaba en el horizonte algo largamente olvidado. Al ponerse el sol entrecerró los ojos contra sus rayos y por un breve momento vislumbró la enormidad del Árbol del Mundo. Sus ramas se extendían y se elevaban lejos del alcance de su vista y su tronco se hundía más allá de Midgard. Durante el más breve de los instantes, Loki había sentido su imponente presencia como una parte fundamental de la creación, como un ser vivo, y aunque aquella visión se había desvanecido con los años, la sensación que lo había embargado había quedado tan arraigada como cuando la experimentó por primera vez.

Esa sensación lo guiaba hacia Yggdrasil incluso ahora que esperaba encontrar a las Nornas. Ellas conocerían al constructor. No estaba convencido en absoluto de que le fueran a revelar nada, pero sus propios cantos rúnicos habían sido infructuosos y no confiaba en que Frey o Freyja le dijeran algo de valor.

Inmerso en sus pensamientos, el árbol pareció llegar a él de golpe.

Todo estaba oscuro, pero no con la oscuridad del anochecer. No hacía tanto frío como para que fuera de noche y, al mirar al cielo, vio la luz del sol desesperada, tratando de perforar las enmarañadas y entrelazadas ramas del árbol. Estaba a la sombra de Yggdrasil, aunque era extraño que no lo hubiera visto a lo lejos antes de toparse repentinamente con él.

Pese a su masa, Yggdrasil no tenía una apariencia verdaderamente sólida. A veces se podía ver a través de él y el árbol alternaba entre corpóreo e

incorpóreo, apareciendo y desapareciendo como si no pudiera decidir si quería o no existir. Loki se sentía como imaginaba que se sentiría un mosquito al pie de una montaña: ni siquiera era capaz de comprender su inmensidad, pero percibía las oleadas de poder y vida que emanaban de él.

El grano de la madera expuesta donde la corteza estaba rasgada era más ancho que las puertas principales de Asgard, y también era profundo. Podía caminar por él y seguir un camino hacia el propio Yggdrasil. Pese a su apariencia se notaba recio y los dedos se estremecían cuando lo tocaban, como si estuviera liberando energía. Loki entró en el árbol, hundiéndose en las profundidades de la cosa más grande y antigua que jamás haya existido.

Estaba sumido en la oscuridad y había perdido todo sentido de la orientación y del paso del tiempo. Más allá de sí mismo, lo único de lo que tenía conciencia era una presencia opresiva que permeaba su cuerpo como un latido profundo y zumbante, la conciencia de un ser que había existido desde los albores del tiempo, que crecía y amenazaba con abrumarle al saturar cada uno de sus sentidos hasta el punto de no poder decir dónde terminaba él y dónde comenzaba la entidad.

Y de repente, se fue.

No sabía cuánto había pasado mientras flotaba en la nada, pero parecía como si el tiempo se hubiera suspendido. Un instante había durado una eternidad. Trabajosamente, se obligó a centrarse en su labor y a olvidarse de la conciencia ubicua de Yggdrasil, apartándola de su mente. No fue tan difícil como había pensado, pues al ponerse en pie descubrió que los recuerdos y los sentimientos se desvanecían tan rápidamente como si fueran sueños.

Trató de percibir su entorno mientras se diluían los últimos vestigios de la experiencia. Estaba en la entrada de una enorme caverna. Miró al cielo y vio estrellas brillantes salpicando el paisaje. Se preguntó si todavía estaría en el interior del árbol o si habría sido arrastrado a otro lugar. El suelo estaba cubierto por una fina niebla que lentamente se arremolinaba alrededor de un distante punto central, pero cuando caminaba a través de ella era espesa y apenas giraba. Al acercarse al centro vio que la niebla surgía de un gran

agujero que se extendía a ambos lados a la distancia de un tiro de piedra. Le rodeaban voces susurrantes. Un paso más cerca comprendió que era el Pozo de Urd. Al asomarse por el cortado, sus ojos no pudieron penetrar sus profundidades.

Las voces eran débiles e intangibles, un revoltijo de palabras y frases apenas reconocibles, entre las que captaba ocasionalmente fragmentos familiares. Había en las voces tonos y emociones distintas: podía escuchar el dolor y la confusión, la alegría y el éxtasis, la ira y la furia. Miró alrededor. No vio a nadie. Bordeó el pozo con cuidado.

Hizo una pausa cuando la niebla se agitó. Frente a él se alzaron despacio unos zarcillos que formaron la forma vagamente humana de una mujer fantasmal, insustancial e incompleta, con vínculos tenues o sólo sugeridos entre las partes del cuerpo. A cada lado se alzó una figura semejante.

—Hijo del caos...

—Heraldo del crepúsculo...

—Ladrón de tiempo...

Abrieron la boca para hablar, pero sus voces nacían a la vez de todas partes, haciendo vibrar toda la caverna. Sus formas se desplazaban a medida que le hablaban, plegándose sobre sí mismas y cambiando de aspecto.

Entrecerró los ojos. No entendía sus alusiones, aunque era evidente que se dirigían a él. Le intrigaban pese a todo aquellos epítetos, y se preguntó qué sentido tendrían. Pero los ignoró, pues estaba allí para encontrar una respuesta al problema del constructor, no para descifrar los enigmas de aquellas criaturas.

—¿Sois las Nornas? —preguntó.

Las formas se arremolinaron y mezclaron en una sola, que se derrumbó, haciéndose niebla a sus pies. Una brisa fresca sopló por su nuca y cuando se dio la vuelta vio justo detrás a otra figura de niebla con la mano extendida. Lo que sentía no era exactamente miedo, pero había algo en ese lugar y en aquellos seres que agitaba el temor en su interior.

—*Somos lo que ha sobrevenido...*

—*lo que está sucediendo...*

—*lo que tiene que ocurrir...*

—*Destino...*

—*Ser...*

—*Necesidad...*

Las mujeres de niebla se derrumbaron de nuevo. Loki miró alrededor de la caverna y vio zarcillos formándose en tres lugares diferentes.

—Yo soy Loki, de...

—*Sabemos...*

—*quién eres...*

—*Loki de Asgard...*

Estaba inquieto, pero satisfecho al menos de haberlas encontrado y de que le hablaran. Se había preguntado más de una vez si unos seres como aquellos se dirigirían a él. Su necesidad de encontrar una respuesta al enigma del constructor le había impulsado, a pesar de la incertidumbre.

—Debéis saber entonces por qué estoy aquí.

—*El...*

—*maestro...*

—*de obras...*

—¿Me diréis bajo qué hechicería se escuda? ¿Puede romperse el pacto?

Se hizo el silencio mientras las brumas se alzaban de nuevo en otra parte de la cámara.

—*El constructor...*

—*no completará...*

—*la muralla...*

Se sorprendió: las Nornas lo sabían todo, o al menos eso se decía. Necesitaba saber más.

—¿Cómo será detenido sin romper el trato?

—*A él...*

—*se le usurpará...*

—*su recompensa...*

—*pero a ti...*

—*se te usurpará...*

—*mucho más...*

Entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis decir?

—*Contempla...*

—*el...*

—*pozo...*

Se volvió despacio, curioso, apartando la mirada de ellas con desconfianza. Al principio no vio nada bajo la turbulentas neblinas del pozo. Pero más allá de la oscuridad comenzó a ver formas y colores que representaban una escena.

La niebla comenzó a componer criaturas: unas con múltiples extremidades; otras medio vivas y medio muertas; bestias mitad hombre; una criatura con un rostro de fuego negro; una cabeza sin cuerpo con un solo ojo y serpientes con largos colmillos que goteaban veneno.

—¿Qué es esto que me enseñáis?

—*Los monstruos...*

—*surgirán...*

—*de ti...*

Notó la impaciencia en su pecho.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—*Perteneces a dos...*

—*mundos y eso será...*

—*tu perdición...*

—*pero...*

—*también...*

—*tu fortaleza...*

Una figura neblinosa se formó junto a él y apuntó al pozo. Loki se asomó otra vez: los monstruos habían desaparecido. En su lugar, las brumas enturbiaban el fondo y dibujaban algo nuevo.

Se esculpió un árbol y luego otro y otro hasta que apareció un huerto entero de árboles en las brumas del pozo. Eran abundantes, estaban cargados de fruta madura. Poco a poco, comenzaron a cambiar y ajarse. Sus largas ramas se convirtieron en brazos marchitos con dedos largos y frágiles; su corteza se volvió áspera y arrugada como la piel de la vejez; se encogieron bajo el peso de una larga vida que los encorbaba hasta acercarlos al suelo; sus

orificios se transformaron en cuencas abiertas y vacías que lo habían visto todo y que ahora no sabían nada. En vez de un gran huerto, ahora parecía un bosque andante de cadáveres, muertos en todo salvo en el nombre.

—*Quitarás...*

—*y repondrás...*

—*vida, sólo para...*

—*quitarla...*

—*de nuevo...*

—*una vez más...*

La escena cambió. Un rostro sin ojos le encaraba. Sostenía un cuenco con unas manos blancas; el resto de su cuerpo siguió formándose. El cuenco estaba vacío, pero poco a poco empezó a llenarse con un líquido rojo oscuro. Las manos lo dejaron caer y el líquido salpicó y manchó primero a docenas de sombrías figuras cercanas para extenderse después al resto de figuras hasta abarcarlas a todas. Empezaron a fundirse con el suelo hasta que lo único que pudo verse fue un estanque rojizo que se volvió más claro. El estanque se aclaró y apareció un pequeño pez que nadaba rápidamente a través del agua, como si intentara escapar de algo. Docenas de manos captoras se arrojaron de repente al agua y el pez se precipitó lejos de ellas. Pero allí donde nadaba había más manos que se lanzaban sobre él como dardos hasta que finalmente fue atrapado. Las manos se abalanzaron sobre el pez y éste desapareció en medio de un amorfo montón de carne que lo consumió.

—*Padre de los muertos...*

—*Acarreador de la llama...*

—*Portador de máscaras...*

Las Nornas coreaban mientras sus formas vacilaban ante él.

—*Matarás...*

—*lo que no puede...*

—*matarse...*

—*Serás el heraldo...*

—*de la destrucción...*

—*y el renacimiento...*

—¿Por qué me mostráis estas escenas? —dijo, apretando los puños.

«¿Cómo van a ayudarme a detener la reconstrucción de la muralla? ¿Por qué perder el tiempo con enigmas y profecías?», pensó. «Mientras yo malgasto las jornadas aquí, la muralla está a punto de terminarse».

No contestaron. La escena del pozo, sin embargo, cambió otra vez. Loki se vio a sí mismo, brumoso e insustancial, y tenía unas figuras minúsculas a sus pies. A medida que el Loki de niebla se inclinaba para mirar más de cerca a los pequeños hombres, sus brazos comenzaron a alterarse: se hicieron más largos y sinuosos y revelaron escamas. Sus dedos se fusionaron y sus manos se convirtieron en cabezas con ojos rasgados mientras que unas lenguas viperinas chasqueaban de continuo dentro de unas fauces llenas de colmillos.

El Loki de niebla retrocedió horrorizado al ver en qué se habían convertido sus brazos, pero cuando abrió la boca de par en par, los dientes comenzaron a crecerle y se afilaron mientras la mandíbula y la nariz se le alargaban. Sus orejas se volvieron puntiagudas y le brotó pelo negro de su rostro lupino. Sus piernas se atrofiaron: vio cómo su piel se arrugaba y ennegrecía y cómo los huesos casi le sobresalían mientras la carne se pudría, atrayendo a las moscas.

Su imagen comenzó a arder, elevando hilos de humo, hasta que al fin estalló en llamas. Agitó los brazos salvajemente como si le doliera y cuando miró la escena más de cerca, le pareció por su expresión que su rostro hecho de niebla estaba casi... satisfecho.

Las llamas se extendieron y consumieron a todas las figuras que tenía a sus pies. Una agarró un martillo; otra, una lanza. Vio poco más, pues los pequeños hombres se convirtieron en cenizas. El fuego continuó propagándose hasta que toda la escena fue sólo fuego que ardía con tal intensidad que tuvo que apartar la vista. Al volver a mirar, la imagen había desaparecido. Regresaron de nuevo el remolino de niebla y la nada.

—*La respuesta...*

—*está...*

—*dentro de ti...*

Las miró, curioso y molesto a la vez. Le habían mostrado algo del futuro, estaba seguro, pero no sabía qué hacer con ello. ¿Le era de utilidad alguna de aquellas escenas?

—¿Qué respuestas? No he visto nada salvo imágenes de horror. No me habéis mostrado nada de la brujería que enmascara al artesano.

—Tú...

—serás...

—madre y...

—padre para...

—tu...

—respuesta...

—Eres a la vez...

—uno...

—y muchos...

—Habláis con acertijos. —Había perdido la paciencia. ¿De qué servía viajar aquí cuando todo lo que ofrecían eran imágenes vagas y sugerencias acerca de lo que podría llegar a ser?—. Si no me vais a decir nada útil, he terminado con vosotras. —Dio la espalda al pozo y comenzó a alejarse, de vuelta hacia donde se había encontrado en el suelo. Sólo le dedicó un instante de reflexión a cómo podría salir de ese lugar.

—Astuto...

—Embaucador...

—Viajero del cielo...

Se detuvo y se volvió. Sólo quedaba una figura de niebla, que se intuía femenina, con tres cabezas que hablaban al unísono.

—*Busca al maestro de obras. Sois uno y el mismo.*

La mujer de niebla se derrumbó sobre sí y no se levantó. Loki esperó. Ni las figuras volvieron, ni las voces le hablaron más. A excepción del flujo continuo de niebla, nada se movió en el Pozo de Urd. Se dio la vuelta con una frustración que le roía el borde de la mente, únicamente para verse empujado de nuevo a la negra nada de Yggdrasil.

Capítulo seis

De vuelta a Asgard, las palabras de las Nornas bailaban al filo de sus pensamientos. Una vez fuera del árbol había encontrado a su caballo donde lo había dejado, casi como si hubieran pasado sólo unos minutos desde que vio al animal. Lo espoleó de nuevo hacia las torres de Asgard, reflexionando continuamente sobre lo que las Nornas habían revelado —no mucho— y más aún sobre lo que habían insinuado.

Le habían llamado hijo del caos, heraldo del crepúsculo, ladrón de tiempo. No sabía lo que aquello significaba y sin embargo estaba seguro de que significaba algo. Podría haber inventado mil explicaciones para esos epítetos sin llegar a saber lo que querían decir realmente. *Los monstruos surgirán de ti... Pertenece a dos mundos... La respuesta está dentro de ti.*

No era lo suficientemente temerario como para ignorar sus adivinanzas, pero decidió que no podía perseguirlas mientras la amenaza del constructor pendiera sobre su cabeza. Algo de lo que habían dicho parecía ser más relevante para el problema en cuestión, mientras que el resto se refería a cosas lejanas: *serás padre y madre para tu respuesta.* Allí había una pizca de verdad, si tan sólo pudiera tirar de ella. Esperaba que le llegara una revelación cuando hubiera regresado a Asgard. Buscaría al constructor, como le habían dicho. *Sois uno y el mismo.* Cuando lo encontrara tal vez entendiera lo que aquello significaba.

El viaje fue rápido. Su montura se había repuesto por completo mientras pastaba la hierba a los pies de Yggdrasil y galopó sin queja ni descanso

durante casi un día, al final del cual Asgard se mostró en la distancia. Había poco tiempo: en unos días las murallas estarían finalizadas y todavía no tenía ni idea de lo que iba a hacer.

Loki desmontó y dejó que su caballo descansara un momento. La bestia no parecía necesitarlo, pero aquello le daba la oportunidad de elucubrar y considerar sus alternativas —o de preocuparse por la falta de ellas— antes de volver. Las Normas no le habían ofrecido ninguna solución para detener al constructor. Tal vez su destino era completar la reconstrucción y reclamar a Freyja, enviando así a los Aesir por un camino distinto al que ahora seguían. Si así fuera, bien podría suceder que la línea de su vida, tallada en Yggdrasil, fuera muy corta. Era ciertamente posible que lo asesinaran como condena por la esclavitud de Freyja. Todo lo que se requeriría era que Odín lo permitiera, o que no lo prohibiera. Podía imaginar con facilidad la determinación de Frey para castigar su ofensa. Dudaba que pudiera vencerlo en combate.

Un estruendo lejano lo sacudió de sus pensamientos. La familiar nube de polvo que nacía del avance del constructor se encaminó hacia una cantera lejos de Asgard. Loki estaba más próximo a ella que el artesano y pensó que podía llegar a tiempo para observar cómo trabajaba. Era posible que allí, lejos de la ciudad y antes de que fuera demasiado tarde, pudiera encontrar un punto débil. Subió a su montura y se alejó a toda velocidad.

La cantera, una cuenca profunda al borde de un frondoso bosquecillo de árboles centenarios que tenía forma de medialuna, estaba cubierta por lo que una vez fueron trozos de rocas irregulares que habían sido talladas por el cincel del constructor hasta formar enormes bloques. Quedaban algunos peñascos que el constructor utilizaría sin duda para reconstruir la muralla.

Loki condujo su caballo hasta el bosquecillo y se adentró en él para encontrar un lugar desde donde observar sin ser visto. Desmontó y dejó que su montura pastara mientras él se aproximaba a la cantera.

Divisó por el polvo la estela de la montura del constructor antes de que apareciera el propio caballo. Su velocidad era increíble. Se hizo visible por completo un momento después de que lo localizara. Era un corcel robusto con manchas grises, una larga melena plateada y una fina capa de sudor que cubría su cuerpo. A medida que se acercaba, Loki vio al constructor

encaramado a la red que arrastraba la bestia.

Su aspecto no había cambiado: grande, con brazos poderosos y hombros anchos. Era perfecto para un trabajo pesado como aquél. Loki sintió de nuevo la magia que lo envolvía, un matiz indefinido. Cada uno de sus movimientos estaba minúsculamente desplazado, como si fuera una sombra de sí mismo.

Mientras Loki le observaba, el constructor tomó unas enormes herramientas de su carro y se adentró en la cantera. Se acercó a una roca que le doblaba en altura y comenzó a tallarla con golpes rápidos y precisos de su martillo. Sus manos se desplazaban más deprisa de lo que Loki era capaz de seguir. En pocos minutos había terminado el cincelado de un bloque cuadrado casi perfecto. Se dirigió a otra roca y repitió el proceso. Las astillas de piedra volaban a la vez que los golpes levantaban un polvo que flotaba en el aire.

Tras verlo trabajar rápidamente roca tras roca, apenas se preguntó cómo era capaz de transportar los bloques por la ladera de la cantera; estaba seguro de que le bastaba con recogerlos —tonelada sobre tonelada— y llevarlos hasta la cima de la ladera, dejándolos caer en la red para que su caballo los acarreará. También abandonó cualquier idea que pudiera haber albergado de atacar al constructor: aparte de la ruptura del trato, lo que verdaderamente detuvo su mano era la absoluta certeza de que nunca sobreviviría para golpearlo una segunda vez en caso de ser tan necio como para atacarle.

Loki notó cómo, a medida que observaba al maestro de obras, su contorno se modificaba sutilmente. Un momento no parecía ser más alto que Loki y al siguiente competía con Thor en altura. Aparentemente, sus brazos se extendían cuando amartillaban las piedras y también se volvían numerosos, como si espicara a varios hombres mientras percutían acelerados con el martillo. Debía tratarse de una ilusión óptica, un veloz movimiento de los golpes de martillo que le daba el aspecto de tener más de dos brazos. Era desconcertante.

Extrañamente, sintió una afinidad con el constructor mientras le observaba. Sus secretos estaban siendo revelados y él, a su vez, se sentía distinto, como si estuviera empezando a conectar con algo que existía en su interior. No estaba seguro de poder identificarlo, pero su sensación era que

sabía más, que veía cosas ocultas que los demás no podían percibir.

La respuesta está en ti, le habían dicho las Nornas. Algo de su propia naturaleza se descubría al contemplar al constructor. Algo que fluía. Notaba su piel como una prisión, como algo que intentaba evitar... ¿qué? No estaba seguro. Sólo sabía que algún secreto guardado en su interior se encontraba al borde de la liberación. El constructor no era lo que parecía ser. De repente sintió que, para él, eso también era cierto. *Sois uno y el mismo*, le habían dicho.

El constructor acabaría pronto con las rocas. Cuando las cargara, regresaría a Asgard para continuar con la reconstrucción, y tendría que dar otro viaje a la cantera. Si Loki no actuaba pronto, todo estaría perdido. Al ver el caballo del constructor una vez más, maldijo en silencio la condición del acuerdo que le permitía el uso de la bestia. Si se hubiera vetado tan sólo esa cláusula, seguramente el constructor no habría llegado hasta allí.

Al examinar el caballo, comenzó a ver como él veía. Sintió cómo calibraba sutilmente el equilibrio midiendo cada paso al instante, incluso al apoyar los cascos. Percibió la manera en que el animal interpretaba su entorno: los peligros ocultos en un grupo de árboles o las llanuras abiertas, llenas de brotes altos para sustentar la vida; su poder; su fuerza; la sensación del viento agitando su melena en el galope.

Algo se agitó en su interior y gradualmente empezó a comprender el mensaje de las Nornas. Estudió al constructor y se sorprendió al detectar su verdadera forma. Entendió atónito cómo había reconstruido gran parte de la muralla en un plazo tan breve. Sin embargo, incluso si sentía asco y repugnancia ante la verdadera naturaleza del maestro de obras, también comprendió al fin por qué había reparado en su magia cuando nadie más lo había hecho.

No lo habría creído si las Nornas sólo se lo hubieran contado, y ellas debían saberlo. En cambio, lo único que podían hacer era aludir a su verdadera esencia, a una naturaleza que podía descubrir gracias a un monstruo que se hacía pasar por un simple maestro de obras. El hallazgo le asombró, aunque lo aceptó como verdadero. Su ascendencia provenía de otro lugar y no podía negarlo ahora que la sentía reafirmando en su interior. *Sois*

uno y el mismo.

Le turbaron las consecuencias de aquello. Toda su vida —milenios dedicado a Asgard— era falsa. En verdad no era más Aesir que el constructor, y la idea le asqueó aún cuando la asumía como cierta.

Contuvo su repulsión a la vez que tramaba alguna forma de emplear su nuevo conocimiento. Podía no ser un auténtico Aesir, pero eso era algo que todavía podía mantenerse oculto. No tendrían que saberlo: lo más probable es que lo mataran si lo supieran. El mero hecho de conocer su verdadera naturaleza no cambiaría quién era ni a quién servía. Era una patraña proseguir como hasta ahora, pero no le importaba, pues una mentira que nunca se contaba no existía de verdad. Lo cierto era que, incluso ahora, él servía al Alto por encima de todo, y las circunstancias acerca de su auténtica ascendencia carecían de importancia.

La respuesta le llegó cuando giró la mirada hacia el caballo. El animal había permitido llegar más lejos al constructor en la reconstrucción de lo que hubiera sido capaz de lograr solo. No podría completarla sin aquella bestia.

—El maestro de obras no terminará la muralla —pensó.

Su artimaña no hubiera sido posible sin los consejos de las Nornas y la revelación de su verdadero ser. No disfrutaría con aquello, aunque evitaría la reconstrucción, salvaría a Freyja y no tendría que lidiar con los macabros einherjar o con los enojados asgardianos con otra fuerza que la de su ingenio. Se sacrificaría una vez más por los lazos que le unían con el Padre de Todo.

Al notar el cambio en su forma se preguntó si no era más honorable para él hacer aquello conociendo quién era en realidad. También le produjo más satisfacción saber que ninguno de los Aesir se sacrificaría así. Ellos harían rechinar sus espadas y gritarían con furia a los cielos, pero no se someterían a lo que había planeado ni le agradecerían su sacrificio si supieran de él. Todo lo que tenían que saber era que él había impedido que las murallas se alzaran de nuevo. Aunque recelaran, no podían dejar de honrarlo por su servicio.

El caballo del constructor se fijó en él por primera vez y Loki se adentró profundamente en el bosquecillo. Sintió que su forma cambiaba mientras los árboles lo envolvían. La transformación se completaría pronto, y el caballo lo seguiría.

El constructor dio los toques finales a la última roca y guardó las herramientas en su cinturón. Abarcó la enorme piedra extendiendo sus brazos cuanto pudo y la izó con la sencillez con la que un niño levanta un bloque de juguete.

Caminó por la falda de la cantera y dejó caer la piedra sobre la red antes de darse cuenta. Su montura se había marchado. El arnés estaba suelto en la tierra donde el caballo se hallaba unos minutos atrás.

La incredulidad se convirtió rápidamente en ira. Apretó los puños en los costados y sintió que se transformaba al permitir que el caos actuara, pero se contuvo de prisa. Se obligó a enfriar su temperamento y a reflexionar sobre lo que había ocurrido.

Examinó el arnés. Lo habían cortado bastante. No era la labor de una espada, sino que los bordes estaban mellados como si se hubieran mordido. Se los acercó al rostro. Los cortes eran desiguales y a su alrededor el cuero era frágil. Soltó el arnés y su ira fue de nuevo en aumento. La bestia había masticado el arnés y luego había tirado de él hasta romperlo. Le había traicionado. ¿Por qué?

Trató de seguir sus huellas, pero el camino estaba demasiado seco y duro. Había pocas marcas de pezuñas y, de todos modos, no era un rastreador. Pensó que las huellas podían conducir a los árboles y que si su caballo había seguido ese camino, las posibilidades de encontrarlo eran escasas. Y el tiempo corría.

Tragándose la rabia ante aquel imprevisto, se convenció de que no podía perder el tiempo buscando a un caballo que era poco probable que encontrara. Si la bestia quería volver, lo haría. Si no, bien podía estar a millas de distancia. Enojado, el constructor siguió cargando piedras en la red.

Como antes, tardó poco en llenarla. Agarró lo que quedaba de los arneses y los sostuvo por encima de su hombro. Clavando los talones, empezó a tirar de la red, cargada con docenas de bloques, hacia el último tramo inconcluso de muralla.

El peso no suponía un problema, pero no era capaz de avanzar a la

velocidad de su montura. A lo sumo, podía moverse tan deprisa como un caballo normal, lo que no se acercaba en absoluto al paso de su cabalgadura. Se obligó a desplazarse más rápido, pero incluso a ese ritmo vertiginoso sabía que no terminaría el trabajo antes de la fecha límite.

Durante los tres días siguientes, el constructor hizo caso omiso a la imposibilidad de completar la tarea y no se detuvo a tomar aliento, sino que simplemente talló piedras, arrastró su carga y la apiló sobre un muro casi completado. Su impresionante velocidad y su resistencia imposible no fueron suficientes para acabar la tarea. Vio cómo se ponía el sol del último día mientras arrastraba en vano esa última carga por las puertas de Asgard. No había cumplido el trato.

Continuó tirando del cargamento hasta la muralla. No estaba seguro de si se trataba de un acto de desafío o si simplemente se negaba a dejar sin entregar esa remesa final. Arrastró los bloques hasta la última sección sin terminar de la muralla y soltó el arnés. Volvió a mirar las decenas de bloques que yacían inertes. Habría terminado la pared con ésta y una o dos cargas más, otro día de trabajo a lo sumo. No importaba. El sol se había puesto y el lapso para completar la obra había expirado.

Las calles estaban llenas de observadores que cubrían sus rostros con sonrisitas insolentes mientras él caminaba hacia Gladsheim. Todos conocían el pacto y todos sabían que no había podido cumplirlo. A su paso escuchaba sus risas, sus alardes, sus burlas. Dejó escapar la rabia que había estado conteniendo desde la pérdida de su caballo desaparecido y ésta siguió aumentando a cada paso. La certeza de que habría terminado si su animal no le hubiera abandonado era como un puñal en las entrañas.

Cada vez estaba más seguro de que había traición en aquel acto. ¿Por qué si no se iba a marchar la bestia cuando la tarea estaba tan cerca de terminar? Se había liberado por su propia voluntad: ¿qué lo había incitado a hacerlo? Nunca antes había fallado a su dueño. Sabía que era por algo que habían hecho los Aesir; le habían privado de su recompensa.

Escupió en el polvo ante ese pensamiento. Se enorgullecían de su «honor», pero ¿qué honor había en el robo cobarde de una bestia de carga, simplemente porque no podían soportar perder un trato? Proclamaban la

honestidad de su palabra, pero eran todo trampas y engaños: cumplían un acuerdo cuando les convenía y planeaban tretas turbias cuando no.

Sintió un tumulto en su interior, un cambio de energía. Había ocultado algo desde que partió para Asgard. Ni siquiera sabía que lo tenía dentro antes de visitar a Thiazi, pero el brujo se lo había liberado, mostrándole después cómo esconderlo para que ni el guardián de Bifrost descubriera la verdad. Ahora todos la verían, daría rienda suelta a su furia y haría caer la ciudad sobre ellos. Si no podía tener a Freyja, entonces aplastaría a todos los Aesir bajo sus talones.

Llegó a Gladsheim e hizo una pausa para tomar aliento. Al aumentar su ira, se desvanecía la fuerza de voluntad que había empleado para evitar que su energía caótica rebosara. Ya veía las cosas de manera diferente. Gladsheim parecía más pequeño, más vulnerable. Notaba su mente más sombría, como si le costara más expresar los pensamientos y las ideas que antes tenía. Sin embargo no se sentía embotado, sino más salvaje, como si algo se hubiera destapado y ahora fluyera con libertad.

Gladsheim se levantaba ante él. La última vez había estado allí con una propuesta. Entonces, en lugar de miedo había sentido admiración por aquellos poderosos enemigos: no había tomado a la ligera su sitio en medio de los dioses de Asgard. Sabía que lo atacarían si supieran lo que era en realidad, pero si había engañado a Heimdall, nadie más lo descubriría. Y a pesar de que era un enemigo acérrimo, habrían cumplido el pacto si hubiera reconstruido las murallas, más fuertes y mejores que las anteriores.

Esta vez no llevaba una propuesta.

Abrió las enormes puertas de madera de Gladsheim. El mismo portón de entrada que la vez anterior sobresalía varias alturas por encima de él ahora le raspaba la cabeza.

Como ya sabía, los Aesir estaban reunidos. Se rieron al verle y sintió hervir su sangre. Sentía una comezón en los costados y notaba como si algo estuviera tratando de escarbar para salir de su torso. Le fallaban las piernas. Cada movimiento era más difícil de dar que el anterior. Liberó el caos, sintiendo deslizarse la hechicería como una segunda piel. Los Aesir se volvieron más y más repugnantes a cada paso. No veía figuras poderosas con

malla brillante, sino enanos deformes con cabezas pequeñas y manos diminutas demasiado insignificantes para sus cuerpos.

Había uno en la entrada de la sala. El constructor no podía recordar su nombre —sus recuerdos se oscurecían deprisa y los sustituía una rabia amarga—, pero lo reconoció por su único ojo y su larga barba. Era alto y tenía una lanza, pero era tan enjuto que un viento fuerte podría derribarlo. Habló y el constructor tuvo dificultades para entender las palabras. El tuerto arrojó una bolsa a sus pies. Su contenido se derramó. Bajó la mirada hacia los círculos amarillos que brillaban en el suelo y se preguntó qué pensaba el tuerto que debía hacer con esos inútiles objetos.

Escuchó cómo al crecer su propia ropa se desgarraba. Sintió expandirse su cráneo. De su torso nacieron sangrientamente nuevos brazos y pisó el suelo bajo nuevas piernas situadas junto a las antiguas. Le estimulaba la sensación de frío de la piedra en sus recién germinados pies descalzos, y una sonrisa se dibujó en su rostro deforme. Le satisfizo ver cómo se borraban las miradas petulantes de aquellas caras mientras su propia cabeza presionaba la madera y la pizarra del techo. El sonido de ambas partiéndose y desgarrándose estuvo acompañado por la entrada de aire nocturno y de la iluminación de la luz de la luna sobre el polvo que caía a su alrededor. Las pequeñas criaturas continuaban disminuyendo. Sus rostros mostraban alarma y sus manos agarraban sus minúsculas armas.

Sintió que el caos terminó de transformarlo en la esencia de lo que era y tuvo dos pensamientos abrumadores. Vio a aquella por la que había venido, a la que había deseado, y sufrió un ardor que lo atravesaba: todavía la tendría. Su segundo pensamiento fue aplastar los huesos de las pequeñas y asquerosas criaturas que lo rodeaban y golpear su carne hasta que no fueran más que manchas rojas en el suelo. A lo lejos se oyó sonar un cuerno, pero su sangre, turbia de ira, lo vació pronto de todo significado. Avanzó a por las cosas diminutas a su alrededor.

Capítulo siete

Heimdall pudo oír que algo andaba mal. No era la reconstrucción de la muralla; eso había acabado. Desde la llegada del maestro de obras hacía casi seis meses, la cacofonía de sus furiosos esfuerzos había ahogado casi todo lo demás en los Nueve Mundos. Pero ahora se había terminado. Se había dado cuenta de que, en los últimos tres días, habían dejado de resonar a lo largo de Asgard los golpes atronadores de los cascos del caballo del constructor, y se preguntó qué le había pasado al animal. El propio artesano siguió trabajando; Heimdall pudo oír cada paso contundente, cargado con toneladas de piedras de construcción que eran arrastradas dentro de una inmensa red.

Había añorado el silencio del instante previo a la llegada del constructor y estaba satisfecho con su regreso. Durante un tiempo demasiado breve — solamente unas horas—, cesó el golpeteo y el levantamiento y el choque de bloque contra bloque y pudo oír nuevamente a los grillos frotarse las patas, las suaves pisadas de los ciervos en los bosques cercanos y la tenue vibración de las hormigas marchando a sus colinas. Notó que sus sentidos se reanimaban, como si estuviera escuchando todas esas cosas por primera vez. Pero no duró mucho.

Al principio sonó el extraño ruido de algo que se rompía, poco a poco. Nada que pudiera identificar ni tampoco algo que hubiera oído antes. Si tuviera que describirlo, habría explicado que era una fina concha desmenuzándose lentamente, pero esto no evocaba la calidad del sonido que oyó: era como tristeza e ira escapándose de un recipiente de vidrio aplastado

lentamente.

Rechazó tales descripciones poéticas con un movimiento de cabeza y se centró más en lo que oía que en cualquier intento de describirlo, incluso a sí mismo. Lo que quiera que fuera andaba mal, como si hubiera una anomalía invadiendo Asgard. Su mano bajó a por Gjall y se lo llevó a los labios. Vaciló un instante: no estaba seguro de que esto fuera digno de hacer sonar la alarma a través de los Nueve Mundos. Bajó ligeramente el cuerno y siguió escuchando.

Se oyó el sonido de la carne que crecía rápidamente, el sonido de salpicaduras de sangre en la piedra, pequeñas gotas que indicaban nacimiento en lugar de masacre. Oyó pisadas múltiples, pero había demasiadas y eran excesivamente grandes. Era como si varios seres gigantescos ocuparan un espacio único. También oyó una respiración profunda, lo que indicaba pulmones lo suficientemente hondos como para que un hombre se ahogara en ellos. En un instante reparó en el peligro y Gjall envió una advertencia que sacudió al mismo Yggdrasil. Sólo esperaba que se oyera a tiempo.

Tyr había luchado en miles de batallas y había visto aún más a lo largo de su vida. Eso era lo que significaba ser Aesir: la gloria de la batalla, vencer a los rivales y dejar que tu espada cantara una canción sangrienta al cincelar su camino a través de tus enemigos. En un momento u otro, cualquier clase de criatura que pudiera nombrarse había conocido su acero: elfos, enanos, Vanir, humanos y, por supuesto, gigantes. Había sufrido innumerables heridas, pero había repartido más. Se había enfrentado a adversidades terribles con una sonrisa lúgubre y se había alejado de un campo de batalla sembrado con los cadáveres de aquellos que se habían atrevido a desafiarle. Su destreza en batalla no tenía rival, ni siquiera Thor, aunque incluso él admitiría que nadie podía igualar el poder y la fuerza bruta del Tronador. Después de todo el dolor y la muerte que había entregado, después de las hordas incontables a las que se había enfrentado, no creía que nada pudiera estremecerlo. Y sin embargo, mirando la monstruosidad que se elevaba por encima de ellos, sentía una comezón en el estómago que no había experimentado en mucho

tiempo.

Todo empezó inocentemente. El constructor entró en la sala, en apariencia dispuesto a aceptar la derrota. Había trabajado duro y se había quedado cerca, pero no lo había logrado. Los Aesir tenían la muralla prácticamente reconstruida a cambio de nada. Y pese a ello, estaban dispuestos a recompensarle por sus esfuerzos. Eran justos ante todo.

Pronto fue evidente que algo iba mal. El constructor parecía aturdido al acercarse despacio al Padre de Todo, que miraba más allá de los confines de la sala viendo algo que no estaba allí. Los pasos del artesano se volvieron titubeantes y entrecortados, aunque no parecía que se debiera al cansancio o agotamiento, sino a algo completamente distinto.

Los Aesir intercambiaron miradas inquietas cuando Odín se dirigió al constructor, que no respondió y se limitó a avanzar pesadamente hacia el Padre de Todo. Al aproximarse, las manos se colocaron en las empuñaduras.

Era innecesario, por supuesto. Si pretendía dañar a Odín averiguaría pronto que la delgada figura del Alto no reflejaba su fuerza y destreza en batalla. Tyr había perdido la cuenta de los combates en los que había luchado hombro con hombro con Odín y le había impresionado su ferocidad. Podía parecer un anciano decrepito, pero enfrentarse a él en batalla era enfrentarse a la muerte misma y no había nadie con vida que pudiera decir lo contrario.

La agitación se convirtió en alarma cuando el constructor empezó a cambiar. Tyr había notado que parecía mayor que antes y también más ancho. A medida que continuó creciendo, Tyr comprendió que se enfrentaban a un gigante, uno de sus enemigos mortales. Pero no estaba preparado para lo que sucedió después.

Los Aesir desenvainaron vacilantes las espadas, atrapados por el grotesco espectáculo que estaban presenciando. Al constructor le surgieron nuevas piernas de las viejas y cada nuevo pie golpeó el suelo en medio de sangre y carne desgarrada. Los brazos que brotaron de su torso perforaron su piel y crecieron rápidamente hasta alcanzar su tamaño completo. Su torso se duplicó una y otra vez dando lugar a más brazos con cada estirón mientras que le germinaba pierna tras pierna. Su cabeza se torció y alargó y su rostro se distorsionó. Ojos y bocas múltiples trazaron un patrón aleatorio sobre su

rostro. Algunas de las bocas gemían mientras otras gritaban con ira e indignación, produciendo un sonido parecido al de un coro de enanos deformes pero que provenía de la cabeza vasta y grotesca de la criatura que se había disfrazado de constructor.

Se alzaba sobre ellos y a Tyr le pareció observar que muchas de las bocas sonreían satisfechas. Era una criatura imposible; Tyr no entendía cómo podían encajar de forma tan fortuita tantos miembros en ese tronco. La criatura parecía el mismísimo caos; tal vez lo era. Ninguno de ellos había visto jamás un gigante similar, pero instintivamente todos sabían que eso era a lo que se enfrentaban.

Tan sólo su tamaño era mayor que cualquier otra cosa que hubieran visto nunca. Su cabeza había partido el techo de Gladsheim, haciendo que llovieran escombros sobre los que estaban dentro. Cada movimiento que realizaba destruía más la sala. Tyr calculó que su propia altura quizá pudiera equipararse a la del tobillo del constructor, pero no estaba seguro. Por primera vez en siglos se preguntó si éste sería el día en el que todos ellos morirían.

Odín convocó a los einherjar a la vez que hacía volar a Gungnir de sus manos. La lanza se hundió hasta el fondo en el estómago del constructor y se escuchó un grito ensordecedor que sonaba más a rabia que a daño. El gigante avanzó pesadamente hacia Odín y le golpeó con decenas de puños enormes que cayeron sobre él antes de que cualquiera de los dioses hubiera podido reaccionar. La tierra se sacudió con la fuerza de los impactos y el suelo de piedra de Gladsheim se derrumbó, dejando a Odín enterrado e inmóvil bajo los cascotes.

Los einherjar acudieron de prisa a la sala en la que los demás Aesir atacaban al constructor. Tyr cortó uno de los tendones de la criatura con un diestro tajo mientras los otros dioses atacaban las distintas zonas del gigante. Frey le disparó a la espalda una flecha tras otra y su acero cortó y rebanó por sí solo, ejecutando la voluntad de Frey como si de un ser vivo se tratase. Aegir arrojó rocas sueltas al constructor, que le golpearon en la cabeza con la furia de una tempestad. Sif saltó y le hundió la espada en una de sus innumerables rodillas. Los demás Aesir se concentraron en otras áreas, lo que

no era difícil debido al tamaño del coloso.

Los einherjar también pululaban, haciendo volar por todo el salón sangre y trozos de carne con sus hachas y espadas. El constructor se abatió sobre ellos y recogió decenas con cada mano. Aplastó a algunos y la sangre y las entrañas se derramaron y empaparon sus piernas. Lanzó a otros por el aire para que se aplastaran contra las paredes. Algunos fueron arrojados a través del boquete recién abierto en el techo y sus gritos se pudieron oír a lo largo de millas. Unos pies enormes y deformados pisotearon a otros einherjar, dejando tan sólo cadáveres partidos en las grietas húmedas del piso empedrado. Los guerreros continuaron luchando, ajenos a la naturaleza insuperable de aquel oponente. Tyr vio unas manos que se aproximaban hacia él y las golpeó brutalmente. Los dedos, del tamaño de troncos, cayeron a su alrededor y él se bañó en torrentes de sangre. El gigante estaba cubierto por miles de heridas, pero ninguna parecía causarle daño real. Tyr ni siquiera hubiera dicho que aquello era una batalla: se trataba más bien de un enjambre de hormigas furiosas que atacaban a un oso.

Cayeron más Aesir. Balder yacía arrugado contra la pared, pues no había sido rival para esa cosa caótica, y Magni, el hijo de Thor —que rivalizaba incluso con la legendaria fuerza de su padre— había sido pateado por un pie monstruoso y se había estrellado contra una de las paredes de Gladsheim, provocando que sus ladrillos se derrumbaran.

El salón se desmoronaba a su alrededor y las sacudidas del gigante causaban un peligro adicional de derrumbe en bloques y maderas. Cientos de einherjar se habían lanzado a luchar contra la criatura, y cientos habían sido despedazados o aplastados bajo pies y puños enormes. Tyr se preguntó si realmente se levantarían de nuevo y si alguno de los dioses vería el siguiente amanecer.

Aunque el cansancio y el miedo habían reemplazado a la sed de batalla que poseían por lo general, Tyr, los Aesir restantes y los einherjar —que todavía seguían entrando en Gladsheim— siguieron luchando. Tyr recibió un impacto ligero que lo arrojó al suelo. Apenas había recobrado sus sentidos cuando el piso de piedra donde estaba fue golpeado por un pie descomunal. Un instante antes del impacto se alejó rodando, pero no se hacía ilusiones

sobre lo que habría ocurrido si el gigante lo hubiera cogido bajo los pies. Se volvió y cortó con su espada a través de piel y músculo con la misma facilidad que si se tratara de carne magra. Pero, pese a que la sangre fluía libremente a través de esa herida y de otros millares de ellas, los asaltos del gigante no mostraban signos de contención.

Tyr era incapaz de recordar la última vez que había sentido que una batalla era desesperada, que no había nada que pudiera hacer para derrotar a un enemigo abrumador. Se había enfrentado muchas veces a rivales más poderosos o más numerosos y siempre se había crecido ante el reto. Pero este adversario, aparentemente invencible, le hizo preguntarse si el combate era inútil. Todavía luchaba, pues era un Aesir, aunque al ver trozos dispersos de sus amigos y compañeros guerreros alrededor del armazón en ruinas de Gladsheim, reconoció que aquello muy bien podría ser el final.

Jamás en su larga vida había estado tan desgarrado. Heimdall podía oír la furiosa batalla de Gladsheim. Atenazó su espada —desenvainada desde que el constructor se descubriera— y se paseó incesante de aquí para allá, al pie de Bifrost. Más que cualquier otra cosa, quería sumar su acero al combate, pero no podía abandonar su puesto. Era su deber salvaguardar Asgard de cualquiera que intentara su invasión por la única entrada existente.

Lo que le irritaba todavía más era su fracaso a la hora de proteger su patria. Fue él quien dejó cruzar al constructor. ¿Cómo no había visto lo que realmente era? ¿Cómo había estado tan ciego? Podía notar cómo la hierba crecía a una legua de distancia, pero, de alguna forma, no había descubierto a un gigante que había entrado pasándole justo por delante. Y no había hecho más que bromear con él. Se maldijo por su estupidez mientras ansiaba apresurarse hacia la batalla para luchar y quizás morir con los demás dioses.

Y sin embargo sabía que no acudiría. Debía confiar en que triunfarían sobre el gigante a pesar de su fortaleza y energía. Era muy posible que se tratara de un ardid para alejarlo de Bifrost y lanzar otro ataque mientras el puente quedaba sin vigilancia. Aunque le mortificaba estar allí y sentir la batalla desarrollándose a lo lejos, no podía hacer nada más por ahora.

Lo sacó de su ensimismamiento un destello de luz cegadora seguido por la detonación de un trueno. Mientras alzaba la vista se formaron unas nubes oscuras que giraron por el cielo. Comenzó a llover. El agua no empezó a caer suavemente, sino de manera torrencial, empapando a Heimdall hasta la piel y formando riachuelos que atravesaron los terrenos a sus pies. Sintió la cólera y la ira presentes en cada gota que caía y sintió también el poder que surgió de entre las nubes cuando el relámpago y el trueno sacudieron la tierra de nuevo. Sonrió sombríamente, pues su error estaba a punto de ser rectificado.

Thor había regresado.

La lluvia caía a través de las fauces abiertas que hasta hace poco eran el techo de Gladsheim. El gigante ni siquiera se percató mientras proseguía masacrando a los einherjar y destruyendo el salón. Los cuerpos rotos y desmembrados yacían dispersos entre las ruinas, pero aún así los asgardianos continuaban atacando como las moscas a un buey.

Tyr, pese a todo, veía algún rédito a sus ataques. Frey había arrancado varios ojos al gigante con flechas que todavía le colgaban del rostro, aunque era difícil afirmar si se trataba de un rostro continuo alrededor de la cabeza o si sus caras eran múltiples. Sin embargo, seguía teniendo incontables ojos y veía lo suficientemente bien como para pelear. La espada de Frey siguió danzando por su cuenta, punzando aquí, tajando allí y arrancando sangre allá donde mordía la carne del gigante. En ocasiones un manotazo la desviaba, pero siempre volvía para causar más heridas. Sif y Aegir, por su parte, se habían desmoronado entre las ruinas, y Tyr no era capaz de detener su propio ataque —y defensa— lo suficiente como para comprobar si aún vivían.

Tenía roto casi todo un costillar. Su cansancio había provocado que reaccionara con demasiada lentitud ante la sacudida de un puño del tamaño de una roca y el gigante le había impactado en el lateral. Arrojado al otro lado de la sala, su caída se había detenido por los cuerpos destrozados de una docena de einherjar que se apilaban al azar en una esquina. Se había incorporado rápidamente para unirse a la refriega, pero un dolor punzante en el costado derecho le hizo doblarse y escupir sangre en el suelo. Reunió sus

fuerzas antes de volver a la carga, ignorando el dolor agónico de las costillas destrozadas que sobresalían y se le clavaban en la carne.

Renovó sus ataques, sintiendo desvanecerse su voluntad cuanto más furioso se volvía. Ya no peleaba con precisión y estrategia, sino con ferocidad y un salvajismo animal; su acero cortaba y sajaba, salpicando de sangre las ruinas de la devastada sala. En algún lugar en el fondo de su mente se percató de que se trataba de un último intento desesperado, de que el abandono de las tácticas habituales era el refugio de un guerrero que libraba su última batalla. Sólo lo detuvieron antes de volverse frenético un repentino destello de luz brillante y el sonido del trueno sobre su cabeza.

Levantó la vista hacia la lluvia torrencial para ver caer del cielo una figura que aterrizó sobre la cabeza del gigante. Incluso a través de aquel diluvio, Tyr percibió el destello del relámpago en los ojos de Thor. Con las esperanzas renovadas anuló su ataque colérico para emplear nuevamente sus viejas tácticas y volcar todos sus pensamientos en averiguar cómo dar a Thor la ventaja que necesitaba para matar a este adversario.

Tyr saltó y se aferró a las tiras de ropa del monstruo que colgaban desgarradas cerca del suelo. Se impulsó y subió sorteando los brazos que se agitaban y las manos que trataban de agarrarlo. El cuerpo del gigante se estremeció y Tyr estuvo a punto de caer, pero se las arregló para escalar hasta la cintura del maestro de obras.

A su alrededor, la escena era caótica: los einherjar seguían atacado sin causar ningún efecto mientras el gigante derramaba una avalancha de golpes sobre ellos, matándolos por docenas; la lluvia volvía resbaladizo el piso, pero sólo para los asgardianos, ya que el coloso tenía demasiadas piernas como para perder el equilibrio; las flechas volaban a su alrededor y algunas casi hicieron diana en Tyr antes de enterrarse apresuradas en la gruesa piel del gigante.

Tyr se equilibró lo mejor que pudo y miró hacia arriba. Thor luchaba por mantenerse encima del monstruo: con una mano le agarraba un puñado de cabello a la vez que le clavaba las rodillas en la cabeza. Las continuas sacudidas del gigante amenazaban con hacerle volar en cualquier instante. Tyr desenvainó su acero y reunió toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo

antes de hundirlo hasta la empuñadura en el vientre del coloso. Se oyó un grito impío de dolor y Tyr sintió que algo lo agarraba y lo lanzaba lejos del tronco del coloso. Con un gesto violento fue arrojado al techo, atravesó madera y pizarra y aterrizó en el húmedo tejado en mitad de una lluvia de escombros.

Se giró sobre su estómago y se colocó de rodillas. La lluvia amenazaba con hacerlo resbalar hasta el distante suelo de piedra. Bajó la mirada hacia el combate y distinguió dónde había desgarrado al gigante, pues la empuñadura de su espada brillaba a través del agua. Su atención se centró en lo que estaba sucediendo en la cabeza del coloso.

La acción de Tyr había dado una oportunidad a Thor: estaba de pie, con un brazo firmemente enrollado en el cabello del gigante, posicionándose para el ataque. Decenas de brazos se elevaron para aplastarlo o arrojarlo lejos. El Tronador evitó algunas manos, zaleando el cabello como si se tratase de las riendas de un caballo rebelde; otras se encontraron con Mjolnir. La descomunal fuerza de Thor, canalizada a través de su martillo, aplastó con facilidad los enormes huesos, rompiendo dedos y partiendo tanto muñecas como brazos.

Cada golpe de Mjolnir retumbaba atronador en la sala en ruinas, haciendo vibrar a los asgardianos. Tyr enterró las manos en el techo y se aferró a él para que la intensidad de los golpes de Thor no lo desplazara dando tumbos por el tejado hasta el suelo.

La tormenta aumentó su furia mientras los relámpagos continuaban sobre sus cabezas. Los latigazos del gigante se hicieron más y más desesperados. Tyr advirtió que el tenor de la batalla había cambiado. Las acciones del gigante se hicieron más frenéticas y su incapacidad para arrancarse aquel demonio de la cabeza alimentaba un temor que ahora le dominaba. Parecía que nada podía hacer frente a Thor.

Mjolnir se alzó y se precipitó directamente sobre la frente del coloso, haciendo que el ruido del hueso quebrado se elevara por encima incluso del trueno que lo acompañó. Una vez más Mjolnir se elevó y una vez más cayó. El gigante gritó de rabia y de dolor ante la sangre que le corría por la cara deforme desde la gran mella donde cráneo y martillo se habían reunido. Una

mano se alzó y agarró al Tronador, tratando de tirar de él, pero Thor se mantuvo firme. Sus pies dejaron de estar debajo de él, pero se aferró con un abrazo mortal a los bucles de pelo retorcido y sangriento.

El gigante, poseído cada vez más por una furia sangrienta que lo ignoraba todo salvo la necesidad de librarse de su atacante, enganchó a Thor con varios brazos más y estiró. El Tronador no aflojó su presa y, al tensar, el gigante se arrancó el pelo y un trozo de cuero cabelludo que quedó colgando de la presa del dios. La sangre manaba por la cara del coloso y un bramido más colérico que dolorido desgarró sus múltiples bocas. Sin embargo, había logrado arrancarse de encima a Thor, que ahora estaba atrapado en sus garras.

Sin dudarlo, Thor arrojó a Mjólnir contra la cara del gigante, que se tambaleó ante el impacto. Tyr contempló cómo se iluminaban los rasgos del Tronador al desplomarse varios rayos sobre su martillo, y cómo su barba le dio la apariencia de tener el rostro en llamas. Mjólnir regresó brillando al rojo a la mano tendida de Thor, quien lo estrelló de nuevo contra la cabeza del gigante, partiéndola. El humo ascendía donde el arma había golpeado la carne y la lluvia producía un siseo al enfriar la piel en ebullición.

Con Mjólnir de nuevo en su poder, Thor aplastó de un golpe la muñeca de la mano que lo retenía, fracturando los huesos. El monstruo lo soltó y el Aesir cayó al suelo. Entre el dolor y la confusión, el gigante se abalanzó sobre el Tronador, alimentando con rabia asesina y desesperación su deseo de matar a esa criatura que le seguía causando dolor.

Alentados por las embestidas de Thor, los demás asgardianos intensificaron sus ataques. El gigante giró su cuerpo para cubrir de golpes al Tronador y fue acosado por los einherjar, que cayeron sobre él como un enjambre de hormigas, apuñalando y cortando todas las superficies disponibles. Los Aesir que quedaban golpearon al gigante en las zonas más vulnerables que pudieron alcanzar.

Thor esquivó muchos de los puños y brazos que trataban de acabar con él, pero, a través del aluvión de ataques, le alcanzó un golpe similar al que había tumbado a Odín. El puño se alzó una y otra vez sobre la posición de Thor y otros puños se le unieron. El gigante hizo caso omiso de sus enemigos, dándole la espalda a todos salvo al enorme asgardiano de barba roja que lo

estaba frustrando.

Cuando al fin el coloso se dio la vuelta para enfrentarse al resto de enemigos, Tyr no creyó lo que veía. A través de la niebla observó que tan sólo quedaba en pie una figura con un martillo incandescente en la mano y los ojos brillantes como rayos. El Tronador había sido aplastado decenas de veces por aquel ser que había derribado a Odín de un solo golpe, y sin embargo seguía en pie, con la furia palpable en su rostro ensangrentado incluso desde la atalaya de Tyr en el techo.

Aún con más estrépito que antes, el trueno retumbó cuando Thor elevó a Mjolnir por encima de su cabeza. Hubo un momento en que Tyr sintió que el vello de sus brazos se erizaba. La energía crepitaba, casi visible en el aire. El grito de furia de Thor ahogó incluso el trueno que sacudía la habitación y un enorme relámpago golpeó desde el cielo, cogiendo de lleno al gigante con su intensidad.

Tyr se protegió los ojos ante el destello cegador, no sin antes ver levantarse hacia el cielo las decenas de extremidades del coloso, atrapadas por el poder destructivo que le atravesaba el cuerpo. La potencia del rayo repelió a los einherjar, que murieron instantáneamente. Incluso los Aesir que seguían en pie quedaron atrapados por la fuerza colateral del ataque al gigante: quedaron inertes a mitad de un paso o agonizando de rodillas mientras los relámpagos de Thor surgían del rayo que inmovilizaba al coloso con su poder.

La tormenta cesó y el monstruo cayó de rodillas. Una vez más se oyó el grito colérico del Tronador. Elevó a Mjolnir y un rayo se desplomó nuevamente sobre el coloso, quemando su carne y sacándole los ojos de las órbitas. La pared intacta más cercana al gigante explotó con el impacto de la descarga vertical. A diferencia de los que estaban más próximos, Tyr se hallaba tan lejos como para no quedar atrapado por la violencia del relámpago, pero incluso así recibió retazos de la violencia de la tormenta que le perforaron dolorosamente todo el cuerpo. Era cierto que deseaba estar más cerca para poder unirse a la refriega, pero una pequeña parte de él también estaba agradecida por no sufrir la energía totalmente desbocada del Tronador.

Thor parecía hacerse más grande al sostener a Mjolnir en alto. La energía

crepitaba a su alrededor como un ser vivo y su rostro estaba intoxicado con la mirada feroz e inconfundible de la conquista.

El rayo desapareció, pero el gigante permaneció de rodillas, todavía vivo, respirando con jadeos irregulares. Su carne estaba abrasada y tenía carbonizada la mayor parte del cuerpo. De sus heridas manaban ríos de sangre. Y sin embargo aún no había caído: por el momento, su ferocidad y su tamaño habían demostrado ser rivales para los Aesir. Tyr se preguntó cómo habría terminado la batalla de no haberse presentado Thor cuando lo hizo.

El gigante miró al Tronador con los múltiples ojos que le quedaban. Su rostro se contorsionó en una mueca, mitad sufrimiento, mitad impotencia, y sus bocas se abrieron para lanzar un grito de ira. Increíblemente, comenzó a ponerse en pie. Thor apretó la mandíbula y arrojó a Mjolnir usando hasta la última pizca de fuerza que pudo reunir.

Tyr había oído muchas leyendas sobre la fuerza de Thor. Se decía que un día, pescando, había atrapado a la serpiente de Midgard y que sólo la traición de un gigante había permitido que la bestia se liberara. Se rumoreaba incluso que había sobrevivido a una batalla con la vejez misma, un enemigo que los supera a todos.

Eran historias simples, pero Tyr había sido testigo de la fuerza del Tronador en batallas reales y nunca había presenciado nada igual: era prácticamente un gigante, había arrasado ejércitos enteros y hecho temblar la tierra con un pisotón. La ira desatada de Thor era más temible que todas las huestes de Niflheim.

Tyr fue testigo de esa furia cuando Thor disparó a Mjolnir con una violencia sin igual en los Nueve Mundos. Mientras el gigante se ponía en pie, el martillo le reventó la frente con una brutal ola de fuerza y continuó atravesándole el cráneo para emerger por el lado opuesto con una explosión de huesos, sangre y sesos. Como si alguien tirara de ella con hilos invisibles, la cabeza del gigante se dobló hacia atrás antes de abatirse hacia adelante y derrumbar tras ella todo el cuerpo desmadejado sobre el suelo fracturado de Gladsheim. El impacto sacudió Asgard.

Mjolnir voló de regreso a la mano tendida de Thor mientras éste se acercaba al gigante derribado. Tenía en su rostro una mirada de sombría

satisfacción al caminar alrededor del colosal cadáver mientras apretaba firmemente a Mjolnir. Incluso muerto, las dimensiones del gigante resultaban prodigiosas. Su cabeza era al menos dos veces más alta que Thor y a Tyr casi le pareció absurdo que lo hubiera derribado algo de un tamaño mucho menor.

Los Aesir heridos, dispersos por toda la sala, se pusieron lentamente en pie. Cientos de einherjar reposaban muertos a su alrededor, algunos tan destrozados que Tyr no podía ni imaginar que fueran a levantarse de nuevo por la mañana, o al menos esperaba que no lo hicieran. No era capaz de entender cómo podrían seguir existiendo unos seres tan mutilados y dañados, inútiles sin duda en combate.

Bajó del tejado. Sus fuerzas regresaban y sus heridas sanaban con presteza. Se dirigió más allá del gigantesco cadáver para ver a Odín.

El Padre de Todo permanecía en el punto exacto donde el coloso le había golpeado. Tenía el aspecto de estar tan sólo un poco cansado y la cara cubierta de costras de sangre seca, pero todos los signos de lesiones habían desaparecido. Uno de los einherjar vivos le trajo a Gungnir, su lanza, arrancada del vientre del maestro de obras; todavía chorreaba sangre. La sostuvo como un báculo mientras contemplaba la escena de devastación a su alrededor, con una expresión en su rostro que incluso podía ser de macabra diversión. Tyr nunca había desentrañado los pensamientos de Odín y sabía lo suficiente de su sacrificio para recordar que no siempre existía del todo en el presente como el resto de ellos. A menudo estaba en otro sitio, en otras épocas y lugares, mientras que todavía permanecía físicamente anclado al presente. Probablemente sabía que iba a ser derribado por el gigante aunque no había hecho nada para evitar que sucediera. Tyr concluyó que era su destino conocer lo que iba a ocurrir y no hacer ningún movimiento para alterar los acontecimientos.

Dejó de pensar en ello: nadie podía entender la mente del Padre de Todo y era una locura intentarlo. Le bastaba con saborear esa victoria duramente ganada, la derrota de un enemigo imposible, aunque con el tiempo los pensamientos se dirigirían a saber cómo había logrado el constructor la proeza de engañarlos.

Había burlado a todos los Aesir a pesar de que su verdadera naturaleza

tendría que haber sido descubierta hacía mucho. Era incomprensible que hubiera engañado a Heimdall, que podía oír la lana crecer en las ovejas y sentir el eco del crujir de la hierba bajo los pies de un viajero lejano. Una vez en Asgard, tampoco Frey o Freyja habían sido capaces de perforar el velo de su disfraz. Los Vanir eran conocidos por sus habilidades mágicas y sin embargo no habían descubierto la verdadera naturaleza del constructor. No era un buen presagio que se pudiera confundir a dos de los Vanir de forma tan aplastante.

Tyr también estaba sorprendido de que Loki hubiera caído en la trampa del artesano. Y no sólo había sido embaucado como el resto, sino que había propiciado el acuerdo con sus consejos susurrados al oído del Alto. De repente cayó en la cuenta de que no había visto ninguna señal de Loki durante la batalla. Cuando los dioses sanaron de sus heridas y los cuerpos de los einherjar muertos fueron desalojados del recinto, Tyr confirmó que Loki no había estado en Gladsheim durante el ataque del coloso.

Balder seguramente haría una montaña de aquella ausencia. Tyr no estaba seguro de que fuera a discutírselo: en el mejor de los casos, era sospechoso que el Astuto no estuviera allí en ese momento. Se preguntó dónde podría estar y qué palabras utilizaría para atenuar su culpa cuando regresara.

Capítulo ocho

Thiazi apartó la vista del estanque. El constructor estaba muerto. Sus sesos, esparcidos por Gladsheim. A pesar de que Thiazi sabía que iba a terminar así, todavía le sorprendía la derrota. Después de postrar a Odín, Thiazi albergó una pequeña esperanza de que el gigante sobreviviera y destruyera a todos los Aesir de Gladsheim y luego continuara su senda de destrucción a través de Asgard. Le resultaba sencillo imaginar que la fortaleza se desmoronaba en torno al constructor mientras éste se hacía aún más grande, absorbiendo la energía de los dioses que había matado. Desde allí avanzaría para aplastar Valaskjalf, Valhalla y las demás salas de los dioses, pisoteando de paso a los einherjar y a las valkirias contra el polvo. Los Aesir no podían hacer nada contra su ataque salvo protestar. Incluso siendo poco probable, era divertido imaginar ese desenlace.

Había disfrutado de las miradas en los rostros de los Aesir. Pese a observar sus reacciones desde Thrymheim, no le resultaron menos satisfactorias que si hubiera estado allí para verlas en persona. Su miedo era tangible y su vacilación en los últimos momentos de la transformación, reveladora.

Pero todo había terminado y el resultado final era el esperado, a pesar del poder del gigante. Cuando Thiazi contempló el relámpago que anunciaba el regreso de Thor, supo que al maestro de obras le quedaba poco tiempo. El odiado Tronador era el ser más fuerte de los Nueve Mundos y nada podía hacerle frente.

Pero eso cambiaría pronto.

El artesano había cumplido su parte. Había infundido miedo en los dioses, les había preocupado por lo que pronto podría seguirle. Si los gigantes disponían en su ejército de alguien como el constructor, ¿podrían enviar a docenas? ¿Cientos? Los Aesir no podían ignorar esa amenaza. Y Thiazi sabía que no lo harían. No enviarían tropas a Jotunheim, al menos de momento. Algunos apoyarían ese curso de acción. Thor, sin duda, pero Odín no sería persuadido por su impetuoso hijo para actuar precipitadamente. Antes de comprometerse a la acción, querría conocer la amenaza. Escogería a quien supiera con certeza que no atacaría, a uno que descubriera lo que había que descubrir y luego regresara.

Y lo enviaría solo. Ésa sería la clave de su caída, porque cuando Thiazi hubiera atrapado a Loki, no tardaría en llegar la muerte de los dioses. El Tuerto podía creerse inteligente y precavido, pero descubriría que hasta a él se le podía vencer en astucia. Sabio como era, todavía no se había percatado de que su enemigo más temible llevaba siglos dentro de Asgard.

A los pies de Bifrost, Heimdall oyó el sonido constante de los cascos de caballo golpeando el polvo. Hacía horas que había percibido el sonido del animal por primera vez, abriéndose paso hacia Asgard, conducido por un viajero solitario a juzgar por el sonido de sus pisadas. Al principio pensó que el hombre llevaba dos monturas, pero el ritmo de los cascos sonaba extraño. Estaban demasiado próximos entre sí, como si un animal estuviera casi encima del otro. Cuando se acercó hasta estar casi a la vista, Heimdall comprobó que era un caballo y no dos. ¿Cómo se explicaban las pisadas de múltiples cascos? No estaba seguro y no quería conjeturar demasiado pronto.

Vio primero dos pequeños puntos que se aproximaban hacia Bifrost, uno más grande que el otro. Muy pronto los distinguió como hombre y montura, aunque sin poder apreciar en detalle a ninguno de ellos. El corcel era grande, pero su andar torpe e inexperto era el de un potro. Sonrió para sí cuando entendió por qué había sonado como dos caballos, pero su rostro se agrió rápidamente una vez reconoció a quien guiaba a la bestia.

A medio tiro de piedra, Loki se detuvo en seco, sopesando su retorno a Asgard. Heimdall se cruzó de brazos y permaneció en el borde de Bifrost, el perfil de una figura imponente. Era casi tan grande como Thor, fornido y poderoso. Estaba muy cerca de ser el guardián perfecto para Bifrost, el único camino para llegar a Asgard.

Loki dio varios pasos al frente.

—¿Sigo siendo bienvenido aquí?

La expresión de Heimdall no cambió.

—Eso no me corresponde decidirlo a mí.

Para Loki estaba claro que Heimdall desearía que sí le correspondiera decidir, y también estaba claro cuál sería su respuesta.

—Me culpas por lo del constructor —dijo Loki.

Heimdall no respondió.

—Tal vez tengas razón al culparme. Gracias a mi consejo el Padre de Todo aceptó el acuerdo con el constructor y también su pago.

El labio de Heimdall se curvó hacia arriba. Su odio hacia Loki era legendario.

—¿Tratas de darme un motivo adicional para despreciarte? No es necesario: no puedes caer más bajo en mi estima. Un gusano sólo puede cavar en el lodo hasta cierta profundidad.

—Me ofendes. Mira Asgard y el muro que ahora lo rodea. Cuando los gigantes marchen en el Ragnarok, recuerda que el muro está ahí de nuevo porque yo propuse el acuerdo. Y ha costado poco más que unos cuantos rayos de Mjolnir.

Heimdall se burló.

—Eres muy valiente cuando no es tu propio pellejo el que está en juego. ¿Dónde estabas cuando atacó el constructor?

Loki ignoró el tono acusador de Heimdall. Por mucho que deseara explicar lo que había sacrificado, sabía que su papel en la derrota del constructor no podía ser revelado. Lo matarían al momento —hubiera salvado o no a Freyja— si supieran que por sus venas corría sangre de gigante.

—No estoy aquí para discutir. Sólo busco ofrecer este potro como regalo

para Odín.

—¿Para que nos podamos olvidar de cómo negociaste con uno de nuestros odiosos enemigos? —Heimdall entrecerró los ojos observando a la montura—. ¿De dónde lo has sacado?

Lo di a luz yo mismo después de acostarme con el caballo del constructor, pensó. Habría disfrutado de la expresión del rostro del guardián, pero ese instante sería tan breve como Heimdall tardara en desenvainar su espada.

—Es la semilla del caballo del constructor. Será un caballo adecuado para el Padre de Todo. —Por lo menos, era una verdad a medias.

—Eso explica poco. ¿Por qué tiene ocho patas? —dijo Heimdall con un tono lleno de sospecha.

—No pregunté.

Heimdall lo despreció.

—Algún día, tus palabras burlonas serán tu perdición.

Exasperado, Loki abandonó cualquier intento de conciliación. Adoptó en cambio el tono de Heimdall, golpeándolo donde sabía que más le iba a doler.

—Parece que has cicatrizado bien tras la batalla. Tal vez podrías contarme tu papel en la muerte del constructor.

Heimdall apretó los dientes y dejó sus brazos caer a los costados, con los puños cerrados.

—Ya sabes que no puedo abandonar Bifrost.

—Oh, claro. Puede aparecer algún otro peligro —asintió Loki con fingida comprensión—. ¿Y qué amenaza repeliste mientras tus compañeros estaban siendo aplastados contra el piso de Gladsheim?

El silencio hirviente de Heimdall le proporcionó cierta satisfacción, pero no demasiada. Burlarse de él mitigaba sólo parte de su irritación. Se consoló con el hecho de que por lo menos se había callado.

Heimdall dio otro paso; todavía tenía los puños apretados con fuerza.

—No me sorprendería descubrir que todo esto ha sido obra tuya. Tus estrategias no conocen límites. Cumplí con mi deber en Bifrost manteniendo Asgard a salvo de gente como tú.

Loki sacudió la cabeza.

—Heimdall, siempre tan brillante como estratega. Este potro solitario y yo, efectivamente, planeábamos asaltar Asgard por la fuerza. Desafortunadamente no pudimos realizar nuestro plan debido a tu vigilancia inquebrantable. —Heimdall lo fulminó con la mirada—. Puesto que mi plan malvado para destruir todo lo bueno se ha visto frustrado, supongo que seguiré mi camino a Gladsheim, a menos que sientas la necesidad de desenvainar tu espada y terminar con mi terrible amenaza.

Hizo una pausa, con las palmas hacia arriba en un gesto de súplica.

—¿No? Entonces supongo que abandonaré mis malvados planes por ahora. Quizá la próxima vez que nos encontremos estaré liderando un ejército de gigantes a través de Bifrost.

Condujo el potro pasando de largo a Heimdall, quien simplemente se quedó inmóvil. Tras unas cuantas docenas de pasos, Loki se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Estás seguro de que no soy un gigante disfrazado, Heimdall? Odiaría que te dejaras engañar dos veces por el mismo truco.

El guardián no se volvió, pero Loki pudo ver que el esfuerzo para contenerse le tensaba los músculos del cuello.

Después de la reacción de Heimdall, sabía que no podía esperar nada mejor de cualquiera de los otros. Sólo verían lo que quisieran, y no escucharían ninguna palabra en contra. Sin embargo, había pocas alternativas salvo hacerles frente: explicaría lo que pudiera, presentaría su regalo al Alto y confiaría en que todo saliera bien.

Se dirigió a Gladsheim. La sala había sido reconstruida tras el ataque y desde lejos se veía tan sólida e intacta como siempre. Los einherjar lo miraron al pasar, pero no interfirieron. Le sorprendió reconocer al calvo que le había amenazado meses atrás. El guerrero lo miró sin comprender. Loki lo ignoró y siguió guiando su resplandeciente potro blanco por las serpenteantes calles de Asgard.

Las enormes puertas de madera de Gladsheim se abrieron lentamente y entró en la sala con el potro detrás. Caminó con confianza hacia los Aesir

sentados alrededor de una gran mesa en la parte frontal del salón.

Odín estaba a la cabecera de la mesa y también estaban sentados Tyr, Balder, Frey y Thor. Los demás asientos estaban vacíos. Los restos de un banquete se esparcían sobre la mesa y en el suelo alrededor de ella; los sirvientes corrían de acá para allá limpiando el desorden.

Al acercarse Loki, los cuervos de Odín chillaron y batieron las alas. El Alto levantó la vista y llamó la atención a los demás, que le dirigieron agrias miradas a Loki. Permanecieron sentados y en calma, pero el Astuto pudo sentir su resentimiento y su ira. Estaba tan claro que lo culpaban por el ataque del constructor como que olvidaban la reconstrucción de la muralla y que Freyja estuviera a salvo.

Balder intervino cuando Loki se acercó más.

—El Astuto regresa después de casi haber provocado la destrucción de Asgard. ¿Qué inteligentes negocios propondrás hoy? ¿Invitarás al resto de los gigantes y les darás a nuestras mujeres?

Loki le ignoró y se dirigió directamente a Odín.

—Padre de Todo, es cierto que cometí un error de juicio. —Hubo gruñidos y bufidos de burla de los otros dioses—. Yo, como otros, no vi la verdadera naturaleza del constructor —hizo un breve contacto visual con Balder— y se ha tenido que pagar un precio por ese fallo. Como gesto para mostrar mi pesar, humildemente solicito permiso para ofrecerte este regalo. —Señaló al potro.

—Has causado mucho daño —dijo el Padre de Todo.

—Mi señor, yo sólo deseaba que el muro se reconstruyera para nuestra defensa continua.

—Dejaste al enemigo sobre tierra sagrada.

Loki se mordió la lengua. ¿Por qué no se culpaba a Heimdall de ese error? ¿Por qué no estaba aquí para hacer frente a la ira de Odín?

—Tal vez tenga razón, Padre de Todo. Debí haber visto a través de la apariencia engañosa del constructor. Soy consciente de que esta pequeña ofrenda no compensa el daño causado, pero es un regalo valioso.

Balder habló:

—¿Así que traes una criatura antinatural aquí, a Asgard, para congraciarte

con el Alto? ¿De dónde has sacado esta bestia?

Loki no respondió inmediatamente. Valoró cómo reaccionarían a su transformación en yegua y al alumbramiento del potro. Concluyó que les causaría repugnancia.

—El potro es un regalo para el Padre de Todo. Es el...

—Todavía no nos has dicho de dónde has sacado este caballo — interrumpió Balder.

Loki se tragó una réplica furiosa.

—Las Nornas me dieron el potro —dijo—. En cierto modo.

Los dioses guardaron silencio y lo miraron con atención.

—¿Has visitado a las Nornas? —preguntó Tyr.

—Sí. Me hablaron de una yegua con... ciertas cualidades que podrían distraer de su labor al caballo del constructor. Utilicé a la yegua con ese propósito. Sin su montura, el maestro de obras no fue capaz de completar el muro.

—Y este potro es... —preguntó Tyr.

—El vástago de ambos.

Frey dijo en voz alta a los demás:

—Probablemente es cierto que lo que impidió completar la muralla al constructor fue la pérdida de su caballo. Todos vimos la energía y la velocidad del animal y lo lento que fue el gigante sin él esos últimos días.

Balder no pudo contener su indignación.

—Esta historia de Loki como el héroe es ridícula. —Se volvió hacia él—. Nada puede ser más absurdo que cualquier escena contigo como salvador de Asgard.

La irritación de Loki fue en aumento, como le había pasado con Heimdall.

—¿Y cuál fue tu papel en la defensa de Asgard, Balder? ¿Cansar al gigante colocándote en el camino de sus puños?

Balder se puso de pie, con los nudillos apretados. Antes de que pudiera desenvainar, se detuvo por una palabra de Odín.

—Espera.

Balder miró fijamente a Loki, pero de mala gana volvió a tomar asiento.

Se giró hacia Odín, casi escupiendo veneno.

—No debería escapar al castigo por su papel en esto, padre.

Thor habló por primera vez.

—Me aburro. Un gigante llegó a Asgard y lo matamos. ¿Qué más hay que decir?

—Hay mucho que decir —contestó Frey—. Si Loki es el responsable.

Thor apartó su silla de la mesa.

—Bah. Incluso si lo es, ¿qué pueden hacer unas simples palabras? Jotunheim ha enviado para destruirnos al mayor gigante que cualquiera haya visto. Ahora su cerebro se encuentra disperso por todo Gladsheim. Espero que envíen más. Me gustaría enfrentarme a una docena como él.

Los otros ignoraron los alardes de Thor. Frey dijo a Loki:

—Escondes algo, al menos eso es cierto.

Loki logró resistir la tentación de burlarse de él. Echó un vistazo a Odín. El Alto lo miraba inexpresivamente, pero sabía la verdad. Sin embargo, como siempre, no revelaría sus secretos a los otros Aesir. Loki se alegró por una vez de que Odín no lo contara todo. Si desvelaba su secreto, la muerte sería el menor de sus castigos. Confiaba sin embargo en que el regalo del potro le permitiera a Odín allanar el camino con los demás.

—No puedo revelar todo lo que las Nornas me dijeron. Fueron claras en eso. Lamento ocultar cosas a los Aesir, pero tuve que pronunciar un juramento para que estuvieran dispuestas a ayudarme.

Balder no quedó satisfecho con la respuesta.

—Las medias verdades no son más que mentiras con otro nombre.

Loki no le hizo caso y se dirigió directamente a Odín.

—Padre de Todo, te ofrezco a Sleipnir. Un día será el caballo más rápido de los Nueve Mundos y podrá llevarte más lejos que cualquier otro. He consultado las runas y he visto que está destinado a la grandeza. Será un caballo adecuado para el Alto.

Sleipnir se adelantó sin tener que hacerse hueco y se presentó ante Odín. Los otros dioses, a excepción de Balder, no podían dejar de admirar al animal, y había cierta cualidad en él que reflejaba las palabras de Loki. Su presencia estaba imbuida de un poder efímero que era evidente para casi

todos los reunidos.

Odín pareció ver realmente el caballo por primera vez. Si las ocho patas le parecieron inusuales, no lo indicó. Tras valorar al animal en silencio, habló durante largo rato.

—He visto que me será muy útil. Pese a que el porvenir de Sleipnir está entrelazado con su destino final, las fronteras corrientes de los Nueve Mundos no lo retendrán. —Se levantó—. Voy a reflexionar sobre tu destino, Loki. Márchate ahora. Te haré llamar cuando haya tomado una decisión.

Loki permaneció quieto durante largo tiempo, con la sensación de que aún necesitaba decir mucho. Finalmente, al darse cuenta de que su audiencia y su alegato se habían terminado, dio media vuelta y se marchó. Muchas miradas frías lo siguieron mientras atravesaba las puertas de Gladsheim con la incertidumbre sobre su suerte creciendo en su interior.

No pasó mucho tiempo antes de que Loki recibiera la llamada de Odín. Un viejo y arrugado criado lo condujo más allá de la sala principal del Valaskjalf hasta una de las habitaciones privadas de Odín. Se detuvieron frente a una puerta negra tallada con runas. El criado la abrió y Loki entró mientras el ruido sordo del cierre rompía el silencio interior.

Estaba en una cámara redonda con runas labradas en el suelo y en las paredes. Alzó la vista para ver la oscuridad de un cielo nocturno despejado. Era mediodía cuando había entrado en Valaskjalf, sólo unos minutos antes.

La cabeza de Mímir se encontraba en un pedestal en el centro de la cámara. No había nadie más en la habitación. Loki se acercó a la cabeza: tenía los ojos cerrados y parecía sin vida, pero no era la primera vez que Loki había estado allí. Sabía que Odín buscaba el consejo de la cabeza de Mímir. Había sido sabio en vida y Odín confiaba en esa sabiduría también en la muerte. O lo que quiera que fuera.

Los ojos se abrieron de golpe y lo miraron fijamente, moviendo la boca sin emitir sonido alguno.

—¿Tienes algún consejo para mí? —le preguntó.

La boca siguió trabajando mientras los ojos le miraban fijamente. Loki

oyó un débil susurro y se inclinó más cerca.

—... *ruge el caos dentro de ti...*

Él entrecerró los ojos.

—Mímir te ve con claridad.

Loki se volvió, sorprendido por la voz de Odín. El Alto estaba justo detrás aunque no había oído entrar a nadie en la cámara. Se preguntó cuánto llevaría allí. Reponiéndose rápidamente, inclinó la cabeza.

—Padre de Todo, ¿me has mandado llamar?

Odín pasó junto a él y tomó la cabeza de Mímir del pedestal, acomodándola suavemente en el hueco de su brazo. Se acercó a una silla que Loki no recordaba haber visto y se sentó, depositando la cabeza sobre su rodilla. Hizo un gesto con la mano libre y Loki se volvió para ver otra silla a su lado. Cuando se sentó, se preguntó si habría sido invocada o si había estado allí todo el rato y no se había dado cuenta.

—Has cambiado desde que visitaste a las Nornas —dijo Odín.

Loki hizo una pausa, sopesando antes de contestar lo que quería decir Odín.

—Una audiencia con tales seres cambiaría a cualquiera, mi señor. Salvo a usted, por supuesto.

Odín miraba hacia abajo, a la cabeza de Mímir, que tenía ahora la boca cerrada.

—Ellas ven lo que otros no. No son como ningún otro ser en los Nueve Mundos. —Alzó los ojos para mirar a Loki—. Pero yo veo incluso lo que ni ellas ven.

Loki agachó la mirada.

—Me sacrifiqué en Yggdrasil durante nueve noches, y mucho me fue revelado. —Se volvió de nuevo a la cabeza colocada sobre su rodilla—. Mímir, ¿qué le depara a Loki el futuro?

La boca de Mímir se movió de nuevo, el susurro más fuerte que antes:

—... *el tesoro de Jotunheim... el joven de Asgard... la carne dorada de la diosa... serán tomadas... consumiré el fuego... el crepúsculo vendrá...*

—¿Qué piensas de estas palabras?

—Nada, Padre de Todo. Estoy seguro de que su sabiduría le habla a

alguien como usted, pero yo no sé darles sentido. —Lo que Mímir decía era similar en algunos aspectos a lo que decían las Nornas y creyó haberlas entendido. El crepúsculo se refería al Ragnarok. Se preguntó si el joven de Asgard significaba Balder, el más joven de los Aesir. ¿Era Freyja la diosa de la carne dorada? Pero al igual que las Nornas, Mímir hablaba con acertijos que podían tener muchos significados.

—En sus palabras se expone todo lo que necesitas conocer. Sólo has de vislumbrar su significado. —Los ojos de Odín tenían la mirada perdida, señal cierta de que estaba viendo más de lo que allí había.

—No soy lo suficientemente sabio para entenderlo, mi señor. —En presencia de Odín, siempre tenía la cautela de subyugarse a sí mismo, evitando traspasar los límites.

—... *eres uno y muchos...* —murmuró Mímir—. ... *te seguirán legiones... estarás siempre solo...*

A Loki no le gustaba oír a Mímir. Vertía enigmas y verdades a medias.

—Padre de Todo, ¿Mímir acierta siempre?

—¿Qué recuerdas de tus padres? —preguntó Odín, ignorando la pregunta de Loki.

—Mi señor, ya lo sabe.

—Responde.

—No sé nada de ellos. El suyo fue el primer rostro que recuerdo haber visto. Crecí bajo sus auspicios.

—¿Y a quién has servido durante tanto tiempo como recuerdas?

—A usted, mi señor.

—¿Y todavía lo haces?

Loki tragó saliva.

—Sí, Padre de Todo. No sirvo a ningún otro y nunca lo haré. Le debo todo lo que soy.

—... *servirá a la llama... la llama le servirá a él...*

—No puedo dar sentido a la sabiduría de la cabeza parlante, mi señor. —Estaba empezando a molestarle: cada palabra que pronunciaba estaba concebida para incriminarlo por alguna fechoría imaginada.

—Algún día me mirarás por encima del hombro. Seré Mímir y tú el Padre

de Todo. —Odín tenía otra vez la mirada nublada.

—¿Mi señor?

El ojo de Odín se despejó.

—Debemos hacer frente a la nueva amenaza; el constructor no es la última a la que nos enfrentamos.

—En tal caso, ¿cómo puedo serle de ayuda?

Odín se detuvo y lo miró de manera curiosa.

—Es extraño escucharte hacer tal pregunta.

Loki ladeó la cabeza, perplejo.

—¿Por qué, mi señor? Servirle es siempre mi deseo.

—Lo veremos —dijo Odín, tan bajo que Loki casi no lo oyó. Se incorporó y colocó la cabeza de Mímir de nuevo en el pedestal, dando la espalda a Loki—. Volarás a Jotunheim. Buscarás al gigante Thiazi, en el hogar de las tormentas conocido como Thrymheim.

—¿Cómo voy a volar, Padre de Todo?

Odín se volvió hacia él y Loki pudo sentir su mirada penetrante atravesándole: si el caos en su interior era algo físico, estaba seguro de que Odín podía verlo. Por supuesto Odín, omnisciente, conocía su secreto, pero éste permanecía sin ser pronunciado. Ambos comprendían los papeles que debían desempeñar. Ninguno de ellos desvelaría jamás el auténtico linaje de Loki.

—... *vestirás la piel del halcón...*

—Thiazi envió al constructor y tratará de provocar nuevamente la caída de Asgard. Ve a buscarlo.

—¿Qué debo hacer cuando lo encuentre?

Odín lo miró con atención.

—Él te encontrará. Y entonces le servirás como me has servido a mí.

No le gustaba el tono de Odín, pero sabía que no tenía más remedio que cumplir la voluntad del Alto. Confiaría en su sabiduría, aunque no pudo evitar tener un mal presentimiento acerca de la tarea que se le había encomendado.

El robo de las manzanas de Idun

Cuando los Nueve Mundos aún eran nuevos, Odín y Loki decidieron explorar aquellas partes de Midgard que les eran desconocidas. Mientras viajaban a través de un bosque ignoto se encontraron con una manada de bueyes. Hambrientos por sus viajes, tomaron uno de los bueyes, construyeron un gran fuego y comenzaron a asar sus grandes articulaciones y su carne.

Pasado un tiempo, y ansiosos por devorar la carne asada al fuego, Loki la probó y determinó que todavía estaba sin hacer. Esperaron a que se cocinara y Loki la probó una segunda vez, descubriendo de nuevo que aún no estaba lista. Comentaron lo extraño que era que estuviera aún cruda y se preguntaron cuál sería el motivo.

Oyeron una voz que provenía del árbol que había sobre ellos.

—Yo soy la razón por la que vuestra carne no se termina de asar —dijo.

Al alzar la mirada, vieron un águila gigante encaramada a un gran roble. Era el águila quien había hablado.

—Si me permitís llevarme tanto como quiera de vuestro buey, dejaré que se ase.

Los dioses aceptaron los términos de mala gana, pensando que no tenían ninguna posibilidad real de decisión sobre el asunto. El gran pájaro se abalanzó sobre el fuego y tomó el grueso del buey, devorando en un instante los dos hombros y dos de las piernas.

Loki se enojó cuando vio cómo el águila acababa con gran parte de su cena sin haber trabajado en su captura y sacrificio. Se abalanzó con un gran

palo y le atizó, obligándole a apartarse de su recompensa. El águila se elevó en el aire con el palo incrustado en su cuerpo. Loki, incapaz de soltarlo, vio alejarse rápidamente el terreno mientras el ave se lo llevaba por los aires.

El águila se precipitó hacia el suelo y arrastró a Loki sobre piedras, arbustos y cantos rodados, lo que le causó gran dolor hasta que pidió clemencia.

—Has de jurar que cumplirás una tarea para mí —dijo el águila.

—Lo juro. Cumpliré la tarea que me encomiendes.

—Has de traerme a Idun y sus manzanas. Júralo y te liberaré.

Loki cayó en la cuenta de lo que pasaría si traía a Idun ante ese animal y se mostró reacio a realizar ese juramento.

—Pídeme cualquier cosa menos eso. No puedo traerte a Idun.

El águila se desplomó una vez más y raspó el cuerpo de Loki por el suelo, desgarrando la piel de su cuerpo. No pudo soportar más la agonía.

—¡Lo juro! ¡Te traeré a Idun!

El águila lo dejó caer al suelo y aterrizó cerca. Se posó frente a él y los dos dioses supieron que habían sido engañados cuando cambió su forma y se convirtió en el gigante Thiazi, cuyo odio por los Aesir era conocido por todos...

Capítulo nueve

Era agradable volver después de tantos meses al bosquecillo situado junto a la cantera. No le costó revivir aquellos momentos, especialmente al sentir que tanto su forma como su conciencia cambiaban. El recuerdo de lo que suponía convertirse en otra criatura era tenue pero indeleble. De alguna forma, cuando la vez anterior se transformó en caballo, logró conservar un propósito firme a pesar de que su yo normal desapareció casi por completo. Estaba seguro de que ahora ocurriría lo mismo: lograría estampar un pensamiento en su mente y lo perseguiría incluso al transformarse por completo en otra criatura.

Cerró los ojos y sintió que la energía fluía, atravesándole como la vez anterior. Sus pensamientos fueron los primeros en cambiar, volviéndose rápidos y fugaces. No podía fijar ninguna imagen o idea más que algunos instantes. Se le tensaron y endurecieron los músculos. Abrió los ojos. Cuello y cabeza se le giraron instintivamente hacia atrás y adelante como si buscara algo, aunque no sabía qué. Comenzó a estar atemorizado sin que eso le extrañara: mientras permaneciera a ras de suelo, llevaría dentro el miedo a que el peligro estuviera cerca y fuera inminente.

Comenzaron a crecerle pequeñas protuberancias en la piel, brotándole por todo el cuerpo. Su nariz se alargó, sus dedos se extendieron obscenamente y, al mismo tiempo, la piel interdigital se le empezó a desplegar. Encogió. Las sensaciones en esta ocasión eran muy distintas a la transformación en la vasta y poderosa figura de un caballo. Ahora se sentía delicado y frágil. Y sin embargo también poderoso. Estiró los brazos y se deleitó con su ingravidez

casi total. Era más ligero y etéreo de lo que jamás se había sentido en su vida, y el tacto de la tierra bajo sus uñas encrespadas comenzó a repelerle.

La superficie del bosque no era su sitio: allí sería la presa de cualquier criatura más grande que tuviera apetito y cierta velocidad con la que atraparlo. Desplegó sus brazos hasta que alcanzaron su envergadura —¡qué ligeros era sus huesos!—, los agitó, y sus alas recién formadas controlaron fácilmente el viento, encaramándolo al cielo.

Su vista era sorprendentemente aguda. Al remontarse sobre las copas de los árboles pudo distinguir movimientos de los que no se habría percatado ni estado a un palmo de ellos. Los campos rebosaban vida y él estaba atento a los desplazamientos más pequeños. Notó con cierto asombro que los roedores estaban por todas partes entre las hierbas altas que se mecían allí abajo — ratones, ratas, conejos— y todos le provocaban el deseo involuntario de zambullirse. Sus garras se flexionaron, preparándose para una presa mortal sobre alguna de las criaturas de la superficie.

Al poco cedió a sus instintos y ajustó repentinamente el vuelo, racheando hacia un conejo veloz que sintió que la muerte caía sobre él. En cuestión de segundos las garras se hundieron en la espalda del animal, que abandonó toda lucha a medida que era izado. El ave aterrizó en un árbol muerto sin hojas en la copa que le ofrecía un lugar para su banquete. El conejo, todavía vivo, estaba sin embargo paralizado por el miedo o el instinto. Loki le clavó el pico en el vientre y se alimentó vorazmente mientras la vida de la criatura se derramaba lentamente sobre la madera muerta.

Poco después sobrevolaba Bifrost. Heimdall permanecía inmóvil como una roca a la entrada de Asgard. Su conciencia aviar no sentía nada en particular por aquel ser: sólo sabía que la criatura era demasiado grande para alimentarse de ella y demasiado lenta y lejana para ser una amenaza, por lo que le resultaba indiferente. En su interior, enterrada profundamente, notaba una sensación incapaz de identificar, un pequeño y desagradable ardor en su diminuto cerebro que su yo aviario no podía explicar. Era parecido al hambre, pero no se saciaba con la carne. Por un breve instante comprendió el desprecio y la ira que moraban en él, pero desaparecieron de inmediato para ser reemplazados por sus instintos de nuevo cuño. El único pensamiento que

le quedaba de su yo anterior era la desesperada necesidad de viajar a la tierra de los gigantes.

Pasó deprisa sobre Midgard y su conciencia sumergida apareció en alguna ocasión. Veía su destino a gran distancia pese a que no tardaría más de un día en alcanzarlo. La tierra que sobrevolaba era muy similar a Asgard, aunque carecía de algún elemento vital: era como si la vida hubiera sido drenada de aquel sitio, como si fuera tan sólo una sombra de su tierra natal. Los humanos escaseaban, pero la fauna y la flora eran abundantes: vastos bosques cubrían gran parte de lo que contemplaba. Vislumbraba una sección del inmenso océano que rodeaba la tierra y, aún más allá, divisaba el humo de Muspelheim, apenas visible, a pesar de que no podía captar nada más de ese reino de fuego situado a las afueras de la creación. Incluso su yo aviario sentía alivio por no ver nada más de aquel lugar.

Jotunheim asomaba detrás de un enorme macizo montañoso situado muy al norte. La propia tierra parecía organizarse para configurar una estructura defensiva. Incluso a gran distancia podía sentir el caos que infundía aquel lugar. No podía verlo con exactitud ni siquiera con su vista de halcón, pero lo notaba, como una niebla espesa que cubriera todo el terreno y se concentrara en torno a la enorme ciudadela de Utgard, que sólo distinguía vagamente. Pero también había otro lugar, un sitio del que Odín le había hablado: Thrymheim, la fortaleza de las tormentas de Thiazi el gigante.

Thrymheim estaba esculpida en las cumbres más elevadas de la montaña que bordeaba y protegía Jotunheim, y hubiera sido difícil localizarla desde lejos para cualquiera que no tuviera la penetrante vista de un halcón. Rodeó la torre más alta varias veces mirando hacia abajo, a la enorme fortaleza. Mantenía poca de su auténtica inteligencia, pero le impulsaba una profunda necesidad de estar allí.

Cuando se alejaba hacia un bosque situado en la falda de la montaña, sus ojos se dirigieron de nuevo a la torre más alta. Sin su vista de halcón no habría descubierto a la solitaria figura en la torre de la cima del pico. La figura le miraba, y él dio la vuelta.

Su verdadera conciencia se elevó ligeramente y un único pensamiento, imposible de concebir si fuera tan sólo un ave, se formó en su cerebro, resonó

y ganó intensidad. El ave sintió un vínculo indisoluble con aquella figura y, con los ojos siempre fijos en ella, voló en círculos cada vez más próximos con el fin de satisfacer una curiosidad claramente ajena a la de un pájaro. La figura le observaba, plenamente consciente del solitario halcón que trazaba círculos sobre ella. Tenía una mirada incitadora y extrañamente... esperada. La cautela habitual que como ave le habría invadido comenzó a evaporarse. Se acercó más.

Aterrizó en la cornisa de la amplia torre, a una distancia segura de la figura. A medida que su verdadera naturaleza se imponía, se percató de que la figura era un gigante, aunque de mucho menor tamaño que el monstruoso constructor. Dos veces más alto que Thor, carecía sin embargo de la imponente presencia física del Tronador. A pesar de eso, poseía un aura innegable a su alrededor, un brillo que Loki habría asociado antes con la hechicería pero que ahora reconocía de inmediato como caos. Era la misma aura cambiante que había visto por primera vez alrededor del constructor y también era la misma energía turbia que sentía dentro de sí.

Mientras contemplaba al gigante, el pensamiento solitario que lo había llevado hasta allí —Thiazi— se hizo prominente en su cerebro. Él era a quien buscaba; él era quien había enviado al maestro de obras a Asgard; él era el enemigo de los Aesir.

Thiazi habló, pero Loki no conocía las palabras. La comprensión llegó lentamente, a medida que su yo aviario cedía. Todavía con forma de halcón, empezó sin embargo a percibir el entorno con sus propios sentidos.

—Has volado desde lejos —dijo el gigante.

Loki fue incapaz de formar palabras para responder. Se sentó en el borde de la torre, intrigado pero listo para salir volando si Thiazi se convertía en una amenaza.

Como si leyera su mente, dijo:

—No pienso atacarte, Loki de Asgard. No trataré de herirte, como no lo haría con ningún otro de mi propia especie.

Loki le observaba con atención, pero Thiazi no realizó ningún movimiento o gesto de amenaza. Se limitó a permanecer mirándole desde el lado opuesto de la torre.

—El tuerto te envió aquí a buscarme, pero no sabía que te habías encontrado a ti mismo primero. Has descubierto mucho acerca de tu propia naturaleza y, más importante aún, has descubierto que nunca has sido uno de ellos.

Pronunciadas en voz alta, aquellas palabras le causaron cierto dolor. A pesar de haber comenzado a aceptarla, la verdad se hizo más real cuando surgió de la boca de otro. No era un Aesir y, aunque creía que eso ya estaba asentado en su propia mente, le quedaba un rescoldo de negación.

—Has sido enviado aquí para descubrir cómo pudo el constructor esgrimir tal poder destructivo. Fui yo quien le permitió alcanzar ese poder y fui yo quien lo envió a Asgard. Con el tiempo, enviaré más como él. Seguiré siendo una amenaza para los dioses hasta que Asgard sea reducido a escombros.

»Así que ahora que has descubierto lo que buscabas, emprende el vuelo de regreso para contarle al tuerto todo lo que sabes.

Loki se tensó, esperando algún gesto amenazador tras la revelación, pero Thiazi permaneció en el mismo sitio.

—O entra dentro de Thrymheim como Hijo de Jotunheim —porque eso es lo que realmente eres— y yo te enseñaré cómo manejar el poder que sientes emerger dentro de ti. Descubrirás que puedes emplear tu caos interior para cosas mucho más poderosas que un simple cambio de forma. La amenaza que ha supuesto el constructor no será nada comparada con lo que tú serás capaz de hacer. Y aquellos que te han rechazado y ridiculizado se verán obligados a tratarte con el honor que mereces o, de lo contrario, yacerán muertos a tus pies.

Thiazi dio un paso hacia la escalera que descendía por el interior de la torre.

—Estaré dentro. Nadie tratará de hacerte daño si decides volar de vuelta a Asgard y quizá nuestros caminos nunca se crucen de nuevo. Pero si optas por convertirte en mi discípulo te enseñaré a manejar el poder que llevas dentro. Es tu elección: permanece siendo quien eres, sirviendo el resto de tus días a los que te desprecian, o únete a mí y aprende cómo alzarte incluso por encima de los dioses. —Desapareció a medida que descendía por las escaleras en

espiral, dejando a Loki solo, encaramado todavía a la cornisa.

Giró la cabeza y miró hacia Asgard. Hasta con su visión de rapaz estaba demasiado lejos para verlo, y apenas vislumbraba lo que intuía que era Bifrost. Heimdall estaría allí, quieto, y Loki recordó la sonrisa burlona en su rostro cuando había pasado con Sleipnir. Recordó también la malicia de los insultos de Balder y el menosprecio de los otros dioses en Gladsheim.

Abrió las alas a lo ancho. El caos se arremolinaba en su interior y sintió que su cuerpo volvía poco a poco a su forma original. Se alzó en toda su estatura y miró una vez más hacia Asgard. Ya no podía distinguir el puente del arco iris aunque imaginó su presencia, un faro de luz que anunciaba la entrada al reino de los dioses, el único hogar que había conocido.

Se volvió hacia la torre y comenzó a descender por las escaleras hacia el corazón de Thrymheim.

Capítulo diez

Loki se sentó en la misma torre sobre la que se había posado muchos meses atrás, con los pies colgando sobre el vacío y mirando abajo a través de la vasta expansión de cadenas montañosas que rodeaban Jotunheim. No se giró al advertir que alguien se acercaba por detrás.

—Sirven de imponente barrera entre Jotunheim y el resto de Midgard — dijo.

Thiazi estaba junto a él.

—Son el regalo de Ymir a Jotunheim.

Loki miró a su mentor, mucho más alto que él.

—Los Aesir creen que Odín descuartizó el cuerpo de Ymir para crear los Nueve Mundos. Estas montañas son sus huesos y sus dientes.

—¿Tú lo crees?

—Una vez creía todo lo que contaba Odín. Pero eso fue antes de saber lo que soy.

Thiazi asintió y miró por encima de las montañas.

—Ahora que conoces la verdad, ¿añoras la ignorancia perdida?

—No, pero mentiría si afirmara que no tengo remordimientos. Es extraño despertar un día y darse cuenta de que no eres quien pensabas ser.

—Pero ya sabes quién eres y puedes vengar esos largos años al servicio de tus enemigos. Será una tarea sencilla ahora que te he enseñado a utilizar el caos que vive dentro de ti. Puedes vengarte de aquellos que te traicionaron, convirtiendo a nuestros enemigos en tontos temblorosos.

—Todavía no me has dicho cómo lo haremos.

En lugar de responder, Thiazi entonó un cántico. El aire frente a él se agitó y desplazó, como si estuviera derritiéndose lentamente para revelar detrás otra realidad distinta. Loki vio un huerto con árboles uniformemente espaciados que rebosaban con manzanas de oro. Tejiendo sus pasos entre ellos había una joven con rizados dorados, vestida de blanco con sencillez. Se movía de árbol en árbol recolectando manzanas una a una. La pequeña cesta que llevaba en sus brazos casi rebosaba, pero, no importa cuántas manzanas cogiera, nunca se llenaba.

Loki la reconoció a pesar de que habían pasado muchos años desde que la había visto. Parecía tan joven e inmaculada como la primera vez. Y se rumoreaba que era tan vieja como el propio Odín, o incluso más.

—Idun.

Thiazi asintió.

—Ella es el alma de Asgard. Sin ella, los Aesir se marchitarán y morirán.

—Pero ella no existe en los Nueve Lugares. Sus huertos son inalcanzables.

—Sí, pero está atada a Asgard. Te mostraré dónde. Sólo tendrás que viajar allí y encontrar el camino a su huerto.

—¿Y luego qué? ¿Quieres que la mate?

—No, hay que sacarla de aquel lugar y traerla hasta aquí.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada, sólo impedir que vuelva. Eso es todo lo que hay que hacer.

—¿Y una vez que los Aesir sientan los efectos de su ausencia...?

La visión desapareció. Thiazi sonrió y se volvió.

—Entonces entraremos en Asgard y pondremos fin a la amenaza que suponen para Jotunheim.

Loki asintió.

—Será satisfactorio verlos débiles y mortecinos. ¿Deben perecer todos?

—¿Lo dudas?

—No, pero será difícil ver destruidos a los que consideraba mi familia. No me resultará sencillo caminar entre ellos y mirar sus rostros cuando caigan.

—Los que vivan no descansarán hasta que te hayan matado. Te verán como un traidor a su propia especie y no tendrán misericordia contigo.

—Tienes razón, por supuesto.

—Sin embargo, no tienes que hacer nada tras capturar a Idun. No hay ninguna razón para que vayas a Asgard si deseas quedarte atrás. Cuando los Aesir hayan sido devastados por el tiempo, me será fácil poner fin a su amenaza.

—No, iré contigo. En todo caso, deben conocer el rostro de aquel que los ha derribado. Y no me negaré la satisfacción de ver sus caras cuando se den cuenta de que fueron sus propias acciones las que me hicieron su enemigo.

—Después de esto, todo Jotunheim estará en deuda contigo. Los Aesir siempre han sido una espada que pende sobre las cabezas de todos los gigantes. Sólo es cuestión de tiempo que marchen sobre nosotros, sólo porque portamos la chispa de Ymir.

—No toleran a nadie que sea diferente. Desde que recuerdo, he sido un paria en Asgard, únicamente porque ellos y yo somos distintos. Mi dedicación hacia los Aesir nunca ha contado nada frente a mi naturaleza.

—Ahora al menos comprendes por qué eres distinto. Se arrepentirán de haberte despreciado.

Loki se puso en pie. Su cabeza llegaba sólo hasta la cintura de Thiazi.

—¿Cómo haré para burlar a Heimdall?

—No te verá, como tampoco vio al constructor. Pese a que sus sentidos son más agudos que los de cualquiera, sólo puede ver lo que hay. Cuando te transformas no alteras tu apariencia sin más, sino que, en esencia, te conviertes en otra cosa.

—Sí, así fue cuando atraje al caballo del constructor.

—Él verá un ave sobrevolándole, nada más. Pero ahora que has aprendido a conservar tu esencia mientras estás transmutado, lo mirarás desde lo alto con tus propios sentidos.

—Espero que tras la ausencia de Idun sobreviva lo suficiente para que pueda revelarles cómo lo engañé.

—Puede, pero no sobrevivirá mucho más. Ninguno de ellos lo hará.

El terreno frente a Loki parecía enorme y despoblado, aunque sabía que allí había más de lo que aparentemente se veía. Meses atrás habría pasado de largo por aquellos campos sin dedicarles una mirada, pero ahora percibía su energía caótica arrastrándolo hacia ese lugar, logrando que penetrara el velo que unía los huertos de Idun con Asgard.

Cerró los ojos para convocar el caos en su interior. Lo sintió fluir por todo su cuerpo, transformándolo. Su percepción se alteró y vio cómo el aire frente a él cambiaba y se enturbiaba al disiparse su naturaleza vaporosa, revelando una ventana a otro lugar, como si la realidad que pensaba que existía no fuera más que un velo para lo que había debajo, un velo que acababa de rasgar.

Entró en el mundo oculto y se encontró en medio de un extenso huerto de manzanos. Un ligero viento en las ramas mecía las manzanas, doradas y completamente maduras, y lanzaba revoloteando las hojas amarillas a la tierra. Hacía calor, aunque no era incómodo, y los rayos del sol llenaban el suelo de sombras de hojas y ramas que se agitaban. El sonido de las aves cercanas le llegaba filtrado.

Extendió la mano y cogió una manzana del árbol más cercano, examinándola atentamente antes de hundirle los dientes y sentir su zumo corriéndole por la barbilla. Dulce y madura, era una manzana perfecta. Le hizo sentir en su interior la línea de la vida de los Aesir, una pequeña porción de su inmortalidad, una faceta de la vida eterna, el regalo de Idun a los dioses. Podía sentir la presencia de Idun en la propia fruta, su poder fluyendo a través de la manzana, a través de los árboles, a través de la tierra bajo sus pies. Ella era una parte viva de ese huerto, un ingrediente primordial que hacía posible su existencia. Sin Idun, el huerto se marchitaría y moriría, y con su muerte, los dioses también se marchitarían y morirían.

Escupió la manzana a medio masticar y extendió la mano para coger otra. No la arrancó de su rama sino que cerró los ojos y se concentró. Mientras la sostenía con firmeza, la imaginó madurando y quedando rápidamente pasada. En su visión, la carne de la manzana se suavizaba y reducía, endulzándose de forma repugnante mientras su piel se llenaba de hoyuelos y se ajaba, volviéndose más y más pequeña a cada segundo que pasaba, para terminar al

fin como un orbe grotesco y reseco colgado de una rama.

Sintió su energía fluir más allá de su interior, a la manzana y hacia la rama, y cada manzana con la que se topaba se contraía mientras que las hojas se desprendían y caían al suelo. Pronto el árbol entero estuvo completamente sumido en su energía y Loki la sintió extenderse a los árboles de los alrededores, cada uno de ellos víctima del mismo destino de manzanas podridas y apergaminadas colgando de débiles ramas exánimes. El huerto entero se redujo visiblemente bajo su asalto hasta que todo lo que pudo ver fueron árboles sombríos en descomposición, huecas caricaturas grises de lo que eran sólo momentos atrás.

Abrió los ojos. El viento había cesado e incluso los rayos del sol habían dejado de brillar en el antes vibrante huerto. Ahora, en cambio, se encontraba entre una maraña de árboles moribundos o podridos, con fruta arrugada que colgaba de ramas con aspecto de poder romperse en cualquier momento.

Hasta el canto de los pájaros se había detenido. Ocupaba su lugar el gimoteo de una joven de lágrimas desamparadas que Loki escuchó con atención mientras tejía su camino entre árboles muertos.

La encontró de rodillas, sollozando suavemente con las manos en el rostro. Las lágrimas se filtraban a través de sus dedos para caerle sobre el regazo en un sencillo vestido blanco mientras sus rizos dorados se estremecían con cada pujo. Se acercó a ella lentamente y se arrodilló.

—Idun, soy Loki. —Habló despacio, con una voz suave llena de empatía tranquilizadora hacia una hermana que sufre.

Su llanto se calmó y retiró las manos de su rostro. Lo miró con cierta sorpresa, apenas apreciando la extrañeza de verlo allí tras el impacto de lo que le había sucedido a sus huertos.

—¿Loki? —Lo miró suplicante, desesperada por alguna explicación o respuesta ante lo que había sucedido—. Mis huertos, mis dulces huertos. ¿Qué puede haber provocado esto?

Colocando el brazo por encima de sus hombros la abrazó dulcemente, con una calidez y un cariño que emanaban de cada partícula de su ser. Ella inclinó su pequeño cuerpo contra él, pero levantó los ojos para encontrarse con los suyos, implorando alguna respuesta ante la devastación que había

presenciado.

—No puedo decirte lo que ha sucedido aquí —dijo con el tono de voz de quien realmente desconoce—, pero descubriremos lo que ha sucedido, te lo prometo. —Tras sus palabras le ofreció una reconfortante mirada de tranquilidad pensada para proporcionarle un poco de paz.

—Pero ahora tenemos que salir de este lugar: ya no es seguro para ti.

Sus ojos mostraron su alarma.

—Yo... yo no puedo abandonar mis huertos. —El pánico aumentó en su voz—. Mis árboles, ¿qué les va a pasar sin mí? No puedo dejarlos.

Loki, todavía de rodillas y mucho más alto que ella, la tomó por los brazos y le dio la vuelta para que lo mirara de frente, una figura paterna autoritaria y sensible.

—Idun —dijo, como hablando con un niño—, tienes que venir conmigo. Lo que ha envenenado tus árboles puede ser un peligro para ti. Éste ya no es un lugar seguro.

Aunque resultaba espontáneo hablarle de esa forma, e incluso en su estado actual era difícil no hacerlo así, persistía en Loki un resquicio de inquietud. A pesar de su apariencia de niña, era muy anterior a él o a cualquiera de los Aesir, con la excepción de Odín.

—¿Qué será de mis árboles? Debes salvarlos, no podemos abandonarlos sin más en este estado. Tiene que haber algo que se pueda hacer. Odín podría...

—No hay tiempo. Odín no llegaría antes de que esta enfermedad se extendiera y, además de a tus árboles, nos llevara también a nosotros. —Se agachó y cogió una manzana del suelo. Estaba ligeramente pasada pero no hasta el punto de estar podrida. Se había caído del árbol antes de haberse infectado con su plaga. La sostuvo frente a ella.

—Empezaremos de nuevo. Tomaremos las semillas de esta fruta y las plantarás en un nuevo lugar donde puedas atenderlas, un lugar donde nadie pueda encontrarte. Conozco un sitio así, pero ahora tienes que venir conmigo.

Apareció en los ojos de la diosa un minúsculo atisbo de esperanza, nacido de la necesidad fundamental de proteger y cuidar su carga. Una parte distante de Idun reconocía que su supervivencia era crucial y que muchos dependían

de ella, pues las fuerzas del caos podrían destruirlo todo si no lo impedía. Asintió mientras las lágrimas corrían por su rostro; él sonrió amable y la puso en pie, llevándola a Asgard a través de la brecha por la que había entrado. Idun hundió el rostro en el pecho de Loki mientras el umbral se reducía lentamente, dejando tras él la visión de árboles ennegrecidos y muertos.

Loki miró una sola vez hacia atrás, justo antes de que la ventana se hubiera cerrado por completo. La sonrisa en su rostro no era de consuelo sino de profunda satisfacción consigo mismo. La ilusión se desvaneció al cerrarse la brecha por completo, dejándole sólo a él la última mirada a los auténticos huertos de Idun: repletos, abundantes y saludables.

Freyja se desnudó y entró lentamente en el baño que sus criados le habían preparado. Su piel inmaculada, blanca como la nieve, se hundía bajo la superficie a medida que se deslizaba en el agua tibia, mientras su cabello plateado se dispersaba creando un halo alrededor de su cabeza. Los dos sirvientes que permanecían siempre a su lado para lo que ella necesitara se marcharon tras indicárselo con un gesto de cabeza: por ahora quería estar completamente sola, algo que no siempre lograba.

Se alegró de que hubieran destinado a Loki lejos de Asgard. De todos los Aesir era al que menos comprendía. Entre ellos, sólo él era inmune a sus encantos, a su belleza, y no conocía el motivo. Ella tampoco había ido a buscarle. De hecho, nunca había buscado a nadie, pero incluso así la reclamaban, y ella accedía a sus deseos más veces de las que los rechazaba.

En Vanaheim aquel comportamiento no acarreaba ningún estigma; todos se entregaban libremente sin culpa, vergüenza o aprensión. Y una vez que esos breves momentos se habían terminado, tampoco quedaba ningún sentimiento indeseado de apego. Durante una época podía tener un amante, pero en algún momento aquello terminaría y ambos encontrarían a otros. Incluso si se emparejaban un tiempo, nada evitaba que se tuvieran otras relaciones. Tal era la práctica de los Vanir y la esencia misma de sus rituales que se derramaba a través de los Nueve Mundos, vida engendrando vida en un acto de comunión física y espiritual.

Aquí no ocurría lo mismo. Los asgardianos con los que se había mezclado sentían a menudo un derecho, como si existiera una propiedad implícita en tales actos. Y aun cuando no tuvieran inclinaciones posesivas, con frecuencia una esposa u otro amante la miraba con celo o enojo. Freyja estaba más perpleja que enfadada ante esas respuestas, ya que no las había visto antes de llegar a Asgard. Sin embargo, no trató de reparar o sofocar estos actos; pese a estar allí como rehén, no creía que su papel fuera el de someterse a las costumbres de aquellos dioses: ella era una diosa de Vanaheim y actuaría como tal a pesar de malestares y recelos.

Pero Loki presentaba un enigma para ella. No actuaba como los otros Aesir, recreándose con la mirada tras ella, con el rostro acalorado cuando estaba cerca, deseándola. En un momento u otro los había tenido a todos y los tendría de nuevo cada vez que sintiera el capricho de hacerlo. A todos salvo a Loki. Era el único que jamás la había poseído; no la deseaba.

Freyja notaba casi como una sensación física los sentimientos de quienes la rodeaban cuando estaban en su presencia. Se deleitaban con su belleza, con su olor y con el encanto que irradiaba; su cabello plateado y su alta y perfecta figura agitaban el anhelo en sus almas, y estas sensaciones le proporcionaban a ella placer y felicidad.

Loki exudaba oscuridad, confusión y un rencor venenoso. No era capaz de sentir amor por los demás sino simplemente celos, envidia y arrogancia. Sus emociones y pensamientos le causaban malestar y una pizca de dolor a Freyja. En algunos momentos había sentido cómo la abrasaba con su mirada de desprecio. No era que no la encontrara hermosa: como en todos los demás, podía notar en su pecho, enterrada bajo el resto de emociones, la agitación desnuda de la lujuria. Pero la suya estaba sometida, obstaculizada por los oscuros resentimientos que experimentaba Loki.

Freyja deseaba que no regresara de la misión de Odín, a pesar de que era uno de los Aesir. Había oído decir que el Alto lo había enviado a Jotunheim y era posible que pudiera encontrar allí su final. Freyja no especulaba sobre cómo podía suceder y ni siquiera lo reconocía conscientemente, tan opuesto era eso a su naturaleza, pero una parte de ella encontraba un remanso de paz en la idea de no volver a estar más tiempo en su presencia.

Se levantó y dejó que el agua se deslizara por su piel. Al salir del baño se acercó a los ventanales situados frente a las verdes llanuras de Asgard. El puente del arco iris apenas era visible en la lejanía. Los rayos que entraban templaban su cuerpo desnudo mientras el agua que quedaba sobre ella se secaba con rapidez ante el calor del sol. Al mirar hacia Vanaheim, el hogar que había dejado muchos años atrás, sintió el deseo de volver, pero era consciente de que aquello era imposible mientras la paz se mantuviera entre los Vanir y los Aesir. Aún así, en algunos aspectos, Asgard era más sublime y majestuoso que Vanaheim, y los Aesir, pese a sus extrañas conductas, la intrigaban con su inusual sentido del honor. Eran merecedores de admiración por muchos motivos, aunque fueran diferentes a los Vanir.

Bajó la mirada hacia sus manos y frunció ligeramente el ceño. Estaban arrugadas, como si hubieran pasado mucho rato bajo el agua. Se las acercó al rostro para examinarlas.

Mientras las estudiaba, unas delgadas venas azules se hicieron ligeramente visibles justo bajo la piel y aparecieron unas pequeñas manchas parduscas. Se horrorizó al ser testigo de cómo crecían sus uñas, volviéndose más gruesas y de un amarillo enfermizo. Las venas azules se volvieron más oscuras y pronunciadas y comenzaron a viajar desde el dorso de la mano hasta los antebrazos, manchando más a cada segundo su piel impecable. Se llevó una mano a la cabeza y, al apartarla, tenía en ella un áspero mechón gris opaco.

Agarrando todavía la mata de pelo gris alejó sus brazos, como si fueran cosas ajenas a su cuerpo y pudiera distanciarse de ellas de alguna forma. Habría gritado, pero se sentía tan sobrepasada por la mezcla de horror y repugnancia que era incapaz de pronunciar un sonido pese a estar completamente boquiabierta.

Corrió hacia el espejo situado en una esquina de la habitación, observando que se sentía débil y sin aliento tras dar unos pocos pasos para cruzar la cámara. Lo primero en lo que se fijó fue en sus senos, arrugados y decaídos como pasas ajadas y muertas colgando de su pecho. Su estómago estaba hundido y sus costillas destacaban como si fuera víctima de la hambruna. Sus huesos casi sobresalían a través de caderas, hombros y

rodillas, pero su piel colgaba en la mayoría de su cuerpo como el cuero arrugado y mal ajustado, con el color amarillento de un frágil pergamino. Unas venas azules, delgadas y oscuras, se entrecruzaban en sus brazos y piernas. Su turbia piel moteada las hacía incluso más difíciles de ver.

Su cara era lo más gravemente afectado: sus ojos, una vez radiantes y llenos de brillo, ahora la miraban apenados por encima de bolsas de carne dobladas y con arrugas serpenteantes; su melena de cabellos de oro y plata, brillante y lustrosa incluso en la oscuridad, era ahora retazos de calvas junto a largas tiras de frágil paja gris unidas azarosamente al cuero cabelludo.

Se quedó mirando una versión plegada de sí misma, consumida por los estragos del tiempo. Era muy consciente de que también su visión era borrosa e imprecisa, un pequeño favor que le permitió mantener un simulacro de cordura para decirse a sí misma que lo que veía no podía ser real. Sin embargo, no fue convincente, y mientras contemplaba a la vieja del espejo logró al fin soltar un grito, el quejido sin aliento de una anciana, débil y patética.

El cinto de Heimdall cayó al suelo con un ruido sordo, su cuerpo ajado sin el peso suficiente para mantenerlo en la cintura. Tambaleándose, se apoyó con una mano contra un pequeño árbol. Su armadura lo lastraba y su casco, que de repente y de manera inexplicable se había vuelto demasiado grande para él, se deslizó sobre sus ojos, obstruyéndole la visión. Levantó una mano cansada y lo volcó hacia atrás, haciendo que cayera al suelo, donde se quedó inerte y vacío.

El cansancio le superaba y se dejó arrastrar lentamente a tierra mientras reposaba contra el árbol. Respiraba jadeante a través de la boca abierta y su cabeza oscilaba hacia atrás y hacia adelante con el esfuerzo de la respiración. Aún así, eran inhalaciones poco profundas, nacidas de la debilidad y la fragilidad enfermiza, no las inspiraciones cavernosas de un guerrero ejercitándose. De hecho, no había hecho nada que le supusiera un esfuerzo: vigilaba Bifrost como siempre cuando un cansancio de ánimo se había apoderado de él.

Con dificultad alargó los brazos para desabrocharse las correas de la armadura. No pudo convocar la fuerza para tirar de ella por encima de su cabeza, de manera que tuvo que deslizar su cuerpo por el tronco del árbol como una serpiente antigua librándose de su vieja piel por última vez. Una vez apoyada la armadura contra el árbol, se las arregló para salir a rastras de ella, sólo para desplomarse fatigado.

Tras un tiempo, logró ponerse a cuatro patas y después se sentó. Sus brazos eran como dos palos delgados cubiertos por la carpa de su camisa, y su pecho se hundía y encogía sobre sí mismo: el único recuerdo de su torso, una vez ancho y musculoso, eran las tiras exánimes de piel que le colgaban. Pero su compleción física no era lo único afectado.

Sus afilados sentidos estaban ahora embotados y eran inútiles. Si antes podía ver una legua tras otra y su vista era el único baluarte contra cualquiera que tratara de entrar en Asgard, ahora la delgada película de la vejez cubría ambos ojos y apenas podía distinguir la silueta de Bifrost desde donde estaba sentado, a menos de un tiro de piedra. Tampoco su oído funcionaba bien. Había leyendas sobre su legendaria capacidad de escucha, fragmentos acerca de sus habilidades divinas pronunciados por otros asgardianos en voz baja y asombrada. Decían que podía oír cómo crecía la hierba en Midgard y también la lana en las ovejas. Aunque las historias eran desmesuradamente exageradas, no había hecho nada para desmentirlas. Pese a todo, su oído era superior al de cualquier otro Aesir y abarcaba grandes distancias. Algo que, sin embargo, también le había abandonado, reemplazado por un zumbido interminable y quedo.

Nada de esto le alarmaba tanto como un temor primordial. Le preocupaba que el fin de sus días estuviera cerca y que pronto estaría ajado y moriría. Aún peor: iba a morir débil e impotente, encogiéndose en una cama, o allí mismo en los campos de Asgard, convertido en un anciano decrepito e inútil. No tendría un final glorioso, sitiado por incontables legiones de gigantes y monstruos, cada uno catando su acero por turnos mientras los cadáveres de sus enemigos se apilaban y él soplab a Gjall una última vez para señalar que el Ragnarok había llegado. No, no habría un final heroico para alguien como él, la lamentable cáscara de un dios, el corazón de un guerrero palpitando

débilmente en una barraca de huesos.

Tan sólo tenía claros otros dos pensamientos que se alzaban en ocasiones por encima del constante malestar ante su infortunio. El primero era Idun. En esos breves momentos de lucidez comprendía que su estado, como el de todos los Aesir, se debía a la ausencia de Idun. Había abandonado sus huertos, y el vínculo que los mantenía a todos eternamente jóvenes también se había marchado.

Su segundo pensamiento estaba lleno de veneno e ira y se imponía, aunque sólo fuera momentáneamente, a todos sus sentimientos de autocompasión y desolación. Era un pensamiento revitalizante que llenaba sus débiles miembros de un vigor renovado al imaginarse a su merced al responsable de esa situación. En esos breves momentos, sabía con absoluta certeza que era Loki quien había provocado que aquello sucediera, y juró en innumerables ocasiones que haría que el Embaucador pagara por esa indignidad, sin que el precio importara.

Capítulo once

La pequeña diosa estaba encerrada a salvo en las entrañas de Thrymheim, y Thiazi estaba cada día más satisfecho. Los Aesir envejecían por momentos y se volvían más flojos; era sólo cuestión de tiempo que se derrumbaran como sacos de huesos. Imaginó los ejércitos de Jotunheim arrasando Asgard como una fuerza de la naturaleza, destruyéndolo todo a su paso, profanando las tierras de los dioses y aniquilando todo rastro de que alguna vez hubieran existido. Con fuego y muerte purgaría su estigma de los Nueve Mundos y pisotearía sus huesos hasta reducirlos a polvo.

Había eliminado la distancia entre Asgard y Jotunheim con su poder para espiar a todos los Aesir, deleitándose con su miserable estado. El vínculo de los dioses con Idun se había seccionado deprisa; disfrutó viendo cómo se arrugaban ante sus ojos sin que el don revitalizante de Idun los mantuviera con vida. No había sido capaz de percibir todas las imágenes con claridad y en detalle, pero lo que había visto le había satisfecho.

Freyja había cojeado fuera de su torreón como una vieja bruja arrugada, llorando constantemente y lamentándose de su belleza perdida. La habían atendido sus sirvientes, como siempre, pero nunca antes se habían visto obligados a soportar su peso mientras abandonaba sus salones con lentitud laboriosa, paso a paso. Llevaba la cabeza muy inclinada y, al caminar, murmuraba para sus adentros con el entendimiento claramente podrido. ¿Quién la tomaría ahora? Aunque, en sus patéticos estados, no es que ningún otro de los Aesir hubiera podido tener relaciones con ella.

Tyr tenía incluso peor aspecto, si tal cosa era posible. Él, una vez magro y de anchos hombros, un guerrero en su cenit que no conocía rival, era ahora un viejo encogido, chocho y tembloroso que tenía que ser acarreado de un lugar a otro por sus criados en una silla cargada con mantas para que su sangre delicada no se congelara con el frío viento de Asgard. Se aferraba a la espada que yacía, envainada, sobre las mantas en su regazo, con manos paralíticas y nudosas que temblaban descontroladas. La piel de su cuello colgaba sobre su cabeza oscilante, y sus ojos miraban fijamente a la nada.

Thiazi los miró a todos por turnos, disfrutando de sus enfermedades. Balder el guapo, Balder el joven, yacía en su cama sobre un charco de su propio excremento. Frey no podía hacer nada más que repetir las mismas quejas y cuitas sin cesar, mientras sus siervos, sobrepasados, retorcían desesperados las manos. Hod el ciego, el fiel hermano de Balder, también se había convertido en Hod el Sordo y Hod el Incontinente. Sif, la hermosa esposa rubia de Thor, simplemente se sentaba y permanecía mirando una pared lisa durante horas, perdida en su propia conciencia ajada, entendiendo cada vez menos.

No pudo encontrar al Tuerto, pero no importaba. Odín era casi tan antiguo como la creación misma: era probable que ya hubiera sucumbido y ésa fuera la razón por la que era incapaz de verlo. Incluso si todavía estaba vivo, ¡qué frágil e impotente sería! Thiazi imaginó a Odín muerto en sus aposentos, con los gusanos arrastrándose a través de la cuenca hueca de su ojo perdido mientras las larvas devoraban lo que quedaba del otro.

Pese a que obtenía un gran placer derivado del sufrimiento de aquellos dioses, experimentaba una satisfacción mucho mayor al saber que los había destruido desde dentro, utilizando a uno de los suyos. O, en cualquier caso, a quien una vez habían considerado como tal. Loki era ya menos Aesir que Thiazi, y los dioses se arrepentirían eternamente por haberlo enviado a sus manos.

Qué fácil había sido secuestrar a Idun y llevarla a Thrymheim. Le gustaba regodearse, verla en persona en su celda húmeda, enterrada en las entrañas de su fortaleza, impotente para cambiar las mareas que fluían en contra de los de su especie.

Thiazi recorrió el camino largo y sinuoso que descendía bajo Thrymheim a las cavernas, donde un áspero calabozo había sido escarbado muchos siglos atrás. Aunque no se construyó para alguien tan menudo como ella, era una estancia conveniente. Carecía de luz y de vida, y cualquiera que se encontrara en aquella prisión se contagiaría de la tristeza y la desesperación de la propia roca en la que estaba tallada. Mientras estuviera presa allí, Idun, la dadora de vida eterna, se pudriría hasta morir. Era apropiado que se viera obligada a pasar sola y en la oscuridad el poco tiempo que le quedaba.

Sentía su presencia al acercarse a través de los túneles tortuosos bajo Thrymheim. Su energía vital era vigorosa, sobre todo para alguien tan pequeño, pero Thiazi sabía mejor que nadie que las apariencias pueden engañar. Por más que se mostrara como una niña de no más de diez veranos, era probablemente tan antigua como Odín y de hecho mucho más vieja que el propio Thiazi. Darse cuenta de aquello le hacía sentirse poderoso y lo convencía aún más de que éste era el final de Asgard. Aunque no creía en sus ridículas profecías, tal vez cuando pisara el suelo sagrado de la ciudad habría que declarar que el Ragnarok había llegado, sólo para ver cómo sus espíritus se arrugaban junto a su carne seca. «El Ragnarok ha venido a por ti, Tuerto», se imaginó diciéndole a Odín antes de pisotear el pecho del dios para aplastar sus últimos vestigios de vida.

Lo arrancó de sus meditaciones otra presencia que identificó y sobre la que pudo sentir su control tan firme como antes: Loki estaba a sus órdenes incluso si no lo aceptaba totalmente, y estaría a su lado mientras mataba a los Aesir; un último insulto que apilar sobre ellos, el último adiós de uno de los suyos que finalmente se había vuelto en su contra. En verdad sería dulce disfrutar de su amargura e impotencia.

Cuando entró en el calabozo vio a Loki junto a la celda de Idun. Parecía minúsculo al lado de la enorme puerta, como un niño pequeño que no puede manipular los objetos básicos de los adultos.

—¿Haciendo compañía a Idun?

—Observándola. Tratando de entender su vínculo con los Aesir y cómo fue capaz de darles la eterna juventud. Parece extraño que su cautiverio aquí no me afecte. Me preguntaba si podría haber envejecido como ellos.

—Así corroboras otra vez que no eres uno de los suyos. Idun no tiene ninguna influencia sobre ti: el caos que tienes dentro es el que te mantiene vivo.

—Siento cierto pesar por haberla traído aquí. Ella nunca me ha hecho daño.

—Su misma existencia es un ataque a nuestra especie. Sin ella, los dioses habrían envejecido y estarían muertos hace incontables años. En cambio siguen siendo una amenaza y así seguirá siendo hasta que una de las dos razas se extinga.

—Lo sé, pero incluso así es difícil. Sólo aparenta ser una niña inocente.

—No te dejes engañar por su aspecto: tiene una edad incalculable. Y además, no hacemos nada salvo impedir que regrese a sus huertos. Es un trato mucho mejor del que tú o yo recibiríamos a manos de los Aesir.

Loki asintió, reconociendo la verdad de sus palabras.

—Echemos un vistazo a nuestra invitada para ver cómo está. Eso debería lavar tu conciencia —dijo Thiazi.

Se acercó al portón y lo abrió. No estaba bloqueado, no había necesidad allí en Thrymheim. Incluso si Idun lograba abrir la enorme puerta, sería incapaz de encontrar la salida. La fortaleza era como un laberinto y sólo Thiazi conocía los caminos de entrada y salida.

Aunque la celda no era grande para un gigante, resultaba descomunal para Idun. Su diminuta figura se perdía por completo dentro de la enorme cárcel. A medida que la débil luz de la puerta abierta la golpeaba, ella parecía ser el único punto de blancura en un estanque de color negro.

La celda había sido labrada en la roca sólida de la montaña, en lo profundo de sus entrañas y, por tanto, no tenía ventanas ni ninguna otra iluminación aparte de las antorchas parpadeantes que colgaban de unos apliques en las paredes. La puerta no tenía ventanuco, así que mientras permaneciera retenida, la única claridad que le podía llegar venía de la estrecha franja entre la base de la puerta y el suelo de roca.

Se sentaba arrodillada en el centro de la prisión, con las manos en el regazo, la cabeza y los ojos bajos, lánguido el pelo dorado. Su sencillo vestido blanco estaba cubierto de suciedad y su piel pálida —una vez radiante

y con brillo— era ahora del blanco de un gusano enfermizo que nunca había visto la luz del día.

Thiazi entró despacio en la habitación, ocupando con su volumen la mayor parte de la entrada. Si Idun se fijó en él, hizo caso omiso. Siguió sin más en medio de la celda como si fuera una estatua, con los ojos mirando al suelo.

Thiazi no podía negar que proyectaba una imagen simpática, pero no se permitió olvidar lo que esta criatura era en realidad. Idun era tan niña como pudiera serlo él y su poder consistía en mantener a los dioses eternamente jóvenes y saludables. Más que cualquier otro Aesir, ella era el enemigo más peligroso de los gigantes. Si no fuera por la longevidad de los dioses, Jotunheim no estaría bajo una constante amenaza de destrucción a manos de los arrogantes que vivían en las alturas.

Recordar que ese golpe contra los dioses podía terminar para siempre con el peligro que encarnaban para los gigantes marcaba otra vez su propósito con firmeza. No era una jovencita, sino una diosa cuya mera existencia era anatema para los de su especie: se pudriría en aquella celda hasta que los propios dioses fueran polvo bajo sus talones, y entonces, una vez que tuviera la certeza de que los demás estaban muertos, ella también moriría.

—¿Puedes sentir cómo se mueren? ¿Incluso aquí puedes sentir su angustia?

Idun no se movió, pero desde ella se alzó una voz suave, débil y suplicante.

—Por favor, déjame ir. No te he causado ningún mal. —Si se dio cuenta de que Loki estaba detrás de Thiazi, no lo indicó.

—Oh, sí que lo has hecho. Mantienes fuertes a los dioses. Sin ti serían viejos chochos que apenas podrían controlar sus esfínteres.

De nuevo la débil voz, tan inocente en apariencia como la de un niño.

—Mis huertos se han malogrado: no tengo ningún poder. No puedo salvar a nadie. Por favor, déjame ir para que pueda morir con los de mi raza.

Era cierto que sus huertos habían desaparecido. Había visto a Loki infectándolos, provocando que se secaran y pudrieran, pero no sabía con seguridad si su magia permanecía sin sus huertos y ciertamente no se

arriesgaría liberándola temerariamente, incluso si era cierto que ahora carecía de poderes.

—No —dijo Thiazi—. Serás mi invitada hasta que haya pisado los cadáveres fétidos de aquellos a los que amas. —Percibió cómo agachaba mínimamente la cabeza, como si esto fuera un nuevo golpe para ella, una última esperanza pisoteada—. Sin embargo, no te dejaré sola. —Hizo un gesto con la mano y Loki se acercó, situándose a un lado y justo detrás de Thiazi.

Idun no se movió sino que murmuró una palabra como si fuera la única cosa en los Nueve Mundos que pudiera aplastar su espíritu más completamente de lo que Thiazi había logrado ya.

—Loki.

Thiazi sonrió. Aquélla era la sensación más gratificante que había tenido hasta el momento: forzar al enemigo más poderoso de Jotunheim a compartir el espacio con aquel cuya traición había causado la destrucción de todo lo que conocía y amaba. Ni siquiera importaba que Loki no dijera nada: su sola presencia bastaba para sofocar cualquier esperanza de libertad que Idun pudiera albergar todavía.

—Loki te hará compañía hasta que arrasemos Asgard. Te traeré un recuerdo —¿Mjólnir? ¿Gungnir? ¿El cráneo de Balder?— para que puedas recordar a los Aesir cuando todos se hayan ido.

Thiazi se volvió hacia Loki.

—Disfruta de tu tiempo con ella. Es tuya para hacerle lo que quieras. Puede que descubras su vínculo con los Aesir.

Se dio la vuelta y salió de la celda dando un portazo que envió intensas reverberaciones por la cámara de piedra. Mientras subía las escaleras de vuelta a la parte superior de la fortaleza, percibió que el deseo de Loki coincidía con el suyo. El Astuto era realmente uno de ellos.

Tyr se desplomó en una silla repleta de mantas, mirando por la ventana de su sala. En su mano temblorosa agarraba una nota con runas garabateadas por alguien que conocía, aunque no podía recordar quién era esa persona. Su

vista le fallaba, pero si entrecerraba los ojos lo suficiente y mantenía la nota cerca de su cara, podía leer su mensaje. Sentía que la nota era importante y tenía una necesidad imperiosa de hacer lo que decía, pero era incapaz de comprender su significado completo. La leyó de nuevo, quizá por novena vez, murmurando con sus labios las palabras cuando sus ojos pasaban por encima de ellas, tocando lentamente cada letra con el dedo según avanzaba.

Llamó a uno de sus siervos. Su mano arrugada apretó la espada que había estado usando como bastón y la golpeó bruscamente contra el suelo de madera. Momentos después, entró apresuradamente en la habitación un joven, al que había visto antes, que se quedó cerca de su silla.

—¿Qué quieres? —Tyr no entendía por qué le molestaban. Notó que estaba sosteniendo algo en la mano, pero no podía recordar lo que era.

—Me ha hecho llamar, mi señor. —El chico parecía preocupado por algo.

—¿Yo te he llamado? —No recordaba haberlo hecho.

—Sí, mi señor. Con su espada.

Tyr bajó la vista y se sorprendió al ver la espada apoyada en su pierna y la mano descansando en la empuñadura.

—¿En la nota, mi señor? ¿Había algo en la nota?

A Tyr no le gustó la mirada en el rostro del muchacho, como si se burlara de él. Si el cansancio en sus huesos no le pesara tanto, le golpearía por su insolencia. ¿Qué era lo que había dicho? El muchacho había dicho algo y le sonaba familiar.

—La nota que tiene en la mano, mi señor. Se la entregue no hace una hora. ¿Podría ser la razón por la que me llamó?

—¿La nota? ¿Qué nota? —Tyr observó su mano y se sorprendió al ver que apretaba algo en su mano arrugada. Se lo acercó al rostro, entrecerró los ojos y lo leyó lentamente. Sus labios pronunciaban las palabras cuando sus ojos pasaban sobre ellas.

—¿De quién es?

—Del Padre de Todo, mi señor.

—¿Dice que se recoja leña y se amontone contra la muralla de Asgard?

—Miró inquisitivamente al chico. No sabía qué hacer con esa información.

—Sí, mi señor.

Tyr se quedó mirándolo. Había algo que tenía que hacer, pero no estaba claro. Sus pensamientos eran como peces: resbaladizos y difíciles de entender, aquí un momento y al siguiente zambulléndose rápidamente bajo la superficie.

—¿Tal vez debe enviar a sus siervos y criados a recoger madera, como ha ordenado el Alto, señor?

—¿Recoger madera?

—Sí, mi señor. Como dice en la nota.

Tyr estaba cansado de aquello. El único pensamiento reconfortante que tenía era descansar en su silla y mirar por la ventana como había estado haciendo antes de que ese cachorro le inquietara. Le pegaría si estuviera a su alcance.

—Haz lo que quieras —murmuró antes de volverse hacia la ventana. Sin darse cuenta, su mano había soltado la nota, que cayó lentamente al suelo, aleteando en las ráfagas calientes que surgían de la chimenea más cercana a la ventana. Volvió a colocar su mano en el regazo y se quedó mirando las vastas torres tras el ventanal, preguntándose por un momento por qué había tanto movimiento y actividad en los caminos que entretejían Asgard y sus alrededores.

Thiazi vendría pronto.

Odín había despachado a todos los Aesir la orden de prepararse para su llegada, como vio que haría mientras colgaba de Yggdrasil tantos años atrás. Como siempre, el pasado y el futuro se fundían dentro de su mente, colocando ante él, en todo momento, un flujo de imágenes, sentimientos e impresiones que no siempre diferenciaba del presente. Sin embargo, estaba claro tanto lo que iba a hacer como que sus órdenes serían obedecidas, aunque con reticencias provocadas por la situación de debilidad de los otros Aesir.

—¿Es éste el final? —Le preguntó al otro ocupante de la sala. La cabeza sin cuerpo se lo quedó mirando con la boca abierta, como siempre.

—... *no es el final...*

Odín estaba seguro de que la cabeza de Mímir siempre había acertado. Él mismo había preservado la cabeza de su amigo junto con las runas que le otorgaban la sabiduría de los muertos, y había aprendido ese conocimiento de su terrible experiencia en Yggdrasil. Aquellos secretos, dolorosamente aprendidos, creaban un corredor de tiempo que sólo él podía atravesar, de modo que lo percibía todo como una sola cosa. No podía afirmar que aquel conocimiento era una bendición, porque, perversamente, esa sabiduría le hacía impotente.

—¿Pero Thiazi se acerca?

—... *se acerca*...

—¿Se recuperarán los Aesir? ¿Volverá Idun a sus huertos? La veo allí, pero no puedo decir si es pasado o porvenir.

Mímir guardó silencio. No siempre respondía a las necesidades de confirmación y Odín ya conocía las respuestas a las preguntas formuladas. Mímir estaba ahí para decirle sólo lo que él no supiera ya, o para ayudarle a distinguir el pasado y el presente del futuro.

Miró hacia arriba, hacia el cielo estrellado. Fuera, el día era brillante, pero allí en su sala siempre podía ver las estrellas iluminando el cielo nocturno y las ramas de Yggdrasil rozando las partes más altas de los cielos.

Trató de impulsarse para abandonar la silla, pero tampoco él era inmune a la debilidad de la vejez que recientemente había asolado a todos los Aesir. Dejó caer las manos hacia abajo sobre su regazo. De ser necesario, podría convocar a los siervos para ayudarle, pero no había una necesidad apremiante. Por el momento estaba satisfecho con hundirse en su silla, enfermo y débil.

Odín era casi tan antiguo como la creación misma y habían pasado eones desde que su aspecto fuese el de un joven. Todos los Aesir conocían su rostro como el de un anciano, pero en su estado actual estaba mucho más gastado. Siempre había parecido viejo, pero dicha apariencia nunca se había extendido a sus fuerzas. Sin embargo, sin Idun sentía los efectos igual que cualquiera de los otros.

Era satisfactorio, al menos, haber conservado su ingenio pese a que la vejez había maltratado su cuerpo. Tyr se repantigaba en una silla en su sala

sin saber lo que se había dicho o hecho sólo unos momentos antes; Heimdall permanecía en su cama en un estado de estupor, atendido por sirvientes que sólo podían sacudir la cabeza mientras murmuraba incoherencias una y otra vez; Bragi se sentaba en el suelo llorando sobre un charco de su propia orina, poco dispuesto o incapaz de moverse hasta con la ayuda de sus sirvientes; Freyja no era más que una cáscara vacía de sí misma, tan devastada por la pérdida de su belleza que no podía pensar en nada más. Era mucho mejor, se convenció, que él mantuviera su ingenio, incluso aunque ellos estuvieran cruelmente atrapados en aquellas carcasas seniles.

—¿Dónde está Thor?

A Mímir se le pusieron los ojos en blanco.

—... *en su morada...*

—¿Todavía blande a Mjólnir?

—... *Mjólnir cuelga a su lado... inseguro sobre su capacidad para blandirlo...*

Odín entrecerró los ojos y se acarició la barba blanca.

—¿Es rival para Thiazi?

—... *no...*

—¿Alguno de los Aesir es rival para el gigante?

—... *no...*

Odín suspiró. Consideró su plan. Si no funcionaba como pretendía, entonces Thiazi tendría libertad para vagar por Asgard sin ser molestado, matándolo todo a su paso, y nadie podría detenerlo. Era una amenaza mucho mayor que la del constructor.

Podía ver a Thiazi muriendo en algún momento en el futuro, aunque no estaba claro cuándo y dónde. Había llamas, pero podía ser una pira funeraria. ¿Y las llamas consumían también Asgard? Vislumbraba las murallas a través de la bruma roja, pero no podía distinguir si formaban parte de las llamas o simplemente estaban más allá de ellas.

—¿Pero esto no es el Ragnarok?

—... *no es la perdición de los dioses...*

—Entonces, si no es el Ragnarok, ¿qué es este suceso que se cierne sobre nosotros y me llena de tal pavor? No lo puedo ver con claridad.

Mímir se quedó en silencio por un momento, con los ojos cerrados, como si considerara la pregunta. Sus párpados se abrieron lentamente, aunque se limitó a mirar hacia el espacio, sin fijar sus ojos en ninguna cosa en la sala.

—¡Respóndeme! —Odín sentía una cálida oleada de ira impotente. Se dio cuenta de que antes de que aquella enfermedad degenerativa se cebara con él, no era tan impaciente. Tal vez su agudeza no estaba tan intacta como había creído.

—*No es el Ragnarok* —dijo Mímir despacio— *pero es el principio del fin.*

El alma de Odín se afligió. Sabía que esto sucedería, lo había sabido hace una eternidad, y su inminencia lo arrastraba. Pero aún más funesto que saber qué iba a venir era el conocimiento de que él mismo lo había puesto en movimiento.

Tras lo que le pareció un interminable periodo de espera en la oscuridad de la celda, Loki sintió que era hora de actuar. Idun no había hecho nada más que sentarse de rodillas con la cabeza gacha todo el rato. Él había estado también en silencio y ella le había ignorado. Sabía que era consciente de su presencia, aunque optaba por permanecer quieta y en silencio, tal vez esperando a ver qué iba a hacer él o, más probablemente, tan devastada por la pérdida de sus huertos que no podía hacer otra cosa salvo esperar a que llegara el final.

Se acercó a ella sintiendo el caos dentro de él cambiar y concentrarse, comenzando a fluir hacia el exterior. Estaba empezando a dominar el cambio de su propia forma, pero aún no lo había probado en otros. Tenía pocas opciones y escasísimo tiempo. Debía intentarlo y tendría que confiar simplemente en que iba a funcionar como estaba previsto.

Loki se arrodilló al lado de Idun. Cuando sus husmeantes e invisibles zarcillos de caos la rozaron, ella comenzó a cambiar.

—¿Loki? —dijo, como si despertara de un sueño profundo.

—Sí.

Lo miró. Loki apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad de la celda, pero podía notar su mirada sobre él: había confusión, pero también ira

y la dolorosa puñalada de la traición. Reconoció bien aquella última sensación; la había sentido él mismo en innumerables ocasiones. Pero los sentimientos de Idun eran débiles y casi imperceptibles. No sería capaz de mantener su propia vida durante mucho si se quedaba en Thrymheim.

—Siento algo extraño. ¿Qué me estás haciendo?

Cerró los ojos y se concentró para enviar los zarcillos caóticos dentro de ella, impregnándola con su poder.

—Hago lo que debo.

Podía sentir su resistencia, pero era instintiva, involuntaria. Ella no sabía contra qué luchaba, por lo que realmente no podía resistir su asalto. Al enviar las hebras más profundamente, encontró su esencia, el faro de luz en su interior que resumía todo lo que ella era. Estaba débil, lo cual era bueno, porque en otro estado no hubiera sido capaz de afectarla. Rodeó ese faro con su propia energía y deseó que ella se transformara.

El cambio comenzó dentro de Idun. Su conciencia se volvió poco a poco menos coherente, menos consciente, como si estuvieran drenándole el conocimiento y la inteligencia. A diferencia de las transformaciones iniciales de Loki, donde de alguna manera su conciencia se convertía en lo que se transformaba, la de ella simplemente se debilitaba cada vez más, adaptándose progresivamente al cambio que le estaba forzando.

A medida que su conciencia se desvanecía, sentía también cómo disminuía su cuerpo. Lentamente se encogía sobre sí misma, replegándose brazos y piernas dentro de su tronco y secándose sus entrañas en el interior. Los cabellos de oro mate se acortaron y retiraron al interior de su cabeza, que se reducía más y más mientras su piel, una vez pálida, se oscurecía. Todo su cuerpo pareció derrumbarse sobre sí hasta que poco quedó de ella salvo una semilla ovalada, no más grande que el puño de un niño, tendida en el gélido suelo de piedra de la celda.

Loki abrió los ojos y se estabilizó. Se sentía mucho más débil y agotado. Le había costado sacar la energía para proyectar un cambio fuera de sí. Se quedó mirando la semilla marrón que tenía a los pies y se preguntó si aquello había salido bien. Idun ciertamente se había transformado, pero ¿habían persistido allí algunos restos de lo que ella era, o la diosa había desaparecido

por completo? Si era así, entonces había fracasado y todo estaba perdido.

La cogió y la sostuvo con cautela, acercándosela al rostro, examinándola en busca de alguna señal de que la esencia de Idun estaba presente en aquella pequeña promesa de vida potencial.

Al principio no pudo detectar nada, pero tras mantenerla cerca y sentirla contra su piel, recogió pensamientos vagabundos a través de sus zarcillos de caos. Lentamente, se filtraba desde la nuez una energía que portaba sentimientos e impresiones que una simple semilla nunca tendría y que sólo podían pertenecer a un ser con pensamientos, ideas y afectos. De la semilla emanaban la ira y la confusión, el amor y el odio, el deseo y la esperanza, todo lo que habría sentido si estuviera delante la propia diosa en lugar de sostenerla transformada sobre su palma.

Loki se puso lentamente de pie, sujetando la semilla con firmeza en la mano. Dio media vuelta y salió deprisa de la celda, avanzando hacia la escalera de piedra y a través de las entrañas de la fortaleza.

Thiazi estaría en su cámara o en algún lugar cercano, lo que daría a Loki la holgura suficiente para encontrar el camino a la cima de la fortaleza. El gigante había sido muy consciente de la presencia de Loki durante meses, desde su llegada a Thrymheim. Al principio, sus habilidades de transformación debían parecerle al gigante como una llama brillante, pero había aprendido. Aunque podía sentir los pensamientos del gigante hurgarle en su interior como órdenes tácitas, nunca se había sentido obligado a escuchar, pero servía a su propósito dejar que Thiazi pensara que estaba bajo su control.

Recorrió el camino a través de Thrymheim y sus pasos lo llevaron a una torre alta que sobresalía de la fortaleza de la montaña. Una vez allí miró por encima de la cordillera que circundaba Jotunheim. Las ciudades y los pueblos de los gigantes se repartían por todo el país hasta donde alcanzaba la vista.

Agarrando a Idun en su palma, cerró los ojos y se concentró, ordenando

su propio cambio. Le resultaba más rápido y sencillo que antes de venir a Thrymheim, notando apenas como si dejara caer una capa de ropa y vistiera una nueva muda. Thiazi le había enseñado bien.

Transformado una vez más en halcón, apretó la semilla en su garra. Cuando la hubiera devuelto a Asgard, la semilla en que se había convertido Idun restauraría lo que se había perdido. A lo lejos, apenas divisaba un arco flamígero de múltiples colores. Desde la parte superior de la torre voló de nuevo hacia Bifrost.

El regreso de Idun a Asgard

Los dioses estaban enojados por la desaparición de Idun y, al mismo tiempo, cada vez más consternados por la celeridad con la que sus cabezas se volvían grises. Se celebró un concilio en Gladsheim para determinar lo que le había sucedido a Idun.

Heimdall afirmó que la última vez que la había visto era cuando había cruzado Bifrost con Loki. Fue entonces cuando los dioses comprendieron que el Astuto la había cogido furtivamente. Se decidió que lo capturarían y traerían para relatar lo que había sido de ella.

Trató de esconderse de los Aesir transformándose en distintos animales, pero el ojo longividente de Odín le observaba de cerca, y los otros fueron capaces de arrastrarlo de nuevo a Gladsheim.

Una vez allí, Loki primero expresó su indignación por ese trato lamentable y lanzó juramentos contra los que lo habían llevado tan bruscamente contra su voluntad. Odín, sin embargo, le amenazó con el águila de sangre si no contaba lo que había hecho con Idun. El Astuto se atemorizó al imaginar el cuchillo trinchando tajos en su espalda y sus pulmones surgiendo de ellos como alas ensangrentadas. Les dijo a los dioses reunidos que se había visto obligado a llevar a Idun ante el gigante Thiazi.

Todos los Aesir estaban furiosos con Loki y quisieron matarlo en ese mismo momento por su ofensa. Odín, sin embargo, retuvo sus puños y en su lugar le encargó que rescatara a Idun de Thiazi. Loki se marchó rápidamente hacia Thrymheim, feliz de estar lejos de dioses iracundos y de la amenaza del

águila de sangre.

Se transformó en halcón y voló rápidamente a la casa de Thiazi. Se sintió aliviado al descubrir que el gigante estaba remando en el mar, pues así no tendría que lidiar con él antes de rescatar a Idun. La convirtió en una nuez, la tomó entre sus garras, y luego voló de regreso a Asgard.

Thiazi llegó pronto a Thrymheim, furioso al descubrir la maniobra de Loki. Vio un halcón volando hacia Asgard con su carga y lo reconoció como el Astuto. Se transformó él mismo en un águila y lo persiguió.

Sentado en su trono, Odín vio al águila persiguiendo al halcón. El halcón llegaría a los muros de Asgard antes que el águila, pero por muy poco. Ordenó a los Aesir que recogieran los restos de maderas planas de todas las labores que se hubieran hecho desde que Asgard era joven y que los amontonaran contra las murallas de Asgard. Esperaron la orden de Odín con antorchas en la mano.

Loki voló rápidamente sobre las murallas con el gigante justo detrás. Odín dio la orden cuando el águila cruzó el umbral de la muralla: los Aesir usaron sus antorchas para encender toda la madera plana y un gran fuego ardió alto en el cielo, sorprendiendo al águila y cubriendo sus plumas de llamas. Los Aesir rodearon al águila con sus poderosas lanzas y, mientras ardía en el patio, la apuñalaron hasta la muerte.

Loki liberó la nuez que era Idun y ella volvió a recuperar su forma. Caminó entre los envejecidos dioses y los alimentó con su cesta de manzanas. Al momento rejuvenecieron y le dieron las gracias por sus regalos, y todo estuvo bien de nuevo en Asgard...

Capítulo doce

Thiazi se percató del engaño cuando Loki ya se encontraba en la cima de Thrymheim. Lo había creído en las entrañas de la fortaleza, todavía junto a Idun, y eso lo confundió. Al darse cuenta de que había sido manipulado por completo, se maldijo a sí mismo: el dios de las dos caras le había engañado y se escapaba con Idun.

Apenas lo entendía. Había entrenado a Loki durante meses, influyéndole sutilmente con su propio poder, un poco más cada día, hasta que el dios estuvo bajo su control sin haberse dado cuenta. Había mezclado su propio caos con el de Loki, empujándole suavemente en la dirección que deseaba, por lo que cada vez que hablaba de uno de los Aesir le plantaba mala voluntad en su interior. Sabía que no podía borrar en un día la lealtad de Loki a los Aesir y por eso se había tomado su tiempo y lo había hecho poco a poco, ocultando sus verdaderas intenciones al mostrarle cómo manejar la energía de su propio caos.

Pero ahora Thiazi se veía obligado a concluir que Loki jamás había estado bajo su dominio y eso significaba que había estado engañado todo el tiempo. Y ahora se dirigía de vuelta a Asgard con el trofeo de Thiazi.

Su rabia amenazaba con sobrepasarlo y soltó un rugido de frustración que sacudió los cimientos de la fortaleza. Cargó desde la cámara con la transformación ya en marcha mientras subía paso a paso, avanzando mucho más rápido de lo que con su mole hubiera parecido posible. Captaba el cambio de Loki y su rabia aumentó cuando se dio cuenta de que no llegaría a

tiempo.

La corona de la torre se hizo visible al rodear el tramo final de escalera, pero no se detuvo, sino que propulsó su masa a través de los últimos peldaños hacia el aire libre, transformándose en águila y levantando simultáneamente el vuelo. Miró a su alrededor buscando a Loki, pero no pudo verlo. Su vista, que mejoraba rápidamente, captó pronto un gran halcón que había partido de Thrymheim con una semilla marrón aferrada con fuerza entre sus garras. Se dirigía a Asgard con Idun.

Voló irritado y feroz tras el dios de las dos caras. Había cometido un error: había subestimado a Loki y sus capacidades cada vez mayores. Era mucho más astuto de lo que había dejado entrever, mucho más de lo que Thiazi había sospechado. No lo subestimaría de nuevo.

El halcón volaba rápidamente, pero Thiazi llevaba siglos usando su forma de águila. Capturaría a Loki y, cuando lo hiciera, despedazaría su cuerpo y contemplaría cómo sus restos revoloteaban hacia Midgard.

Los criados de Odín y los Aesir que todavía podían permanecer en pie defendían las murallas de Asgard con antorchas en la mano. Estaban confundidos. Pese a que no dudaban del Padre de Todo, desconocían por qué estaban allí. Mientras, Odín veía las miradas de perplejidad en los rostros a través del ventanal de su torre más elevada. Periódicamente alzaba la vista desde las escenas de la superficie hasta el cielo abierto.

Si bien no poseía la capacidad de Heimdall para ver a muchas millas, Odín podía percibir de otras maneras. Cuando se sentaba en su trono podía contemplar casi cualquier cosa de los Nueve Mundos, aunque no era exactamente igual que ver, sino que era como si la escena se desarrollara en su mente, como un recuerdo, pero que sucedía justo en ese momento. Vio el vuelo raudo de Loki, a Idun transformada y retenida con fuerza en una garra. Su avance hacia Asgard era veloz.

Sin embargo el águila ganaba terreno. Era un ave enorme rebosante de caos que recortaba la distancia con Loki con cada alada.

Odín había tomado la cabeza de Mímir de su habitual pedestal en sus

apostados y la había sentado sobre sus rodillas.

—¿Cuánto falta para que Thiazi lo alcance? —preguntó a la cabeza.

—... *pronto...*

—¿Qué pasará cuando lo capture?

—... *muerte...*

Odín gruñó, sobre todo a sí mismo. Estaba cansado, mucho más de lo habitual. Llevaba sobre sus hombros el peso del Ragnarok, como de costumbre, pero se agravaba por su condición de enfermo, como si los millones de años de su existencia lo hubieran alcanzado de repente de un solo golpe. Mímir había dicho que éste sería el comienzo del fin. Odín desestimó contarle que no impediría el Ragnarok incluso si pudiera.

Miró por la ventana, por encima de la llanura de Asgard. En la lejanía podía vislumbrar una pequeña mancha acercándose con celeridad. Loki no tardaría en llegar y el gigante le seguiría. Las llamas se encenderían y Odín salvaría a todos los que le llamaban Padre de Todo. ¿Pensarían con tanto afecto en él si supieran que salvarlos ahora sólo los maldecía después con una muerte peor?

Mientras miraba a los otros Aesir a su alrededor, Balder se dio cuenta de que sufría mucho menos que los demás la ausencia de Idun. Aunque su cuerpo padecía los espasmos de unos temblores paralizantes y su fuerza no era más que una fracción distante de lo que había sido, todavía era bastante más capaz físicamente que Tyr y que muchos de los otros. Al menos podía sostenerse sobre sus propios pies y su mente seguía lúcida, o tan lúcida como le permitía su avanzada edad. La claridad de pensamiento que normalmente lo destacaba estaba deteriorada, pero retenía la mayoría de sus entendederas mientras otros, con la mente tan ida como el cuerpo, apenas reconocían el sonido de su propio nombre.

El único que también había conservado alguna capacidad era Thor, pero incluso él había sufrido mucho. Su cuerpo, que una vez fue el de un guerrero, estaba ahora flaco y demacrado. Lo encorbaba la edad y ni siquiera podía blandir su propio arma. Aunque ya no podía levantar —ni siquiera acarrear—

a Mjolnir, permanecía dispuesto con otra arma en la mano, un martillo más grande que el suyo pero que era tan sólo un arma mortal, sin nada del poder legendario del martillo místico forjado tantas eras atrás por los enanos.

Alzo la vista a la torre más alta del Valaskjalf. El Padre de Todo permanecía en la ventana, mirando más allá de la muralla algo que sólo él podía ver. Había un matiz en sus ojos que Balder no pudo identificar: parecía preocupado, como si una carga pesada lo agobiara. Pocas veces lo había visto así. Por lo general, su rostro era esquivo y resultaba casi imposible adivinar su estado de ánimo o sus pensamientos. A Balder le ponía nervioso ver los problemas tan claramente grabados en el rostro del Alto.

Mientras lo observaba, vio cómo se ponía en pie y se apoyaba parcialmente en la ventana, con las manos apuntalando su peso en el alféizar. Algo se acercaba. Preparándose, los esclavos y sirvientes sostuvieron en alto las antorchas, a la espera de una señal de Odín.

Balder desenvainó su espada, sintiendo su peso como un lastre en las manos: necesitaría esforzarse para manejarla, ahora que no era más que una sombra de lo que había sido. Pero si hoy era el día de su muerte, que así fuera. De buena gana encaraba ese destino con la hoja en la mano y sintió lástima por los que estaban demasiado decrepitos para estar allí con él. No era la muerte lo que los Aesir temían, sino la lenta deriva y la impotencia de la vejez. Consideró que morir en batalla ahora podría redimirle de su enfermedad. Una sonrisa curvó sus labios al imaginar una canción sobre «El viejo Balder defendiendo las murallas de Asgard». Es fácil ser un héroe cuando se es joven y fuerte. ¿Cuánta gloria más se puede obtener por una última y desesperada defensa atrapado en un cuerpo anciano?

Concentró su atención de nuevo en la muralla, a tiempo de ver a un halcón pasar disparado sobre ella en un arco descendente hacia el suelo. No oyó que Odín pronunciara palabra alguna, pero en su cabeza tenía la orden urgente de encender la madera contra la muralla.

Todo aquel que sostenía una antorcha actuó casi al unísono, y las astillas que habían sido apiladas rugieron intensamente con llamas que cubrieron la parte superior del muro de un infierno rojo que abrasó la piel, la ropa y el pelo de todos los que estaban alrededor. Puesto que Balder no había llevado

antorcha y regresaba de las murallas a una posición estratégica, no sintió el beso de las llamas. Percibió sin embargo el choque de calor y por un momento juzgó que los siervos que acababan de cumplir la voluntad del Alto habían pagado por su lealtad. Pero ese pensamiento se desvaneció en el instante en que el águila se topó con el rugiente muro de fuego.

El enorme pájaro pareció darse cuenta del peligro justo al abalanzarse sobre las llamas y rápidamente alteró su trayectoria para ascender. Balder supo que era un error fatal. Si hubiera continuado a través de las llamas, tal vez podría haber sobrevivido con las plumas seriamente chamuscadas pero el resto intacto. En cambio, el calor era mayor cuanto más se elevaba. Al volar instintivamente hacia arriba, ella misma se atrapó en el muro de fuego durante más tiempo. Las plumas del águila estallaron en llamas en la cima de su trayectoria ascendente y luego cayó a tierra como una estrella derribada.

La respuesta de Asgard no se hizo esperar. Los einherjar se precipitaron sobre la criatura, que estaba ya medio transformada en su auténtica forma de gigante. Los gritos de agonía que acompañaron su cambio se convirtieron rápidamente en aullidos de rabia cuando le traspasaron lanzas y espadas. Repelió con una mano enorme a una docena de guerreros, matando al menos a la mitad en el acto y mandando sus cuerpos aplastados a las llamas. Se alzó por completo, empequeñeciendo a los guerreros a su alrededor, y con una sonrisa lúgubre les hizo un gesto para que se acercaran. Era obvio que estaba herido, pero también era evidente que el daño sufrido no era suficiente para derribarlo.

Los asgardianos que se acercaban para atacarle se detuvieron al surgir de él unos apéndices fantasmales largos y sinuosos que les recordaron a las múltiples extremidades del constructor. Aunque se lanzaron al ataque, el miedo era patente en sus rostros y se convirtió en terror cuando vieron al gigante aumentar también de tamaño.

Loki estaba realizando su propia transformación cuando presenció el asalto a Thiazi. Después de salir de las llamas con quemaduras graves, el gigante había resistido una ola de asgardianos que lo había herido en cierta medida,

aunque todavía era lo suficientemente fuerte como para causar mucha muerte y destrucción.

Terminó por completo el cambio a su verdadera forma mientras observaba al gigante, que alejaba a los einherjar por docenas. Thiazi estaba invocando su energía caótica para ayudarlo a destruir a los Aesir. Loki le había visto usarla de muchas maneras durante los meses que había permanecido con él aprendiendo a dominar su propio caos. Había sospechado que Thiazi no le había mostrado todo lo que sabía, pero se dio cuenta de que incluso lo que le había mostrado sería suficiente para hacer frente a los Aesir en su estado de debilidad.

Su propio poder no era tan grande como el de Thiazi, pero no tenía por qué equiparar fuerza con fuerza. Le había engañado durante meses, haciéndole pensar que era un hijo de Jotunheim cuando en realidad había estado aprendiendo todo lo que podía para poder terminar con la amenaza del gigante sobre Asgard: cada vez que Thiazi empleaba su poder, Loki le enviaba una pequeña parte del suyo para mezclarlos, reforzando así la impresión de sumisión y cooperación ante el gigante.

Invocó ahora a esa energía del caos, ordenándole despertar de su letargo dentro del coloso. Thiazi estaba utilizando la suya para transformarse en una criatura similar al constructor, con la clara intención de aplastarlos a todos como casi logró aquél. En su estado, no serían capaces de resistirse a otra criatura así.

Toda la energía de Thiazi se centraba en aumentar su tamaño y amenaza, sin guardar nada para ningún tipo de defensa. Su arrogancia lo dejaba vulnerable a un ataque desde dentro. Al despertar la energía de Loki en el interior del gigante, los múltiples brazos que le habían brotado se marchitaron y se desplomaron al suelo, y su aumento de tamaño se detuvo.

Loki disfrutó de la expresión de su cara cuando se dio cuenta de que había sido engañado una vez más, pero sabía que no sería capaz de impedir que recuperara su poder. Sólo esperaba que los asgardianos aprovecharan la oportunidad.

Balder maldijo su frágil cuerpo a medida que avanzaba, tan rápido como le permitían sus endeble piernas. Por algún motivo el gigante estaba debilitado y sabía que era el momento de redoblar los ataques.

El gigante ya estaba siendo abatido por una veintena de guerreros y unas pocas docenas lo apuñalaban con lanzas y espadas. Balder lo alcanzó y logró apenas esquivar un puño enorme que volaba por encima de él amenazando con arrancarle la cabeza de los hombros. Lanzó un tajo a la pierna del coloso, cortando a través de piel y músculo, y su grito de dolor impulsó a Balder, que sesgó una y otra vez con su espada, tan raudo como su viejo y tembloroso brazo le permitía.

El gigante estaba demasiado dañado por el fuego y demasiado abrumado por los atacantes asgardianos para concentrarse en un agresor, por lo que Balder pudo clavar reiteradamente su espada en la piel del gigante sin demasiado temor a las represalias. La sangre manaba de las heridas del coloso; Balder se preguntó cómo podía seguir en pie aún cubierto de atacantes.

Un sonido como el trueno sacudió el suelo y Balder vio a Thor lanzándose hacia la criatura. El tamaño de gigante no era en absoluto el del constructor, por lo que el Tronador fue capaz de saltar y golpearle la cabeza con el martillo. Si con toda certeza Mjolnir habría destrozado el cráneo de un golpe, la energía disminuida de su arma actual parecía provocar en Thor un aumento en la ferocidad salvaje de su ataque. Aplastó implacable el martillo contra el rostro y la cabeza del gigante, partiéndole los huesos y haciendo manar sangre con cada impacto. El gigante lo agarró con una mano todavía lastrada por atacantes, pero no pudo quitarse al viejo dios loco de encima.

Sus miembros perdieron velocidad y cayó de rodillas. Los asgardianos que todavía estaban en pie incrementaron su ofensiva. Balder, sin ninguna necesidad de evitar un ataque, lanzó tajos al cuerpo ennegrecido y sangriento que aún se alzaba sobre él. El gigante estaba muriendo rápidamente y sólo le impedía sucumbir su fuerza bruta.

Thiazi finalmente se derrumbó bajo el peso de sus adversarios después de

que parte de su cráneo cediera al martillo de Thor. Cayó al suelo y se quedó allí, inmóvil, mientras asgardianos y Aesir cesaban en sus ataques y se levantaban del cadáver.

Balder jadeó en busca de aire y dejó caer la espada al suelo, quedándose rápidamente sin fuerza ahora que la furia de la batalla había pasado. Se inclinó y puso sus manos sobre las rodillas como apoyo, tratando desesperadamente de recuperar el aliento. Con el rabillo del ojo pudo ver que Thor estaba sólo un poco mejor, apoyando una mano sobre el hombro de un criado y agarrándose fuerte el pecho con la otra.

Balder tardó en recuperarse, pero al fin se logró levantar. Se giró para ver quién quedaba en pie y de repente, al reconocer el rostro, la victoria contra el gigante se volvió agria, pues de entre las caras que menos querría ver, estaba ante él la más odiosa a sus ojos.

Loki acunaba la semilla en sus manos. Había arriesgado mucho para traer a Idun de vuelta a Asgard. Puede que hubiera empeñado su vida, pero ¿qué significaba una vida en comparación con todas las de Asgard? Si Thiazzi hubiera tenido éxito, Asgard habría caído ante los gigantes, destruyendo todo lo que conocía. La realidad sobre su verdadera estirpe no le haría traicionar a aquellos que todavía consideraba como su propia especie.

Pero el precio había sido alto.

Los Aesir estaban decréptos, en algunos casos aferrándose apenas a la vida. La ausencia de Idun les había debilitado mucho más de lo que jamás lograría cualquier herida de batalla, pero peor que una muerte sangrienta era su patética agonía, un cruel insulto a los dioses guerreros que esperaban que su fin llegara con acero en la mano y fuego en sus ojos.

Probablemente su reputación se hubiera empañado todavía más de lo que ya estaba. A los Aesir no les importaría que se hubiera visto obligado a robar a Idun: sólo entenderían que su acción les había insultado y puesto en peligro. Tampoco podía contar con Odín para explicar su papel; el Alto no era dado a las explicaciones.

En cierto modo, esperaba que el retorno de Idun le ayudara a mostrarles

su lealtad. Tomaría precauciones adicionales para asegurarse de que no podía ser robada de nuevo.

Agarrando firmemente la semilla en la mano, Loki se acercó a los dioses que estaban en torno al gigante muerto.

Balder se volvió y lo reconoció. Una mueca se extendió por el otrora joven y hermoso rostro que ahora le miraba con odio, con un desprecio ni siquiera disimulado. Loki alzó la mano con la semilla colocada cómodamente en el centro de su palma.

—He traído a Idun de vuelta a Asgard.

La curiosidad de Balder dominó momentáneamente su asco mientras miraba la semilla.

—¿Es Idun?

Loki asintió.

—¿Y tú le ha hecho esto?

Asintió de nuevo.

—Sí, era la única manera de traerla desde Thrymheim.

Balder no podía apartar los ojos de la semilla. Dio un paso adelante.

—¿Y qué es lo que le has hecho? —El odio se arrastraba de nuevo por su voz, estimulado ante la apariencia de Idun, que había sido alterada por algún poder claramente distinto de todo lo que los Aesir poseían o podían soñar con poseer.

Loki sopesó cómo explicarlo sin revelar el caos que le pugnaba dentro, la energía que le emparentaba con el enemigo.

—La he convertido en la esencia misma de lo que era.

Balder, aún curioso, no se quedó satisfecho con la explicación.

—¿Vive?

—En cierto modo. Pero ya no es como antes.

—¿Puedes rehacerla?

Loki se detuvo. No sabía si era posible devolverle la forma que antes tenía. Ella vivía, de algún modo, pero sus transformaciones eran diferentes: mientras él conservaba el pensamiento consciente en cualquier forma que tomara, Idun se había convertido en la semilla. Sólo quedaba la más mínima insinuación de que ella una vez había sido una diosa, pero sin embargo Loki

tenía la certeza de que su presencia, bajo cualquier forma, devolvería la juventud y vitalidad a los Aesir.

—Voy a usar las runas para su restauración. —Las pronunciaría y sería el caos que fluía en él y no la magia de Asgard quien la transformaría, pero sabía que Balder, como de costumbre, no miraría más allá de la superficie.

Antes de apartarse de Balder notó la mirada ácida que le cruzaba el rostro. La ignoró: cuando los dioses hubieran recuperado lo que habían perdido, lo verían de otra manera.

Se acercó a un trozo de terreno intacto, marcado por la batalla tan sólo con algunas flores silvestres dispersas. Se arrodilló y metió la mano en la tierra húmeda, sintiendo la vida dentro de ella. Enterró la semilla y cerró los ojos. Cantó las runas, pero era sólo un ardid. En cambio, el caos fluía de él y unos zarcillos invisibles envolvieron la semilla. Podía sentir, atrapada en el interior, la esencia de lo que había sido, el enlace con la inmortalidad de los Aesir. Viviría de nuevo, pero no de la misma manera.

El caos se retiró y Loki abrió los ojos. Poniéndose en pie, se dio la vuelta para comprobar que Balder y Thor se habían acercado. Balder todavía mostraba una expresión de asco, pero estaba acompañada por el desconcierto de un anciano que no acababa de comprender lo que estaba presenciando. La expresión de Thor estaba en blanco, todavía agarrando su martillo, encorvado y temblando por el esfuerzo de mantenerse en pie.

Después de un largo rato Balder habló. De su voz goteaba veneno.

—¿Qué has hecho?

Loki le devolvió la mirada.

—He devuelto a Idun a Asgard. Os he traído de vuelta vuestras vidas.

—¿Y por qué no estás afectado como nosotros? ¿Qué trato con el gigante te ha mantenido joven?

Loki le ignoró y se centró en cambio en el lugar donde había enterrado la semilla.

El pequeño montículo de tierra tembló ligeramente ante un brote delgado y verde que se abría paso hacia el exterior y continuaba su lento ascenso. A medida que el brote crecía, se espesó y se volvió marrón, y los vástagos finalmente se dividieron y ramificaron siguiendo sus propios caminos, hacia

arriba y hacia afuera, creando una red de ramas verdes y marrones que se propagaba rápidamente. Balder se quedó boquiabierto e incluso Thor se asombró al espesarse la corteza del joven árbol y brotar pequeñas hojas de las ramas.

Loki alzó la mirada para ver el crecimiento del árbol. El tronco se expandió, removiendo la tierra a su alrededor; pequeñas ramas salieron de las más grandes a la vez que las hojas erigían una gran marquesina que bloqueaba el sol; se formaron pétalos blancos que rápidamente maduraron hasta convertirse en flores y luego, con la misma rapidez, cayeron al suelo creando una tormenta de nieve a su alrededor. De donde habían surgido las flores nacieron pequeñas esferas, verdes al principio y luego amarillas hasta que alcanzaron un color dorado que rivalizaba con el pelo de Sif.

Loki levantó la mano y tiró de una manzana. Se la entregó a Balder.

—Idun está aquí, incluso más parte de Asgard que antes.

Balder la tomó vacilante y se la acercó, inspeccionándola con sus ojos cansados. Volvió a mirar a Loki con recelo.

—Esto no borrará tus maldades —dijo, antes de llevarse lentamente la manzana a la boca y hundirle sus dientes restantes en la carne.

Capítulo trece

Loki entró a través de las puertas de Gladsheim. Había sido convocado por Odín y se dirigió allí rápidamente. Sólo habían pasado unos días desde que Thiazi fuera derrotado. Tras haber comido las frutas de Idun, los Aesir recuperaron su vigor y vitalidad. Había visto a Tyr levantándose de la silla para sostenerse por sus propios pies mientras desaparecía la niebla de su mente; por primera vez en semanas parecía saber dónde estaba y lo que estaba sucediendo a su alrededor. Thor se irguió una vez más, recuperando su envergadura, y los colgajos que le rodeaban brazos y piernas fueron de nuevo como tendones de hierro. Balder, el de menor edad y una vez el más hermoso de todos, comenzó a recuperar esa claridad de tez que lo marcaba como eternamente joven y vital. A Freyja, calva a excepción de los largos mechones blancos que se aferraban patéticamente a su óvalo arrugado, se le suavizó el rostro, le regresó su pelo plateado y su figura se repuso. Ya no era simplemente una carcasa de huesos para su piel frágil y de papel. Y aunque todavía no estaba tan radiante como siempre, era indudable que volvería a estarlo.

Loki fue testigo de aquellas transformaciones con expectación. Era cierto que lo culpaban por su decrepitud, pero también era cierto que tanto sufrimiento había sido necesario para poner fin a la amenaza de Thiazi. Ahora que les había sido devuelta su juventud, ¿no verían que sus acciones formaban parte de un plan mayor? E incluso si no lo hacían, Odín debía reconocer su papel. Los otros, por más rencor que le guardaran, no tendrían

más remedio que aceptarlo.

Todos los Aesir estaban situados en sus asientos habituales. Odín se sentaba en su trono con Frigg, su esposa, a la derecha. A derecha e izquierda se reunía el resto de los Aesir. A un lado: Thor y su esposa Sif de los cabellos dorados; Balder y Nana, su consorte; Bragi el maestro de la poesía; Njord de los Vanir y los hijos de Odín, Vali, Vidar y Hermod. A otro: Tyr y los gemelos Freyja y Frey; Ull el maestro arquero; Forseti el justo; Magni, el hijo de Thor, de quien se decía que quizá rivalizara en fuerza con su padre; Aegir de los océanos; Heimdall, en una rara salida de Bifrost, y la fiel esposa de Loki, Sigyn. Todos los rostros estaban serios, todos los ojos puestos en él mientras se acercaba.

—¿Me has convocado al consejo, Padre de Todo?

Odín lo miró fijamente y Loki se preguntó si el Padre de Todo lo veía o, pese a tener su ojo clavado en él, contemplaba algo completamente distinto.

—Tyr, expón los cargos.

En respuesta a la orden de Odín, Tyr se levantó lentamente de su silla; no había recuperado su fuerza por completo.

—Loki, se te acusa de traicionar a Asgard y de confraternizar con nuestros enemigos mortales en Jotunheim. Robaste a Idun de sus huertos sagrados e hiciste caer una plaga sobre los Aesir. Trajiste al gigante Thiazi a nuestra propia puerta. Si no hubiera sido por la sabiduría omnisciente del Altísimo, todo se habría perdido. No pudiste...

La atención de Loki se fue apagando mientras observaba los rostros de los convocados. Sólo dos no eran abiertamente hostiles: el de su esposa, Sigyn, que parecía amable, y el de Thor, con aspecto aburrido. Podía soportar la ira de los demás: era la declaración de Odín la que contaba.

Cuando Tyr terminó su letanía, los otros murmuraron en tono de enfado. Balder se dedicó a quejarse ferozmente a Nana y a gesticular airadamente hacia él. Heimdall miró en silencio. Sigyn mantuvo la cabeza gacha, con aspecto culpable e incómodo.

Un gesto de Odín los silenció.

—¿Qué dices en tu defensa?

Loki hizo una pausa, contemplando una última vez a los dioses que lo

enjuiciaban. Se sentía extrañamente a gusto a pesar de las incómodas miradas. El Padre de Todo pronto perdonaría sus pecados, explicaría cómo él mismo le había encargado la tarea de atraer a Thiazi hacia Asgard y Loki obtendría una gran satisfacción al ver la sorpresa en sus rostros.

—Todos los presentes me han dado ya por traidor —comenzó diciendo—. Sin embargo, mis esfuerzos han conservado Asgard y nos han protegido contra nuestros enemigos. He sufrido indignidades que ninguno de vosotros podría soportar y he perseverado, por el bien de Asgard. —Las miradas de enojo continuaron.

—Es cierto que mis métodos no son habituales. No tengo la habilidad de Tyr con la espada, ni la fuerza de Thor, pero mis dones sólo se emplean para defender Asgard.

»Hemos abierto nuestras puertas a dos que son distintos y los aceptamos como iguales, a pesar de que hubo una época en la que eran nuestros enemigos jurados. Ahora que los Vanir y los Aesir ya no luchan, invitamos a Frey y Freyja. Si hemos ofrecido la bienvenida a los extranjeros y sus costumbres, ¿por qué se le ha negado a alguien que ha estado aquí desde que los Nueve Mundos eran jóvenes?

Algunos de los dioses se miraron brevemente, pero Loki no podía afirmar si había convencido a alguno de ellos. Odín permanecía sentado, en silencio y con el rostro petrificado, sin ninguna indicación sobre cuál sería su juicio. Pero había sido él quien lo envió a Thiazi y, de todos ellos, sería el Padre de Todo quien agradecería su servicio a Asgard.

—Vosotros me llamáis el Astuto e incluso cosas peores, pero es mi propia capacidad para elaborar planes la que me ha permitido asistir a Asgard de manera decisiva. ¿Podría la fuerza de mi acero haber alejado el caballo del constructor, rompiendo así el pacto? Y ahora nuestro muro está reconstruido, mejor que antes, así que cuando venga el Ragnarok, estaremos mejor preparados para hacerle frente.

»Es cierto que me llevé a Idun, pero si no lo hubiera hecho, el gigante Thiazi podría haberla encontrado y haberla secuestrado él mismo. Y el precio habría sido terrible. Fui capaz de convencerla para venir conmigo mientras mantenía sus huertos sanos y salvos, y fui yo quien la rescató de Thrymheim,

atrayendo al gigante aquí, hacia su muerte, poniendo fin a su amenaza y garantizando la seguridad de Asgard una vez más.

»Cada sacrificio, cada plan, cada acción que emprendo, está al servicio de Asgard. Antes de emitir un juicio sobre mí, considerad lo que habéis logrado y lo que podríais haber perdido si no fuera por mis acciones.

La sala quedó en silencio. Al mirar frente a frente, vio cierto ablandamiento en sus expresiones, aunque no excesivo. Sin embargo, cualquier cambio en sus posturas era inesperado.

Loki permaneció erguido, anticipando la respuesta. No se hacía la menor ilusión en cuanto a que un alegato pudiera cambiar la percepción que tenían de él: sería un proceso lento y sólo un necio podría pensar que todos lo aceptarían. Heimdall lo vería en adelante como a un enemigo y es probable que Balder siempre estuviera enemistado con él. Muchos, sin embargo, quizá fueran capaces de dejar a un lado los agravios del pasado y permitir que las viejas heridas sanaran. Podía imaginar a Tyr perdonándole, e incluso a Thor, a quien había ayudado muchas veces. Por su parte, dejaría que las viejas rencillas se desvanecieran; sustentándolas nada se ganaba y mucho se perdía.

Odín miró a los dioses reunidos a un lado y al otro antes de dirigirse a ellos.

—Decid lo que pensáis.

—Por su culpa el fin de Asgard casi ha caído sobre nosotros —dijo Balder—. Una y otra vez, Loki ha demostrado que no tiene respeto por nada más que por su propia piel. Afirma servir a Asgard, pero sus planes traen los problemas a nuestra puerta.

—Pero es cierto —dijo Tyr— que ayudó a terminar con la amenaza de Thiazi. Si el gigante no hubiera muerto, seguiría amenazando Asgard. ¿Podría haber enviado a más como el constructor?

Balder volvió a hablar, todavía enconado:

—Padre de Todo, es una mancha en el carácter sagrado de Asgard. Si se queda, con certeza nos traerá el fin. Debe, por lo menos, ser exiliado.

—No es como los Aesir —se alzó la suave voz de Freyja—. Hay una oscuridad dentro de él, algo cambiante y negro. Me temo que Balder está en lo cierto. No pertenece a este sitio y permitir que se quede es coquetear con la

muerte y la destrucción que se cierne sobre nosotros.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo, hermana. —Era Sif de cabellos dorados, la esposa de Thor—. Si bien los métodos de Loki van contra nuestras costumbres, no creo que él sea el precursor del Ragnarok como das a entender. No me parece prudente que expulsemos a uno de los nuestros cuando el propósito de sus acciones era puro, a pesar de la mácula de esos mismos actos. Se han cometido errores, pero ¿quién puede decir lo que habría sucedido sin él? —Loki recordó la furia de Sif cuando muchos años atrás le rapó el pelo en un momento de pueril abandono. Estaba felizmente sorprendido al ver que había sido capaz de dejar a un lado ese viejo rencor.

—Eres indulgente, hermana —contestó Balder—, pero ¿cuáles serán sus próximas acciones? ¿Cuál será el siguiente enemigo al que abra nuestra puerta? No me gustaría despertar una mañana y ver al dragón Nidhogg por mi ventana y después escuchar a Loki explicar lo necesario que era traer esa criatura aquí para que pudiera salvarnos de ella.

Sif no respondió.

Loki miró a Sigyn. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Lamentó la angustia que le había causado; la habría excluido de este consejo si hubiera podido, a pesar de que ella lo apoyaría claramente incluso en contra de todos los demás: no tenía un carácter fuerte o valiente, pero era leal. Loki hubiera deseado ser un marido más atento, pero el pasado no puede cambiarse; cuando Odín le prestara su apoyo y terminara ese consejo, se comprometería a ser un mejor esposo.

Odín habló:

—Ninguno de vosotros tiene más quejas. —Era una afirmación, no una pregunta. Lo había previsto y había hecho una simple observación.

Loki dirigió toda su atención al Padre de Todo. Con los puños apretados a los lados, esperó la sentencia.

Odín vio dos hileras de dioses, una a cada lado, frente a frente. Uno permanecía entre ambas, anticipando algún tipo de juicio. Estaban en Gladsheim y todo estaba bien en Asgard. ¿O no? ¿Era éste el presente?

La escena cambió y donde antes se sentaban los dioses ahora se veía un ejército cerniéndose sobre el horizonte y un puente de arco iris roto en la distancia. A medida que las huestes avanzaban, dejaban un reguero de cuerpos rotos a sus pies, matando a todos los que se interponían entre ellos y Asgard. Aunque su altura variaba —algunos sólo doblaban a Thor en tamaño y otros se elevaban casi tanto como el constructor—, todos ellos eran hijos de Jotunheim y habían venido a aplastar a los dioses.

A lo lejos, una figura examinaba la devastación. Era enorme y estaba envuelta en una columna suelta de humo y fuego de la que emanaba muerte y destrucción. La mayor parte de lo que se podía ver de ella estaba esbozado por las llamas. A medida que se acercaba, Odín observó que estaba tallada de la propia llama y era un ser elemental más que una criatura de carne y hueso. Se preguntó si ese ser podía sentir la mordedura del acero.

Miró hacia arriba. Un barco navegaba en las alturas, flotando en las nubes por encima de ellos. La tripulación se tambaleaba sobre el barco, renqueando como ratas cojas. En la proa había uno que Odín distinguió del resto. Vio claramente su rostro durante un instante y supo su nombre, pero la visión no duró.

Y entonces apareció en otra parte. Miró alrededor de la sala, sintiendo su familiaridad, tratando de adaptarse a las circunstancias. Todos los Aesir estaban reunidos, una fila a cada lado, y le miraban esperando una respuesta. Había uno en el medio.

En un instante, el techo había desaparecido y Odín miró hacia el negro cielo nocturno. Otros se reunían en torno suya, buscando consejo una vez más a pesar de que las escenas parecían muy diferentes. Se colocó la mano en el mentón y se sorprendió cuando sus dedos tocaron piel suave. Debía haber expresado su confusión por las miradas extrañadas de los rostros a su alrededor, pero rápidamente recuperó la compostura. Había aprendido a adaptarse rápidamente a las circunstancias cambiantes en las que continuamente se encontraba.

Los rostros le resultaban familiares. Uno de ellos hablaba.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —La pregunta iba dirigida a él.

Frunció el ceño, pero no podía recordar de qué cuerpo estaba hablando

ese hombre que, ahora se daba cuenta, era su hermano Vili.

—¿Qué es este cuerpo?

Vili y Vé, su otro hermano, se miraron.

—Es el cuerpo de Ymir, hermano.

El nombre le resultaba familiar —todos los nombres le resultaban familiares: era enloquecedor—, pero no podía ubicar dónde lo había oído antes.

—¿Quién es Ymir?

Una vez más hubo miradas entre los dos. En lugar de palabras, Vili hizo un gesto a algo detrás de Odín.

—Allí —dijo.

Se volvió a ver la planta de un pie gigantesco y blancoazulado que se elevaba por encima suya, muerto y ensangrentado. El pie estaba unido a una pierna que se extendía casi hasta donde alcanzaba la vista. Más allá de aquello, sólo había una vaga sugerencia de un cuerpo que empequeñecía a las montañas mismas.

«Ymir», dijo y los recuerdos corrían de nuevo. Había sido un gigante de la escarcha, el primero de su raza, y su maldad había estado clara para los tres hermanos, Odín, Vili y Vé. ¿Ellos lo habían... matado? ¿Fue así? Pero había algún tipo de vínculo con la criatura que casi podía nombrar. Lo recordó de repente y se estremeció por un breve segundo. ¿Era cierto que la sangre de aquella monstruosidad que había ayudado a matar era la que corría por sus propias venas?

—¿Era nuestra familia?

Los dos habían acabado claramente con la conversación:

—Basta ya de esto. ¿Qué hacemos con el cuerpo de Ymir?

¿Por qué le planteaban esa pregunta? Pero también sabía la respuesta. Los huesos, los dientes, el pelo, todo podría ser utilizado para algo. Abrió la boca para responder, pero la imagen se desvaneció.

Sintió un gran dolor en el costado. Descubrió que no podía mover su cuerpo y que incluso sus brazos estaban confinados por encima de su cabeza. Sólo podía girar el cuello para ver lo que había a su lado. La punta de una lanza estaba atrapada en su interior y la sangre manaba de la herida abierta.

Estaba desnudo y tan por encima del suelo que sólo podía ver vastos paisajes y los accidentes del terreno. Recordó que esto había sucedido, estaba seguro, en el pasado. Era Yggdrasil, su sacrificio para adquirir conocimiento y sabiduría.

Estaba débil. No sabía cuánto tiempo llevaba en el árbol. Antes de que pudiera preguntarse algo más, la escena cambió de nuevo.

Balder hablaba, presentando una queja en contra de alguien. Estaban en Gladsheim. Estaba en el presente de nuevo. Loki estaba ante él, delante de todos, a la espera de una respuesta.

El Astuto había seguido bien sus órdenes. El gigante Thiazi había sido asesinado y habían garantizado la seguridad de Asgard. Pero no había enviado a Loki hasta Thrymheim por eso. En el ojo de su mente volvió a ver la procesión de gigantes cayendo sobre Asgard, la figura oscurecida por el humo en la retaguardia, el jefe de todos los ejércitos del caos flotando en el barco sobre Odín. De pie en la proa, mirando por encima del borde, Loki contempló su ejército con la venganza claramente grabada en su rostro.

Era como Odín había previsto. No estaba en su mano negar el destino que se arrastraba cada vez más cerca. ¿Acaso su sacrificio no le había mostrado con nitidez la suerte que le estaba predestinada a cada uno?

Se levantó de su silla para encarar a los Aesir allí reunidos.

—Tenéis motivos para recriminar a Loki y todos los cargos deben ser respondidos porque todos sois mis hijos y yo soy el Padre de Todo. Pero como niños, no veis más allá de la mano delante de vuestra cara y pensáis que sois sabios. Ninguno de vosotros puede conocer el destino que yo he visto y que ya he experimentado, por lo que ninguno de vosotros está en condiciones de emitir un juicio aquí.

Podía ver los ojos de Loki y la barbilla ligeramente levantada, esperando una respuesta a los cargos presentados. Incluso él, el más astuto de todos los dioses, no era más que un cervato que pensaba que el bosquecillo donde había nacido era la totalidad del mundo. En otra época, Odín podía haber sentido alguna pizca de compasión por sus manipulaciones, pero ahora estaba muy alejado de esa emoción. Todo lo que sentía era la imperiosa necesidad de responder a los designios del destino.

—Loki, has servido a Asgard y a los Aesir y has sido maltratado como recompensa. Es adecuado que recibas el respeto que te ha faltado.

Una lenta sonrisa se deslizó sobre el rostro de Loki.

Odín sintió una pena fugaz por lo que debía hacer, pero se desvaneció rápidamente para ser reemplazada por la certeza de que las acciones que debía tomar eran correctas.

—No puedo, sin embargo, conferir ese respeto a quien no es verdaderamente uno de nosotros. —La sonrisa desapareció del rostro de Loki—. No eres un Aesir ni jamás lo has sido: eres un hijo de Jotunheim y por tanto enemigo de Asgard y de todos los que viven aquí. Yo te destierro de este reino para siempre: no volverás a poner un pie en Asgard como amigo.

Incluso los otros dioses reunidos se quedaron sin habla.

Loki miró fijamente, con la boca abierta, pero Odín no le ofreció como respuesta nada más que una mirada en blanco. Poco a poco, las expresiones de sorpresa en el rostro de los Aesir fueron reemplazadas con un creciente entendimiento. No esperaban tal sentencia, pero la verdad que les había sido revelada —que por las venas de Loki corría la sangre de los enemigos sobre los que se profetizó que destruirían Asgard— les permitía comprender por fin las artimañas de Loki.

—Padre de Todo, no puede alejarme de Asgard. —La respuesta de Loki se percibía débilmente, como si todas las consecuencias del pronunciamiento de Odín tuvieran que ser comprendidas todavía.

—No eres uno de los nuestros más de lo que lo era el constructor.

Loki se sorprendió visiblemente por la comparación. Apenas podía encontrar las palabras.

—Pero Padre de Todo, yo...

—No. No soy el Padre de Todo para ti. Para ti soy ahora el Terrible, el Dios Tuerto de los que viven en lo Alto, el Gris Portador de la Muerte. Soy eternamente tu enemigo y te mataré sin vacilar si por casualidad me encuentro contigo. Tu nombre siempre será inmundo. Los escaldos cantarán canciones de tu traición y tu engaño y te llamarán Embaucador y Padre de las Mentiras. Se te conocerá como el Heraldo del Caos y todo aquel que te dé abrigo será nuestro enemigo. Amasaré ejércitos de Aesir y einherjar y

valkirias para destruirte a ti y a los tu clase y lucharé contra ti en el Ragnarok. No somos ya ni parientes ni de la misma especie: los demás asgardianos y yo te repudiamos aquí y para siempre.

Loki ya no miraba sorprendido. En cambio, sus puños estaban apretados y sus ojos eran de fuego, ardiendo con rabia clara y evidente hacia Odín. Habló con voz tenue y llena de amenaza.

—Vosotros, todos vosotros —volvió la cabeza a ambos lados para fijar la vista en cada uno de ellos brevemente antes de volver su atención a Odín— lamentaréis el día de hoy. Os juro que ésta no será la última vez que me veáis. —Se giró y salió airadamente por las grandes puertas de madera.

Odín sabía que Loki tenía razón. Lo volvería a ver. Él lo había propiciado, poniendo en marcha los acontecimientos que no podían ser alterados. La venganza de Loki, elaborada por Odín, caería sobre Asgard y todos ellos pagarían el precio de la decisión que había tomado. No hablaría de ello, por supuesto. Era la carga que tenía que acarrear. El precio del conocimiento era en efecto pesado, pero había que pagarlo; ni siquiera Odín era inmune a la parte inevitable del destino.

Cerró su ojo y vio a Loki cruzar Bifrost. Mientras el Astuto desaparecía lentamente de escena, Odín sintió una momentánea punzada de arrepentimiento que pronto se desvaneció: cuando llegara el Ragnarok habría tiempo suficiente para lamentarse. Abrió los ojos, se levantó de su trono y se dirigió a los atónitos Aesir sentados junto a él en concilio.

Los hijos de Loki

El Astuto, tras haber sido desterrado de Asgard, pasó largas noches en Jotunheim, en los aposentos de la giganta Angrboda. Resultaba hermosa a la vista, a pesar de que su belleza no se podía comparar a la de Freyja o a la de Sif de los cabellos dorados. Loki había tenido suficiente de las diosas e incluso había abandonado a su propia esposa, Sigyn, en favor de la hermosa giganta.

Su morada había sido tallada en la roca sólida de una montaña en apenas dos días y era lo suficientemente grande para albergar un ejército en el salón principal y tener espacio de sobra. Pero no era en el salón principal donde los dos pasaron la mayor parte del tiempo.

Después de muchas largas noches, Angrboda sintió un vigor en su interior y meses más tarde dio a luz a tres hijos. Los ojos de Loki y Angrboda estaban cegados por el amor que los padres sienten cuando acunan a sus hijos recién nacidos; de lo contrario, se habrían dado cuenta de que las criaturas que habían brotado de sus entrañas eran en realidad monstruosas.

El primero en salir estaba cubierto de pelo y tenía cola y un largo hocico. Llamaron Fenrir al cachorro, que significa «lobo de abajo», y él mamó con entusiasmo la teta de su madre. El segundo en salir no tenía pelo ni extremidades y estaba cubierto de escamas. Llamaron Jormungand al crío, que significa «gran vara», porque vieron que estaba destinado a crecer hasta tener una fuerza y un tamaño enormes. El tercero era una hermosa hija de cintura para arriba, pero de cintura para abajo, sin embargo, estaba

ennegrecida y como muerta. Le pusieron por nombre Hel, que significa «encubierta», pues su primer instinto fue cubrirle la mitad inferior de manera que nadie pudiera verla.

No pasó mucho antes de que la noticia de los tres hijos de Loki llegara a Asgard. Los dioses se reunieron con las Nornas en el Pozo de Urd para pedirles su consejo.

—El lobo se comerá al sol y al padre —dijo Urd.

—La serpiente se tragará el relámpago —dijo Skuld.

—El cadáver traerá legiones —dijo Verdandi.

Las tres Nornas estaban de acuerdo en que eran malvados y en que marcarían la caída de los dioses.

—Proclamarán el final —dijo Urd.

—Surgirán en el Ragnarok —dijo Skuld.

—Destruirán a los mejores de vosotros —dijo Verdandi.

Los dioses se alarmaron y decidieron tomar medidas para evitar que las profecías de las Nornas se cumplieran. Se introdujeron furtivamente durante la noche en Jotunheim e, invisibles gracias a la magia de Odín, irrumpieron en los aposentos de Angrboda mientras ella dormía. Antes de que pudiera abrir un párpado ya la habían atado con fuerza. Loki no estaba por ninguna parte y los dioses se alegraron de no tener que lidiar con él, pues a menudo se dice que cuando más furioso se vuelve un padre es en defensa de su propia casa.

Odín descubrió primero a la serpiente. La sacó de su cuna y la arrojó con todas sus fuerzas. Jormungand salió volando de los salones, atravesó Midgard y cayó al océano en el borde del mundo, donde se hundió hasta las profundidades y se alimentó de peces peregrinos. Sin ser molestada y, con el paso del tiempo, cada vez más enojada, creció hasta hacerse enorme y finalmente rodeó la totalidad de Midgard bajo el mar. Pensando que su cola era alimento, hundió sus dientes en ella. Se alzaría en el Ragnarok para vengarse de los Aesir.

Odín descubrió después a Hel. Abrió la boca asqueado cuando vio el tronco inferior corrupto y la lanzó hacia el suelo con todas sus fuerzas. Ella penetró el piso del aposento y luego la piedra de Midgard, aterrizando

finalmente en el inframundo conocido como Niflheim. Allí convirtió a los muertos en sus siervos y le erigieron una morada al borde de un acantilado. En el Ragnarok, enviaría un ejército de muertos para vengarse de los Aesir.

Odín se encontró con el tercer hijo, el lobo Fenrir, y estaba a punto de poner las manos sobre él cuando Tyr habló:

—Ten piedad al menos de éste, Padre de Todo. No es más que un cachorro.

—Habéis oído la profecía de las Nornas. No se puede permitir que crezca.

Pero a Tyr no le parecía monstruoso como los otros dos y lo sentía por la pequeña criatura. Dijo:

—Cuidaré de él en Asgard, le daré de comer y me aseguraré de que no tiene motivos para vengarse de los Aesir.

Odín cedió y los dioses volvieron a Asgard llevando tras ellos a Fenrir...

Capítulo catorce

Freyja permaneció contemplando su imagen en el espejo. Pasaba gran parte de los días repasando una y otra vez su rostro y su cuerpo, deleitándose en su repuesta belleza, pero siempre con el miedo oculto de que pudiera desvanecerse de nuevo. Los recuerdos de su piel arrugada y sus pechos flácidos eran para ella un dolor físico que le producía escalofríos y a punto estaban de hacerle llorar. Dejando caer su bata al suelo, se examinó y reexaminó en el espejo desde todos los ángulos posibles en busca de cualquier defecto, cualquier imperfección que pudiera ser un signo de la fealdad que había sufrido. Como siempre, no encontró ninguno. Ella era la perfección física pura en rostro y cuerpo, y, sin embargo, no podía borrar de su mente el manto que se cernía sobre ella a causa de las fechorías de Loki.

Se acercó al estanque en calma situado en el extremo de sus aposentos. Freyja se arrodilló y pasó los dedos sobre el agua plateada en lentos círculos, tratando de conjurar una imagen. Vio muchas cosas: su casa en Vanaheim, a Odín en su cámara con la cabeza de Mímir pronunciando lentamente horribles presagios, a Heimdall atento como siempre en Bifrost. Aparecieron ciertas imágenes confusas, junto a otras algo más claras, que abarcaban la extensión de los Nueve Mundos. Algunas cosas las conocía y podía nombrarlas —los elfos de luz de Alfheim enredados entre los árboles; los enanos de Nidavellir enterrados en su hogar del inframundo, afanados en la elaboración de armas y herramientas—, pero vio más que no conocía: un rostro de fuego apenas entrevisto, un cadáver blanco como el hielo que se

extendía durante millas y cuya antigüedad se medía en eones. Se apartó del estanque y se levantó para marcharse.

La atrajeron de nuevo las imágenes que bailaban girando dentro de las aguas, sugiriendo secretos. Se arrodilló y acercó su rostro a la superficie, mirando intensamente en sus profundidades mientras las escenas se sucedían.

Vio a una chica con el pelo azabache. Era hermosa, pero no con la belleza de una diosa sino más bien la de una guerrera, bien tonificada y con la piel tostada como si pasara mucho tiempo al sol. Se acostó en la cama y su rostro alternó entre violentos espasmos de intenso dolor y períodos de agotamiento total. Su frente estaba empapada de sudor y su vientre, enormemente hinchado, era el origen de su dolor.

La imagen persistió, a diferencia de la fugacidad de la mayoría de las imágenes en el estanque, y Freyja se sorprendió. Tras un breve descanso las contracciones comenzaron de nuevo y la chica se retorció visiblemente, haciendo aparecer su mano en la escena que mostraba el estanque. Se aferraba con fuerza a la mano de un niño, tal vez uno de los hermanos mayores que permanecía junto a su madre para ser testigo de la llegada a la vida de un nuevo hermano o hermana. Por el tamaño del vientre, Freyja estimó que probablemente se trataba de gemelos. Si uno muriera, al menos quedaría otro.

El niño, al que tan sólo se veía por la fuerte presa de la madre, era resistente a pesar de su corta edad. Freyja reconocía que era un niño por las líneas y el desgaste de la mano, y no mostraba signos de querer marcharse.

Continuó observando la escena íntima. Perdida en un momento que era sagrado para ella y para todos los Vanir, la llegada de una nueva vida, no cuestionó lo que le mostraba el estanque en aquel caso particular, aunque era raro que le enseñara la misma imagen durante mucho tiempo.

La mujer —Freyja no podía considerarla ya una chica— siguió sufriendo la agonía de las contracciones, pero la ferocidad de su expresión era sorprendente. La cruzaban cicatrices de batallas, por lo que estaba acostumbrada al dolor. Su reacción a los inquietos niños que llevaba dentro indicaba que ese dolor era mucho más intenso que cualquier otro que hubiera soportado. Freyja admiró a esa mujer mortal y se acercó más al estanque.

No había partera en la cama salvo por el fiel muchacho, que únicamente se había mostrado por el momento como una mano sin cuerpo en la borrosa oscuridad de la cámara. Freyja se percató de que estaba inventando escenas de la vida de aquella mujer. El padre, sin duda, era también un guerrero diestro, y era probable que estuviera en batalla, tal vez luchando contra un enemigo justo en los límites de sus tierras. No podía estar al lado de su esposa porque eso significaría la muerte segura para todos los que había jurado proteger.

Freyja sonrió ante la idea. Pese a que ella no era una diosa de la batalla, honraba el deber y el sacrificio. Estaba desgarrada entre la esperanza de que el estanque le mostrara una imagen de él y el temor a perderse el alumbramiento de los hijos de aquella mujer.

La agonía de la embarazada se hizo más intensa y frecuente. Los niños saldría muy pronto. Se sentía privilegiada por estar observando ese nacimiento y estaba segura de que ésa era la razón por la que la estanque le había mostrado la escena: había buscado un parto significativo, uno que podría tener importancia para la raza de los hombres, allí abajo en Midgard.

Inesperadamente, la escena del estanque se apagó y vaciló y Freyja deseó que le mostrara más; no iba a perderse el nacimiento de aquellos niños. La escena se estabilizó y pudo ver una zona un poco más amplia que antes. Las rodillas de la mujer se levantaron al comenzar a empujar, su rostro se volvió rojo por el esfuerzo y apretó su mano en torno a la de su hijo: en los antebrazos de la mujer se destacaron unos cordones hechos de músculos y sus nudillos se volvieron blancos. Por el tamaño de su puño el muchacho debía ser todavía un niño pequeño, pero cerró la mano con firmeza y no expresó ninguna queja que Freyja pudiera detectar.

Ese pensamiento la distrajo momentáneamente. Una mujer tan fuerte como aquella probablemente podría romper la mano de un niño pequeño, incluso de uno vigoroso, y no trataba de contenerse: pese a que era obvio que la cerraba con todas sus fuerzas, el pequeño no se había quejado.

Miró más de cerca el puño del niño y el pequeño trozo de brazo que era visible. No podía distinguir mucho, pero parecía que la piel de su dorso no era tan prístina como debiera para alguien tan joven. Aunque era difícil

distinguirlo en la penumbra de la habitación, su brazo parecía tener una fina capa de pelo rubio rojizo que seguramente sería más clara, o incluso no existiría, en un niño de su edad, ¿o no?

La mujer se retorció de nuevo con una punzada de dolor en el abdomen y el muchacho fue arrastrado momentáneamente hacia adelante, haciéndose visible durante el menor de los instantes antes de apartarse de la escena. Freyja cayó violentamente hacia atrás por la sorpresa, alejándose ella misma del estanque como si el dragón Nidhogg hubiera irrumpido de repente en el agua.

Se sentó allí aturdida y desconcertada, los ojos muy abiertos con asco y horror. No podía ser cierto, pensó. Se sentía manchada y sucia y todas sus atractivas fantasías se disolvieron en un instante. Quería huir de la habitación, pero tenía que comprobar si lo que había presenciado era cierto.

Lo había tenido en la cabeza durante meses, por lo que era comprensible verlo en la imagen del estanque. Probablemente lo había conjurado de entre sus pensamientos, mezclándolo con la visión que se le había mostrado. La conmoción inicial se desvaneció y Freyja comenzó a reemplazar el horror con la explicación más razonable, lo que le permitió arrastrarse de nuevo hacia adelante para observar la escena.

Era la misma que antes, pero la mujer estaba cada vez más próxima al momento del alumbramiento. Freyja miró con más cautela, temerosa de volver a verlo aunque desesperada por comprobar si era verdad. Al principio mantuvo la distancia, pero nuevamente se acercó para mirar, con el miedo y la expectación revueltos en su interior como uno solo.

Tras largo rato acabó por convencerse de que se había equivocado. Fue entonces cuando el muchacho se acercó a su madre para acariciarle la cabeza y ofrecerle palabras de aliento. La primera cosa que Freyja notó fue que las proporciones eran totalmente erróneas.

El niño tenía el pelo rubio rojizo y una barba rala del mismo color. Sus brazos eran enjutos y musculosos aunque no en exceso. Su mirada tenía el brillo claro de alguien que había vivido y planeado durante milenios y cuya maldad no conocía límites. Mientras observaba con un horror que aumentaba deprisa, Freyja se percató de lo pequeño que se veía en comparación con la

mujer, como si fuera un chiquillo. La verdad finalmente le golpeó cuando la pequeña mano de Loki acarició la mejilla de la embarazada en un innegable gesto de amor. Pegada a la escena y cada vez más horrorizada, vio a la mujer empujar brutalmente con todas sus fuerzas.

Freyja se tambaleó de nuevo, cayendo poco elegantemente sobre su trasero. Se alzó y salió corriendo de la habitación, llamando para que sus siervos la atendieran de inmediato. Odín debía saberlo al instante. Y si bien era capaz de expresar su preocupación por la unión de Loki con una gigante de Jotunheim, no estaba tan segura de su capacidad para narrar lo que había visto salir de entre las piernas de la preñada.

A Balder no le agradaba estar allí, pidiendo el consejo de aquellas brujas. Se estaba perdiendo un tiempo precioso y apenas podía mantener su temperamento bajo control.

—¿Me vais a decir lo que tengo que saber?

—*Nosotras...*

—*daremos...*

—*respuestas...*

Las voces venían de ninguna parte y de todas a la vez, huecas y heladas. Nadie sabía ni siquiera lo que eran las Nornas, pero tenían conocimientos que nadie más poseía, ni siquiera Odín. Se decía incluso que eran el árbol, aunque Balder no pensaba demasiado en esas cosas.

Para él era suficiente con que Odín le hubiera enviado aquí para hablar con ellas. Llevaría a cabo esta tarea y luego se iría, esperaba que para reclutar un ejército con el que marchar sobre Jotunheim. El Padre de Todo había dicho que todavía no era el momento de la guerra, pero ¿quién sabía cuándo podía llegar ese momento? Y si las Nornas recomendaban atacar a los gigantes, Odín probablemente estuviera de acuerdo.

Miró alrededor de la cámara, con el ceño fruncido.

—Vengo a buscar vuestro...

—*Sabemos por qué...*

—*estás...*

—*aquí...*

Balder apretó la mandíbula.

—Entonces mostraos. No soy una amenaza para vosotras.

Una risa hueca y delgada se filtró hasta llegar a él.

—*No...*

—*eres...*

—*una amenaza...*

Balder continuó mirando alrededor de la cámara. Hasta donde veía, no había allí nadie salvo él mismo. Se alejó del pozo y sintió un ligero toque en la espalda, casi una caricia, pero tenía algo antinatural. Volvió la cabeza y, una vez más, no había nadie.

—¿Qué tengo que... qué hay que hacer con los hijos de Loki?

Contó el tiempo en silencio, esperando una respuesta. Algo se deslizó entre sus piernas, pero cuando dio un brinco ya no estaba.

—*Acércate más...*

—*al...*

—*pozo...*

—*Contempla...*

—*sus...*

—*profundidades...*

Vacilante, se aproximó lentamente al pozo y se arrodilló para mirar las negras profundidades. Comenzaba a perder la paciencia cuando vio a la oscuridad moverse y cambiar. Donde no había nada, ahora podía distinguir tres figuras, vagas e insustanciales. Mientras miraba, poco a poco comenzaron a transformarse en una nueva escena.

—*Tu nombre...*

—*será...*

—*legendario...*

Se vio, pero en una extraña versión de sí mismo: estaba débil, delgado y muy hermoso. Reía mientras los demás Aesir arrojaban todo tipo de armas contra él, todas golpeándole y todas cayendo al suelo sin afectarle. El martillo de Thor le impactó directamente y no le dañó. De hecho, la versión extraña de sí mismo se echó a reír a carcajadas. Toda la escena tenía el aire

enrarecido de lo falso, como si se tratara de la historia retorcida de algo que había ocurrido en realidad.

—¿Qué es esto? ¿Qué queréis mostrarme?

Su hermano Hod se acercó sosteniendo algo en la mano. Parecía una pequeña planta con bayas blancas, pero cuando alzó la mano toda la imagen se derrumbó sobre sí.

—¡Espera! ¿Qué tenía en la mano? ¿Qué significa esa imagen? —Balder sintió que se le había mostrado algo importante, pero se había ido antes de que pudiera darle sentido. Sin darse cuenta se inclinó más, acercando la cabeza al pozo.

—*Tu...*

—*destino está...*

—*a mano...*

La imagen se volvió a formar y contempló a un recién nacido acunado por la oscuridad. A medida que la imagen se expandía despacio, donde antes había oscuridad ahora aparecía una madre con una expresión triste en su rostro sosteniendo al bebé. Era su propia madre, Frigg, y se dio cuenta de que el niño era él mismo, recién parido. Mientras lo sostenía las lágrimas se le derramaban por el rostro. Como la primera imagen, ésta parecía de nuevo falsa, fabricada, como si fuera la distorsión de un hecho real y no el propio suceso.

Antes de que pudiera profundizar en ella, la escena cambió una vez más. Su madre, apenas reconocible por su aspecto frágil y demacrado, se acercó a una mujer oscura en un trono. Se arrodilló y la mujer asintió. Frigg se levantó y tanto la gratitud como la preocupación le cubrieron el rostro.

Frigg desapareció por un pasillo oculto y Balder vio junto al trono la figura cubierta de sombras de un hombre que le miraba. El hombre dio un paso hacia adelante y la mujer alargó una mano hacia un lado, deteniéndolo de pronto y negándole el avance. Balder se quedó sin aliento al reconocer su propio rostro, insustancial y podrido, mirando a su madre con evidente angustia.

Sintió hervir su sangre.

—¿Estoy muerto? ¿Es eso lo que significa? Si ése es mi destino,

¡mostrádmelo!

Su ira seguía aumentando. Estaban quizá en la antesala del Ragnarok y perdían el tiempo con inútiles augurios. Hubiera sido mejor, con mucho, tomar medidas contra Loki y su prole en lugar de escuchar el parloteo inútil de aquellas brujas.

La neblina arremolinada cambió y Balder vio a Frigg entrar en una cueva. Se notaba cansada y era incluso más vieja, pero había un aire agradable a su alrededor, como si estuviera al final de un largo viaje. La oscuridad de la cueva fue traspasada por antorchas encendidas y una anciana enjuta apareció en escena. Estaba envuelta en un manto gastado; la edad no había sido amable con ella. Murmuró para sí y se meció adelante y atrás y continuó haciéndolo mientras Frigg se acercaba. Balder no podía oír lo que decía, pero cuando Frigg habló, la anciana dejó sus divagaciones.

La anciana abrió la boca con una sonrisa vil y sin dientes y se echó a reír sin alegría o felicidad. Movi6 la cabeza de lado a lado, dejando clara la respuesta a la petición de Frigg incluso a través del silencio de la imagen. El efecto en su madre fue evidente: se arrugó, bajó la cabeza, se volvió y salió de la cueva mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y el cacareo de la anciana la acompañaba.

La anciana asomó el rostro fuera de la cueva con una sonrisa oscura e inquietante cruzando sus facciones. Si no hubiera estado seguro, de tan distinto que era su cambio de actitud, Balder hubiera podido jurar que no era ni siquiera la misma mujer. Pero lo más impactante fue el cambio de rostro al retirarse de nuevo a la cueva, dejando al descubierto la cara detrás de la máscara.

Balder sintió la rabia trepando por su interior.

—Loki —escupió—. Siempre Loki.

La oscuridad se arremolinaba y la escena cambió.

Vio a Yggdrasil tomar forma y elevarse más y más, extendiendo sus ramas a lo ancho. Se formaron llamas en su tronco que inflamaban, calcinaban y amenazaban a Yggdrasil. Al ampliarse la escena, el árbol se hizo más pequeño y Balder pudo ver que no sólo ardía la base: las llamas envolvían todo lo que podía ver y prendían cada vez más abrasadoras,

convirtiéndolo todo en cenizas.

De una brecha en el árbol emergió una figura y, al hacerlo, las llamas disminuyeron y finalmente se apagaron. La figura permaneció imperturbable contemplando la escena de matanza y devastación. Balder no podía distinguir quién era, pero vio una leve sonrisa formarse en aquel rostro antes de que la imagen se desvaneciera por completo, dejando tan sólo oscuridad.

—¿Quién es? —Balder se apartó del pozo—. ¿Es Loki regodeándose con la destrucción que pretende causar? —Hizo una pausa, pero no hubo respuesta—. ¿Qué hay que hacer para evitar que eso suceda?

Tres formas se materializaron entre la niebla y asumieron formas vagamente femeninas, aunque permanecieron intangibles y sin rostro. Sus voces le llegaban de todas partes.

—*Lo que debe...*

—*ser...*

—*será...*

La ira de Balder era incontrolable.

—¿Por qué me mostráis visiones si no hay manera de cambiarlas?

—*Tú...*

—*no sobrevivirás...*

—*a su ira...*

—¿A la ira de Loki? ¿Tratará de matarme?

—*Tú...*

—*sobrevivirás...*

—*a su ira...*

—¿Cuál de las dos es cierta? Este enigma no tiene sentido.

—*Ambas...*

—*lo...*

—*son...*

Maldijo en silencio a su padre por haberle enviado aquí. ¿Cuál era el fin de todo aquello?

—*Buscarás...*

—*la prole...*

—*maldita...*

—¿A los hijos de Loki?

—Traerás...

—*al de la sola...*

—*articulación del lobo...*

La mente de Balder daba vueltas, tratando de comprender el significado del mensaje de las Nornas. Balder no había oído antes esa expresión.

—¿Quién es el de la articulación del lobo?

—Tú...

—lo...

—*sabrás.*

Apretó la mandíbula. «Malditas sean estas brujas», pensó. ¿Quiénes eran ellas para frustrar la voluntad de Asgard? Y sin embargo, ¿qué podía hacer sino desentrañar sus enigmas? Odín lo había enviado allí en busca de consejos sobre lo que debía hacerse con los hijos de Loki, pero no le habían revelado casi nada. Además, ¿para qué necesitaba consejo? Sabía lo que tenía que hacerse, pero su padre no quería que los Aesir fueran a la guerra contra los gigantes todavía. Aún no es el momento, había dicho, sin revelar nada.

—Tenéis que decirme más. —Trató de no mostrar su irritación en la voz. Las formas de niebla se tambalearon, pero se mantuvieron en su lugar. Balder dio un paso vacilante y se derrumbaron sobre sí mismas, perdiendo toda coherencia y flotando hacia el suelo.

—*Tu fama...*

—*menguará en vida y...*

—*crecerá en la muerte, solamente...*

—*para menguar y crecer...*

—*una vez más sobre...*

—*la ceniza...*

Esperó más información, pero las Nornas quedaron en silencio. Tras un tiempo, se giró y volvió por donde había venido. No conocía el significado exacto de las palabras de las Nornas, pero no esperaba a que todos los enigmas se deshicieran antes de emprender el camino a Jotunheim para buscar a los hijos de Loki.

Capítulo quince

Parecía que sobre el lomo de Sleipnir sólo cabría un jinete, pero Balder, Tyr y Frey descubrieron al montar al peculiar caballo que disponían de un amplio margen. Odín había afirmado que él los llevaría por entre los Nueve Mundos, pero no estaban preparados para tan extraño viaje.

Sleipnir había partido como cualquier otra montura, aunque los dioses estaban impresionados con su fuerza palpable y su velocidad. El corcel de Odín galopaba con poco esfuerzo, y los tres dioses no sintieron que aflojara el paso durante el viaje. Antes de abandonar por completo los Nueve Lugares se maravillaron con el ritmo sobrenatural que alcanzaba el animal.

Entonces Asgard se desvaneció, apareciendo un vacío en su lugar. Era como si se hubieran quedado ciegos, pero todavía podían ver claramente a Sleipnir debajo de ellos, los músculos de su lomo y su cuello ondeando mientras continuaba golpeando sus ocho poderosas patas contra ninguna superficie.

Las sombras se volvieron lentamente visibles y les pareció que podían distinguir una cadena montañosa que se cernía sobre ellos mientras que la hierba y la suciedad se materializaban bajo el golpeteo de los cascos de Sleipnir. Pasaron a través de las sombras de enormes estructuras que albergaban grandes figuras dispersas.

Conocían ese lugar. Habían estado allí muchas veces, aunque siempre con las espadas brillando: era Jotunheim, la tierra de sus antiguos enemigos, los gigantes.

Sleipnir no se detuvo. Se movían demasiado rápido para que cualquiera de los gigantes los descubriera. Algunas cabezas se giraron, pero sólo para maravillarse ante el ente desconocido que corría dejándolos atrás. A una velocidad sorprendente, cruzaron a través de pueblos y ciudades hacia su destino final en algún lugar más allá de Jotunheim.

Delante, directamente en su camino, apareció la cara escarpada de una montaña, pero Sleipnir no se detuvo; ni siquiera se ralentizó. Tuvieron poco tiempo para temer la colisión antes de impactar en la pared y atravesarla como si no allí hubiera nada.

Sleipnir se detuvo bruscamente y, con una sacudida, el mundo se hizo visible de nuevo.

Estaban en una cámara alta que había sido labrada en la roca de la montaña y se iluminaba con antorchas. Varios corredores se adentraban más profundamente en la fortaleza. Desmontaron y Sleipnir se desvaneció, dejando a los tres solos en la gran sala.

—Regresaré cuando tengamos a los niños —dijo Balder.

Tyr asintió, mirando las descomunales dimensiones de la habitación, las mesas sobre sus cabezas, los tazones lo suficientemente grandes como para que pudieran bañarse en ellos.

Frey dijo:

—Nunca he visto a los gigantes en otro lugar que no fuera el campo de batalla. Es extraño estar en uno de sus aposentos y ver tal... normalidad.

—Sí —dijo Balder—, no me los imaginaba sentados a la mesa para almorzar. Pero es probable que no nos inviten a cenar si nos atrapan. Será mejor que nos demos prisa. ¿Pueden vernos?

En lugar de contestar, Frey cerró los ojos y entonó un cántico mientras sus dedos dibujaban runas en el aire. Aparecieron unas brillantes letras blanquiazules flotando brevemente ante ellos que después se desvanecieron.

—Apenas se nos ve.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tyr.

—Si nos ceñimos a las paredes y somos silenciosos, no se nos notará. Cualquiera que nos mire directamente es probable que nos distinga, por lo que debemos tener cuidado y evitarlo. Los enfrentamientos o los ruidos

fuertes nos harán visibles.

—¿Y si nos encontramos con los gigantes? —preguntó Tyr.

—Mi padre indicó que evitáramos cualquier lucha —dijo Balder— a menos que no hubiera otra alternativa. Tenemos que encontrar a los hijos de Loki y regresar con ellos sanos y salvos a Asgard.

Se acordó de la peculiar conversación. Odín había hablado y, de repente, se había fijado en algo más allá de lo visible.

«Cuando salgas de la ceniza, vivirás otra vez», había recitado. Balder estaba desconcertado, pero Odín no respondería a sus preguntas o explicaría lo que quería decir.

—¿Y si nos encontramos con Loki? —se preguntó Tyr.

Balder volvió al presente.

—No lo encontraremos.

Los tres se abrieron paso a través de los sinuosos corredores de la fortaleza bajo la montaña. En algún momento vieron a los gigantes sin que ellos los descubrieran. Pese a todo, mientras pasaban caminando, se asombraron ante el tamaño de aquellas criaturas. Habían luchado muchas veces contra ellos, pero era inusual estar a esa distancia para observarlos.

Frey les condujo a una gran puerta con el tirador situado ligeramente por encima de sus cabezas.

—Están aquí con alguien más.

—¿Quién? —preguntó Tyr.

—Su madre.

Balder asintió, dándose cuenta de que sería difícil. No le gustaba atacar a una mujer, aunque fuera una giganta, pero no tenía claro cómo se iban a llevar a los niños sin hacerle daño. Durante un breve instante deseó que Loki estuviera allí: él sería capaz de idear una estratagema para sacar a los pequeños sin ningún tipo de lucha. Sonrió a medias para sí cuando cayó una vez más en la cuenta de quién era el padre de las criaturas.

Tyr preguntó:

—Si abrimos la puerta, ¿nos verá?

—Es difícil de decir —dijo Frey—. Si está mirando en esta dirección, es lo más probable. Si su atención se desvía, entonces tal vez no.

—¿Hay alguna forma de averiguarlo antes de entrar?

—Ya no. Estamos demasiado lejos de Vanaheim para que pueda lanzar cualquier otro conjuro.

—Entonces —dijo Balder—, vayamos despacio y esperemos no llamar su atención.

Extendió la mano y agarró el tirador, moviéndolo tan lenta y silenciosamente como le era posible. La puerta se abrió hacia dentro y Balder ojeó dentro antes de entrar. Asomó la cabeza y asintió a los otros dos. Los tres se introdujeron en la habitación.

La habitación era la alcoba de Angrboda. Al igual que cualquiera de las suyas, estaba llena de artículos esenciales: chimenea, cama, cofres y otros objetos. Cerca de la gran cama había tres cunas y, a sus pies, sentada en una silla, había una gigante con un bebé que succionaba envuelto en sus brazos.

La gigante estaba en camisón y se podía ver su musculatura magra. No se trataba de una niñera, sino de una guerrera. Angrboda meció lentamente al bebé en su pecho, perdida en el ritual atemporal. Estaba claro que no había prestado ninguna atención a los tres dioses; no era consciente de que se habían deslizado en sus aposentos.

Balder volvió a mirar a Tyr y a Frey, pero se encontró con miradas en blanco. Ninguno de los tres estaba seguro de qué debían hacer, a pesar de que las órdenes de raptar a los niños eran inequívocas. Tras una larga espera, Balder tomó una decisión. Hizo señas a Tyr y a Frey para que permanecieran junto a la puerta y luego se dirigió lenta y silenciosamente hacia Angrboda.

Se detuvo en las tres cunas y se asomó a la primera. El bebé estaba dormido, pero no se parecía a ninguno que Balder hubiera visto. Lampiño y de aspecto reptiliano, su piel era escamosa y de un marrón teñido. Sopesó desenvainar la espada y acabar con él en ese momento, pero recordó la advertencia de su padre: debían llevarse sanos y salvos a los niños. Incluso así, le costó bastante esfuerzo asimilar la visión grotesca de ese crío vil. ¿Qué clase de dios podía producir tal descendencia?

Miró primero a Angrboda, que aún alimentaba a uno de los bebés, y luego a Tyr y a Frey, preparados junto a la puerta. Tenían miradas curiosas en sus rostros y se dio cuenta de que no tenían idea de lo que había planeado. Ni él

mismo estaba seguro, pero pensaba que sería preferible a matar sin más a la madre gigante.

En un principio había considerado dejarse ver y luego darle un ultimátum: entrega a los niños o muere, pero se dio cuenta rápidamente de que ni ella ni ninguna madre estaría dispuesta a renunciar a sus hijos, y que aquello sólo serviría para iniciar una pelea en la que ella moriría, posiblemente junto a uno o más de los bebés.

En cambio, usaría en su contra su instinto de protección, amenazando de muerte a uno de los críos si no se los entregaba a Tyr y a Frey. Ella se pondría furiosa y trataría de encontrar la forma de retener a sus hijos, pero puede que se los ofreciera temporalmente pensando que podría recuperarlos una vez que tuviera las manos libres y la espada de Balder estuviera lejos del bebé. Para entonces, Sleipnir habría reaparecido y Balder podría mantenerla a raya o matarla —en batalla, y no de manera cobarde—, mientras que Tyr y Frey se llevaban a dos de los recién nacidos. Después de ocuparse de ella, Sleipnir volvería a por él y a por el último hijo.

No estaba seguro de que fuera el mejor plan, pero sintió la urgencia de hacer algo antes de que se revelara su presencia. Con el tiempo, Angrboda los descubriría; podía salir de la habitación o simplemente girar la cabeza en su dirección exacta, o puede que hicieran un ruido que los delatara. Tenían que intentar algo pronto o todo el plan estaría en riesgo. Se preguntó qué hubiera ideado Loki de haber estado en su grupo.

Se acercó al segundo hijo, que dormía en la siguiente cuna. A diferencia de su hermano, el crío no parecía antinatural más allá del hecho de que era casi tan grande como él. A pesar de que no le gustaba hacerlo, sacó su espada lentamente y colocó la punta sobre la garganta del niño. Cuando Angrboda viera la peligrosa posición en la que se encontraba su hijo, seguramente no sería tan tonta como para atacar. Miró hacia ella, que todavía no se había percatado de su presencia. Justo cuando se disponía a hablar, oyó un silencioso arrullo del niño.

Se giró y notó que el bebé se movía, aunque sus ojos seguían cerrados. Casi volvió a girarse antes de observar algo extraño en él: el rostro comenzó a cambiar de color, a crecer pálido y gris, mientras que la piel se arrugaba y

retiraba y unas negras líneas de corrupción le cruzaban la cara. Los labios se apartaron de las encías desdentadas y los ojos se le abrieron y eran cuencas vacías con moscas arrastrándose fuera de ellas.

Sobresaltado y horrorizado, atravesó con la hoja al grotesco bebé. Eso calmó todo movimiento mientras Balder daba un paso atrás, reteniendo apenas una oleada de náuseas.

Tyr gritó: «¡Balder! ¡Detrás de ti!», pero no se volvió a tiempo. Le golpearon un lado de la cabeza con algo muy duro y voló por la habitación, chocando contra el muro de piedra de la cámara.

Un grito impío de furia y angustia sacudió la sala cuando Angrboda contempló a su hijo muerto. Se volvió hacia Tyr y Frey con los puños apretados en torno a un garrote de madera y el rostro con la rabia más terrible que cualquiera de los dioses hubiera visto jamás. El garrote goteaba sangre de Balder, que yacía inconsciente contra la pared.

Angrboda miró a Tyr y a Frey. Los observó con odio y furia y luego cargó con el garrote en alto y la mandíbula apretada.

Ambos sacaron sus espadas, aunque no estaban convencidos de esa batalla. Tyr no podía olvidar a Balder apuñalando al niño en su cuna, lo que provocó que vacilara a la hora de advertirle del ataque de Angrboda. Aun así, no podían cambiar el hecho ni tampoco ignorar que estaban siendo atacados por un enemigo que los quería muertos y que al menos los doblaba en altura.

Tyr se volvió hacia Frey antes de que ella los alcanzara.

—Atiende a Balder.

Frey asintió y salió corriendo rápidamente mientras Tyr avanzaba varios pasos para enfrentar el ataque de la gigante.

Angrboda golpeó bajo y con fuerza, pero Tyr desvió el golpe con su espada. Ella se recuperó rápidamente —era obvio que había luchado antes en batalla— e hizo girar el garrote de nuevo en ángulo descendente. Tyr esquivó el golpe y deslizó su espada a través del garrote.

Ella lo sorprendió al dejar caer el arma al instante para tratar de agarrarlo. Tyr dio un paso atrás, pero resultó insuficiente como para evitar por completo el agarre de los dedos. Fue arrancado súbitamente del suelo y arrojado contra la pared, golpeándola con la espalda y cayendo sobre una rodilla antes de que

la gigante se abalanzara de nuevo sobre él.

Frey había despertado a Balder y utilizó las runas para acelerar su curación. Al recuperarse del golpe y de la conmoción de la transformación del bebé, señaló hacia la primera cuna y hacia la cama, donde vieron que Angrboda había dejado al otro niño. Echaron un vistazo para ver cómo le iba a Tyr y comprobaron que la mantenía ocupada, dándoles el margen necesario para hacerse con los niños.

Balder fue a la primera cuna y se cargó en el hombro al enorme bebé, mientras Frey hacía lo mismo con el niño que Angrboda había depositado sobre la cama. Sleipnir apareció de repente entre ellos cuando los dos críos comenzaron a llorar.

Angrboda se volvió con una expresión de horror, la evidencia de que había sido dolorosamente engañada marcada en su rostro. «¡No!», gritó y se volvió hacia ellos. Fue detenida por Tyr, quien agarró su muñeca. Se giró deprisa hacia él y lo agarró por el cuello, levantándolo del suelo y aplastándole la garganta con su descomunal mano.

Tyr estaba sorprendido por su fuerza, pero había participado en demasiados combates como para que lo cogieran mucho tiempo por sorpresa. Mirándola fijamente a los ojos mientras trataba de ahogarle, supo que no atendería a ninguna razón. La furia de Angrboda estaba desatada como pocas veces había visto; los mataría a todos con sus propias manos si pudiera.

Mientras se balanceaba a la altura de los ojos de la gigante, alzó la espada que todavía empuñaba y, con un rápido movimiento, le cortó el cuello. La cabeza cayó y siguió el cuerpo, aunque Tyr cayó de pie incluso antes de que el cadáver fresco de Angrboda golpeará el suelo de piedra. Enfundó la hoja y se acercó donde Balder y Frey permanecían montados sobre Sleipnir.

—¿Por qué mataste al niño? —preguntó Tyr.

—Era un engendro horrible. No lo viste.

Tyr miró a la cuna del bebé muerto.

—Ahora no hay nada que hacer al respecto. Sólo podemos esperar que el Padre de Todo no esté muy disgustado.

—Asumiré la responsabilidad de la acción y las consecuencias.

Tyr asintió.

—Tenemos que irnos —dijo Frey.

Tyr montó sobre Sleipnir. Al igual que antes, aunque el caballo no parecía lo suficientemente grande como para acarrear a tres dioses y dos bebés gigantes, había suficiente espacio para todos. A medida que corría hacia la pared, se desvaneció con su carga entre los intersticios de los Nueve Mundos en su ruta de regreso a Asgard.

Capítulo dieciséis

Odín recordada bien el día en que le trajeron a los dos hijos de Loki. Colocados ante él, gimiendo en su presencia, podía observarlos con claridad. Uno era la serpiente, el otro era el lobo. Casi le pareció divertido que esos dos bebés indefensos —aunque de gran tamaño— pudieran causar tal destrucción cuando llegara el momento.

Mientras los miraba, Balder había hablado del tercer niño.

—Padre, el tercer hijo...

—Está muerto. Lo sé.

—No fue a propósito.

—No pienses más en ello. Lleva ya incontables edades en Niflheim. Estaba destinada a morir.

Balder parecía confundido, pero Odín no le ofreció explicaciones.

—Lleva éste —había dicho, señalando con la cabeza al bebé reptil— al borde de Asgard y tíralo a los mares que rodean Midgard.

Balder había palideció.

—¿Padre? ¿Está bromeando?

—¿He bromeado alguna vez, Balder?

—Pero es sólo un bebé, no importa lo horrible que sea. Al menos déjame poner fin a su vida con rapidez antes de enviarlo a una tumba de agua.

Desde su alto asiento, Odín miró en su dirección.

—No será una tumba. Ahora haz lo que ordeno.

Con la cabeza gacha, Balder dijo: «Sí, mi señor» y se fue con el niño.

Odín se había vuelto hacia Tyr.

—¿Crees que mis sentencias son crueles?

—No me corresponde cuestionar al Padre de Todo.

—¿Qué piensas de este niño? Tendrá un destino diferente.

—Es mitad bestia, pero no es tan feo como el otro.

—Llévalo a los bosques que rodean Asgard y déjalo allí para los lobos.

Tyr no se estremeció.

—Sí, Altísimo.

Cuando se volvía para irse, Odín lo llamó por última vez.

—Asegúrate de que el niño sobreviva. No debe sufrir ningún daño.

Tyr lo miró extrañado durante un momento, pero dijo: «Sí, Alto. Se hará como dices». Salió con el bebé en brazos.

Desde su trono había observado a los dos niños, a pesar de que ya no eran niños. Habían crecido rápidamente y el caos en su interior les había cambiado de acuerdo a su entorno. La serpiente había alcanzado un tamaño enorme en el fondo del océano, donde se había alimentado de toda criatura que nadara o se arrastrara cerca. Crecería aún más, pero no necesitaba pensar en ella hasta el momento en que volvieran a encontrarse.

El lobo era un asunto diferente.

No era tan grande, pero, a consecuencia de ello, era más peligroso. Para sobrevivir, había tenido que ser rápido durante los primeros días en el bosque, robando la comida de donde hubiera y evitando a aquellos que harían un festín con él. Tyr lo había alimentado durante una temporada, que era como había sobrevivido entonces. Ahora reinaba supremo en ese bosque, y todas las demás criaturas huían de él o satisfacían su insaciable apetito.

Odín lo había visto vagar por los campos y bosques de Asgard desde hacía tiempo mientras sopesaba su próximo enfrentamiento con la bestia. No le agradaba el lugar al que la enviaba, pero por supuesto no había otra opción. Sintió un pequeño remordimiento por lo que debía hacerse y por quién debía ser herido, pero tales sentimientos eran inútiles. El Alto no podía permitir que las emociones interfirieran con el destino de los Nueve Mundos.

Los criados de Tyr condujeron el carro hasta el borde del claro. Con un movimiento de cabeza comenzaron a descargar el contenido y a tirarlo hacia la línea de árboles. Hicieron varios viajes, escrutando nerviosamente el bosque en busca de cualquier señal de Fenrir. El lobo no se presentó, pero incluso cerca del carro, muy por detrás de Tyr, todavía estaban temerosos. Algunos de ellos lo habían visto devorar la carne que Tyr le había dejado, y los que no, cuando menos habían oído hablar a los otros del tamaño y la ferocidad de la bestia.

Unn, un criado joven, se acercó mansamente.

—¿Mi señor?

Tyr no se volvió para mirarlo a la cara, sino que mantuvo sus ojos en los árboles.

—¿Qué?

—¿Qué pasa si el lobo...?

—Llámalo por su nombre.

—Sí, señor. ¿Qué pasa si Fenrir no está satisfecho con la carne que le ha dejado?

Tyr miró al sirviente, percibiendo claro el terror en sus ojos.

—¿Habías venido antes a alimentar a Fenrir conmigo?

—No, mi señor.

—¿Pero has oído a los demás contar historias sobre él?

—Sí, mi señor.

—¿Qué te han dicho?

Unn tragó.

—Que el lob... que Fenrir es muy grande y aterrador. Que traga toda la carne que se le ofrece y mira con avidez a cualquiera que esté cerca.

Tyr gruñó.

—Hay algo de verdad. ¿Tienes miedo?

—Sí, mi señor.

—Es bastante grande, eso es cierto, del tamaño de un caballo pequeño. Pero no siempre coge la carne que se ofrece. O al menos no mientras estamos

cerca. A veces simplemente se queda mirando. Otras veces se acerca y pronuncia una o dos palabras.

—¿La bestia puede hablar?

—Sí, aunque su voz no es agradable de escuchar.

Unn parecía menos cómodo.

—¿Estamos en peligro, mi señor?

—Siempre hay peligro, incluso en el reino de los dioses. Pero Fenrir no se ha aproximado hacia mí. No puedo decir con certeza que nunca atacará, pero no parece probable que sea hoy. Y si lo hiciera, se enfrentaría a mi espada.

Tyr se volvió para ver las señales de miedo en el rostro de Unn. Puso una mano sobre el hombro del joven y se inclinó.

—Ningún asgardiano de mi casa será dañado mientras yo respire. —Unn asintió y se levantó minúsculamente más alto.

Los criados murmuraron tras él cuando una forma oscura salió lentamente del bosque y se dirigió hacia ellos. Fenrir se detuvo ante la carne que habían arrojado para él, la olió una vez y luego miró a Tyr. Se acercó, haciendo caso omiso de la ofrenda.

Tyr vio palidecer a Unn mientras Fenrir avanzaba hacia ellos. El joven sirviente estaba paralizado en el sitio, incapaz de retroceder para unirse a los demás. Suavemente, Tyr lo empujó hacia atrás.

Fenrir se detuvo a una espada de distancia de Tyr y se sentó sobre sus cuartos traseros. Su cabeza estaba al nivel de Tyr, lo que lo convertía en el mayor lobo que los criados hubieran visto en su vida. Su piel era oscura y había una inteligencia en sus ojos que dejaba claro que, pese a su tamaño, no era un animal normal.

—Tyr —gruñó.

—No comes.

—Tengo hambre de algo más que comida, Tyr. —Una vez más, el nombre fue pronunciado como un gruñido.

—No puedo responder a tus preguntas, como ya te dije.

Fenrir enseñó los colmillos. Se alzó a cuatro patas y Tyr escuchó tras él el jadeo contenido de los criados. Fenrir se giró y corrió de vuelta a la carne. Agachó la cabeza y tomó el pedazo más grande, tragandoselo rápidamente.

Mientras Tyr y sus sirvientes miraban, Fenrir devoró el resto y luego trotó lentamente hacia los árboles.

Antes de desaparecer en el bosque, se volvió y miró a Tyr por última vez. Había una amenaza en esa mirada, pero había visto lo mismo cada vez que alimentaba al lobo. No estaba del todo seguro de por qué continuaba trayendo esas ofrendas a la bestia, pero no podía borrar la visión de la cabeza cortada de Angrboda cayendo al suelo.

Freyja pasó con cuidado sobre un árbol caído con la preocupación marcada en su rostro. Salvo los dioses, todos los seres vivos morían y esas muertes no le molestaban. Eran parte del ciclo de los Nueve Mundos y como Vanir no sólo era una diosa de la vida, sino también de la muerte. La naturaleza delicada de la vida lo hacía todo más valioso, a pesar de que los mortales rara vez entendían eso.

Sin embargo, no percibía ninguna sensación de belleza o conclusión en la muerte que el lobo había provocado al bosque. Los árboles salvajemente destrozados, las plantas pisoteadas a su paso y un montón de animales masacrados: un camino sangriento cuyo rastro nadie podría perder. Y todo aquello había sido destruido sin motivo. Ni siquiera había matado a los animales para alimentarse, sino que simplemente los había desgarrado por el puro placer de la masacre.

La tristeza se arrastraba sobre ella como un paño mortuario. Siguió el rastro sin saber muy bien por qué lo hacía. Tenía la necesidad de ver a aquella criatura para tratar de entender por qué algo mataría tan insensatamente a los seres vivos que lo rodeaban. Podía sentir la malicia latente en el aire, el aura del lobo impregnando ese lugar sagrado. La idea de que podía seguir causando destrucción sin freno le produjo un escalofrío.

Freyja avanzó y su vínculo con el entorno le mostró más miseria a cada paso. Se detuvo en un claro del bosque; una sensación extraña se apoderó de ella, algo que no podía recordar haber sentido antes. Un desagradable hormiguelo le bullía en el fondo del estómago y sintió la imperiosa necesidad de permanecer quieta y en silencio.

En el otro extremo del claro, Fenrir se acuclilló, masticando ruidosamente un gran animal muerto. Sus piernas estaban extendidas, formando una especie de semicírculo a su alrededor. Mientras devoraba, su cabeza y sus hombros se balanceaban y sacudían.

Fenrir no era tan grande como se había imaginado que sería, aunque ciertamente no era pequeño. Antes de dar un paso adelante, una tarea difícil de lograr, lo miró. Se percató de que lo que sentía era miedo. Lo había sentido antes, durante la guerra con los Aesir, sólo como un temor por la supervivencia de Vanaheim y los Vanir: no había sentido miedo por sí misma, sin importar cuántos asgardianos la amenazaran con espadas y hachas sangrientas.

Este temor era distinto y se dio cuenta de que se trataba de miedo por ella. Algo en aquella bestia le infundía un temor primario, algo que no habría creído posible. ¿Qué era esa cosa para que acobardara a una diosa Vanir con su sola presencia? Era algo más que su visión: irradiaba algo, una especie de aura que causaba una ofensa a sus sentidos. Se preguntó si los Aesir sufrirían los mismos efectos.

Se detuvo tras dar otro paso; la bestia se quedó quieta y estiró el cuello para ver a su visitante.

Su rostro era muy parecido a un lobo, con un hocico largo y dientes afilados visibles cuando sus labios se elevaban en un gruñido, pero no se sentaba sobre sus cuartos traseros como un lobo. Era más como un hombre, a pesar de estar cubierto de grueso pelo negro de pies a cabeza. Cuando la miró, tras sus ojos había al acecho algo sin duda inteligente.

Freyja quería apartar la mirada, pero temía que pudiera saltar. Había una buena distancia entre ellos, la suficiente para que alcanzarla le costara varios impulsos, pero estaba convencida de que podría cruzar rápidamente ese tramo.

—Me vigilas —gruñó. A ella no le sorprendía que pudiera hablar, pero era inconfundible el matiz de amenaza en aquella voz primitiva.

No sabía cómo responder, pero se sintió obligada a dirigirse a él.

—¿Por qué haces esto? —Indicó la destrucción con un gesto.

Él la miró fijamente un largo rato, con una expresión tan inmutable como

ilegible.

—¿Quién eres tú?

Se produjo una sutil variación cuando la diosa le miró. Al principio pensó que podría haber sido un efecto de la luz, pero se dio cuenta de que su forma iba cambiando frente a ella. Su hocico se hizo menos pronunciado y su cuerpo cambió, haciéndole parecer más humano. Se preguntó si se trataría de una alteración consciente o de una respuesta instintiva.

—Soy Freyja —dijo sin más.

Él la miró con atención antes de hablar.

—No eres una de ellos. Eres diferente.

—No, no soy una Aesir. Soy una Vanir. No somos lo mismo.

El lobo miró alrededor, al caos que había causado, y luego de nuevo a ella.

—¿Esto es tuyo?

—Sí. ¿Por qué lo has destruido? ¿Qué ganas haciendo esto?

Él no contestó, pero tras un breve instante se dibujó una sonrisa en sus labios. Se volvió hacia su presa y metió la cabeza en su carne, ignorando a la diosa por completo.

Ella sintió la bilis en la garganta. Sopesó dirigirse a él de nuevo, pero estaba segura de que no iba a responder. Se alejó poco a poco antes de darse la vuelta y poner rumbo rápidamente a su morada.

Odín vio el miedo en los ojos de Freyja.

—Destruye todo cuanto toca. No debería estar aquí. Vi su mirada: es sólo cuestión de tiempo que ataque a uno de los dioses.

Odín no respondió. Sabía que lo que ella decía era cierto, pero también sabía que no era el momento para que Fenrir dejase Asgard.

—¿Lo viste en el bosque?

—Sí. Seguí el camino, atraída por la muerte y destrucción que percibía. No sabía que me iba a conducir a Fenrir. Pero cuando lo vi —palideció al recordar la mirada en el rostro de Fenrir cuando se giraba de nuevo hacia su presa— percibí su ansia de destrucción. Padre de Todo, no se contentará

mucho más tiempo con recorrer los bosques y matar a sus criaturas.

De hecho, Fenrir ya había matado y devorado a varios de los einherjar, aunque nadie lo sabía salvo Odín. Aquellos guerreros no se habían levantado al día siguiente.

—¿Quieres que lo maten?

—No. Sabes que no quiero que las vidas se quiten caprichosamente.

—¿Entonces, qué? ¿Quieres que lo envíe a algún lugar de Midgard para que pase el rato alimentándose de mortales?

—No, por supuesto que no. No lo enviaría a ningún lugar donde pudiera dañar a otros. —Ella miró hacia abajo, valorando alternativas—. ¿Podría encadenarse?

—No se le puede retener por medios normales. Es una criatura del caos y ni siquiera él se ha dado cuenta todavía de su potencial.

—Podrían encontrar la manera de elaborar algo así en Nidavellir.

Odín sonrió. Se había preguntado cuándo caerían en lo de los enanos. Fingió pensar la solución.

—Sí, podrían crear una cadena que lo retuviera. Marcha entonces donde viven los enanos. Diles que deben forjar unos grilletes que no se rompan.

—Sí, Padre de Todo. Iré a Nidavellir de inmediato.

Freyja se marchó y Odín se sintió cambiar de lugar y de época. Vio un lobo, una cinta de plata y una grave herida.

Capítulo diecisiete

El olor de la enorme cueva era repulsivo. Freyja conocía las historias que contaban cómo Odín había creado a los enanos a partir de los gusanos de la carne de Ymir, pero hasta ese momento nunca había considerado seriamente que aquello fuera cierto. Abrumada por su olor y apariencia, no tenía ningún problema imaginándolos como lombrices.

—¿Tenéis lo que busco? —preguntó.

Habló el líder del clan, una delgada criatura llamada Radsvid: —Es probable que tengamos lo que quieras, pero, si no, siempre se puede crear. Estamos deseosos de servir a los dioses, hermosa Freyja—. Esbozó una sonrisa de dientes marrones y torcidos y le recorrió el cuerpo con los ojos.

—Si lo tienes, entonces tráelo.

Los demás enanos de la sala, en torno a una docena, también la miraban con lascivia, aunque con menos descaro. El líder los había presentado a todos, pero ella no los distinguía.

Radsvid sólo ofrecía confirmaciones serviles.

—Oh, sí, lo vamos a traer, en efecto, querida Freyja. Nos honra satisfacer los caprichos de los dioses. —Freyja notó la deliberada ambigüedad. A pesar de sus alegatos en contra, los enanos no estaban dispuestos a servir a nadie más que a sí mismos, y ella lo sabía. Hizo una señal a sus criados, que trajeron un pequeño cofre y lo dejaron a sus pies.

—He traído el pago. —Abrieron el cofre. El brillo del oro trajo más luz a la oscura cueva y ella sonrió ante los ruidos de satisfacción de los enanos al

contemplar el tesoro.

—Hay más para vosotros si podéis entregarme el grillete y sirve a su propósito.

—Ciertamente, es una buena compensación, encantadora Freyja. —La miró. Sus ojos eran de color gris pálido y daban la impresión de ceguera. No podía asegurar si era joven o viejo, pero los movimientos de su cuerpo transmitían la sensación de una lombriz retorciéndose. La diosa pensó una vez más en los gusanos de la carne de Ymir.

—Pero seguramente hay algo más que puedes ofrecernos. —Radsvid subió la mano y le recorrió el vestido, tocándole la piel del muslo.

Ella se agachó y lo agarró del cuello, alzándolo en el aire con un rápido movimiento. Apretó, y un chasquido resonó en las paredes de la cueva. Dejó caer el cuerpo sin vida al suelo. Los otros enanos la miraron con miedo palpable en sus rostros.

—Haríais bien en no ponerme a prueba otra vez. —Dejó que sus ojos se posaran en cada enano, marcando a fuego la amenaza en sus cerebros—. ¿Quién habla ahora por vosotros?

Un enano, más pequeño y un poco menos repelente, dio un paso adelante.

—Yo lo haré, diosa. —No detectó ningún propósito ulterior en su voz—. Me llamo Aurvang.

—¿Traerás mi grillete?

Aurvang miró el cadáver del líder anterior y gruñó a algunos de los enanos. Dio órdenes tranquilas en un idioma gutural que Freyja no conocía y alzaron el cuerpo de Radsvid, llevándolo al interior de la cueva hasta que desapareció en la oscuridad.

—No lo tenemos, pero podemos fabricarlo. Hará falta tiempo. —La miró desafiante, pero mantuvo la distancia—. Y más oro.

Freyja asintió a sus siervos, que trajeron dos cofres más y los depositaron a los pies de Aurvang.

—Cuando hayáis terminado, entrega los grilletes a mis siervos.

Aurvang asintió e hizo una reverencia, manteniendo un ojo en la diosa mientras ella abandonaba rápidamente la cueva.

A Odín nunca dejaba de sorprenderle el ingenio de los enanos. No eran dioses, ni tenían acceso a ninguna brujería, y sin embargo eran capaces de fabricar objetos que rivalizaban con cualquiera que los Aesir pudieran haber creado.

La delgada cinta de plata que sostenía en la mano era sin duda uno de sus mayores logros. No parecía gran cosa, pero Odín percibía su poder y su artesanía. Esa cinta retendría a cualquier criatura de los Nueve Mundos a la que atara y la apresaría hasta el Ragnarok, cuando todos los vínculos se romperían y reinaría el caos.

Alguien llamó a la puerta. Odín hizo pasar a Balder a sus aposentos.

—¿Me ha llamado, padre?

—Balder, ¿temes a Fenrir?

La pregunta le cogió desprevenido, aunque la respuesta era bastante simple.

—Es una criatura peligrosa con un padre malvado, pero no, no le tengo miedo.

—¿Crees que eres rival para su poder?

—Sí, padre. Es una bestia y no podría enfrentarse a ninguno de los Aesir. Odín asintió.

—Así que si se tratara de atacarme, ¿no te preocuparías por mi seguridad? Balder entrecerró los ojos.

—¿Por qué estas preguntas? ¿El lobo planea atacar?

Odín lo meditó. Fenrir no pensaba atacar, al menos de momento, y hasta pasado un tiempo no sería un verdadero peligro. Se preguntó si su hijo recordaría esa conversación cuando saliera de Yggdrasil para comenzar de nuevo.

—Responde a mi pregunta —dijo Odín.

—Es una idea ridícula, padre. No hay nadie que pueda enfrentarse a ti y lo sabes muy bien. ¿Cuál es el sentido de estas preguntas?

Odín suspiró. Era una carga pesada conocer los sucesos venideros pero no poder compartirlos. Le tendió la cinta de plata a su hijo.

—¿Qué es esto?

—Se llama Gleipnir y es un grillete creado por los enanos. Tómallo.

Balder extendió el brazo y cogió suavemente el grillete de manos de su padre. Lo sostuvo y lo examinó con curiosidad.

—Parece fuerte a pesar de su peso. ¿Por qué me lo da a mí?

—Llegará el momento en que lo necesites. Llévalo contigo y está preparado para usarlo.

—Sí, padre. —Se lo metió en el cinturón y se preguntó por qué el Alto le hacía preguntas que parecían tener respuestas tan claras.

Fenrir se giró al oír un ruido detrás de él, sorprendido de que algo fuera capaz de aproximarse tanto sin que él lo supiera. Miró a su alrededor y no vio a nadie, aunque había un débil aroma vagamente familiar en el aire. Era el olor de algo que había conocido mucho tiempo atrás pero que no podía ubicar.

—¿Quién está ahí? —gruñó. No hubo respuesta.

Al principio, su vida en Asgard —como acabó por aprender que se llamaba aquel lugar— había estado ocupada con la supervivencia. Había criaturas más poderosas que él acechando en los bosques. Pero Fenrir era rápido, inteligente y feroz cuando surgía la necesidad. Con el tiempo, se había convertido en aquel al que temer y las demás criaturas mantenían una enorme distancia o se convertían en sus víctimas.

Pronto no se conformó simplemente con ser el amo de aquellos bosques. Una vez que ya no tuvo que preocuparse por su propia seguridad, su inteligencia en rápido avance le había conducido a buscar respuestas al misterio de su existencia. Había visto manadas de lobos en muchas ocasiones y sabía que él no era uno de ellos. Eran criaturas básicas, guiadas tan sólo por el instinto, y él en cambio era un ser consciente.

Merodeó cerca de ciudades y pueblos, escuchando tras puertas y ventanas y reuniendo la información que pudo. Aprendió mucho de lo que se le había ocultado.

Esas criaturas se llamaban a sí mismas Aesir y tenía mucho en común con ellas. Sus historias hablaban de batallas y guerra, de la lucha contra los enemigos que amenazaban con destruirlos. Dichos enemigos eran los

gigantes, pero era extraño que los Aesir los odiaran tanto por algo que no había sucedido todavía.

La conversación siempre les conducía a una cosa llamada Ragnarok, pero no le quedaba claro lo que significaba. Lo temían, aunque Fenrir no habría dicho exactamente que les asustara: era más algo contra lo que clamar, algo que presentaban como si se tratara de un enemigo que no podía vencer su coraje ni siquiera al hablar de los Nueve Mundos ardiendo. No tenía sentido para él, pero había detalles de la historia que le llamaban la atención.

El cielo se oscurecería antes de que llegaran los gigantes. Entonces, un lobo enorme se tragaría el sol, dejando a los Nueve Mundos en tinieblas. Oír hablar de ese lobo siempre le habría producido escalofríos de satisfacción: no sabía de dónde venía o cómo podía tragarse el sol, pero, pese a todo, le gustaba aquella historia.

También oyó hablar de un desterrado, un Aesir que había sido exiliado. A este ser se le conocía como Embaucador o el Astuto, se hablaba de él con odio y desprecio y era nombrado en raras ocasiones. En su momento aprendió su nombre verdadero y lo reconoció a pesar de no haberlo oído antes. El nombre removía algo en él.

Había tratado de forzar una respuesta de Tyr, pero el que le había alimentado y ayudado a sobrevivir no le decía nada. Fenrir, sin embargo, estaba seguro de que Tyr conocía las respuestas. Lo odiaba por no revelar lo que sabía.

Escudriñó cuidadosamente entre los árboles en la oscuridad, en busca de alguna señal de un intruso en sus bosques. El olor todavía estaba en el aire y sabía, aunque no pudiera verlo, que ese ser estaba cerca.

—Te encontraré —se dijo en voz baja.

Oyó entonces una voz débil como un susurro en el viento. Se quedó inmóvil y aguzó las orejas, escuchando con atención. Alguien habló con una voz tan baja que apenas podía distinguir las palabras.

—*Tú eres el que no tiene raíces* —dijo la voz.

—¿Quién eres tú? —Se volvió lentamente, tratando de encontrar el origen de los susurros. Al borde de su campo visual percibió algo que aleteaba en la suave brisa. Se dio la vuelta, pero no había nada.

—*Serás enterrado hondo en Midgard.*

—Hablas con atrevimiento para ser alguien que se esconde entre los árboles.

—*Has sido traicionado.*

Sus oídos se aguzaron al oír eso.

—¿Traicionado por quién?

—*Por quien te ofrece la vida aunque te la ha quitado.*

—Hablas con acertijos. Muéstrate.

—*No sabes nada de quien te dio a luz.*

La voz se burlaba de él con las dudas que buscaba contestar. Guardó silencio.

—*Te fue arrebatada cuando eras nuevo. Y también otros lo fueron.*

—¿Qué quieres decir?

—*Estás solo y no estás solo. No hay nadie como tú y hay dos como tú. Se los llevaron junto a la que te dio a luz.*

—Bah. De nuevo hablas con acertijos. —A pesar de su curiosidad, se volvió para internarse más en el bosque. No se fiaba de esa voz incorpórea.

Se detuvo cuando una forma vaga se materializó delante de él. Era un hombre delgado con un rostro hermoso y el cabello rubio rojizo. Su aspecto era insustancial: Fenrir podía ver los árboles a través de él.

—¿Quién eres?

—*Yo soy el Astuto, soy el Embaucador, soy el Viajero del Cielo. Soy quien tomó a Sleipnir, soy quien asume muchas apariencias. Soy Loki. Soy tu padre.* —La voz seguía siendo el mismo susurro en el viento.

—¿Eres mi padre? ¿Qué eres tú?

—*Una vez fui uno de los dioses, pero me desterraron injustamente. Tú cargas ahora el peso de su maldad, pero ellos te han tratado mucho peor que a mí.*

—¿Qué quieres decir?

—*Tu madre fue asesinada mientras te amamantaba. Tu hermano y tu hermana también fueron asesinados, niños inocentes que no habían hecho ningún daño a nadie.*

Fenrir supo que lo que decía aquella aparición era cierto. La furia hervía

en su interior. Había buscado las respuestas y eran más sombrías de lo que imaginaba. No lo sentía por aquellos a quienes nunca había conocido: lo sentía por cómo había sido engañado.

—*Vendrán a por ti. Sólo te dejarán aquí suelto durante un tiempo. Te atarán y torturarán, como también me harán a mí.*

—¿Quién los mató?

—*Lo sabes: quien tiene una deuda que pagar, quien ha tratado de compensarte por esos asesinatos, quien te ha facilitado la vida para resarcirte por lo que te arrebató.*

—Tyr —gruñó, enseñando los dientes y tensando sus músculos.

—*Ahora ves por qué no podía ofrecerte las respuestas que buscabas.*

—Voy a matarlo. —Recordó al dios lanzándole grandes trozos de carne y sintió la punzada ardiente de la traición.

—*Él te ve como una amenaza e incluso ahora planea atacarte. Puede que sea demasiado tarde. Es poderoso.*

—Aquí he crecido fuerte. Iré a por él. Me daré un festín con sus entrañas.

—*Entonces debes ser rápido. Estarás perdido si te demoras.*

—¿No vendrás conmigo?

—*No puedo. Ahora me falta la fuerza. Pero nos encontraremos muy pronto y me deleitaré con la historia de cómo mataste a Tyr.*

Fenrir gruñó por toda respuesta y luego corrió, alejándose. Mientras se apresuraba hacia la oscuridad de los árboles, la forma de Loki cambió.

Creció, se volvió más delgado y un manto gris le cubrió. Tenía la piel arrugada y su barba se volvió parda y poblada. Llevaba en la mano una larga lanza. Vio desaparecer la silueta de Fenrir con su único ojo bueno.

La captura de Fenrir

Fenrir creció pronto en los campos dorados de Asgard y con el tiempo alcanzó un tamaño enorme. Todos los Aesir le tenían miedo, pero no mancharían con su sangre la tierra sagrada de Asgard. En su lugar, se le permitió seguir vagando sin trabas y sin ser molestado.

Al crecer en tamaño también creció la ira en su corazón y sus gruñidos preocuparon a los dioses hasta el punto de que ninguno estaba dispuesto a darle de comer por miedo a convertirse en alimento del lobo.

Ninguno, es decir, salvo Tyr. De entre los dioses sólo él no temía al lobo y le arrojaba con regularidad grandes trozos de carne que eran devorados con avidez. Fenrir, sin embargo, no sentía gratitud hacia Tyr. De hecho, no sentía nada salvo odio e ira hacia todos los Aesir.

Un día, Odín convocó un consejo para discutir la amenaza planteada por el lobo.

—Es un peligro para todos —dijo Balder.

—Sólo espera su momento antes de lanzarse en picado a matar —dijo Hod.

—Debe ser apresado antes de que haga ningún daño —dijo Freyja—. Viajaré donde viven los enanos y haré que fabriquen un grillete para encadenarlo.

Freyja viajó a Nidavellir para reunirse con los enanos. En lo profundo de su mundo subterráneo, los enanos trabajaban todo tipo de enseres y fabricaban objetos continuamente. A pesar de su apariencia fea y vulgar,

eran maestros artesanos y podían construir cualquier cosa si se les daba un plazo suficiente.

Los enanos no estaban dispuestos a hacer nada por los dioses sin retribución, pero una vez que vieron el tamaño de la bolsa que les ofrecía Freyja, se pusieron a trabajar en un grillete tan resistente que nada en los Nueve Mundos pudiera abrirlo.

Después de nueve noches lo terminaron y lo llevaron ante Freyja para que lo examinara. Abrió la caja en la que lo habían colocado y se sorprendió al ver una cinta delgada tan ligera que la diosa apenas la notaba en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es la cinta Gleipnir, el lazo más fuerte jamás creado. Ni siquiera el poderoso lobo Fenrir será capaz de romperlo.

Freyja lo dudaba.

—¿Cómo puede una cinta tan esbelta retener al lobo? La romperá en un instante.

Los ojos de los viejos enanos brillaron con astucia.

—Está hecho de sustancias que rara vez se ven o se sienten. Ése es el secreto de su fuerza.

Freyja todavía no estaba convencida, aunque era reacia a expresar las dudas que sentía ante tales maestros artesanos, ya fueran viejos y feos.

—¿De qué está hecho? —preguntó.

Los viejos enanos sonrieron maliciosamente.

—Está hecho de seis cosas: el silencio de un gato que huye, la barba de una mujer, las raíces de una montaña, la fuerza de un oso, el aliento de un pez y la saliva de un pájaro. Puede parecer que estos elementos no existen, pero muchas cosas así están bajo nuestra custodia.

Freyja quedó satisfecha con la respuesta y se llevó a Gleipnir de vuelta a Asgard.

Los Aesir sabía que Fenrir no estaría dispuesto a encadenarse, por lo que decidieron engañarle. Fenrir vagaba por los campos de Asgard cuando un grupo de Aesir se acercó.

—Ciertamente, has crecido fuerte a base de festines de cordero y ganado criado en tierras de Asgard —dijo Balder.

Fenrir miró con desprecio al grupo de dioses.

—Sí —dijo—. He crecido mucho y puedo ver que tenéis miedo de mí.

Al ver una sonrisa maligna en su hocico, los Aesir estuvieron más seguros que nunca de que Fenrir debía ser aprisionado. Balder contestó:

—Eres verdaderamente fuerte, pero estoy seguro de que hay algunas cosas que están incluso más allá de tus capacidades.

La sonrisa de Fenrir se desvaneció para ser reemplazada por una mueca burlona.

—Se dice que un día me tragaré el sol. ¿Cómo podría tener mi fuerza algún límite?

Balder sonrió para sus adentros. La vanidad del lobo lo había atrapado.

—Estoy seguro de que tu fuerza supera todos los límites corrientes, pero los enanos en Nidavellir han fabricado objetos que pueden anular incluso tus capacidades.

Fenrir gruñó y dio un paso amenazante. Los dioses sintieron un miedo helado ante su avance.

—Ningún objeto —sea o no de un enano— puede resistir mi poder.

Balder sacó a Gleipnir.

Fenrir miró la delgada cinta con cautela. A pesar de lo que los dioses pudieran haber pensado, no era imprudente y sospechaba el engaño en sus acciones. Aún así, no podía echarse atrás en un reto de fuerza por miedo a parecer cobarde.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó.

Balder dio un paso adelante y mantuvo alejada la delgada cinta.

—No es más que una cinta, llamada Gleipnir, hecha a mano por los enanos de Nidavellir. Dicen que es irrompible, pero obviamente son demasiado jactanciosos. ¿Cómo podría esta ligera cinta compararse con tu fuerza? —Hizo como si fuera a guardar a Gleipnir.

—Espera, pequeño dios. Te permitiré envolverme con la cinta —hizo una pausa, mirando con atención al grupo de odiados dioses— si uno de vosotros coloca su mano entre mis dientes en señal de buena fe.

Balder y los demás no habían previsto esta condición y ninguno estaba dispuesto a introducir una mano en la boca del lobo sabiendo lo que

sucedería si Gleipnir lo retenía. Finalmente, Tyr se adelantó y metió la mano con valentía. El lobo cerró las mandíbulas suavemente sobre la mano del dios y dijo:

—Enrollad la cinta a mi alrededor.

Balder no perdió un instante mientras ataba al lobo con Gleipnir. Cuando terminó, apenas quedaba holgura suficiente para que Fenrir respirara. Los dioses contemplaron con ansiedad cómo el lobo arqueó la espalda y tensó sus músculos sin resultado; Gleipnir resistió. Horrorizado, Fenrir forzó sus músculos al máximo. El suelo tembló por el esfuerzo, y algunos de los dioses fueron derribados, pero al final fue incapaz siquiera de rasgar la poderosa cinta.

Ahora que el engaño estaba totalmente claro, cerró su mandíbula y hundió sus dientes en el brazo de Tyr. El dios aulló de dolor mientras el lobo arrancaba su mano y se la tragaba. Desde ese día, la muñeca se conocería como la articulación del lobo. Los otros dioses rieron al verlo atado.

Balder se acercó a él sin miedo ahora que la bestia estaba completamente inmóvil.

—Supongo que hay cosas que rivalizan incluso con tu fuerza, como el ingenio de los dioses.

Fenrir le habría arrancado la cabeza a Balder, pero no podía moverse; se sentía como si Gleipnir le apretara más con cada aliento.

Los dioses sujetaron a Gleipnir a una gran roca y la empujaron hacia las entrañas de la tierra, a una profunda cueva hueca, donde la lucha de Fenrir por ser libre ni siquiera perturbara la superficie. El lobo chasqueó sus mandíbulas y trató de causar más daño, por lo que uno de los dioses desenvainó su espada y le arremetió en el hocico, haciendo una mordaza para mantener sus mandíbulas cerradas.

Y mientras Fenrir esté allí, atado bajo la tierra, su saliva no dejará de correr formando un río de babas. Permanecerá atrapado hasta el Ragnarok, cuando sus cadenas se dividirán y él estallará para vengarse de aquellos que lo apresaron...

Capítulo dieciocho

Unn arrojó otra carga de troncos cerca de la chimenea. Aunque estaba cansado de transportarlos, agradecía no estar en la cocina. Reabastecer el suministro de madera para las chimeneas de los salones era un trabajo duro, pero por lo menos no era la monotonía sudorosa del trabajo en los hornos, donde el fuego nunca cesaba. Probablemente pasara los próximos días talando árboles y, pese a que el trabajo era agotador, le encantaba estar al aire libre.

Caminó hasta la sala principal con su carro a remolque. Todavía quedaban grandes montones de troncos apilados más allá de las puertas principales y había mucho trabajo pendiente antes de que el señor Tyr volviera de la morada del señor Balder.

Le había halagado tanto como aterrorizado que le pidieran que acompañara al señor Tyr a ofrecer carne al lobo. Los que iban con el dios a ese encargo eran habitualmente siervos que llevaban allí mucho más tiempo que Unn, y se preguntó si era un buen presagio. Estaba ansioso por impresionar al Aesir y ascender quizá en las filas para convertirse en sirviente personal, de los que interactuaban continuamente con él, en lugar de ser uno más y encargarse de las tareas del día a día de la morada.

Y aquello ¿no había sido un gesto? El señor Tyr le había puesto una mano en el hombro y le había dicho que él lo protegería si el lobo atacaba. Ninguno de los Aesir era dado a tranquilizar a meros sirvientes, pero todos los asgardianos sabían que preservarían aquel reino sagrado y a sus habitantes,

tanto dioses como mortales, contra las fuerzas del caos. Ser tranquilizado personalmente por un señor de los Aesir era sin duda una señal profética.

Con eso en mente, aumentó su ritmo. No se engañaba creyendo que un trabajo bien hecho atraería la atención de un señor de los Aesir. Era posible, sin embargo, que si seguía sirviendo con distinción pudiera convertirse en algo más que un ayudante del castillo.

La mirada decidida de su rostro vaciló al oír que algo golpeaba los portones principales, justo frente a él. Se detuvo mientras el temor se difundía a través de su cuerpo. Las grandes puertas de madera, lo suficientemente fuertes como para resistir los golpes de los gigantes, se habían doblado. Los pequeños jirones de polvo que procedían del marco fueron cubiertos por los pocos rayos de luz que entraban desde las ventanas más altas.

Mientras estaba allí sin saber qué hacer, las puertas fueron sacudidas de nuevo. Cayó más polvo del marco y Unn pudo ver cómo se astillaban los tablones de madera. Retrocedió lentamente, olvidando dejar su carrito a un lado.

Una vez más, algo se estrelló contra las maderas y una puerta fue arrancada de la bisagra superior. Se retorció hasta el suelo con un sonido desgarrador, mientras una forma oscura y peluda escalaba a través del agujero recién formado. Lo vio y sus mandíbulas amenazadoras se abrieron mientras se acercaba merodeando.

Unn se quedó paralizado y agarró con firmeza las asas del carro. Sus ojos se abrieron más y comenzó a temblar cuando Fenrir se acercó lentamente hacia él y un gruñido flotó a través de la distancia entre ambos.

—¿Dónde está Tyr? —gruñó. Fenrir acercó tanto sus fauces que Unn sintió en su cara el aliento cálido y pesado. Apestaba a carne podrida. Unn no encontró el valor para responder. Simplemente se quedó mirando al lobo con terror abyecto, incapaz siquiera de volver la vista hacia otro lado.

—¿Dónde está Tyr? —repitió.

De alguna manera, Unn obligó a su boca a moverse, y chirrió una sola palabra: «Fuera».

Fenrir gruñó y Unn pensó que ahora sería devorado. En cambio, el lobo se echó hacia atrás. Su carne se arrugó, al igual que la piel de su rostro. Su

hocico se retiró y su faz adquirió una mínima cualidad humana. Se sentó sobre sus cuartos traseros y Unn apreció cómo también cambiaban sus brazos. Las patas se extendieron y se convirtieron en manos con dedos agarrotados. Se puso de pie y sus piernas eran similares a las de un hombre.

Todavía era mucho más alto que él, pero ya no era simplemente un lobo. De alguna manera era más terrible como mezcla de lobo y humano de lo que había sido como una mera bestia.

Alargó una pesada mano con garras y la colocó sobre el hombro de Unn.

—Esperaremos —dijo—, pero harás algo por mí.

Unn asintió, repentinamente agradecido por no haber sido descuartizado en jirones. Fenrir aproximó su cabeza y miró a Unn a los ojos. Aparte del miedo, sintió algo muy diferente. Podía oír sus pensamientos y sabía lo que quería que hiciera. De mala gana se alejó para completar su tarea, obligado por la voluntad de la criatura.

—¿Habías visto antes algo como esto? —preguntó Balder, sosteniendo a Gleipnir para que Tyr lo observara.

Tyr tendió una mano y cogió el grillete con cuidado. Se sorprendió por su peso y lo examinó de cerca.

—¿El Padre de Todo no dijo nada acerca de esto?

—Sólo que lo necesitaría y que lo mantuviera cerca.

Tyr continuó estudiando sus dimensiones.

—Los enanos son realmente artesanos magistrales. Es pequeño, pero rebosa poder. No me gustaría estar preso por esta delgada cinta.

—Ni a mí, pero me gustaría que mi padre fuera más claro. ¿Por qué no nos dice lo que sabe?

Tyr le devolvió a Gleipnir.

—Es casi tan antiguo como la Creación. Para él, somos como niños. Uno no revela todo lo que sabe a los niños.

—No es lo mismo. Yo no soy un mocoso llorica que se mea encima. ¿No somos Aesir?

—Ni siquiera los dioses son todopoderosos, Balder. Nadie sino el Padre

de Todo ha visto lo que está por venir. Ninguno de nosotros existía cuando él se abrió el costado con Gungnir y se colgó de Yggdrasil. Y no podemos saber lo que se siente al ver lo que está por llegar.

Balder no quedó satisfecho con la respuesta.

—Esa explicación es...

Lo interrumpió un sirviente sin aliento.

—¡Mi señor! ¡Le pido perdón!

—¿Qué sucede? —dijo Balder.

—¡Algo anda mal en la morada del señor Tyr! ¡Las puertas se han roto, y los einherjar se apelotonan fuera, pero no entran!

Tyr partía de la sala, pero Balder lo cogió del brazo.

—Iré contigo.

Él asintió y ambos dioses se marcharon deprisa de la sala a través del pasillo principal de la fortaleza de Balder.

La multitud de einherjar reunida fuera del castillo de Tyr estaba intranquila. Dejaron paso a los dos dioses, que se dirigieron rápidamente hacia las puertas astilladas. Tyr agarró a uno de los guerreros que tenía cerca.

—¿Qué ha pasado aquí?

El guerrero le devolvió la mirada con los ojos vidriosos y dijo dos palabras que para Tyr explicaban la situación por completo: «el lobo».

Tyr se volvió a Balder.

—Es Fenrir. —Se volvió de nuevo hacia el guerrero—. ¿Por qué no le habéis abordado? ¿Por qué estáis aquí pululando alrededor cuando una de las fortalezas de los Aesir ha sido atacada?

El rostro del guerrero tenía un aspecto perplejo, como si no entendiera la pregunta. Después de una interminable cantidad de tiempo en la que Tyr se sintió tentado de estrangularlo, dijo:

—Los matará.

Tyr soltó el brazo del guerrero. Balder y él desenvainaron sus espadas y se acercaron a la entrada de su fortaleza.

Las puertas estaban rotas y astilladas, pero aún parcialmente adheridas a

los marcos. Apenas vieron nada al asomarse al agujero que había abierto Fenrir, excepto que había un grupo reunido en el centro de la sala. Se miraron una vez el uno al otro antes de atravesar el agujero.

Sus ojos se adaptaron rápidamente a la escasa iluminación de la sala. En el centro del gran salón, un apretado semicírculo de criados se arrodillaba en el suelo de piedra, algunos gimiendo con la cabeza en las manos, otros sollozando en silencio y otros más, silenciosos y congelados por el miedo. Balder y Tyr vieron al gran hombre-lobo, justo detrás de la multitud protectora, a distancia de ataque de cualquiera de las pobres almas que se arrodillaban ante él.

Había otro siervo colocado justo enfrente de Fenrir, uno cuyo rostro recordaba. Era el muchacho que había sacado la carne para Fenrir y al que había tenido que consolar. Tyr sintió subirle la bilis. El lobo tenía su garra apretada sobre uno de los hombros del niño, con las largas uñas colgando hacia abajo. Era un gesto burlesco protector que amenazaba al niño mientras prácticamente retaba a los dos dioses a seguir adelante.

Se mantuvieron firmes. La sonrisa en el rostro de Fenrir le dijo a Tyr lo que sucedería si se acercaba demasiado.

Tyr se dirigió a Unn.

—¿Estás herido?

—Tyr —gruñó Fenrir—. No he hecho daño al joven. Yo no haría daño a una criatura tan indefensa.

—¿Qué es lo que quieres?

Fenrir llevó su boca a la oreja de Unn y le susurró algo. Unn habló con voz temblorosa.

—Mi señor, él quiere que yo le diga que todos los sirvientes del castillo han sido traídos hasta aquí.

Tyr reconoció que era verdad. Había docenas de ellos alrededor del lobo, algunos lo suficientemente próximos para sentir su cálido aliento en el cuello.

—¿Qué quieres?

Hubo un gruñido. Tyr pudo sentir que pasaba a través de él.

—Tyr —dijo el lobo.

Unn dijo:

—Quiere saber de dónde procede, mi señor. Desea conocer las respuestas a las preguntas que le ha planteado. —Su voz tembló, pero mantuvo una firmeza que Tyr admiraba, especialmente en alguien que no era un guerrero.

Tyr y Balder intercambiaron breves miradas. Ambos sabían que aquello no iba bien. Fenrir estaba mucho más cerca de los siervos que ellos. Si cualquiera de los dos se movía hacia delante, Fenrir podría matar a una veintena de ellos antes de que lo alcanzaran. No era una situación que se pudiera solucionar con acero. Tyr se encontró deseando que Loki estuviera allí. Pensó en cómo el Astuto tendría una forma de engañar al lobo, pero luego cayó en la cuenta de que era él quien había engendrado a lo que se enfrentaban.

Tyr no vio nada que hacer salvo dar a Fenrir lo que quería.

—¿Quiere saber de dónde vienes? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Sí —gruñó Fenrir.

—¿Y cuando conozcas las repuestas —señaló a los sirvientes con la espada— los pondrás en libertad?

—Sí.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos antes de comenzar.

—Cuando eras un bebé fuiste arrebatado de tu madre y traído aquí.

Fenrir susurró de nuevo a Unn.

—Mi señor, dice que lo sabe. Desea conocer la historia completa.

—Hay poco más que decir.

La mano de Fenrir salió disparada y clavó sus garras en el hombro de la criada arrodillada más próxima. La mujer fue arrastrada hacia él, pero no tuvo tiempo de emitir ni una queja antes de que Fenrir abalanzara su cabeza sobre ella y le arrancara un lado del cuello. Dejó caer a sus pies el cuerpo sangrante y espasmódico mientras los gemidos y sollozos de los demás secuestrados crecían a un ritmo frenético.

Tyr se adelantó con rabia en su rostro, pero lo detuvo la firme presa de Balder sobre su brazo.

—Sólo matará a más —le susurró a Tyr—. No podemos ganar así. Tienes que decirle lo que quiere saber.

Tyr apenas podía contener su furia al contemplar la sangrienta sonrisa de

Fenrir. La idea de que podía haber impedido una muerte sin sentido era como un puñal en sus entrañas.

—Cuéntame todo, Tyr.

—Vas a pagar por esto, bestia —murmuró en voz baja. Sus nudillos se volvieron blancos al apretar la empuñadura de su espada mientras luchaba por controlar su ira.

Le dijo todo lo que sabía: el viaje a Jotunheim para llevarse los tres hijos, la muerte del bebé, la matanza de Angrboda, el secuestro de Fenrir y de su hermano, el lanzamiento del segundo al mar y del otro al bosque. Sólo cambió una cosa. Se atribuyó él mismo la responsabilidad por el asesinato del niño. Cuando terminó, Fenrir le miraba con el odio patente en su rostro.

—¿El exiliado es mi padre?

—Sí.

—¿Dónde está?

—No se sabe.

Fenrir le miró, pero no dijo nada.

—Lo sabes todo. Ahora libera a mis siervos.

—Tyr, tú me lo arrebataste todo.

Tyr no respondió.

Fenrir esbozó una amplia sonrisa que se hizo más insidiosa por la sangre que aún goteaba de sus colmillos. A Tyr no le gustó su aspecto, pero se percató de lo que significaba un instante demasiado tarde.

—Deja ir a mi sirvientes —dijo Tyr, dando un paso hacia adelante.

Fenrir asintió lentamente. Volvió la cabeza hacia Unn y se inclinó más cerca, como si fuera a susurrarle algo al oído como antes. En su lugar, mientras su rostro se acercaba, sus mandíbulas se abrieron y hundió los dientes en el costado de la cabeza de Unn.

Las manos de Unn volaron a la cara en un gesto reflejo, pero incluso si no hubiera sido demasiado tarde, habría sido incapaz de contrarrestar la fuerza del lobo. Se escuchó un crujido audible al romperse el cráneo de Unn, seguido por el desgarramiento de la carne mientras su cabeza se partía por la mitad. El muchacho cayó al suelo, a los pies de Fenrir.

Los ojos de Tyr se abrieron y gritó:

—¡No!

Tyr atacó con los ojos fijos en Fenrir y la espada destellando en la tenue luz de la sala; Balder iba justo tras él, pero ambos estaban demasiado lejos para evitar que Fenrir arremetiera y eviscerara a los siervos más próximos. Apenas un puñado se puso en pie y escapó corriendo por su vida: la mayoría se paralizó de puro terror mientras el lobo destripaba y mataba a quienes tenía a mano.

En los pocos instantes que Tyr tardó en alcanzar a Fenrir, las partes del cuerpo de casi una docena de sirvientes fueron esparcidas frente al lobo. Tyr no se molestó en frenar su asalto o en nivelar un ataque con su espada, sino que cargó precipitadamente contra Fenrir. Los dos cayeron al suelo, batiéndose en ráfagas vertiginosas de movimientos.

Tyr estrelló la empuñadura de su espada repetidamente contra la cara de Fenrir mientras luchaban en el suelo de piedra. Compensaba con fuerza bruta la carencia de precisión de sus ataques, y Fenrir rugía furioso mientras intentaba quitarse de encima al dios que le había asaltado.

Balder condujo fuera a los criados mientras un río de einherjar se colaba por la puerta principal.

—¡Sacadlos fuera! —gritó a los einherjar—. ¡Dejad al lobo! —Sostuvo su espada como una barrera y los guerreros se apresuraron a acompañar fuera de la sala a los siervos que todavía podían caminar. Aquellos que yacían ensangrentados a los pies de Balder fueron acarreados. Puede que algunos sobrevivieran, pero la mayoría de los que Fenrir había atacado estaba más allá de toda ayuda.

Balder comprobó que Fenrir había adquirido de nuevo forma de lobo y, mientras luchaba y rodaba por el suelo, sus fauces babeantes trataron de arrancar el rostro de Tyr. Balder se aproximó dispuesto a cargar con su espada, pero los dos se golpeaban con tanta violencia que temía ensartar a Tyr en un intento de apuñalar al lobo.

Tyr atenazaba a Fenrir por el cuello e intentaba inmovilizar al lobo en el suelo. Agotado por el visible esfuerzo, gritó a Balder:

—¡El grillete! ¡Prepáralo!

Balder se maldijo por no haberlo recordado. Odín le había dicho que lo

tuviera listo y a pesar de que lo llevaba encima se había olvidado de él. Enfundó su espada y sacó a Gleipnir, y Tyr perdió el equilibrio y fue arrojado al suelo.

Balder saltó hacia Fenrir, pero el lobo fue más rápido de lo que había previsto. Se agachó esquivando el ataque y hundió sus dientes en el muslo de Balder. El dios gritó de dolor, pero el grito fue acallado cuando Fenrir agitó bruscamente su cuello y sus hombros y aplastó a Balder contra el suelo. Soltó la pierna de su presa y le saltó sobre el pecho, dirigiendo las mandíbulas hacia su garganta.

Balder pudo sujetar el cuello del lobo con una mano para evitar que el hocico se acercara más, aunque podía sentir el aliento caliente y la saliva sobre su cara así como las hileras de dientes que el lobo chasqueaba. La bestia era fuerte, mucho más de lo que pensaba, y no estaba seguro de que pudiera continuar manteniéndola a raya. Tenía a Gleipnir apretado en su otro puño, inútil mientras sentía la firme y abrumadora presión del ataque de Fenrir.

De repente apareció Tyr agarrando al lobo del hocico y retirándolo de Balder. Tumbó a Fenrir sobre su espalda y aplastó la garganta de la bestia con una rodilla, que Fenrir presionaba con fuerza mientras lanzaba zarpazos con las cuatro garras. Arañó y rasgó a Tyr, y cada impacto de las garras le marcó al dios un largo corte en el pecho y en la cara, pero éste aprovechó su posición sobre el lobo y logró evitar la mayoría de los peores ataques.

—¡Átalo! ¡Ahora! —le gritó a Balder.

Balder abordó la mitad inferior del lobo, inmovilizándole las patas traseras, y comenzó a envolver a Gleipnir a su alrededor. Fenrir se enfureció más: curvó su cuerpo y luego flexionó los cuartos traseros, lanzando lejos a Balder. Tyr cambió de posición para mantener inmóvil a la bestia, pero su nueva postura proporcionó un escape a Fenrir, que se retorció súbitamente y empujó a Tyr, abalanzándose acto seguido sobre él. Fue detenido en seco cuando Balder le agarró por la cola. Fenrir se giró y arremetió contra el estómago desprotegido de Balder.

Tyr vio que Balder estaba a punto de ser destripado por el lobo. Atacó y lo retuvo por el hocico una vez más, pero, como Balder había descubierto,

Fenrir era más rápido de lo que su corpulencia hacía suponer. Cuando estuvo a su alcance, Fenrir cambió de objetivo y hundió sus dientes en la carne del brazo derecho de Tyr. Las mandíbulas apretaron, atrapando dentro por completo la mano del Aesir.

Fenrir apartó violentamente la cabeza mientras apretaba el brazo de Tyr entre los dientes. Hubo un sonido de desgarró y luego un chasquido apenas audible bajo el grito de dolor de Tyr. Y entonces el dios cayó al suelo, su mano amputada ahora en la boca del lobo.

Fenrir se volvió hacia Tyr y sonrió antes de tragarse su mano. Pero su momentáneo regodeo dio una oportunidad a Balder. Hizo caer sus puños sobre la cabeza de Fenrir con toda la fuerza que pudo reunir. Atrapado por sorpresa, Fenrir soportó sobre su cráneo la fuerza completa del ataque del dios. Se desplomó en el suelo, aturdido.

Balder no dudó. Comenzó a envolver rápidamente al lobo con Gleipnir, atando primero el cuello, las mandíbulas y las patas delanteras. Fenrir no tardó en recuperarse y deshacerse de Balder, aunque la cinta se mantuvo ligeramente colocada en torno a la bestia.

Los einherjar próximos a aquella zona se unieron a la refriega. Fenrir los atacó salvajemente, pero era menos eficaz ahora que Balder lo había atado parcialmente. Sus mandíbulas se cerraron sobre algunos de los guerreros muertos, pero otros continuaron agarrándolo y reteniéndolo. Lo frenaron lo suficiente como para que Balder pudiera envolverlo varias veces más con la cinta, haciéndole caer sobre sus patas delanteras. Balder siguió atándolo con el grillete, que casi adquiría vida propia al limitar cada vez más los movimientos de Fenrir con cada vuelta.

Tyr detuvo con una tela rasgada el flujo de sangre de la muñeca cortada, más enfadado que dolorido. Una vez que Fenrir estuvo casi completamente atado, se acercó. El lobo gruñó amenazador, pero el grillete de los enanos había cumplido su propósito y ahora estaba indefenso.

—Tyr, tu mano... —dijo Balder.

—Sanará —dijo simplemente Tyr con un rastro de amargura en su voz—. Lo hemos detenido. Eso es lo único lo que importa.

Fenrir le gruñó.

—¡Te arrancaré más que la mano! ¡Cuando esté libre...!

Tyr lo interrumpió.

—Nunca estarás libre. Podrías haber vagado por estos campos en paz y sin embargo atacaste a los que te cobijaban.

Fenrir escupió asqueado.

—¿Paz? ¿Qué sabes tú de la paz, tú que asesinas niños?

Balder presionó rudamente la cara de Fenrir contra el suelo de piedra.

—Basta. No hablarás así a los dioses.

—Déjalo hablar. Ahora no puede hacer daño.

Balder apartó la mano de mala gana, los ojos furiosos de Fenrir fijos en él mientras se retiraba.

—Me liberaré y me daré un festín con tus entrañas. Tendrás que matarme.

Tyr hizo una mueca mientras apretaba la tela ensangrentada alrededor de su muñón, del que salía cada vez menos sangre.

—No, no te mataremos. El Padre de Todo lo ha prohibido. Pero nunca serás libre de nuevo. —Se volvió hacia uno de los einherjar más cercanos—. Ve y dile al Alto lo que ha sucedido aquí. Dile que requerimos su consejo sobre qué hacer con el lobo Fenrir. —El guerrero mutilado asintió, pero cuando se dio la vuelta, el Padre de Todo estaba allí, vestido con su capa gris de viajero y empuñando a Gungnir, disimulada como un bastón.

—Está atado —dijo Odín.

—Sí, Padre de Todo —dijo Tyr.

—Por ahora. —Dando la espalda a Balder y a Tyr, Odín se acercó al lobo, que no podía hacer nada salvo resollar a través de las ceñidas espirales de Gleipnir. Odín se puso la capucha y acercó su rostro.

Fenrir vio cambiar la vieja cara: las arrugas se suavizaron y la barba gris se retiró y aclaró. El rostro familiar —el rostro de su padre— le sonrió una vez antes de cambiar de nuevo. Atado, Fenrir pudo hacer poco más que sentir la rabia enturbiando su interior.

Odín se volvió hacia Balder y Tyr.

—Llévalo a Gladsheim —dijo, antes de caminar hasta la puerta, dejando al lobo atado a solas con los dos dioses, que se preguntaban qué le habría dicho Odín para aumentar su furia.

Los sueños de Balder

El sueño del más hermoso de los dioses era el más alterado. Balder daba vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de librarse de los demonios que se deslizaban en sus sueños y lo atormentaban noche tras noche. Se despertaba con una capa de sudor que cubría su cuerpo, confundiendo las sombras con los fantasmas que huían rápidamente de sus turbadoras pesadillas. Momentos más tarde no podía recordarlas; sólo quedaba la sensación persistente del miedo que colgaba sobre él como un paño mortuario.

Todos los dioses quedaron consternados cuando les habló de sus visitantes. A pesar de sus preocupaciones y debates, ninguno pudo ofrecer sin embargo una solución para desterrar aquellos sueños. Fue su propio padre quien finalmente decidió visitar Niflheim para encontrar una respuesta.

El dios tuerto montó sobre Sleipnir y se alejó al galope hacia el inframundo, la casa de Hel, la criatura mitad cadáver que reinaba sobre los muertos. Sleipnir cruzó nueve ríos que fluían hacia atrás antes de encontrarse cara a cara con Garm, el enorme perro que hacía guardia en las puertas de Niflheim. Con un fuerte espoleo a Sleipnir, Odín saltó más allá de las fauces de la bestia y pasó por delante de los fríos campos de los muertos hacia la morada de Hel.

En la puerta, Odín encontró sendas llenas de oro como bienvenida para alguien importante.

Halló a Hel en su trono. Odín se dirigió a la criatura a la que había

desterrado a este lugar hacía muchos años.

—¿A quién planeas recibir en tu reino?

Ella no respondió de inmediato, sino que dejó que una sonrisa pícaro cruzara su rostro.

—El homenaje es para alguien que pronto se me unirá aquí.

Odín sintió un agudo dolor en sus palabras.

—¿No te refieres a Balder?

—El más hermoso de los dioses será mi invitado dentro de poco.

La frente Odín se frunció por la angustia.

—¿Quién lo matará? Al menos puedes decirme eso.

—Será una tragedia que romperá el corazón de todos en Asgard, más trágica aún por la mano ciega que liberará el dardo que matará a su hermano.

Odín sabía que hablaba de Hod, el hermano de Balder.

—¿Por qué el hermano mataría al hermano?

La sonrisa de Hel se hizo mayor.

—Tus propios crímenes serán tu perdición, Tuerto. —Y con eso cerró la boca y se negó a pronunciar una palabra más.

Odín dio media vuelta de mala gana y se marchó. Su viaje de retorno fue sombrío y silencioso, aunque imaginó las caras de los muertos riéndose de él mientras recorría el camino de regreso a Asgard...

Capítulo diecinueve

Habían pasado meses desde que Fenrir fuera aprisionado y su mancha borrada de Asgard. Envuelto e inmovilizado por Gleipnir, se lo habían llevado a Nidavellir, donde una vez más buscaron la experiencia de los enanos. Maestros de los espacios subterráneos además de maestros artesanos, los enanos los condujeron a gran profundidad, hasta que la pestilente podredumbre de Niflheim pareció estar sólo a un paso. Tyr estaba allí, al igual que Frey, y sus siervos transportaban a Fenrir en una litera que remolcaban tras ellos. Hacían falta diez para acarrear su enorme peso y cada uno sostenía una cuerda, cinco a cada lado, con la que arrastraba a la bestia sobre la tierra áspera y rocosa de la cueva.

Los enanos les guiaron por largos túneles que serpenteaban en la oscuridad bajo la tierra hasta que llegaron a una enorme caverna con una gran estructura de piedra en el centro. Arrastraron a Fenrir sobre ella y Balder sacó una espada y una cadena que había traído con él. En el centro de la plataforma, incrustado en la roca, había un anillo de metal al que los enanos sujetaron un extremo de la cadena de Balder. Él deslizó el otro extremo alrededor de la hoja de la espada y se acercó a la silenciosa bestia.

Golpeándole de modo que cayera de espaldas, pisó la garganta de Fenrir para mantenerlo en su sitio. Con ambas manos empaló la espada a través de la parte inferior de la mandíbula de Fenrir y de la parte superior de su hocico, amordazándolo por completo y atándolo a la roca. El lobo gruñó salvajemente, pero no pudo zafarse de la espirales atenazantes de Gleipnir.

Así fue como lo dejaron. Encadenado y amordazado, inmovilizado en ese lugar hasta que muriera de inanición o tal vez atrapado allí para siempre. Balder no tenía ni idea de si la bestia era inmortal o no, pero si lo era tanto mejor, pues su sufrimiento sería interminable, un castigo apropiado para una criatura tan vil. Balder podía sentir sobre él su ardiente mirada y su ira densa y palpable. No pudo evitar una sonrisa triste al dejar al lobo en la caverna para que comenzara su agonía sin fin.

Tyr pasó la mano por el muñón por milésima vez. Pese al tiempo que había pasado desde que el lobo le arrancara la mano, aún no había sanado. Jamás llegaría a sanar. Aún podía sentir cómo se hundían los dientes ásperos, rasgando los músculos y los tendones de los huesos, separando la carne de la carne, y el recuerdo de aquello le ponía enfermo.

No es que no hubiera sufrido antes una herida: había padecido muchas a lo largo de sus combates y cada una se había curado, rápido a veces, otras de manera más gradual, pero todas se habían acabado cerrado y él se había recuperado con el tiempo. Pero jamás había tenido una herida semejante.

Nunca le había sido desgarrado tan salvajemente y con tanta efectividad un pedazo de sí mismo. El daño iba mucho más allá de la simple pérdida de una extremidad: se sentía como si una parte de su identidad hubiera sido arrancada y en su lugar hubiera un absceso fétido que se negaba a curarse.

Mientras paseaba por sus aposentos, su ira y su frustración crecían por igual, como lo habían hecho cada día desde la amputación. Sus siervos se mantenían alejados de él, conscientes de que no quería ser molestado y también temerosos de su ira silenciosa. Nunca habían visto a su maestro en tal estado y eso les preocupaba. Su actitud siempre había sido comedida, rara vez mostrando enojo aún cuando era necesario. Tal vez los leales a Thor estuvieran acostumbrados a las pasiones mercuriales, pero los servidores de Tyr habían llegado a esperar el equilibrio en todos los asuntos de su señor.

Tyr se daba cuenta de los celos de sus sirvientes, pero no era capaz de contener sus emociones. En vez de vagar enojado a través del palacio, optó por permanecer en sus aposentos, yendo y viniendo hasta que agotara su bilis.

No estaba satisfecho, a pesar del castigo que Fenrir había recibido. En su momento acató la orden del Padre de Todo de no dañar al lobo, pero a medida que pasaban los meses su resentimiento había crecido.

Sabía que lo único que lo podía saciar era enfrentarse al lobo en combate, pero Fenrir no podría escapar de Gleipnir. La única posibilidad era que fuera liberado en el Ragnarok, aunque quién sabía si eso llegaría a suceder, y cuándo.

Le resultó curioso que toda su vida hubiera sentido pavor ante la idea del fin, pero ahora extrañamente lo esperara. No tenía paciencia, pero podía esperar. Y mientras lo hacía, disfrutaría imaginando el tacto de su espada mientras destripaba a Fenrir.

Heimdall había visto a la anciana que cruzaba hacia Bifrost a muchas millas de distancia, caminando lenta y laboriosa. No era inusual que un mortal acudiera a Asgard por diversos motivos. El constructor, para vergüenza de Heimdall, nunca hubiera cruzado si la petición de entrada en Asgard fuera algo extraño. Muchos sabios y brujas de las aldeas se dirigían allí para pedir audiencia con uno u otro de los Aesir, y éstas se concedían con la frecuencia suficiente como para que valiera la pena hacer el largo viaje, primero a través de Midgard y después de Bifrost.

En ocasiones, los afligidos padres intentaban ver a los hijos cuya muerte en el campo de batalla había sido acelerada por las valkirias. Algunos volvían satisfechos de que sus hijos estuvieran sirviendo al Alto, preparándose constantemente para la defensa de Asgard en el Ragnarok. Podían ver a su hijo, ahora un guerrero inmortal, y sentían un poco de paz al saber que su muerte tenía un significado. Otros se marchaban con emociones distintas al ver en su lugar a un demonio vacío con extremidades amputadas y cicatrices de heridas reiteradas. Pensaban quizá que cuando las valkirias arrastraban a sus hijos hasta Asgard, éstos eran remendados como si ni siquiera les hubiera tocado una hoja. Pero Odín no prometía eso: no tenía necesidad de guerreros de bellos cuerpos y rostros, sino sólo de aquellos que pudieran manejar el frío acero.

Heimdall se burlaba del juicio de los mortales. ¿Cómo podían rendir homenaje a los Aesir, dioses de la batalla, y pensar que de alguna manera sus hijos se volverían hermosos una vez en el Valhalla? Sería mejor que aquéllos con aprecio por esas cosas adoraran a los Vanir. O mejor aún, que permanecieran en el lugar al que pertenecían, el reino de los mortales, donde no tendrían que ver a un hijo muerto que, tras haberle cercenado con una espada la parte superior de la cabeza, aún caminaba con un casco mal ajustado como único escollo para evitar que su cerebro se derramara por el suelo.

No sabía quién era la vieja bruja que se abría paso tan lentamente a través de Bifrost, pero sabía que estaba allí o bien para pedir audiencia con uno de los dioses o bien para ver a un hijo muerto años atrás. Cualquiera que fuera la razón, estaba condenada a volver decepcionada, y él tenía poca paciencia para los pequeños problemas de los que vivían más abajo.

Al acercarse, a Heimdall le maravilló que se las hubiera arreglado para hacer el viaje completo a ese paso tan lento. Nunca antes había visto a una vieja humana así y se preguntó cómo habría sobrevivido a los peligros de su viaje. Por lo general acudían en grupos; era arriesgado viajar solo tan lejos. Las amenazas eran demasiado numerosas para contarlas: lobos, ladrones y asesinos, por no hablar de gigantes y otras criaturas malvadas que atacaban a los humanos. Y sin embargo, allí estaba ella: sola, débil, tan vieja como el propio Yggdrasil por su aspecto. Y horrible. Su rostro era como un saco viejo y sucio roído por las cabras, su cuerpo estaba tan doblado que Heimdall se preguntó si su mandíbula rasparía el suelo cuando hablara, y la joroba montañosa de su espalda podría haber acomodado a un niño pequeño de haber sido hueca. Incluso su olor era nauseabundo, el hedor de la muerte y la orina.

—Salve, valiente Heimdall —dijo débilmente mientras se acercaba lo bastante cerca para oír su respuesta. Lo poco que quedaba de sus dientes era como muñones ennegrecidos que colgaban precariamente de las encías, listos para pegarse en la carne de cualquier manzana que mordiera.

El Aesir centró la mirada en aquella bruja vieja y fea que presuntamente intentaba tener acceso al reino de los dioses y sintió un extraño regocijo que

le recorría por dentro: aquella patética y arrugada cáscara de ser humano, aquel saco arrastrado de piel y huesos, había hecho por sus medios un viaje desde su poblado hasta los pies de Asgard. A pesar de su aspecto atroz, merecía una pequeña dosis de respeto por su tenacidad.

—¿Qué buscas en Asgard? —dijo, no sin amabilidad.

La vieja se tomó varios minutos para recuperar el aliento y responder. Su joroba se agitaba con cada jadeo.

—Hace mucho, las valkirias se llevaron a mi hijo. Me gustaría verlo antes de pasar a Niflheim.

Era lo que pensaba, aunque negó con la cabeza ante la futilidad de la solicitud.

—¿Cuándo fue llevado a Valhalla?

—Hace muchos años, cuando yo era mucho más joven. Estaba defendiendo nuestro pueblo contra unos merodeadores, pero había demasiados. Aunque nuestros hombres lograron rechazarlos, hubo muchas víctimas. Mi hijo se enfrentó a ellos y los diezmó, pero lo mataron.

Heimdall no estaba tan endurecido como para no sentir el dolor de una madre, a pesar de que se cuestionaba constantemente los pensamientos de los mortales. Anhelaban ir a Valhalla para servir a los dioses y clamaban contra una muerte ignominiosa que los enviara a Niflheim, pero sin embargo se lamentaban por sus hijos cuando lograban la recompensa por una muerte gloriosa. No los podía entender.

Sintió algo más de lástima por esa mujer al pensar en lo que probablemente encontraría en caso de hallar a su hijo. Si lo habían transportado a Valhalla cuando esa vieja bruja era joven, era probable que estuviera en Asgard desde hacía más de una generación mortal, luchando y preparándose para el Ragnarok. Pocos de los einherjar permanecían ilesos mucho tiempo. ¿Quedaría todavía algo de él que ella pudiera ver? ¿Tendría el niño siquiera una mandíbula con la que hablar? ¿O brazos para abrazarla?

—Te enviaré al siervo del Alto. Oirá tu solicitud y la transmitirá al Padre de Todo, que decidirá si se te concede o no.

Su sonrisa de gratitud hizo que Heimdall se contrajera de dolor.

—Bendito seas, señor Heimdall. Mi pueblo cantará tus alabanzas.

Él asintió.

—Enviaré algunos sirvientes contigo y te llevarán hasta Valaskjalf. — Volvió la cabeza y señaló a varios de sus siervos. Trajeron un carro pequeño y ayudó a la anciana a tomar asiento en él.

—Que el Padre de Todo acepte tu solicitud —dijo Heimdall cuando el carro empezó a alejarse.

—Bendito seas, Señor Heimdall —contestó una vez más antes de girarse. Heimdall se alegró de librarse de ella. Tenaz o no, su aspecto era tan asqueroso que persistía como el hedor de puerros podridos. Esperaba no ver de nuevo tal decrepitud en un mortal. Se volvió para observar el carro alejarse en la distancia y algo de movimiento alrededor de la vieja bruja le llamó la atención. Miró más atentamente y no vio nada, agradecido de no tener que contemplar su rostro de nuevo.

Los criados apenas podían satisfacer la implacable demanda de comida de Thor. A pesar de cubrir sus platos continuamente hasta los bordes —y había muchos delante de él—, el Tronador seguía haciendo desaparecer el contenido casi tal como era repuesto. Su insaciable paladar era legendario, y en ese festín estaba demostrando una vez más el porqué.

A pesar de su inmenso respeto por el poder y la fuerza de Thor, Balder detestaba sentarse a su lado en esas reuniones de los dioses. El gigante de pelo y barba rojos absorbía casi todo a su alcance y apenas emitía una palabra mientras se siguieran ofreciendo bebidas y alimentos. A lo sumo, gruñía, señalaba o simplemente decía «más» a cualquier siervo que tuviera la mala suerte de estar cerca, y entonces los criados se escabullían para coger otra bandeja colmada para el señor de Mjólnir.

Por lo general, Balder se mantenía ocupado tratando de evitar las salpicaduras de alimentos que le llegaban, a la vez que intentaba retener su propio plato fuera del alcance del Tronador. Había tiempo para poco más, pues cada vez que desviaba su atención del estómago sin límites sentado a su izquierda, le golpeaban las frescas gotas de aguamiel o las migajas de cualquier comida que se estuviera metiendo Thor en las fauces.

A su derecha, Tyr se libraba de casi todo el ataque alimentario. Miraba hoscamente hacia nada en particular mientras la mayor parte de su comida se retiraba intacta.

Balder deslizó su silla a la derecha y se inclinó, haciendo caso omiso del asalto de Thor.

—No comes —dijo—. ¿Qué te preocupa?

Tyr se volvió hacia él con los brazos cruzados. Lo miró durante un momento interminable antes de responder, fermentando algún pensamiento tras sus ojos oscuros. Sin embargo, apartó la mirada antes de contestar.

—No es nada.

Los sirvientes continuaron su intensa actividad, la mayor parte concentrada en mantener lleno el plato de Thor, aunque una cantidad significativa de ellos se dedicó a rellenar cuernos y copas con hidromiel y a traer grandes bandejas cargadas de carne para los demás dioses que llenaban la inmensa sala principal de Gladsheim. Odín se sentaba a la cabeza de la mesa comiendo lentamente, perdido en otro momento o lugar. Los demás dioses hablaban entre ellos mientras se complacían con la generosidad de Asgard. Gladsheim se llenaba de historias de batallas ganadas, trolls derrotados y cuentos subidos de tono que elevaban las carcajadas hasta las vigas.

Balder se acercó más a Tyr para que los dioses cercanos no pudieran escuchar.

—Por tu cara resulta evidente que estás pensando en el lobo.

Tyr se volvió hacia él e inconscientemente se acarició el muñón de su mano perdida. La herida estaba cubierta por una funda metálica diseñada por los enanos que le aliviaba el dolor a la vez que le proporcionaba un arma de ataque y defensa.

—¿Cómo no voy a pensar en Fenrir cuando cada momento de cada día veo el remiendo al final de mi brazo?

Balder se sentía incómodo. Había sido culpa suya que la bestia le hubiera arrancado la mano a Tyr.

—Si pudiera cortarme la mano y dártela, lo haría —dijo con total sinceridad—. Tal vez la bruja —señaló a Freyja con un gesto de la cabeza—

pueda utilizar un poco de su magia para unir mi mano cortada a tu brazo.

Tyr lo miró de frente. Pasó un momento nervioso antes de que súbitamente se echara a reír.

—¡Ja! Creo que lo harías, a pesar de todo. ¡Cuidado, no sea que acepte tu oferta!

Pareció salir de su estado de ánimo al darle una palmada en la espalda. Balder sentía cierto grado de alivio. Sabía que el asunto no estaba resuelto por completo; de hecho, no estaba seguro de que llegara a estarlo, pero aquí, en Gladsheim, por el momento, ambos podían fingir al menos que el incidente nunca había ocurrido.

Alzó la mirada para ver a su hermano Hod acercándose mientras sostenía con cuidado dos copas y sus ojos ciegos se perdían al frente. Depositó una copa ante Balder y alzó la otra.

—¿Qué es esto, hermano?

—Es hidromiel que he fermentado con un nuevo condimento. Quería que fueras el primero en probarlo y pensé que esta fiesta era un buen momento para traerlo.

Balder alzó la copa hacia la nariz y lo olió.

—¿De qué especia se trata? No la he olido antes.

—Crece en los árboles cerca de mi palacio. Tiene pequeñas bayas blancas o eso me han dicho. Se dice que aumenta la fuerza en... ciertas actividades.

Balder sonrió.

—Bueno, supongo que uno siempre puede beneficiarse de mayor resistencia. —Los dos se rieron—. Probémosla entonces. —Ambos se llevaron las copas a los labios y bebieron un trago lento.

—¿Qué te parece? —preguntó Hod—. No puedo ver tu expresión.

—No, supongo que no. Es única. No he probado nada como esto antes. —Miró la copa y vio el remolino de líquido—. Ya siento el comienzo de una extraña sensación. Nana tendrá que dar fe después de mi mayor potencia.

Hod sonrió.

—Entonces tendrás que tener cuidado, hermano, de no beber demasiado: no querrás que tu consorte se lesione.

Balder se rió entre dientes.

—Deberíamos darle una taza también a ella. ¡Tal vez esta noche hagamos temblar las paredes!

—Me temo que por ahora sólo tengo esta pequeña cantidad. La preparé especialmente para ti.

—Supongo que entonces tendré que llevar yo el peso. Gracias por traerla, tengo que devolverte el favor pronto.

—No es necesario, hermano. Que bebas es suficiente recompensa para mí.

Balder inclinó la cabeza hacia atrás y agotó el líquido restante. Cuando colocó la copa sobre la mesa, Hod ya no estaba allí. Miró a su alrededor para ver dónde había ido, pero no había ni rastro de él, aunque podía haber sido absorbido fácilmente entre el ajetreo y el trasiego de los criados.

Le distrajo un instante el rápido movimiento de la cola de una rata que corría por el piso de piedra. Se preguntó por qué su hermano se había marchado tan rápido y también cómo lo había hecho. Una charla para otro momento, supuso, y volvió a evitar que sus platos cayeran en las zarpas de Thor.

Nadie podía imaginar su carga. Estar simultáneamente en el presente, en el pasado y en el futuro se cobraba un tributo en Odín que ninguno de los otros dioses podía conocer. Así había sido desde que se colgó de Yggdrasil para aprender la manera de desbloquear los caminos hacia el futuro y el pasado. Lo que había demostrado ser su pesar eterno.

Incluso en un lugar tan sencillo como Gladsheim, en medio de una fiesta, no podía estar totalmente presente durante mucho tiempo sin ir a la deriva a otra época y lugar. Él sabía lo que los otros pensaban —¿acaso no lo sabía todo?—, que miraba hacia el espacio vacío, presente pero ausente a la vez. Nunca se atreverían a expresar ninguna burla, y no porque le tuvieran miedo sino porque era el Padre de Todo, el que había dividido el cuerpo del gigante Ymir y creado los Nueve Mundos, el que había bebido del hidromiel de la poesía, el que había creado la raza de los hombres, o eso contaban las historias. La verdad era mucho más oscura que las leyendas, y ni siquiera él

podía recordar los verdaderos hechos, sino más bien recuerdos de recuerdos de cosas que pudieron haber sucedido de tal o cual manera.

Hasta cuando viajaba a través del pasado, viendo los sucesos desplegarse una y otra vez, se sorprendía de lo nuevos y desconocidos que eran a veces, a pesar de que a menudo observaba a su yo más joven viviendo esos mismos acontecimientos. Siempre eran inciertos, sin embargo, y había momentos en los que era testigo de una serie de eventos que eran iguales y también, a la vez, diferentes. En una ocasión estaba junto a sus hermanos, Vili y Vé, y habían matado a Ymir. En otra, estaba solo y lo había hecho él mismo. En otra versión, era Ymir en cambio quien le había matado. No podía decir cuál era la versión correcta de los hechos, si había alguna, y esto lo llevaba a cuestionar aún más cualquier visión que pudiera tener.

Más problemáticas eran las dudas que sentía incluso al permanecer en el presente. No podía estar completamente seguro de que lo que estaba experimentando era en efecto el aquí y el ahora. A veces tenía bastante certeza, pero siempre había algún detalle que arrojaba dudas sobre su mente. Pero, con diferencia, lo más inquietante eran las experiencias en las que veía simultáneamente pasado, presente y futuro, sin ser capaz de separarlos. No sucedía a menudo, pero cuando ocurría, quedaba tan desorientado que casi se volvía inútil. ¿Qué pensarían Balder, Thor y los demás si lo vieran hablar gesticulando a nada salvo al aire? Por fortuna no había tenido que vivirlo todavía, pero ¿quién sabía lo que podría ocurrir en el futuro?

Se echó a reír amargamente. Él lo sabía, y ésa era su maldición.

Por el momento se encontraba en el presente y se recostó en su asiento elevado para presenciar el correr de los siervos, oler los aromas de la fiesta y disfrutar de los sonidos de la risa y la charla. Era raro que permaneciera tanto rato fijo en el presente, así que saboreó el momento sabiendo que probablemente sería fugaz.

Al dejar vagar su ojo por el salón principal, le asaltó una sensación de familiaridad que iba más allá de lo corriente. No era la impresión de haber estado antes allí, ya que por supuesto había festejado y celebrado consejo en Gladsheim miles de veces a lo largo de los eones. Era en cambio la certeza de que había visto antes, en algún lugar, esa misma escena, esa misma fiesta.

No le sorprendió: tenía esa sensación a menudo, uno de los peligros de su vagar perenne a través del tiempo, pero tenía una molesta comezón y de pronto recordó por qué. La expresión de su rostro se volvió cada vez más lúgubre. Exploró lentamente la sala. No tardó en encontrar lo que buscaba.

Hod giró la cabeza mientras avanzaba hacia Balder y cruzó la mirada con Odín durante el más mínimo de los momentos. En ese breve intervalo, una comprensión pasó entre los dos; ambos sabían lo que iba a suceder a continuación, y ambos también se dieron cuenta en ese tenso instante de que Odín no haría nada para evitar que sucediera.

Antes de volver la cabeza, Hod sonrió brevemente, asintió con tanta rapidez y levedad que podría ni haberlo hecho, y ya el momento había terminado. Ofreció a Balder una copa llena de hidromiel y los hermanos hablaron un poco antes de vaciar sus bebidas.

El instante antes de que Balder dejara su taza vacía sobre la mesa, el ciego Hod miró una vez más a Odín. Sus ojos se volvieron a encontrar y entonces Hod se desvaneció y una pequeña rata, que se lanzaba a través del laberinto de los pies de los criados, fue la única evidencia de que había estado allí.

Odín volvió la mirada hacia Balder, que hablaba animadamente con Tyr. Le alegró ver que el muro entre ellos empezaba a desmoronarse, que Tyr no interpondría siempre su herida entre ellos. El muro no se derrumbaría con facilidad, pues el recordatorio le acompañaría en todo momento, pero, tras un tiempo, asumiría que eran hermanos y camaradas de armas, con un enemigo común y un mismo objetivo.

Pero por supuesto el plazo para la reconciliación era demasiado breve. Nunca ocurriría.

Odín sentía el pecho oprimido, como si alguien le apretara el corazón, al pensar en el momento que se acercaba. Se sentía impotente, como le ocurría a menudo cuando se enfrentaba a la marea implacable del tiempo, pero también se preguntó si era inevitable, como siempre había pensado. Podía detener los eventos en curso con tan sólo un simple gesto. Su hijo podría vivir, podría estar a su lado en el Ragnarok para hacer frente a la ola de caos que amenazaría Asgard.

Y sin embargo no hizo nada.

Vio cómo las primeras convulsiones cambiaron la expresión festiva y despreocupada de Balder por una de pánico y terror, mientras los que le rodeaban se quedaban un instante con los ojos abiertos antes de pedir ayuda, implorando que se hiciera algo. La voz de Tyr se alzaba sobre el resto, por encima incluso de los gritos horrorizados de Frigg, la madre de Balder.

Odín permaneció rígido como una piedra aún al ver a su hijo amado soltando espuma por la boca y luego vomitando sangre y bilis mientras su cuerpo se sacudía dolorosamente de un lado a otro, desparramando platos y tazas por el suelo. Observó en silencio cómo la sala estallaba de horror e indignación, cómo Frey y Freyja corrían y lanzaban apresurados todos los encantamientos que pudieron, para nada, cómo las entrañas de Balder lo traicionaban con líquido retorcido. Siguió sentado en su silla cuando se calmaron lentamente los últimos estertores de Balder y su hijo cayó de espaldas sobre la mesa, con los brazos abatidos, mientras los muchos dioses reunidos gritaban y aullaban maldiciones al cielo con rostros encarnados surcados de lágrimas.

Y entonces terminó. Su hijo yacía muerto sobre la mesa a menos de veinte pasos de distancia y los paroxismos de sus últimos momentos ahora sólo existían en la memoria de los que le habían visto morir.

Odín se puso en pie y caminó lentamente hacia el cuerpo de Balder. Saber que podría haberlo impedido era como una daga en sus entrañas, pero se la arrancó. Nadie podía imaginar su carga ni entender las decisiones que sólo él debía tomar. Puso su mano sobre el pecho de Balder y le susurró:

—Buen viaje, hijo mío.

Y luego se volvió y se alejó en silencio, la imagen de Loki disfrazado de Hod cincelada para siempre en su memoria.

Capítulo veinte

Los dioses observaron con calma silenciosa mientras los criados apilaban las pertenencias y tesoros en el barco robusto y delicadamente construido: formaban una lenta y larga procesión cargados con armas y armaduras, utensilios de plata para comer, dorados cuernos de oro ahuecados para beber, ropa y tapices finamente tejidos, cofres llenos de oro, plata y piedras preciosas, y otros bienes que antes tenían su lugar en el pabellón de Balder. Por turnos, depositaron los objetos con cuidado sobre la cubierta del barco, conscientes de que debían dejar un pequeño espacio en el centro alrededor de la pira, el armazón de madera sobre el que yacía el cuerpo sin vida de Balder.

Los criados en procesión se retiraron con la cabeza gacha, privados de su carga. La fila avanzó tortuosa hasta la cima de una colina, y las hileras de asgardianos que permanecían hombro con hombro se apartaron para dejarles pasar. Cerraron filas cuando el último de los sirvientes desapareció tras ellos, volviendo a formar al menos diez hileras de profundidad sin interrupciones que se extendían a lo largo de la costa hasta donde alcanzaba la vista. Todos tenían miradas lúgubres en sus rostros y las mandíbulas tensas de ira.

Los Aesir rodeaban el barco de Balder, que esperaba el último impulso sobre las olas.

Con un gesto silencioso, Tyr caminó sobre las aguas poco profundas con una antorcha en la mano y prendió fuego a la leña de la base de la pira. Mientras las llamas se levantaban y Tyr daba un paso atrás, Thor se dirigió a la proa. Haciendo una breve pausa mientras la pira era lentamente engullida

por las llamas, cogió el dragón del mascarón de proa con sus enormes manos y empujó el barco hacia el mar tranquilo y oscuro.

La nave se alejó con calma. Las llamas se alzaron cada vez más altas, subiendo incesantes por el mástil y prendiendo la vela cuadra, extendiéndose desde la pira a las vigas de la cubierta y de ahí a los costados mientras la embarcación se alejaba de la orilla, a la deriva. Los dioses reunidos observaban en silencio sin que ninguno apartara la mirada de los últimos ritos de fuego.

El reflejo sobre las aguas tranquilas creó un aura de luz mientras las llamas consumían el barco sin dejar intacta ninguna parte. El fuego se elevó en el cielo nocturno y las chispas que surgían como luciérnagas dieron un último homenaje al perdido. El incendio alcanzó su clímax —el calor de las llamas apenas llegaba a los que contemplaban desde la costa— antes de que el casco, que se desintegraba rápidamente, comenzara a fallar y la nave emprendiera su lento descenso hacia el agua oscura.

Los ojos lo siguieron mientras se hundía y el agua extinguía las llamas con un silbido audible. El mástil se mantuvo intacto desafiando al incendio que lo asolaba —la vela se había convertido en ceniza casi al instante— y permaneció obstinadamente vertical mientras la nave descendía a las profundidades, desapareciendo al fin con una breve expiración de la última de las llamas.

Y entonces había concluido. Lo que quedaba del cuerpo de Balder era alimento para los peces, y el hermoso barco que una vez lo había llevado con rapidez y firmeza a través de mares turbulentos ya no existía. Se había llevado con él sus posesiones más preciadas, a pesar de que ni los propios dioses sabían si le serían de utilidad en Niflheim.

Los de las colinas fueron los primeros en volver, casi al unísono, y lentamente todos se dirigieron hacia el santuario de Asgard para reanudar sus vidas. Una nube se cernía sobre ellos y ninguno dejó de pensar que esa trágica muerte podía señalar el comienzo del fin. Los Aesir se retrasaron un tiempo antes de acercarse finalmente a Odín, poniéndole por turnos una mano en el hombro y marchándose con los ojos bajos en una lenta y escalonada procesión que conducía de nuevo a sus grandes salones.

Finalmente, se quedó solo, sin dejar de mirar al mar vacío donde el barco de Balder se había hundido. El Alto esbozó una sonrisa triste y amarga.

—Puedes acercarte —dijo. Su voz, a pesar del tono bajo y susurrado, se proyectaba con claridad hacia la solitaria figura situada sobre el bajo y rocoso promontorio—. Estoy aquí solo, como buscabas.

El pájaro encaramado a las rocas que miraban al mar creció y cambió de forma hasta que ya no era un pájaro sino un hombre. Loki dudó brevemente antes de saltar a la orilla de arena y caminar hacia el Padre de Todo.

—Sabías que estaba aquí. —Loki hizo una pausa, esperando una respuesta antes de darse cuenta de que no era necesaria—. ¿Por qué dejaste que Balder muriera? —preguntó.

—¿Quién eres tú para cuestionar mis motivos? Eres menos que una pulga para alguien como yo, que ha levantado mundos con sus propias manos. —Odín lo miró fijamente con su ojo lleno de amenaza—. Pones tu vida en peligro al acudir aquí.

—Si me quisieras muerto, ya habrías actuado —respondió sin dejarse intimidar—. ¿Por qué no señalar mi presencia a Thor? ¿O a Tyr? No me has delatado a la multitud reunida, al igual que no me delataste en Gadsheim cuando serví a Balder su última taza de aguamiel. Pero ¿por qué?

Odín no se volvió para mirarlo, sino que continuó contemplando el mar vacío.

—No es posible que lo comprendas. —No había amenaza, sino una gélida apatía.

—Como siempre, me juzgas mal, Padre de Todo. Sé mucho más de lo que me acreditas. Tal vez los demás Aesir estén interesados en saber cómo cruzamos las miradas en Gadsheim, en cómo obtuve tu aprobación para mi oscura hazaña.

—No te creerán. Eres el Padre de la Mentira.

Loki se quedó perplejo.

—Eso se dice. Sin embargo, se podría insinuar la más mínima duda, que se alimentaría hasta que diera un fruto amargo. ¿Qué pensarían del Alto entonces, cuando finalmente se revelara que prácticamente asesinó a su propio hijo, confabulado además con el más odiado en Asgard?

Odín se volvió hacia él. La expresión de su rostro era imposible de leer.

—No se lo dirás. Lo he visto, tal como he visto todo lo que nos ha traído a este momento y todo lo que sigue. No trates de engañarte creyendo que gobiernas tu destino.

Loki sintió un frío enfado creciendo en él. Tendría que haber previsto que Odín trataría de quitar importancia a lo que había hecho. Le apuñaló devolviéndole sus palabras.

—¿Y cuál es mi destino? ¿Sembrar la discordia y la miseria en todo Asgard? Al menos sobre eso algo he hecho.

—Tú engendras lo que ha de ser engendrado. Tú comienzas lo que ha de comenzar.

—Hablas con acertijos. Aún no has contestado a mi pregunta.

—Antes de lo que sueñas llegará un tiempo en el que lamentarás lo que has puesto en marcha. Tu sufrimiento será grande, más grande que cualquiera que haya existido. Y eso volverá tu corazón más negro de lo que ya es. — Hizo una pausa, entrecerrando los ojos al mirar a Loki, midiendo el efecto que sus palabras tenían sobre él—. Nadie puede comprender mi propósito, y tú eres sólo un peón ignorante movido por mi mano invisible. Te halagas creyendo que eres más importante que eso.

Loki se negó a ser objeto de burla.

—No empequeñecerás mi venganza con tus mezquinas manipulaciones. He matado a uno de los vuestros y no me engañas: la herida se adentra en el corazón de Asgard.

—Fue una muerte necesaria.

—Si los otros Aesir simplemente se percataran de tus intrigas. ¿A quién sacrificarás a continuación para tu gran propósito?

Odín lo observó en silencio y Loki se quedó helado ante su fría mirada.

—Veré los Nueve Mundos quemados. Y tú y yo nos reuniremos una vez más. Después, aprenderás la verdad de mis manipulaciones, para tu pesar.

Con dificultad, Loki controló su temor hacia el Alto.

—No tengo necesidad de seguir por este camino. Os he dañado y no necesito hacer nada más que dejar que la herida supure. A partir de aquí, nuestros caminos se separan.

Volviendo la cabeza para mirar al mar vacío donde el barco de Balder había bajado a la eternidad, sintió de nuevo satisfacción por lo que había hecho. Odín nunca podría evitar el asesinato de Balder. Y nunca estaría libre de la terrible conciencia de que él había dejado que aconteciera.

Cerró los ojos y sintió su forma cada vez más pequeña, más ligera. Con un batir de sus alas recién formadas, remontó hacia Midgard.

Loki examinó el arroyo, siguiéndolo con la vista en su serpenteo hacia el abrupto acantilado por donde el agua se despeñaba al mar en un torrente continuo. No era tan ancho ni tenía la profundidad suficiente como para llamarlo río, pero tampoco arroyo era la denominación más adecuada: la corriente se movía con rapidez y le cubría hasta la cintura en algunas zonas, un caballo fuerte no podría cubrir su anchura de un salto y, al descender gradualmente de altitud, el torrente se veía obstaculizado por las rocas que habían caído por la ladera de la montaña.

Sería difícil atrapar a un pez en ese rápido, pensó, y por eso había elegido esta ubicación.

Sabía que la inminente confrontación con los Aesir era inevitable. Todos sabrían que era él quien había matado a Balder y eso era lo que pretendía. La angustia sería mayor así. Quería que se dieran cuenta de que eran sus propias acciones las que habían provocado todo aquello. ¿Cuánto más sufrirían por el dolor de la pérdida de Balder una vez que supieran que sus propios errores se habían vuelto en su contra?

Se preguntó qué le harían si lo atrapaban. Seguramente no lo matarían al instante, sino que querrían que sufriera. No era tan tonto como para pensar que podría defenderse de ellos en caso de que se unieran, pero no necesitaba hacerles frente si lograba eludirlos.

Había construido con rapidez la cabaña, transformándose a sí mismo en un gigante para que su fuerza y su tamaño se multiplicaran. De esa forma podía acarrear mucha más carga con facilidad y trabajar más deprisa. Se surtió de los árboles y grandes rocas cercanos para levantar un refugio que casi podría llamarse una casa, aunque era algo más pequeño. Lo construyó

sin descanso y serviría a su propósito hasta que llegaran.

Pero ¿era inevitable que lo encontrarán? Había tomado precauciones: un lugar remoto apartado de cualquiera que pudiera verle, su propio poder volcado en disipar las huellas de su presencia para que pareciera que no estaba en ninguna parte, y otras medidas que podrían servir para cegar a quienes lo buscaran. Se decía que Odín podía verlo todo cuando miraba a través de los Nueve Mundos, pero se decían muchas cosas de Asgard y no todas eran ciertas o siquiera posibles. La visión de Odín era profunda y extensa, aunque tal vez no era absoluta. Tal vez había tomado precauciones suficientes para evitar que lo descubrieran.

Era inútil preocuparse por las cosas que no podía controlar, así que se centró en las que sí controlaba. La corriente, por lo menos, siempre sería una vía de escape fácil en caso de que lo encontrarán. Y si eso resultaba necesario, se iría después a otro lugar. Con el tiempo encontraría lo que buscaba y no tendría necesidad de huir.

Se sentó en el suelo y cerró los ojos. El poder le fluía ahora sin problemas y aparecía de inmediato cuando lo requería. Lo sentía más como una pieza íntima de su persona que como algo externo, y había aprendido a manipularlo para más fines que la transformación.

Sintió como fluían docenas de delgados e inquisitivos zarcillos que tomaban caminos diferentes. En un instante habían recorrido cientos de leguas, cada uno atento a señales de los dos a los que buscaba. No sabía cuánto tardaría, y los Nueve Mundos eran enormes, pero estaba convencido de que daría con ellos; tenía margen suficiente por ahora. Encontraría a sus hijos y, cuando lo hiciera, la necesidad de una retirada habría terminado. Entonces sería el momento de hacer frente a los Aesir en su mismo terreno; juntos formarían ejércitos que harían temblar a los dioses.

Capítulo veintiuno

Permaneció en el borde de un pozo tan profundo que la oscuridad se tragaba el fondo. De alguna manera sabía que tenía fondo, que había algo ahí abajo. Lo habían llevado hasta allí, pero no sabía ni cómo ni quién.

Percibía una sensación de dolor y angustia, y oyó gemidos quedos de agonía que ascendían desde el pozo. Al principio parecían nacer de un único origen, pero, al escuchar más atentamente, se percató de que allí abajo había cientos —tal vez miles— de voces tenues, más allá de donde alcanzaba su vista en la negrura. No entendía lo que decían, pero creía que le hablaban. Se arrodilló, inclinándose aún más sobre el borde, para oír las voces con mayor claridad.

El miedo se le arrastró dentro como una ola de arañas. Allí abajo había algo que no quería ver y que sin embargo sabía que debía ser revelado. Al apoyarse más notó una sensación de caída, junto a la agitación desesperada de sus manos buscando algo a lo que agarrarse, antes de volcar hacia adelante y precipitarse de cabeza en el pozo.

Se puso de pie en una especie de terreno cambiante, resguardado en la oscuridad del fondo de la fosa. No recordaba haber golpeado el suelo tras la caída, pero al alzar la cabeza vislumbró muy arriba un pequeño círculo de luz.

Avanzó lentamente sobre un terreno que cambiaba y palpitaba bajo sus pies como un ser vivo. El gemido de las voces era más fuerte y todavía más confuso, como una multitud amorfa en la que todos hablaran a la vez pero en

la que nadie pudiera hacer otra cosa salvo gemir de desesperación. Al colocar precariamente un pie delante de otro, se dio cuenta de que estaba siendo dirigido: las voces le conducían lentamente hacia algo. No estaba seguro de querer continuar, pero sabía que debía hacerlo, que le conducían hacia una revelación.

Pudo apreciar movimiento en la periferia: era lento y vacilante, y había fragmentos de color blanco pálido que aparecían y luego se fundían de nuevo con la oscuridad circundante. También se escuchaba una respiración ronca y fatigosa junto a un sonido de carne húmeda frotándose contra carne húmeda. El olor era fétido y putrefacto, pero subyacía un trasfondo extraño y agradable que lo redimía de alguna manera confusa.

La oscuridad se desvaneció y apareció frente a él una figura solitaria y una enorme sala que se cernía sobre ella y parecía como si se fuera a caer. Estaba modelada como un rostro, con dos hileras de ventanas que creaban la imagen de unos ojos improvisados y una puerta enorme, dentada por arriba y por abajo, con el aspecto de unas fauces listas para devorar a cualquiera que entrara.

La figura que estaba delante era femenina y menuda. Al acercarse, no pudo decidir si se dirigía hacia ella o hacia la imponente estructura que se alzaba detrás. La mujer vestía un manto negro encapuchado, pero su rostro, joven y hermoso, era visible bajo la capucha, que tenía mechones negros como el cuervo surgiéndole de los lados. La figura extendió una mano —su pálida piel blanca contrastaba con la oscuridad de la capa— y le hizo señas para que avanzara.

La familiaridad era palpable: era alguien a quien conocía. Estaba doblemente seguro de que nunca se habían encontrado, lo que provocaba que la sensación de familiaridad fuera aún más extraña. Siguió avanzando, incapaz de rechazar su llamada.

Ella habló desde el interior de la capucha.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —Realizó la pregunta con el tono de quien ya conoce la respuesta.

—He encontrado algunas cosas, pero otras siguen ocultas. —Hizo una pausa, tratando de mirar más profundamente dentro de la oscuridad de la

capucha—. ¿Sabes dónde están mis hijos?

—Yo no soy tu hijo —respondió. Alzó las manos y tiró de la capucha hacia atrás. Durante un instante su rostro estuvo desprovisto de carne y músculo y mostró un cráneo blanco que le devolvía la mirada desde unos cuencas sin ojos, pero la imagen se desvaneció rápidamente.

Era joven, de una belleza pálida que rivalizaba con la de Freyja. Su piel era blanca e inmaculada y su cabello negro caía en suaves bucles por debajo de los hombros, que había dejado al descubierto al retirar la capucha.

—No sabes lo que buscas —dijo.

La miró con curiosidad. A pesar de su apariencia juvenil, parecía muy antigua. Le recordaba a Idun, una anciana eterna de la que emanaba la sabiduría del pasado lejano, pero había una diferencia, pues mientras que Idun irradiaba vida, ella la absorbía. Podía sentir su presencia atrayéndolo, intentando devorarlo. No era mala o monstruosa: como Idun, era una criatura primordial, y existía al margen de los ámbitos normales de los Nueve Mundos.

—Los encontraré pronto. —Sintió crecer en su interior una brizna de desafío, pero sabía que estaba fuera de lugar. Esa chica no era su enemigo.

—Tu ejército está incompleto. Fracasará. —De los pliegues de su manto surgió un bebé envuelto en negro. Lo sostuvo y él avanzó para tomar el pequeño paquete. Dejó caer la tela que lo envolvía y pudo verle en la garganta un agujero ensangrentado tan amplio que le abarcaba casi todo el cuello. Sorprendido por la herida mientras lo sostenía con el brazo extendido, la cabeza del niño se descolgó hacia atrás y cayó al suelo. Asqueado, dejó caer a sus pies el niño decapitado.

Alzó la vista para encontrarse con los ojos de la muchacha y vio caer su manto al suelo. De cintura para arriba era de una perfección impecable; por debajo, su cuerpo estaba reseco, negro y los huesos eran visibles allí donde le habían devorado la carne los gusanos que todavía se arrastraban por ella, dando lugar a nubes de moscas que zumbaban a su alrededor.

Bajo su repulsión sentía el indicio de un descubrimiento que no podía comprender por completo. Mientras la veía sonreír ampliamente, satisfecha, la sala comenzó a caer hacia ellos. Sin forma de evitar su inmensidad, levantó

instintivamente un brazo para protegerse. La sala los aplastó a los dos. Sintió chasquear sus huesos como madera seca y su cuerpo fue reducido a pulpa. El dolor era un torrente blanco que lo cegaba a cualquier otra cosa.

Y después, estaba de regreso en su cabaña. Era de noche y estaba tendido en el suelo. Sintió desaparecer el dolor tan rápido como el recuerdo de lo que acababa de suceder. Se palpó en busca de heridas, pero no tenía ninguna: estaba entero e ileso. Se levantó lentamente, temblando una vez más con el recuerdo del dolor al ser aplastado por la enorme sala de Hel. Sacudió la cabeza y se puso en pie.

Había una figura con él, vestida de negro.

Al igual que antes, era delgada, y su rostro se perdía profundo en los escondrijos de su capucha. Sin embargo era ahora menos sustancial, pues podía ver a través de ella y se tambaleaba como las formas de niebla de las Nornas.

—Acudirás a mí —dijo—. Yo te proporcionaré los medios para tu venganza.

Dio un paso adelante, pero ella levantó una mano. La carne estaba podrida y los dedos esqueléticos sobresalían de la piel ennegrecida.

—Búscame cuando encuentres a mis hermanos. Adiós, padre.

La forma desapareció, dejando solo a Loki.

No entendía aquello. Hel había existido durante millones de años. ¿Cómo podía ser su hija si vivía desde mucho antes de que él respirara por primera vez? ¿Cómo podía una niña, asesinada tan sólo una docena de estaciones atrás, convertirse de alguna manera en la gobernante del reino de los muertos?

Y ella lo había llevado a su reino, estaba seguro de eso.

Había dicho que su ejército estaba incompleto y así era, pero ahora podía convocar las huestes que necesitaba para asaltar Asgard. Dirigiría una horda de gigantes y sus tres hijos irían a su lado. Estarían respaldados por un ejército de muertos, de todos los que habían caído sin poder alcanzar el Valhalla. Y qué sed de venganza tendrían contra los Aesir a los que habían adorado y que los habían enviado a Niflheim para pudrirse en la oscuridad.

Rechazó la confusión que sintió al darse cuenta de que su hija era la

señora de Niflheim. No importaba cómo había ocurrido o incluso si era cierto. Lo que importaba era que iba a dirigir un ejército interminable contra Asgard y que incluso el poder de los Aesir caería ante él.

La débil sonrisa que había comenzado a aparecerle en el rostro se desvaneció cuando un trueno sacudió la cabaña. Miró por la ventana. La noche era clara, pero vio una capa continua de nubarrones, un banco oscuro de nubes que presagiaba algo más inquietante que cualquier tormenta. Un relámpago parpadeó mientras un rayo gigantesco trazaba un arco alrededor del cielo.

—No —murmuró, con los nervios de punta ante el inminente peligro—. Ahora no. Ahora no.

Se volvió hacia la puerta, listo para desaparecer antes de que pudieran alcanzarle. Se detuvo a mitad de un paso cuando otro relámpago silueteó la figura de la puerta. Era enjuta, musculosa y tenía la espada desenvainada. También le faltaba una mano.

—No puedes huir de nosotros —dijo Tyr.

Loki evaluó a toda prisa sus opciones. Incluso con sus habilidades al máximo no sería capaz de vencer a Tyr. Y Thor estaba con él en algún lugar cercano, haciendo inútil cualquier ataque. Buscó el caos dentro de él, pero, tras haberlo usado para buscar a sus hijos, apenas le quedaba suficiente para transformarse en la forma pequeña y débil que había planeado utilizar al encontrar por primera vez el arroyo.

Dio un paso atrás hacia la ventana. Tyr lo imitó, entrando en la casa empuñando el acero. Loki miró la otra mano, notando la funda metálica que la cubría.

—Nunca me pondrás las manos encima, Tyr. —Si no podía hacerle daño físico, al menos lo haría con palabras.

—Flaco favor el de tus insultos —se burló Tyr—, sólo nos dan más razones para causarte dolor. —Dio otro paso adelante.

Antes de que Loki pudiera contestar, se oyó un ruido desgarrador al ser arrancado un trozo del techo. Con los ojos centelleantes por el relámpago, el pelo rojo y la barba ardiendo, Thor apartó el techo con menos esfuerzo que el de un niño quitándose una manta. Agarraba a Mjolnir con una mano y miraba

a Loki mientras la lluvia le caía del rostro.

Había uno más allí, estaba seguro de ello, probablemente el más peligroso de los tres. Aunque aquellos dos ciertamente podían matarlo, quizá pudiera evadirse mediante una acción rápida y decisiva. Sin embargo, de Frey y de su magia le sería más difícil escapar, aunque el tiempo se había acabado y si no intentaba huir ahora, nunca lo haría.

Se volvió rápidamente y llamó al caos en su interior, cambiando de forma sin esfuerzo a pesar de su cansancio. Lo había hecho tantas veces que invocar a la voluntad inconsciente del caos para que moldeara su cuerpo bajo una forma diferente le resultaba tan sencillo como respirar.

A medida que su aspecto cambiaba saltó por la ventana, aterrizó directamente en el arroyo y su cola recién formada se precipitó entre las aguas revueltas, mientras sus aletas y sentidos acuáticos lo guiaban alrededor de los escollos. Dejó que el flujo del agua aliviara sus esfuerzos, confiando en el torrente y en los múltiples obstáculos para enmascarar su trayectoria. Por temor a llamar la atención no avanzaba tan rápidamente como era capaz, pero mantenía su velocidad pareja a la de otros peces.

Se había encogido hasta un tamaño pequeño —no más que dos palmos— pues encontraba más sencillo descartar un cuerpo grande por uno pequeño que al revés. Sería difícil encontrarlo bajo esa forma y mucho más capturarlo. Cuando alcanzara el final del arroyo, se arrojaría con la cascada al mar y entonces toda esperanza de encontrarlo habría desaparecido.

Mientras atravesaba la corriente, sintió que el agua que tenía delante fluía de manera distinta a como lo hacía un instante atrás. Redujo la velocidad, temeroso ante algo que no encajaba. A medida que se acercaba, nadó tras una gran roca en torno a la que se frenaba el flujo de agua. Utilizó su caos para indagar: la obstrucción cubría el ancho de la corriente, permitiendo que el agua fluyera casi ininterrumpidamente pero deteniendo el progreso continuado de cualquier cosa de su tamaño u otro mayor. Se dio la vuelta y regresó por donde había venido, dándose cuenta de que no podría atravesar la red que habían colocado para atraparlo.

Se lanzó hacia atrás, luchando contra la corriente, y percibió entre dos grandes rocas un paso estrecho, la única forma de continuar remontando el

río. Mientras nadaba hacia allí, sintió una gran perturbación cuando algo —lo reconoció como un hombre— se lanzó al agua en mitad de su trayectoria. Pese a todo, Loki estaba empeñado en seguir ese recorrido, pues la red era una amenaza mayor que un hombre torpe a través de cuyas piernas podía pasar flechado sin que siquiera lo supiera.

Mientras nadaba, se percató de que el paso era tan estrecho que lo más probable era que le rozara las piernas, y temía que eso pudiera alertarle de su presencia. En su lugar, optó por una táctica que el hombre no esperaría.

Aceleró y se acercó al paso. Con un impulso final de su cola, voló hasta caer al agua un poco más allá del hombre. En la parte inferior de su arco, a un instante de alcanzar la corriente, lo cogieron bruscamente. No importaba lo mucho que se retorciera, pues no aflojaron, y se encontró a sí mismo mirando ojos que brillaban con rayos.

Volvió de nuevo a su forma natural con la esperanza de poder hacer algo para liberarse del abrazo de Thor. Cuando concluyó la transformación, Thor dio un tirón de él hacia arriba, lo sacó del agua y lo hizo girar con una mano, lanzándolo contra un árbol en la orilla del arroyo al que golpeó con la espalda, lo que le produjo un intenso dolor por todo el cuerpo. Cayó al suelo, incapaz de hacer nada salvo ponerse de rodillas. No podía incorporarse y pensó que su espalda podría estar rota. Sin tiempo para contemplaciones, el Tronador estaba sobre él.

Se agachó y cogió a Loki por el cuello, levantándolo hasta el nivel de los ojos. Su presa era innecesariamente estricta y Loki no podía respirar, pero la mirada en el rostro de Thor era más intimidante que la falta de aire. Incluso a través de la bruma de dolor, sabía que no había nada que pudiera hacer para detener o siquiera dañar a Thor. Si estuviera descansado y fuerte podría engañarlo y luego huir, pero ahora estaba completamente indefenso: si Thor quería aplastarle el cuello, lo haría sin esfuerzo.

El Tronador se lo acercó al rostro.

—Te mataría por lo que has hecho —comenzó, el aliento caliente en la cara de Loki—, pero tu tormento habría terminado antes de tiempo. Tienes que sufrir más.

Lo empujó contra el árbol, haciéndole golpear de nuevo la cabeza contra

la dura madera. Loki miró hacia abajo para ver a Mjolnir agarrado con fuerza en la otra mano de Thor. El martillo se alejó y Loki cerró los ojos, anticipando el dolor que vendría. Thor aplastó con Mjolnir el torso de Loki.

Hubo un momento de dolor incandescente y luego, cuando Thor lo soltó y se deslizó inconsciente por el árbol, no hubo nada.

Se despertó en agonía, inmóvil y a oscuras. Cuando poco a poco sus ojos se ajustaron a la penumbra, vio que estaba en una cueva. Tenía los brazos extendidos, atados con fuerza hasta arquear su espalda. Sus pies también estaban atados: no podía moverse en absoluto. Varios palmos por encima de su cabeza, en un promontorio de roca, había algo... sinuoso que se le adhería. Se concentró y trató de cambiar de forma, pero no pudo lograrlo.

—Hola, Loki. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Reconoció la voz y supo por qué no podía cambiar de forma.

—Me has hecho algo. —Escupió al aire, incapaz de ver a Frey.

—Tus grilletes. No podrás escapar de ellos. —La voz de Frey era tenue pero inconfundible. Loki había sospechado que estaba junto a Tyr y a Thor, y lo había temido: su magia Vanir había echado la red en el arroyo, y ahora le impedía emplear su propio poder para escapar.

—Libérame. No tengo nada contra ti.

Frey se rió con frialdad.

—Tienes algo en contra de casi todo en Asgard, pero sabes mejor que nadie que tienes un precio que pagar por tus fechorías.

Loki pensó que sería capaz de escapar de los grilletes, a pesar de la magia de Frey, pero necesitaba tiempo para recuperar sus fuerzas. Tal vez pudiera debilitar el hechizo distrayendo a Frey. Trataría de apelarle: ambos eran forasteros. Quizá por ahí pudieran empatizar.

—No somos distintos, Frey.

El príncipe Vanir caminó alrededor de una gran roca hasta estar a la vista. Incluyó la cabeza.

—No me vas a engañar, Loki. Tus artimañas son de sobra conocidas.

—Tal vez, pero ¿qué trucos puedo realizar aquí? Estoy completamente a

tu merced. ¿Has pensado por qué se me castiga así?

—No hay que pensar mucho: mataste a Balder.

—Sí, lo hice. Pero ¿por qué?

Frey se detuvo un momento.

—¿Celos? ¿Despecho? ¿La venganza de los que eran tus hermanos?

Loki rió para sí, lo bastante alto como para que Frey lo escuchara.

—A pesar de tu sabiduría, todavía eres nuevo en los caminos de los Aesir. Te engañan poniéndote en contra mía. Tuve que matarlo por sus crímenes contra mí y contra mi familia, por el código mismo de los Aesir. No me castigan por su asesinato.

A pesar de su cautela, Frey parecía estar ligeramente interesado.

—¿Por qué entonces, si no es por el asesinato de Balder?

—Dime, Frey, ¿cómo ha sido estar lejos de tu patria? ¿Es la vida en Asgard tal como era en Vanaheim?

Frey frunció los labios ligeramente.

—Intentas que pique —dijo con calma—. No puedes. Estoy en paz con mis decisiones.

—¿Fueron tuyas, Frey? ¿Decidiste tú mismo dejar Vanaheim para volverte un rehén de tus antiguos enemigos? Sacrificas mucho por la paz. Dime, ¿se te aprecia por este sacrificio? ¿Los Aesir te ofrecen tributo y te aceptan plenamente en su grupo?

Un rápido destello de algo que no era satisfacción cruzó el rostro de Frey y desapareció. Sin embargo, no respondió a la pregunta.

—¿Empiezas a ver, Frey? Mis hijos también fueron castigados. ¿Qué delitos cometieron?

Frey entrecerró los ojos pero de nuevo no respondió.

—No contestas porque ya conoces la verdad. Fueron castigados, no por lo que habían hecho, sino por lo que eran. Los secuestraron y encarcelaron por atreverse a ser mi familia. ¿Empiezas a ver, Frey? ¿Ves cómo se trata a los que son como nosotros?

Frey respondió débilmente.

—No es lo mismo. Tú y yo somos...

—¡Sí lo es! —Loki alzó con fuerza su voz—. Estoy aquí en esta roca por

atreverme a ser diferente de aquellos con los que he vivido durante tantas épocas. Estoy aquí porque mi sangre está teñida con los estigmas del enemigo. No importa que haya salvado Asgard y a los Aesir en innumerables ocasiones, ¡siempre está ese pecado que no puede perdonarse! —Hizo una pausa y sopesó la expresión del rostro de Frey. No estaba seguro de si sus palabras eran convincentes, pero al menos parecía que habían logrado algún efecto.

—Si estoy aquí ahora porque no soy uno de los Aesir, ¿cuánto pasará antes de que tú te encuentres en desacuerdo con aquellos a los que ahora llamas tu familia? Alguna vez pensé que era la mía. ¿Te acuerdas de cómo fui expulsado, Frey? Tú estabas allí. Oíste las palabras de Odín. Seré para siempre un enemigo de Asgard por la condena del Alto. ¿Cuándo será tu turno para ser expulsado? ¿Cuándo afrontaréis tu hermana y tú la cólera de los Aesir por el descaro de ser diferente a ellos?

Frey respondió la mirada callada de Loki con igual silencio. Al Astuto le quedaba un resquicio de esperanza si había encontrado un pensamiento común, si el príncipe Vanir, en el que nunca había confiado, al que nunca había apreciado, había visto la similitud. Notó que le volvía un poco de fuerza, pero además de ser insuficiente, había en los grilletes algo que lo drenaba y le impedía utilizar su poder.

Después de un largo rato de silencio, Frey habló.

—Retuerces la verdad. No somos tan parecidos como concibe tu mente. Es cierto que nuestros caminos son distintos a los de los Aesir, pero tú siempre tratas de subvertir el orden a tu alrededor. Dices que es tu persona y no tus actos los que te condenan, pero ambas cosas no pueden separarse con facilidad. Puedo sentir el desorden pugnando dentro de ti, como también puede sentirlo Odín: estoy seguro de que es evidente para ambos que serás la causa de muchas muertes y destrucción.

—¿Así que estoy maldito por lo que quizá haga? ¿Cómo puedes estar tan seguro de que Odín dice la verdad sobre el futuro? El Padre de Todo intriga y manipula para satisfacer sus caprichos. ¡Permitió que Balder fuera asesinado! ¡Él sabía que yo estaba en Gladsheim! ¿Ha revelado esto a sus «niños»?

Frey le miró fijamente, con una mirada incierta en su rostro.

—Mientes.

—¿Está seguro? ¿Confías en todo lo que dice? ¿Cuántos Vanir hizo matar en las guerras?

—Estábamos en guerra. Hay paz ahora.

—Por el momento, mientras convenga a sus fines. Pero no te engañes creyendo que no se volverá contra ti y contra los de tu clase cuando cambie de antojo. Una vez fui su mano derecha; me crió como a su propio hijo. Y ahora me inmola. Si sacrifica a dos de sus hijos, ¿crees realmente que un antiguo enemigo está a salvo de sus planes?

Frey no respondió.

—Libérame, Frey. Hemos tenido nuestras diferencias, pero juntos podemos convencer a los demás de las tretas de Odín. No podemos permitir que por motivos arcanos use a los que le rodean como peones. Hay que enfrentarse a él.

Hubo una mínima vacilación antes de que Frey hablara.

—Durante mucho tiempo he sabido de tu enemistad con mi hermana y conmigo. Yo no sentía lo mismo por ti y tenía la esperanza de que pudiéramos sentirnos una familia. Pero ese plazo expiró. Tus crímenes son demasiado grandes y no me atraparás con tus palabras.

Loki sintió una puñalada de decepción en sus entrañas. Rotas ya sus esperanzas de apelación al parentesco, empezó a escupir veneno.

—El Tuerto se arrepentirá de no haberme matado, porque te juro que me libraré de estas ataduras.

—Tal vez. No entiendo por qué el Alto ha decretado que sigas viviendo, pues tengo la sensación de que nada bueno puede surgir de prolongar tu existencia. Pero sufrirás por ella, ha dicho. Sufrirás como nadie ha hecho antes.

—Cuando esté libre, provocaré una matanza en los Nueve Mundos. Nadie —miró fijamente a Frey— escapará de mi ira.

—Tendrás poco tiempo para pensar en ello. Fíjate en la serpiente incrustada en la roca por encima de ti.

Loki miró hacia arriba para ver la forma sinuosa que se enroscaba sobre su cabeza. Apenas se movía —se asemejaba a una figura tallada más que a

cualquier otra cosa—, pero vio su tenue respiración y el parpadeo regular de su lengua bífida al husmear el aire alrededor. Oyó pronunciar las runas sagradas a Frey, que labró señales invisibles en el aire vacío ante él. Loki gritó cuando algo ácido le tocó la mejilla y comenzó a perforar un agujero en su cara.

—No estarás sin embargo solo en tu tormento.

Por el rabillo del ojo, Loki vio una figura familiar entrar en escena. Tenía la cara roja y manchada de lágrimas y sostenía un pequeño cuenco en sus manos. Junto al dolor físico de la quemadura del ácido en el rostro, sintió el amargo pesar de su traición a Sigyn. Ella, que nunca había herido a nadie, que había permanecido a su lado sin importar lo que ocurriera, que lo aceptaba como a uno de los Aesir incluso cuando los otros lo rechazaban. La había abandonado, desechándola sin pensarlo dos veces. Tener su compañía en esa hora, siendo inminente su muerte, añadía un daño mayor.

Sabía por qué la habían enviado y sintió rabia en el pecho ante su juego sucio. No era suficiente que le hicieran daño a él y a sus descendientes; tenían que agravar el insulto y traer a aquella criatura inocente —¡una de ellos!— para que sufriera junto a él.

—Sigyn, no deberías estar aquí —dijo con una tristeza y un pesar más grandes incluso que el dolor—. No he sido bueno contigo.

—No te contestará por decreto de Odín. Pero aliviará tu dolor, dándote tiempo para sanar.

Frey hizo una seña a Sigyn y ella se situó junto a su esposo, sosteniendo el cuenco sobre la cabeza de Loki. El dolor disminuyó hasta ser el de una quemadura embotada. La miró y siguió sus brazos hasta la serpiente incrustada en la roca, que segregaba una delgada tira de veneno por los colmillos. Loki sentía que su carne se regeneraba mientras el chorro caía en el cuenco, pero éste era poco profundo y pronto se llenaría.

Miró de nuevo a Frey y se percató de que pasaría un buen rato esperando a que Sigyn vaciara el recipiente y regresara. Durante ese intervalo, el veneno fluiría libremente por su rostro, por su boca y a través de su cuerpo. Había sentido una simple gota; la agonía del flujo continuo de veneno era inconmensurable.

Volvió el rostro hacia arriba y lanzó una mirada de odio absoluto a Frey. El respiro momentáneo que le ofrecía el cuenco de Sigyn no era ningún favor. Probablemente moriría si el veneno continuara fluyendo, pues su carne inmortal sería incapaz de tanta regeneración antes de que él simplemente sucumbiera y se hundiera en un doloroso olvido. En su lugar, tendría tiempo para sanar, el suficiente para reparar el camino quemado y sangriento del veneno, para que cuando empezara de nuevo tuviera carne recién cicatrizada que derretir. Y si Odín lo ordenaba, la leal Sigyn se quedaría toda la eternidad a su lado, los dos juntos en un retorcido abrazo que los unía mucho más que su lecho nupcial.

—¡Es mi crimen, no el suyo! ¡No puedes dejarla aquí conmigo!

—La voluntad del Alto no debe ser cuestionada. —Frey se volvió y luego se detuvo. Mirando hacia atrás por encima del hombro, dijo—: Tal vez no merezcas este destino, pero eso no me corresponde a mí decidirlo. Espero que tu sufrimiento no continúe para siempre. —Se dio la vuelta y salió de la cueva mientras Loki lo miraba.

Finalmente, Loki alzó la vista hacia el cuenco que tenía sobre su cabeza. Las lágrimas de su mujer caían libremente y le golpearon la cara donde el veneno le había quemado sólo momentos antes. Su estado de ánimo cambió de ira a tristeza amarga y a irremediable desesperación y repitió el ciclo una y otra vez durante el breve lapso en el que la taza se cubría despacio de veneno. Sigyn lo miró con profundo dolor en su rostro. Y entonces, el recipiente se llenó. Ella lo apartó y dejó que el veneno corriera.

Capítulo veintidós

La agonía de Fenrir era incesante: la hoja de la espada cortaba continuamente sus fauces y Gleipnir se hundía en su piel y sus músculos, apretándole más tras cada pequeño movimiento. Lo peor era su intensa ira, la rabia que lo enfurecía cada vez más por su impotencia. No podía aceptar el tormento eterno al que se enfrentaba y la idea de que nunca sería libre le angustiaba, ennegreciendo más su alma.

Al principio, sus oscuros pensamientos de venganza se centraban en Balder y Tyr. Imaginaba que les clavaba los dientes y los desgarraba, les partía los huesos y se tragaba sus médulas mientras observaban, impotentes, cómo los devoraba lentamente, saboreando cada bocado.

A medida que el dolor y la angustia aumentaban, incluyó a todos los Aesir en sus fantasías, imaginando carne rasgada y vísceras derramadas, manteniéndolos siempre con vida mientras los destripaba. Arrancaría el cuello de Freyja; masticaría el brazo amputado de Thor con el martillo todavía en la mano; Odín se ahogaría cuando aún con vida le arrancara la garganta y el Tuerto buscara algún asidero para librarse del húmedo gáznate de Fenrir.

Cuando ni esos pensamientos le proporcionaban satisfacción, se volvió más brutal y ciego a todo aquello que se asemejara a un pensamiento o una razón y, en su lugar, imaginó únicamente intensas escenas abstractas de violencia del color de la sangre. Dejó de percibir las cosas a su alrededor y se convirtió tan sólo en lo que habían pensado que era: una bestia enloquecida y

salvaje cuyo propósito era la destrucción pura. Pero la incapacidad para ejercer esa furia sólo le empujaba más y más hacia una rabia demente que se alimentaba sin cesar pero no se saciaba. Si no hubiera estado tan estrechamente atado, se habría despedazado de pura furia.

Hubo sin embargo un momento en el que la brizna más ínfima de sentido volvió a él. Se dio cuenta de su propia rabia destructora y, con ese conocimiento, un ápice de su furia se desvaneció. El mundo a su alrededor regresó a su conciencia y la agonía de su situación se hizo más concreta y no un sufrimiento abrumador e insoportable. El dolor no remitió, pero recuperó su capacidad para entender sus circunstancias. Su naturaleza bestial, todavía despierta y furiosa, se desvaneció para dar voz a la comprensión.

¿Qué había cambiado? ¿Qué le había sacado de la rabia ciega y absoluta?

No vio nada, pero había una presencia. La sentía extrañamente familiar. Como si se tratara de una fuerza exterior que estaba allí junto a él pero a la que además estuviera vinculado. Reparó en que algo o alguien trataba de comunicarse con él.

Cerró los ojos, relegando el dolor de Gleipnir y de la espada a un lugar distante en su interior para poder concentrarse en la otra presencia. Reconoció que no habría sido capaz de amortiguar el dolor sin la existencia de aquella fuerza externa.

No había palabras, aunque sí un claro intento de comunicación: sintió tristeza, dolor y principalmente ira. Aquella presencia reflejaba sus propios pensamientos primarios. Sin entender claramente cómo ni por qué, se abrió a ella y le dio la bienvenida. Notó que la presencia impregnaba su cuerpo, despertando en su interior algo que no sabía que existía.

Sintió dentro una energía turbulenta, algo que había alimentado su fuerza sin que lo supiera y que le prometía más poder del que hubiera conocido. Casi inconscientemente, dirigió aquella energía hacia el exterior y, por vez primera desde su captura, fue capaz de aflojar los grilletes de Gleipnir. No empleó la fuerza física sino más bien el deseo de liberar algo de tensión. Cuando la presa se relajó, su sorpresa fue palpable. Se apoderó de aquella débil esperanza de indulto y centró de nuevo su atención en el uso de su fuerza de voluntad para abrir aún más los grilletes.

La cinta se tensó, resistiéndose contra Fenrir, quien empleó su poder emergente para aumentar su fuerza mientras tiraba de Gleipnir. Sus músculos aumentaron de tamaño y empujaron cada vez más contra las adujas, que se aflojaban lentamente. La presa le cortaba, pero él seguía tensando, haciendo caso omiso de la feroz resistencia de las ataduras. Fenrir sacudió violentamente la cabeza y los hombros a ambos lados, aflojando la presa con cada tirón e ignorando el dolor de la espada que le partía el hocico.

Gleipnir luchaba contra él. La artesanía enana desafiaba su asalto continuo. No estaba viva, pero los enanos imbuían todas sus obras con sus almas y espíritus y aquellos objetos no fallaban o se rompían con facilidad. Gleipnir no era un simple hilo de seda, sino algo que se acercaba tanto a una fuerza primordial de la naturaleza como era posible para un artefacto. Pero ahora se enfrentaba a la ira enérgica de una criatura tallada en puro caos que despertaba a la conciencia de su verdadera esencia.

Fenrir arqueó la espalda, poniendo en juego todo el poder de su musculoso cuerpo. Al tensar, los grilletes se clavaron en la carne tirante. Apretó con fuerza su mandíbula mientras centraba cada ápice de su ser en superar los límites de Gleipnir, tanto físicamente como con su fuerza de voluntad.

Hubo un sonido de desgarró. Fenrir había forzado sus músculos tan cerca del punto de ruptura que no estaba seguro de si la fractura provenía de Gleipnir o de sus propios tendones. Con una sacudida del cuello y los hombros liberó la tensión, y las espirales de su atadura se quebraron.

Levantándose completamente por primera vez en mucho tiempo, con los pies bien plantados sobre la roca que habría sido su tumba, soltó un grito que hizo temblar la tierra. Muy lejos, en Asgard, los dioses se agitaron inquietos en sus palacios, angustiados por los pensamientos que presagiaba aquel funesto sonido.

El ciclo había continuado durante mucho tiempo, momentos de sufrimiento alternados con breves períodos de respiro donde podía sanar lo suficiente para sobrevivir y regenerarse antes del siguiente ataque del veneno, negado

para siempre el alivio de la muerte misericordiosa. Pero aquello estaba a punto de terminar y cada gota de ácido, aunque sólo fuera por el menor de los márgenes, se había vuelto ahora tolerable.

Sigyn también podía notarlo. Su rostro, durante mucho la imagen del dolor y la traición, se había convertido en una máscara de miedo y expectación. Había notado los temblores y escuchó el aullido, pero no estaba segura del significado.

Loki tenía siempre presente su pesar por la condena a su esposa, pero incluso más insaciable que éste era la rabia que sentía hacia los Aesir por haberla incluido a ella en su tormento, que sólo demostraba su deseo de destruir todo lo que él había tocado. Ahora sería capaz de devolver los agravios y las heridas.

Los retumbos continuos hacían caer polvo y pequeños cantos de roca a lo largo de la caverna. Podía ver a la serpiente justo encima del cuenco de Sigyn y creyó sentir la incertidumbre de la criatura. No demasiada, pero la suficiente para indicar que la serpiente también se daba cuenta de que su propósito infinito podría estar llegando a su fin.

Su energía había sido drenada de continuo por los grilletes de Frey, cuyo poder se había desvanecido. Había sido gradual al principio, pero la liberación de Fenrir originó vibraciones caóticas que habían perturbado el hechizo. Poco a poco, sintió que el caos se acumulaba en su interior, desesperado por liberarse.

El cuenco estaba casi lleno de veneno. Pronto Sigyn se retiraría permitiendo así que fluyera de nuevo, pero él ya no sería una víctima incapaz de evitar el dolor que dejaba caer la serpiente. No podía cambiar de forma, pero pudo dirigir un pequeño zarcillo hacia la serpiente. Un momento antes de que Sigyn retirara el cuenco, envolvió el zarcillo alrededor del cuello de la serpiente y ordenó que se contrajera.

Pudo ver las muescas del caos invisible en el cuello de la serpiente, estrangulándola. El veneno no se detuvo por completo, pero la menor cantidad con la que era rociado era soportable y no lo distraía de su propósito. Forzó la presión del zarcillo para que perforara el cuello de la serpiente.

La lenta llovizna de veneno se detuvo y la serpiente se dejó caer,

colgando sin vida desde donde estaba incrustada en la roca. Loki tumbó la cabeza y cerró los ojos, saboreando el respiro que le había sido negado durante mucho tiempo.

Cuando los abrió, vio a Sigyn de pie junto a él con el rostro preocupado y lleno de ansiedad. Todavía sostenía la escudilla, incapaz de dejar de lado su papel, aferrándose a ella como símbolo de su propósito. Abrió la boca para decir algo pero la cerró, tal vez recordando las órdenes de Odín sobre su silencio e insegura sobre si dichas instrucciones eran válidas todavía. Siempre obediente, se quedó callada y miró suplicante a Loki, desesperada y asustada por saber lo que iba a pasar.

Él no dijo nada, centrándose en cambio en los lazos que lo tenían inmovilizado. La magia los abandonaba y a cada momento sentía que su propia fuerza regresaba. La perturbación provocada por su hijo al liberarse le permitió soltarse al fin.

Tensó sus músculos y tiró de las cadenas, notando su resistencia. Apretó los puños, cerró los ojos y se concentró, canalizando toda su energía hacia los lazos que lo sujetaban. Sus brazos y sus piernas se volvieron de acero. Tiró poco a poco, poniendo en marcha toda su fuerza, que regresaba deprisa. Los grilletes resistieron obstinados, pero él siguió tirando de manera sostenida e implacable, utilizando tanto su propia fuerza como el caos en su interior. Los tendones le dolían y sus brazos y piernas se tensaron al límite, pero las cadenas ya no pudieron soportar la presión. Se partieron simultáneamente por ambos lados. La caída de sus ataduras le produjo un escalofrío de satisfacción a lo largo de todo el cuerpo.

Sigyn dejó caer el cuenco, que resonó con un eco sordo por toda la cámara. Después colocó su cabeza entre las manos y lloró. Loki no se engañó pensando que podía aliviar su dolor. Hacía mucho que había pasado el tiempo del perdón, para él y para todos los demás. La expiación ya no podía ser alcanzada: los crímenes eran tan graves como profundas las heridas. Ahora era el momento de la venganza.

Bajó de la roca y se situó a su lado un momento, colocándole una mano suavemente en la mejilla, como si todavía fuera su esposo en todo salvo en el nombre. Ella bajó las manos y lo miró, comunicando algo con su silencio.

¿Perdón por su propio crimen imaginado? ¿Piedad para los Aesir? En cuanto a lo primero, no había delito: la culpa por el papel de Sigyn en aquello era de Loki. En cuanto a lo segundo, no había piedad en su corazón para los que con sus propias acciones, retorcidas y perversas, habían traído el mal sobre ellos mismos.

Se dio la vuelta y salió de la cueva, abandonando a Sigyn por última vez.

Jormungand había sido brutalmente arrojado contra la superficie del agua, golpeándola con gran violencia. El dolor del impacto lo había aturdido, pero las aguas heladas lo habían revivido rápidamente y le habían hecho apreciar todo el horror de su situación. Se había retorcido al hundirse en las profundidades, intentando desesperadamente llegar a la superficie y llenar sus pulmones de aire. Sus movimientos ineficaces pronto se volvieron lentos y cerró los ojos, entregándose a su destino.

Tras un tiempo, sus ojos se abrieron. Estaba confundido: no estaba muerto. Ya no respiraba grandes bocanadas de aire y sintió que la vida le hinchaba el pecho. El agua estaba en todas partes, tanto fuera como dentro de él, y transmitía movimientos y perturbaciones de todos los seres vivos que nadaban o pulsaban o respiraban a su alrededor. Estaba cambiando, convirtiéndose poco a poco en parte del tapiz del mundo bajo el agua.

A medida que su cuerpo se ajustaba cada vez más a ese entorno, vio que las criaturas más grandes tenían más probabilidades de sobrevivir, y por eso creció y se extendió sin esfuerzo, asumiendo una forma sinuosa que le permitió navegar por las lóbregas profundidades. Descubrió que esa forma también le permitía excavar en el fondo del océano, retorciéndose por debajo de la tierra y esperando en silencio a cualquier presa que pudiera pasar.

Al aumentar de tamaño, lo desafiaron grandes criaturas que intentaron devorarlo. Lo habían descubierto cuando era menudo y decidieron que su presa constituiría un bocado fácil y rápido. Algunos escaparon de él antes de ser devorados; la mayoría, no.

No era consciente de lo vastas que eran sus dimensiones en comparación con las de aquellos que lo habían arrojado al mar. Lo único que sabía era que

sobrepasaba en tamaño a cualquier otra cosa bajo el agua y que, a menudo, devoraba criaturas frente a las que la mayoría parecería diminuta. Era el señor tácito de aquel lugar, por lo que dejó de crecer; ya no resultaba necesario.

Recordaba de forma vaga una época anterior, pero aquella memoria se desvanecía rápidamente. Había otros de su tamaño y algunos que eran más grandes. Había sentido apego hacia ellos, un vínculo que no podía describir. Y ahora que ya no estaban quedaba un vacío en su interior. No tenía la capacidad de interrogarse acerca de aquel vacío, por lo que éste siguió sin más en su interior, e hizo que la presencia familiar que de repente se comunicó con él fuera tan bien acogida.

La había notado cuando estaba a punto de dormirse, tras llenar el estómago con el cuerpo sin huesos de una enorme criatura con muchas extremidades. Curioso, nadó lentamente hacia la superficie para buscar el origen de aquella extraña presencia.

Ante su masa imparable, miles de pequeñas criaturas se apartaron de su trayectoria. Nadaba justo bajo el agua y su despertar había desatado marejadas que se estrellaron en costas lejanas. Cuando Jormungand por fin salió a la superficie, el violento oleaje que levantó volcó varias embarcaciones que habían tenido la desgracia de estar cerca.

A medida que se acercaba, la sensación de familiaridad se intensificó. Empezó a ver tras sus ojos imágenes de cosas que recordaba vagamente y deseó percibir más; al ver a alguien en una imagen, lo identificó inmediatamente con la presencia que lo invocaba. Alguien a quien no había visto desde hacía tanto que casi había olvidado cómo era.

Empezó a comprender que aquella presencia la había enviado la criatura que él recordaba y, más aún, que la criatura lo había buscado y le había llamado.

Aumentó su ritmo, creando olas cada vez más altas con cada movimiento de su larga cola. No podía saber que el oleaje creció tanto como para ahogar varias villas costeras, pero no le hubiese importado: lo único que le importaba ahora era reunirse con la presencia. Y a medida que la llamada se hizo más y más clara, una idea repetitiva lo impulsó. Carecía de lengua, pero su cerebro primitivo entendía el concepto lo suficiente.

La imagen de su padre había surgido en su conciencia y lo encontraría sin importar lo que se interpusiera en su camino.

Hel vio acercarse a los tres y, a pesar del enorme tamaño de la serpiente, al único al que verdaderamente tuvo en cuenta fue al más débil. Ella lo conocía aunque su tiempo juntos había sido tan breve que casi era inexistente. Y su recuerdo era aún más tenue. Hacía toda una vida que lo había visto, aunque esa vida había seguido un rumbo más extraño del que Loki podía comprender. Sin embargo, había un vínculo que ella no podía negar y estaba ansiosa por volver a verle.

Loki no entendía cómo Hel podía ser a la vez su hija y la señora de Niflheim, pero eso no importaba: era suficiente con ofrecerle lo que buscaba. Incluso si no quería ver la verdad, aceptaría sus palabras o, por conveniencia, parecería al menos que lo hacía. Poderosos como eran sus dos hijos, necesitaba aún más para conquistar Asgard. Tendría el apoyo de Jotunheim y ella le ofrecería también a los ejércitos interminables de Niflheim, pero había un elemento final que necesitaba, uno que sólo ella podía conceder.

Se acercó a la ventana y los vio acercarse. Los muertos se reunieron a su alrededor para verlos avanzar hacia el palacio. Sólo tenían un conocimiento precario de lo que observaban, pero una serpiente gigante que transportaba a un lobo y a un dios caído era suficiente para distraer su atención de la aburrida miseria de sus estados mortuorios. Al menos era un acontecimiento, algo distinto en un reino en el que nunca sucedía nada diferente, donde cada día oscuro era tan miserable y exánime como el que le precedió. Y a pesar de que estaban muertos, todavía albergaban una humanidad residual que les hacía ser dolorosamente conscientes de su desdichada existencia.

Hel vio a los muertos mantenerse a distancia, apenas visibles para los tres visitantes. Eran capaces de inquietar a casi todos los que acudían a Niflheim, pero probablemente no a estos tres: la serpiente era demasiado necia para comprender el temor, impulsada por las emociones básicas; el lobo estaba demasiado lleno de rabia y fuerza como para temer nada; y el pequeño ya había sido invitado antes a este lugar y no se asustaría con facilidad. Hel

sonrió para sus adentros, pensando que cualquiera que esgrimiera el poder de la serpiente de Midgard probablemente tuviera poco que temer.

La puerta de la cámara se abrió con un movimiento tan lento que pareció tardar horas en trazar una grieta lo bastante ancha como para que su siervo pasara a través de ella. Cuando finalmente cruzó, sus movimientos eran apenas perceptibles: a cualquiera salvo a Hel le parecería que simplemente estaba detenido. Y sin embargo, ella podía ver cada movimiento que hacía, cada paso, cada contracción de un músculo. Cuando después de días llegó a su lado con su mensaje, ella asintió una vez y luego lo despidió. Tardó un poco más en dar la vuelta y salir de la habitación. No se le ocurrió ni siquiera advertir que el tiempo transcurría de manera muy diferente para los visitantes que se acercaban al palacio; tales eran los caminos de Niflheim, como Loki no tardaría en descubrir.

Estaba satisfecha con el mensaje: había llegado el huésped al que había convocado. Estaría esperando cerca y ella lo vería pronto, pero ahora era el momento de reunirse con Loki y discutir su petición. Había pasado demasiado tiempo desde que había visto a su padre.

Había algo familiar en su presencia. Incluso antes de que Loki hubiera cruzado las puertas de hierro, se acordó de la visión que ella le había enviado. No creía que la vez anterior hubiera estado realmente en Niflheim, pero no obstante conocía ese lugar. Y también la conocía a ella.

Era tan antigua como cualquiera de los dioses, tal vez más. Cuando el primer ser tomó aliento y comenzó así su camino hacia su destino final, ella estaba allí, esperando para llevarlo a las zonas oscuras de Niflheim.

Había algunos que la consideraban malvada, pero la mayoría la aceptaba simplemente como otro aspecto de los Nueve Mundos: no había vida sin muerte, y ella y su reino completaban el equilibrio. Sin embargo, aunque la mayoría aceptaba que finalmente pasaría a su reino, en realidad nadie deseaba conocerla.

Ella era todo lo que él había esperado que fuera, pero también era diferente. Radiante y oscuramente hermosa de cintura para arriba, Loki sólo

podía adivinar lo que tenía debajo, pues estaba sentada en su trono y se cubría con un largo vestido negro que llegaba hasta el suelo. Sin embargo, más allá de su aspecto, estaba cubierta del mismo caos puro que él guardaba en su interior.

Lo saludó, y el sonido del viento sopló a través de un bosque de árboles muertos.

—Bienvenido, padre.

Entrecerró los ojos ante el saludo.

—Balder te asesinó cuando eras un bebé. Y sin embargo no sólo estás viva sino que has sido gobernante de este lugar desde la época de Ymir. ¿Cómo puedes ser mi hija y también Hel, la Señora de Niflheim?

Hel sonrió insinuante, traicionando su naturaleza antigua. Sus ojos guardaban secretos, pensó Loki, al igual que los de Odín.

—Recuerdo ese día. Hubo una lucha más allá de mi vista. La que me dio a luz se enfrentó a aquellos que querían hacernos daño. Pero fracasó.

—¿De qué eras consciente? ¿Entendías incluso entonces lo que ocurrió?

—No era comprensión como tú la llamas. Había una conciencia que era parte de mí. Veía con mis propios ojos, pero también percibía las presencias y los sentimientos de los que me rodeaban. Había miedo, miedo de lo que podríamos llegar a ser.

—Sí, ellos temían que fueras la precursora del Ragnarok, junto a tus hermanos. —Con la pregunta todavía en la lengua, hizo una pausa—. ¿Cómo es que eres mi hija y también la regente de Niflheim desde antes de que yo existiera?

Se puso en pie y caminó hacia él, pasándole cerca y rozándole con la tela de su vestido negro. Emitía a su paso un breve olor, húmedo y desagradable. Se acercó a la ventana y miró más allá hacia las oscuras llanuras de niebla.

—Ya no soy tu hija. No tienes ningún poder sobre mí. Estás aquí para servir a mis caprichos, y no al revés. No te engañes pensando lo contrario.

Loki frunció el ceño. Sentía su poder y era innegable que lo podía destruir si lo deseaba. Sin embargo, estaba allí porque ella lo había convocado.

—Le pido perdón, señora. ¿Qué desea de mí?

Loki sonrió interiormente ante la facilidad con la que había vuelto a caer

en su antiguo papel de adulator. ¿Sería como había sido en Asgard? ¿Realizaría tareas interminables que la satisficieran, sólo para ser expulsado? No, no iba a terminar así. No importaba lo que ella pensara: él no estaba allí para servir. Estaba allí con un único propósito: reunir un ejército.

Hubo un suave ruido al abrirse la puerta de la cámara. Loki se volvió y vio una figura oscura caminar detrás del trono, donde colgaba una cortina que separaba la habitación y mantenía oculta parte de ella. Alguien estaba allí, esperando.

—Sé lo que buscas y mis propósitos no son opuestos a los tuyos —dijo ella.

Loki sintió una duplicidad en su hija; percibía que había algo más que lo que decía. Sus objetivos coincidían, pero le ocultaba algo.

—¿Por eso me enviaste una visión?

No respondió nada más que una mirada por encima del hombro. Finalmente volvió la cabeza al frente y miró una vez más a lo largo de la llanura.

—Hay un lugar en los bordes de los Nueve Mundos, uno de fuego y llama...

—Muspelheim —dijo, más bien para sí mismo.

—En ese reino hay un ser cuyo poder eclipsa a todos. Has oído hablar de él.

Loki asintió.

—Sí. Aunque se dice que es un mito. —Todos conocía la leyenda de la existencia de Surt el negro, el gigante que encarnaba ese reino de fuego. Loki no conocía a nadie que hubiera estado allí o siquiera hubiera confirmado su existencia. Por lo que había escuchado, nadie podría vivir en ese lugar: aquello no era más que fuego y llamas, la muerte instantánea para cualquiera salvo el propio Surt. Odín había hablado de ambos en raras ocasiones, pero siempre vagamente. Por lo que Loki sabía, el Tuerto se había inventado las historias de la criatura que blandía una espada flamígera y suponía la muerte para todos los seres vivos.

—Él existe, aunque no de la misma forma que nosotros, los de los Nueve Mundos. —Hel se volvió para mirarle—. Llevamos una fuerza del universo

dentro de nosotros y somos capaces de manejarla a nuestro antojo. Surt es una fuerza del universo. Con él, los Aesir no serán capaces de detenerte.

—¿Cómo convencemos a alguien como él para que nos ayude?

Ella sonrió.

—No se puede convencer a Surt.

—Entonces ¿qué vamos a hacer para alistarlo?

Ella no respondió, sino que se acercó a él.

—¿Qué estás dispuesto a sacrificar para obtener tu venganza sobre Asgard, padre?

Él no lo dudó.

—No hay nada que no hiciera para verlos pagar por sus crímenes.

—Eso es bueno, porque para poder usar a Surt tendrás que renunciar a lo más valioso para ti.

—¿Qué quieres decir?

Como respuesta, la carne de Hel se onduló y se volvió negra. Su piel se hundió sobre sí misma y Loki pudo ver los contornos de su cráneo. Sus ojos se licuaron y rezumaron por su rostro mientras sus labios se retiraban, dejando al descubierto sus blancos dientes. Su pelo permaneció en la cabeza, inquietante, incluso cuando la piel se cayó a pedazos. Levantó una mano esquelética como una garra y se la ofreció.

—Ven, padre. Yo te mostraré el camino a la Tierra de Muspel.

Con sólo una mínima pizca de reticencia, Loki tomó su garra huesuda y permitió que lo guiara fuera de la cámara.

Ragnarok

El sol se desvanecerá y el mundo se verá envuelto en la oscuridad. Los terremotos arruinarán las tierras y los monstruos se soltarán de sus ataduras. El peor de todos, el lobo Fenrir, será puesto en libertad y deambulará por la tierra devorando todo lo que vea. Ansiará la batalla final, cuando él y las otras fuerzas del caos se enfrenten a los dioses.

Su terrible hermano, la serpiente de Midgard, se levantará de las profundidades del océano y tallará una estela de destrucción dondequiera que vaya. Nivelará montañas con un golpe de su cola mientras anhela vengarse de los dioses por lanzarlo al océano tantos años atrás.

Loki no estará ocioso en ese momento. Sus hijos viles, Fenrir y Jormungand, harán temblar la tierra con su destrucción de tal modo que será liberado de sus ataduras. Reunirá un ejército de muertos desde Niflheim y los convocará en un barco hecho de uñas de hombres muertos. Su hija Hel, gobernante de Niflheim, estará a su lado y será horrible de contemplar. La mitad de su cuerpo es hermosa y deseable, mientras que la otra es decadente y moribunda. Ella no deseará nada salvo la muerte de los dioses por desterrarla al reino de la oscuridad.

Loki y Hel caerán sobre Asgard con Fenrir y Jormungand. Traerán la fuerza combinada de todo Jotunheim en incesante ascenso hacia Bifrost, el puente del arco iris, junto con una legión tras otra de muertos, ansiosos por escapar de su destino en el mundo subterráneo. Heimdall hará sonar su cuerno Gjall, la señal de que el Ragnarok ha comenzado.

Los dioses se enfrentarán a las fuerzas del caos y el sonido de su choque hará temblar los mismísimos Nueve Mundos. Habrá luchas sanguinarias y batallas terribles y los antiguos enemigos enfrentarán acero contra acero, uñas y dientes contra hachas y escudos.

Odín empalará los ojos y el cerebro de muchos gigantes con su lanza y sembrará el campo de batalla con los cadáveres inmensos de sus enemigos. Se volverá para enfrentarse a Fenrir, ávido de venganza, y los dos entablarán combate. El Padre de Todo será incapaz de igualar la ferocidad del lobo y se encontrará atrapado entre sus dos mandíbulas babeantes. Fenrir se tragará a Odín por la garganta y ése será el fin del Padre de Todo.

Thor verá a su padre devorado por el lobo Fenrir y acudirá en su ayuda, pero una terrible sombra caerá sobre él. Se buscará sólo para encontrarse atrapado en las fauces de Jormungand, la serpiente de Midgard, y la serpiente los arrastrará a ambos lejos de la batalla. Los dos lucharán poderosamente y al final el dios aplastará la cabeza de la serpiente, que caerá al suelo con un estrépito atronador que pondrá a todo Asgard de rodillas. Thor se levantará, debilitado, y se tambaleará nueve pasos antes de ahogarse en el lago de veneno vomitado por la serpiente moribunda.

Tyr el manco buscará largo tiempo a Fenrir en el campo de batalla, deseoso de vengar la pérdida de su mano ante la bestia voraz. Su espada se moverá en un arco poderoso, seccionando las cabezas y las extremidades de cualquier gigante que encuentre. Cuando finalmente descubra a Fenrir, sanguinolento e hinchado tras devorar al Padre de Todo, se moverá de prisa para enfrentarlo con su acero, pero no podrá: su camino será bloqueado por un primo del lobo, el perro Garm, que ansiará cerrar las mandíbulas alrededor de la garganta del dios feroz. Se lanzarán el uno contra el otro y combatirán duramente mucho tiempo, infligiéndose grandes heridas por las que al final ambos yacerán muertos.

Frey también traerá la ruina a los hijos de Jotunheim. Su camino de destrucción lo llevará a los pies de Surt, que blandirá en alto su espada flamígera. Frey se enfrentará valientemente al gigante de fuego, pero será vencido y aplastado bajo su talón flamígero.

Heimdall y Loki se encontrarán y ambos enemigos seculares entablarán

batalla. Aunque Loki será superado por la fuerza y la destreza de Heimdall, todavía conservará su ingenio y sus engaños, que demostrarán ser rivales para el guardián del Bifrost. Intercambiarán golpes de acero contra acero. Al final se matarán el uno al otro, la hoja de Heimdall escindiendo el cráneo de Loki mientras éste le desliza su espada bajo las costillas hasta el corazón. Sus cadáveres serán pisoteados en el polvo por los nuevos enfrentamientos entre los einherjar y los hijos de Jotunheim, y sus cuerpos se perderán para siempre bajo el suelo de la llanura ensangrentada de Asgard.

Vidar, el valiente hijo de Odín, verá con horror cómo su padre es tragado por Fenrir y avanzará con paso ligero para atacar al lobo. Fenrir abrirá las mandíbulas para tragarse también al hijo, pero Vidar estará preparado: pondrá sus manos en la mandíbula superior de Fenrir mientras su pie sujeta la inferior. Sus botas le protegerán los pies cuando pise con fuerza y sus manos empujen las mandíbulas de Fenrir, rasgando a la bestia por la mitad. El cadáver sangrante de Fenrir ni siquiera será apto para las aves carroñeras que acuden a alimentarse a los sangrientos campos de batalla. Así será vengado Odín.

En un arrebató, Surt girará su espada flamígera y lanzará fuego a lo largo de los Nueve Mundos. Todos arderán, tanto vivos como muertos, las torres de Asgard se quemarán, Midgard estallará en llamas. Toda la creación será incendiada, y perecerán los vivos y los muertos. Así se dispersará la totalidad de la creación entre cenizas y carbones humeantes. Sólo sobrevivirá Yggdrasil, el árbol que siempre fue y que siempre será.

Capítulo veintitrés

Odín desmontó de Sleipnir. Con una mano en la crin le comunicó sus deseos al caballo sin decir una palabra. El enorme corcel retrocedió y desapareció, dejando a Odín solo en Midgard. El Padre de Todo no miró hacia atrás, pero en su mente podía ver al animal desapareciendo en el espacio entre los Nueve Mundos, volviéndose más insustancial a cada instante. Odín se colocó la capucha de su capa gris y se dirigió a la lejana aldea.

Gungnir estaba con él, pero sólo era visible como un báculo largo y nudoso. No estaría bien entrar en un pueblo desconocido con un arma que podía matar a toda la población. La lanza tenía un efecto en aquellos que la veían, estimulándolos a veces sin sentido hacia ella, por lo general para ser empalados en la punta. Era probable que los mortales del pueblo le temieran y Odín quería evitar por el momento toda masacre innecesaria.

Al llegar a la entrada, algunos de los que están fuera de sus casas se fijaron en él. Dos hombres desollaban una oveja sacrificada y colgada de una viga de madera; cuatro niños, tres jóvenes muchachos y una chica, luchaban en un parche de hierba gruesa pisoteada; varios chicos mayores con hachas colgadas en los hombros transportaban madera cargada sobre los brazos. Todos se detuvieron cuando el viejo de la capa plomiza vagó hacia ellos, con su larga barba gris sobresaliendo de entre las sombras de su capucha.

Detuvieron sus tareas mientras caminaba junto a ellos. Había algo extrañamente fascinante acerca de aquel anciano enjuto que tan alegremente vagabundeaba por su pueblo como si fuera de allí. El anciano irradiaba un

aura que inspiraba respeto y temor. No sabían qué les atemorizaba, porque todos podían ver que el delgado anciano no constituía ninguna amenaza; no obstante, el temor existía y los mantenía inmóviles allí donde se encontraban.

Llegó al centro y se sentó en el tocón de un árbol de gran tamaño que servía como sede del poder en el pueblo. Esa acción despertó a la mayor parte de los espectadores y por primera vez se miraron perplejos antes de avanzar lentamente hacia el tocón donde estaba Odín. Unos pocos se metieron en las casas para alertar a los ancianos y al resto de vecinos, y no pasó mucho rato antes de que Olvir, el musculoso jefe rubio de la aldea, saliera de la mayor casa comunal con un grueso trozo de carne curada en la mano y un gran pedazo en la boca.

Masticando lentamente se acercó a Odín, flanqueado por tres de los guerreros del pueblo, ninguno de los cuales iba armado. Tras haber visto muchas batallas y enemigos formidables, la presencia de Odín no impresionaba a esos cuatro como al resto. Algunos se habían preguntado si el jefe estaría indignado por la presuntuosa actitud del anciano, pero, al acercarse, Olvir parecía más divertido que otra cosa.

—Vieja cabra, ¿qué crees que estás haciendo? —dijo a Odín al llegar a distancia de hacha. Hubo risas nerviosas y dispersas, pero la mayoría observaba en silencio.

Los vecinos comenzaron a llegar al centro de la aldea para ver la escena del anciano frente a Olvir. Al igual que muchos jefes, Olvir no era amado u odiado indebidamente. Su destreza y su fuerza eran admiradas, como apreciada era su capacidad para tomar decisiones rápidas, aunque muchas de ellas no fueran compartidas por el resto de la aldea. Aún así, habían estado seguros y la mayoría había prosperado bajo su mando, y esas dos cualidades triunfaban con bastante facilidad sobre el afecto por un líder.

Odín retiró su capucha, dejando al descubierto su rostro curtido y escarpado. Se quedó mirando a Olvir con su único ojo bueno y no dijo nada. Gungnir reposaba inocentemente sobre su regazo.

Los ojos del cacique se abrieron un poco ante la visión de la cara retorcida del Padre de Todo. Se tragó el trozo de carne que había estado masticando y luego se rió burlonamente. Siguiendo la señal, sus guerreros

hicieron lo mismo.

—¡Por las barbas de Woden, eres más viejo que la suciedad! —A Odín le hizo gracia escuchar a Olvir utilizar uno de sus antiguos nombres.

Hubo más risas de sus camaradas, pero los aldeanos miraban nerviosos. Presentían problemas y su temor inicial por el viejo se desvaneció con la amenaza implícita que Olvir radiaba: estaba claro para todos que podría haber violencia, y sintieron una simpatía natural por esa criatura antigua que se enfrentaba a cuatro guerreros en su mejor momento, impulsados por un jefe que tenía poco interés y paciencia por cualquier persona que lo desafiara.

—Mira, creo que hasta ahora he sido paciente, pero levanta de mi asiento y ruega a los dioses que no aplaste tu viejo cráneo.

Odín miró más allá de él, contemplando una escena venidera.

—No te apaciguarás tan fácilmente —dijo, sacudiendo ligeramente la cabeza. Volvió al presente y miró a Olvir—. ¿Serías tan valiente sin tus guerreros a la espalda? ¿Se necesitan seis brazos extra para hacer frente a un viejo?

El silencio se hizo en la multitud. Olvir dejó de sonreír. No era anormalmente inteligente, pero se dio cuenta del dilema. Estaba siendo insultado por ese viejo tonto delante de todo el pueblo. Normalmente, eso requeriría una demostración de fuerza para mantener el orden, pero estaba claro que no ganaba mucho dando una paliza a aquel anciano.

En todo caso, empezaba a perder la talla debido al claro desequilibrio: sus hombres y él sólo parecían matones. No era tonto: comprendía que no gobernaba únicamente con el puño, sino con el concierto de aquellos bajo él.

—No necesito nada más que mi bota para lidiar contigo. Ésta es la última vez que lo digo: sal de mi asiento y de este pueblo antes de que te parta el cráneo.

—Te conozco, Olvir. He visto tu nacimiento.

—¿Qué quieres decir? —A su pesar, sentía curiosidad—. ¿Quién eres en los Nueve Mundos, viejo?

—Vi a tu madre abrir las piernas para alumbrarte, al igual que la vi hacer lo mismo cuando se acostó con perros para concebirte.

Olvir sintió rabia al rojo vivo trepando por su columna vertebral. Golpeó

rápidamente con la mano abierta, con la intención de abofetear al anciano. El golpe no alcanzó a Odín, sino que, cuando su puño estaba en mitad del ataque, la cabeza de Olvir se sacudió hacia atrás y cayó violentamente al suelo mientras su sangre y tres dientes volaban tras encontrarse con la culata de la lanza de Odín.

Los tres guerreros, momentáneamente conmocionados por el giro de los acontecimientos, se recuperaron con presteza y se abalanzaron sobre Odín. Su báculo voló veloz, golpeando a un guerrero en el estómago y enviándolo doblado al suelo. El segundo sintió la dura madera golpear un lado de su cara y también cayó tambaleándose a tierra. El tercero encontró su garganta en las garras de hierro del anciano y perdió el aliento en un instante. Se llevó las manos instintivamente al cuello mientras Odín se lo acercaba al rostro como a un niño peleón. Forzado a mirarlo en el único ojo restante vio reflejados en él los Nueve Mundos y presintió la magnitud del error que habían cometido. Dejó de luchar y Odín lo liberó. Se dejó caer de rodillas, agradecido por haber salvado su miserable vida.

Odín se alzó y paseó lentamente la mirada por el pueblo aturdido. Todos estaban arrodillados, con la cabeza inclinada en actitud de súplica. No comprendían realmente quién era, pero se daban cuenta de que estaban en presencia de lo sagrado y reaccionaron en consecuencia. Olvir y sus hombres también se postraron. Se recuperarían pronto de sus lesiones; había empleado la mínima cantidad de fuerza con ellos, la suficiente para enseñarles humildad y sabiduría.

—Se acerca una época oscura —dijo—. El tiempo del hacha, la espada y el lobo está próximo, y lo seguirá Fimbulvetr, el invierno de inviernos. —No añadió la profecía de Mímir que había escuchado una y otra vez: «los hermanos matarán a sus hermanos, las madres yacerán con sus hijos, los clanes y las familias se hundirán desmembradas...». Él mismo había contemplado las visiones, pero no encontró motivos para contar toda la verdad a los mortales. Era suficiente con que supieran que se enfrentaban a tiempos difíciles. No era necesario insistirles más para que se cumplieran los presagios.

Mientras hablaba, la curiosidad y el miedo por lo que auguraba superaron

al temor de los aldeanos y, aunque permanecieron postrados, finalmente alzaron la vista. Mientras los miraba a los ojos, espoleó aún más su miedo y sus bajos instintos. Ninguno de los mortales de aquel pueblo sobreviviría al Ragnarok, y así era como debía ser.

Tras el mensaje, permanecieron con los ojos abiertos y temerosos pero con un propósito. Incluso Olvir y sus tres guerreros parecían haber superado la ira y la vergüenza inicial. Los permeaba la revelación sobre el tiempo de cambios que se aproximaba y, aunque pocos sabían exactamente quién era el anciano, todos entendían que como mínimo se trataba de un mensajero de los propios dioses.

Se levantó de nuevo la capucha y salió caminando lentamente de la aldea mientras se apoyaba en la disimulada Gungnir. Decenas de ojos le siguieron en silencio, un silencio que se prolongó hasta mucho después de que estuviera fuera de la vista. En las semanas y meses venideros se contarían historias sobre el viajero gris. Se diría que era el Espíritu de los Dioses, la encarnación humana de Yggdrasil, un fantasma. Unos pocos lo llamarían Woden por la imprecación de Olvir acerca de lo viejo que era, pero ninguno estaría completamente seguro de su identidad.

Odín pasó las siguientes semanas viajando de pueblo en pueblo para informar a los mortales de su juicio inminente. En la mayoría de los lugares ocurrió lo mismo que en el pueblo de Olvir: unos pocos guerreros temerarios lo desafiarían y serían rápidamente silenciados, los sumisos mortales le escucharían extasiados y después los dejaría en silencio, asombrados y susurrando sobre el misterioso viajero gris.

Se propagaron las noticias sobre este heraldo del caos. Mientras viajaba, los mortales ya habían comenzado a sembrar la discordia y el desorden en Midgard. De pueblo en pueblo escuchó los sonidos del miedo y la ira y fue recibido con visiones de afiladas hachas y espadas, de lanzas pulidas clavadas en el suelo para ensartar a los enemigos en la entrada, de barcos cargados con suministros, preparados para una rápida partida. Había miradas de terror y temor en los rostros de muchos, junto a mandíbulas de acero en los luchadores, ansiosos por derramar sangre.

Odín sonrió sombrío: todo era como lo había contemplado una y otra vez.

Se preguntó si el horror que se impondría en Midgard se debía al caos inminente del Ragnarok o era a causa de los augures que él estaba propagando. De cualquier forma, el resultado era inevitable y las vidas de unos pocos mortales —más breves que el guiño de un ojo— no eran relevantes si se comparaban con lo que estaba a punto de llegar. De hecho, Odín sacrificaría a los propios dioses en el Ragnarok; los de Midgard también debían sufrir y morir. Así debía ser.

No se molestó en disimular su apariencia al entrar en Jotunheim y siguió disfrazado como un viajero gris que traía palabras de pesimismo y desesperación a los pueblos mortales. Los acantilados se alzaron a ambos lados mientras se adentraba lenta y pesadamente en la tierra de sus enemigos. En la lejanía vio a unos pocos gigantes dispersos que miraron con incredulidad a aquel tonto mortal solitario que se acercaba a un lugar que sería su perdición. Divertidos, lo vieron caminar, claramente desorientado sobre dónde estaba y hacia dónde se dirigía. Lo más probable, pensaron, es que fuera un humano de mente huera que encontraría rápidamente su muerte en cuanto se adentrara demasiado en Jotunheim. Mientras tanto, disfrutaron del espectáculo humorístico e incongruente.

Los pueblos y ciudadelas de los gigantes eran tan colosales como los recordaba: empequeñecían las estructuras de los Aesir, haciendo que se vieran como casitas para niños. Cuando finalmente llegó a un pueblo grande —y era realmente grande, con casas comunales que podrían albergar ejércitos humanos— llevaba detrás a varias docenas de gigantes que le seguían por pura curiosidad, deseosos de ver lo que pasaba con aquel humano insensato.

Como en los pueblos de los hombres, Odín se dirigió al centro. Sin embargo, la sede del poder, tan similar a las que había visto antes, era más alta que él. En lugar de sentarse en ella, se colocó a su lado y se volvió hacia la multitud de gigantes reunidos.

El más pequeño se levantaba al menos al doble de la altura de Odín y había muchos de ese tamaño. Otros eran bastante más altos y descomunales. No había correlación entre edad y tamaño, pues las variaciones entre el

menor y el mayor eran diferentes a las de los seres humanos e incluso a las de los dioses.

Se acercaron más, manteniendo cierta distancia. El miedo no se reflejaba en ninguna cara. Pronto lo haría.

—Traedme a vuestro jefe —dijo Odín con una voz que sonaba débil entre las grandes figuras que le rodeaban. En ese punto estaba casi rodeado por un pequeño ejército de gigantes que podría arrasar Midgard si quisiera. Era una suerte para los humanos que los gigantes rara vez se interesaran por sus asuntos.

Fue recibido primero con un silencio estupefacto que pronto dio paso a una sonora carcajada, tan fuerte que la tierra tembló. Los gigantes se doblaban de risa y rugían divertidos a los cielos. La idea de que aquel solitario espantapájaros humano les exigiera algo era la cosa más ridículamente audaz y absurda que ninguno de ellos hubiera oído jamás.

Odín esperó en silencio a que la risa se extinguiera. Cuando acabó, volvió a decir incluso más tranquilamente que la primera vez: «Traedme a vuestro jefe». Dejó caer su capa al suelo y pudieron ver que llevaba debajo una cota de malla gris adornada con la imagen de un cuervo negro. Aunque los gigantes no habían quitado sus ojos de la ridícula criatura desde que había entrado al pueblo, ninguno lo había visto colocarse un casco negro, firmemente asentado en su cabeza, con cuernos curvándose hacia abajo. La expresión de su rostro era sombría. Dejó de ocultar a Gungnir bajo la apariencia de un bastón nudoso y lo manifestó como una lanza de batalla con una punta larga, amenazante y afilada.

Los gigantes no se rieron, sino que arrugaron los labios en repentina enemistad hacia ese hombre descarado que caminaba arrogantemente por su tierra esperando sobrevivir. Sin embargo, la mayoría no sabía si simplemente debía correr hacia adelante y aplastarlo contra el suelo o esperar a que su jefe hubiera determinado algo. Unos pocos de los gigantes más jóvenes e impetuosos tomaron la decisión por el resto caminando hacia adelante con los puños apretados y preparándose para triturar la vida de ese idiota.

Gungnir voló de la mano de Odín y ensartó a uno de los gigantes en el pecho. Cayó al suelo con fuerza, apretando el vástago de la lanza con ambas

manos mientras la sangre le brotaba por la herida y por la boca. Los demás gigantes que se habían lanzado hacia delante se detuvieron con la boca abierta por la sorpresa antes de mirar a Odín con furia repentina. Gungnir estaba en su mano una vez más, expedita para infligir más daño, con el asta todavía pegajosa del pecho del gigante muerto sobre el suelo.

Primero hubo un silencio interminable, seguido de un rugido de furia y una súbita y masiva embestida de carne gigante para matar al anciano, sin margen para considerar cómo había acabado tan fácilmente con uno de ellos o cómo la lanza podía estar en dos lugares a la vez.

En el centro de la masa, Gungnir destelló una y otra vez, atravesando el ojo de un gigante y rajando la garganta del otro, derramando sangre y vida de cada víctima a la que asestaba y derrumbando a las imponentes criaturas en montones sangrientos a su alrededor. Cada vez que abandonaba sus manos y abría las entrañas de algún enemigo, inexplicablemente volvía a estar en su poder, lista para ensartar a otro.

A medida que la intensidad de la masacre aumentaba, las casas se vaciaron de ocupantes y un gran número de gigantes fue testigo de la batalla en el centro del pueblo. Blandiendo las armas que tenían o sus puños desnudos, se unieron a la refriega. Ni siquiera estaban seguros de quién era el enemigo: sólo sabían que alguien o algo estaba matando a los de su especie. Una bruma sangrienta flotaba en el aire, oscureciendo todo salvo un ímpetu de movimientos, violencia, sangre y muerte.

Cuando acabó la carnicería, a su alrededor prácticamente todos permanecían descuartizados y cubiertos de rojo. Los cuerpos apilados por el suelo casi oscurecían a la delgada figura con malla gris situada en el centro de la escena. El pueblo había quedado desierto: unos pocos habían huido, pero la mayoría se había unido al combate, cayendo bajo la lanza de Odín.

Había dejado vivos a nueve gigantes. Estaban heridos y agonizaban, pero sobrevivirían. Habían caído cerca unos de otros y respiraban sibilantes o gemían de dolor. Se acercó a ellos, navegando por el laberinto de cuerpos descomunales.

Lo miraron con ira latente en sus rostros, marcados por las penetrantes punzadas de dolor que les llegaban de sus numerosas heridas. Odín había

elegido a esos nueve y había templado los ataques de Gungnir de modo que sobrevivieran. Había arqueado la lanza como un bastón sobre algunos, rompiéndoles las piernas y mandándolos al suelo, y había atravesado los hombros de los demás, desgarrando músculo y hueso para lisiarlos sin llegar a matarlos.

—Queréis mi nombre —dijo, afirmando más que preguntando. No respondieron, pero lo miraron con un desprecio no disimulado—. Queréis saber quién os puede hacer esto a vosotros.

Clavó a Gungnir en el suelo a su lado y se quitó el casco, que se desvaneció en la nada al levantarlo, al igual que su armadura. Se quedó con su manto gris, colgando sobre su cuerpo delgado como cuando entró en el pueblo.

—Yo era viejo cuando las montañas eran nuevas. He creado las tierras que pisáis, las nubes del cielo y los océanos que rodean Midgard. Los tallé de Ymir el gigante, el primero de vuestra asquerosa raza, después de que mis hermanos y yo lo matáramos.

»Yo soy el Padre de Todo, el Alto, el Dios de los Ahorcados. Yo soy el Señor del Túmulo, el Tuerto, el Poderoso Poeta. Yo soy el Alimentador de cuervos y lobos, Aquel que se sienta en lo Alto, el Viajero Gris. Yo soy la Sabiduría Eterna y el Herald de la Muerte, el Señor de las Valkirias y los Einherjar. Yo soy el padre de vuestro mayor enemigo, el que hace temblar el mundo, el Tronador, el Asesino de Gigantes.

Había una mezcla de odio y miedo en sus rostros, pero él no la disfrutó. Dijo lo que debía ser dicho no por ego o arrogancia sino por la pura necesidad que nunca podría ser explicada o entendida. Nadie podía imaginar su carga.

—Habéis sido perdonados para difundir el mensaje de mi venida a otros de vuestra especie. No descansaré hasta que los gigantes hayan sido borrados de los Nueve Mundos. Conduciré un ejército de Aesir para destruirlos y quemar cualquier rastro de vuestra existencia. Masacraré a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a vuestros enfermos y a vuestros ancianos. Prepararé con vuestros cadáveres un festín de carroña para que lo devoren los cuervos y los lobos.

»Abandonad este lugar y maldecíos a vosotros mismos por haber sobrevivido y tener que entregar este mensaje a través de Jotunheim: Odín viene a por los gigantes.

Parpadearon y ya no estaba, dejándolos con su ira candente y su humillación, ardiéndoles las entrañas porque, a la vez, deseaban y despreciaban tener que entregar el mensaje.

Montado sobre Sleipnir, Odín lo espoleó de nuevo. Sus preparativos estaban casi completos; sólo quedaba una última tarea.

Capítulo veinticuatro

Había llegado la hora. Tal vez había sido inevitable, pero Heimdall no podía asegurarlo a ciencia cierta. Siempre se había cernido sobre sus cabezas como una amenaza distante y a la vez irremediable que marcaba todas sus palabras y actos. Si bien él había sido capaz de cumplir su papel de guardián de Asgard, independientemente de lo que sucediera, no podía negar que el Ragnarok permanecía siempre en algún lugar de su mente, un recordatorio perpetuo y difuso de la mortalidad.

Ahora era innegable. Mientras miraba hacia abajo a Midgard desde el arco multicolor de Bifrost, una nube de polvo se levantó al paso de una masa múltipeda que se aproximaba a la base del puente, más ancha que cualquier ejército que hubiera visto, e imparable. Al avanzar, arrasaba todo a su paso.

Esperaba tal poder del grueso de Jotunheim, aunque contemplarlo seguía siendo impresionante. A pesar de la distancia —tardaría aún varios días antes de llegar a los pies del puente— su tamaño era colosal y no sólo en número, sino en la envergadura de los que constituían su grueso. Cuando menos, sus orejas rozaban las copas de los árboles junto a los que pasaban, pero había muchos entre ellos, al menos en la primera fila, que empequeñecían incluso a esos gigantes. El más alto rivalizaba con el tamaño del constructor y Heimdall recordó la destrucción causada por la monstruosa criatura. ¿Cuánto más devastadores serían decenas o cientos de ellos?

Al llevarse a Gjall a los labios, hizo caso omiso de todos los pensamientos sobre la próxima batalla y centró toda su atención en hacer que

la llamada de su cuerno se oyera a través de los Nueve Mundos, alertando a todos por última vez de la inminente batalla y tal vez de la fatalidad. Disfrutó de la sencillez infalible del sonido, claro y penetrante. Una sola nota de un cuerno cuyo propósito era advertir a todos los que lo oyeran del fin, y que, sin embargo, provocó que la inspiración le hinchara el pecho confiado y desafiante, negando el destino con el que cargaban los dioses.

Le costó poco esfuerzo hacer sonar el cuerno. Sus pulmones exhalaban sólo una mínima pizca de aliento, pero sólo con eso Gjall envió una onda sonora que se extendió a través de todo Midgard y más allá. Era como si el propio cuerno originara el sonido y él no fuera más que un instrumento de entrega, en lugar de ser al revés. Cuando por fin retiró el cuerno de su boca, el sonido dejó de emitirse, pero reverberó a través de los Nueve Mundos y volvieron a sus oídos los ecos que hablaban de la fuerza de la llamada original.

A pesar de la muerte inminente que Gjall presagiaba, Heimdall sintió la incitación y la confianza bien enraizadas en su pecho. No se habría atemorizado ante la lucha que estaba por llegar, pues el miedo a la muerte no era un atributo de los Aesir, aunque habría marchado con resignación a la batalla final. Pero mientras se desvanecía el eco de Gjall, y pese a la imponente amenaza, se sintió repentinamente esperanzado, envalentonado y ansioso de enfrentarse a ella.

Habían temido al Ragnarok tanto tiempo como recordaba, pero se preguntó si la constante amenaza que se había dispuesto sobre ellos no los habría vuelto más pesimistas, más dispuestos a aceptar la predicción de la fatalidad que supuestamente les esperaba. Es cierto que el Padre de Todo era sabio más allá de todo cálculo, pero no era infalible. Tal vez estaba equivocado sólo en esto, en este hecho de proporciones tan abrumadoras. O quizá simplemente había optado por dejar que los demás dioses interpretaran sus profecías: ¿había llegado a decir el Alto que el Ragnarok sería la perdición de todos ellos? No podía recordarlo.

No importaba. Lo que tuviera que pasar, pasaría, y el destino no podía cambiarse. Heimdall se enfrentaría a él como lo haría el resto, con frío acero en sus manos y fuego en su corazón. Puede que cayera, puede que todos

cayeran, pero arrastrarían a las huestes de Jotunheim con ellos cuando lo hicieran.

Tyr escuchó los aullidos de triunfo del lobo y sintió el chasquido del grillete enano mucho antes de que Gjall lo alertara. El escalofriante sonido lo había despertado de un sueño agitado, sacudiéndole y poniéndole de los nervios. En la fría oscuridad de sus aposentos había una presencia merodeadora, una maldad que saturaba las cámaras de la gran sala. Él la reconocía. Su aura simulada le había perseguido desde que Fenrir le hundió los dientes en el antebrazo y le arrancó la mano. No podía realizar las tareas más simples sin que el eco del incidente asomara a su recuerdo.

La obsesión de Tyr con la mano perdida iba más allá de la simple merma dolorosa de la carne: sentía en cambio que el lobo impregnaba cada uno de sus instantes de sueño y vigilia, como si con el mordisco le hubiese inyectado un veneno que se extendiera por todo el cuerpo y lo intoxicara con la memoria de ese momento.

Le frustraba y enfadaba no poder eliminar al lobo de sus pensamientos. Lo habían herido antes, pero nunca un enemigo se había entrometido así en cada uno de sus pálpitos. Cuanto más trataba de alejar a la bestia de su mente, más persistente regresaba, siempre burlándose de él. En ocasiones aparecían imágenes de dientes afilados, sangre que goteaba, una sonrisa salvaje y su mano disolviéndose entre jugos gástricos.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Mirando hacia la oscuridad antes del alba con la advertencia de Gjall resonando todavía en todo Asgard, sintió aún más la presencia del lobo. Sabía que Fenrir vendría junto al resto de los enemigos de los dioses.

Durante edades incontables había meditado sobre ese día. Como los demás Aesir, se había preguntado si realmente llegaría, se había preguntado cómo sería ver a todos sus enemigos reunidos para asaltar Asgard. Al igual que los otros, se había planteado si en verdad acabaría llegando, a pesar de que tenía pocas esperanzas de que el Alto estuviera equivocado. Él siempre había tenido la certeza de que el Ragnarok tendría su ocaso en Asgard y se

había asegurado de que estaba preparado para la batalla.

Pero nunca había considerado que sus pensamientos pudieran estar tan concentrados sobre un enemigo solitario. En su mente se había visto a sí mismo en el centro de multitudes, cortando y descuartizando con su espada, había visto los montones de víctimas apiladas elevarse más y más y había sentido acrecentarse su sed de sangre con cada enemigo que conocía su acero. Incluso se había imaginado cómo podía caer. Sería una ola, una muchedumbre de enemigos que lo alcanzaría mientras él se mantenía firme y hacía caer a docenas antes de ser finalmente superado por el simple peso de los números y el agotamiento de la lucha prolongada. No sentía miedo de esa muerte; simplemente esperaba que ocurriera de alguna forma similar.

Pero cuando ahora pensaba en la batalla final, estaba obsesionado con una sola idea: matar a la bestia. Se imaginaba frente a ella en un campo sembrado de cadáveres en el que ambos sabían que su conflicto era inevitable. Combatirían, pero en esa contienda no buscaría la gloria ni pelearía como si los escaldos fueran a cantar sobre ese encuentro durante mucho tiempo. Lucharía tan sólo para matar a esa criatura, para destruir a la bestia que le había arrancado la mano.

Más allá del arco de Bifrost, los gigantes se movían inexorablemente hacia Asgard. Cada paso acercaba el Ragnarok. Podría significar la muerte de todos ellos, pero Tyr sólo podía pensar en su propio demonio personal, la bestia que lo perseguía en todo momento.

Se dio la vuelta y se dirigió a un gran cofre cerca de su cama en el que había dejado el cinto de la espada. Era difícil abrocharse con una sola mano —otro recordatorio de lo que había perdido—, pero ya estaba acostumbrado. Podría haber llamado a los sirvientes para que le ayudaran, y lo haría cuando tuviera que colocarse la armadura, pero nadie más tocaría su acero. Permanecería inmaculado hasta que se empuñara ante la masacre que sobrevendría cuando las fuerzas del caos profanaran la tierra sagrada de Asgard.

Y a pesar de la inmensidad de esas fuerzas, a pesar del peso aplastante de los gigantes, monstruos y demonios a los que iban a enfrentarse, encontraría al lobo. Encontraría al lobo y no descansaría hasta que su espada labrara un

rastros de sangre en la carne de la bestia.

El viaje de Odín a Niflheim había sido rápido. Montado sobre Sleipnir no tenía necesidad de cruzar la distancia real entre dos puntos; en cambio, podía deslizarse entre ellos, salir de los Nueve Mundos por un lugar y volver a entrar por otro sin haber recorrido en realidad la distancia entre ambos. Y Sleipnir no necesitaba ninguna indicación para llevarlo donde quisiera, pues el caballo simplemente conocía sus deseos y trasladaba a Odín hacia su próximo destino.

Pisando sobre la dura roca de Niflheim mientras Sleipnir retrocedía casi al instante hacia los intersticios, alzó la vista ante la imponente morada de Hel. Podía sentir la gélida presencia de los muertos, aunque aún no podía verlos. Se cernían sobre los bordes de la niebla, sintiendo el poder que emanaba de Odín, temerosos de ese ser que irradiaba la muerte de tal manera que incluso ellos la temían.

No sintió entre aquellas masas fétidas la presencia de aquel al que había venido a ver, pero ya sabía que sería así. Aquel espíritu estaba en el interior de la morada y Odín había sido depositado en la puerta para que pudiera entrar directamente.

Caminó lentamente hacia adelante sin necesidad ya de mantenerse disfrazado. Era bien conocido allí y ningún velo que pudiera construir ocultaría su identidad. Tampoco Gungnir estaba enmascarada: la cruel cabeza de la lanza, amenazadora, era el recordatorio visual de la muerte que empuñaba Odín.

Mientras se acercaba, las altas puertas negras que conducían al estrecho puente se abrieron, aunque nadie tiraba de ellas. Las puertas de la fortaleza hicieron lo mismo, y las atravesó. Desde que se había colgado de Yggdrasil se habían desarrollado ante sus ojos innumerables premoniciones de esa misma escena; podría haber navegado por los pasillos y escaleras incluso si le arrancaran su único ojo bueno.

Llegó a los dos grandes portones que conducían a la sala del trono. Súbitamente se abrieron, y entró sabiendo quién lo esperaba más allá.

Como en un laberinto, a lo largo de la cámara colgaban unas cortinas negras y brillantes que creaban la ilusión de poder dividir la sala en pequeñas habitaciones. Tras los pliegues bailaban formas vagas y sombras, de las que sólo algunas tenían aspecto humano. No vio a la sombra que buscaba, pero sabía que estaba allí. Su atención se centró en el trono y en su grotesca ocupante.

—Bienvenido a mi reino, Padre de Todo —dijo Hel. La mitad de su cuerpo y su rostro era preciosa: delicada piel de porcelana, cabello negro azulado, rasgos perfectos; la otra mitad era cadavérica, pútrida, fétida y arrugada, con unos pocos mechones de pelo que brotaban del desnudo y verdinegro cuero cabelludo, cayendo en hebras desiguales.

—Tu expulsión fue sensata por mi parte: eres una criatura asquerosa.

Ella lo miró con extrañeza, ladeando la cabeza. Mientras lo hacía, su lado muerto se expandió en zarcillos hacia el lado vivo, encaminando sinuosos afluentes de putrefacción a través de su rostro.

—No me expulsaste. Fui enviada aquí por tu hijo, el asesino.

—¿Así fue? No es así como yo lo recuerdo —dijo.

La expresión de su rostro dejaba claro que no le gustaba su respuesta.

—Le miré a los ojos mientras él me apuñalaba con la espada. Él puede confirmar su crimen. —Volvió la cabeza y dijo, en voz baja—: Ven.

La sombra fluyó a través de la trémula cortina sin apartarla, más bien caminando a través de ella. No estaba claro cuál de los dos era más insustancial, si la negra cortina o el hombre. Odín no había visto a su hijo desde que murió, y la sombra frente a él era a la vez igual y distinta de Balder.

Tenía la misma forma: los ojos, la cara, la musculatura magra, los rasgos juveniles. A primera vista era Balder, tal como había sido en vida. Y sin embargo había diferencias, difíciles de nombrar pero presentes. Había una sensación de oscuridad a su alrededor, una falta de fuego y luz en sus ojos que hablaba claramente de la muerte. El color de su piel, bajo una mirada más atenta, estaba teñido de gris, y sus movimientos eran mínimamente indecisos, como si su cuerpo se resistiera a obedecer sus órdenes.

—Saludos, padre —dijo, inclinando ligeramente la cabeza como lo había

hecho en vida, pero con una curiosa falta de animación. Odín sabía que sería así, pero, pese a todo, era duro contemplarlo. Estaba acostumbrado a ver a su hijo lleno de vida, a veces demasiada, y siempre con un espíritu sin límites. Ahora hablaba con una sombra de lo que su hijo había sido que tenía la forma de Balder sin tener su esencia. Eso era lo que significaba vivir en Niflheim. Las almas lamentables que acababan allí se convertían en sombras y todos sus lazos con la vida se extinguían.

—Hijo mío, me alegro de verte de nuevo. —Y así era. A pesar del estado actual de Balder, Odín podía notar la emoción revolve en su interior. No había sentido aquello en incontables edades y no había esperado sentirlo allí, pero se encontró lleno de una mezcla de alegría y pesar, tristeza y enojo. Y también de esperanza.

—Díselo a Odín —dijo Hel—. Dile cómo clavaste tu espada en mi garganta cuando era un bebé, enviándome aquí, arrebatándome mi vida.

Balder agachó la mirada. Odín tenía claro que Hel tenía esclavizado a su hijo y estaba saboreando su dominio sobre él. Y sobre Odín también, al menos por el momento.

—Me encontré con una cría. Suspendí mi espada sobre ella durante un momento antes de atravesarla. No había cometido ningún delito y pese a todo la maté sin dudar. —Su voz era un tanto vacilante, como si tuviera que obligar a que acudieran las palabras. Sin embargo, no había duda acerca de la verdad en su confesión, como Odín muy bien sabía. Lo había visto ocurrir decenas o tal vez cientos de veces y sabía también que él no había movido un dedo para impedirlo. Ese evento, como todos los demás, era necesario.

—Las palabras vienen directamente de su propia boca. No puedes expiar a este demonio: su culpabilidad es evidente y su penitencia como mi esclavo no ha hecho más que empezar.

Los ojos de Odín se volvieron nebulosos, como si estuviera viendo imágenes más allá del momento y el lugar inmediatos. Recitó:

—Las semillas de Angrboda y el Astuto fueron traídas ante mí. Sintiendo su amenaza, arrojé a la serpiente Jormungand al océano que rodea Midgard. Allí creció hasta que rodeó el mundo y mordió su propia cola. El lobo Fenrir se salvó gracias a las súplicas de quien pronto sería conocido como Tyr el

manco, a su pesar, y se le permitió recorrer los campos de Asgard hasta el momento de su aprisionamiento. La monstruosa Hel, mitad viva, mitad muerta, fue expulsada por Odín a la oscuridad de Niflheim para gobernar allí a los muertos hasta que llegara el Ragnarok. —Su ojo se aclaró y miró a Hel directamente.

Ella lo observó entrecerrando los párpados.

—Los cuentos y las leyendas no abarcan la realidad, Alto. Es evidente que perdiste algo más que el ojo cuando te lo arrancaste de la cabeza y lo tiraste al pozo.

—Tal vez.

Ella lo valoró atentamente mientras la carne muerta de su cara sanaba y se volvía tan blanca y pura como para que su tez rivalizara con la de Freyja.

—¿Por qué has venido aquí? Tienes que saber que no puedes impedir lo que avanza hacia ti y hacia los tuyos. En este mismo momento los ejércitos de Jotunheim marchan sobre Asgard para ser secundados por los de Niflheim y por otro que se encargará de vuestra derrota y muerte.

—Me gustaría hablar con mi hijo.

—Él ya no es tu hijo; ahora sólo es mi esclavo. Un justo castigo por su crimen, ¿no te parece?

—¿Me permitirás hablar con él? —dijo Odín.

Los ahora carnosos labios de Hel esbozaron una sonrisa.

—¿Me amenazas, Altísimo? —Había un tono de burla en su voz, un sutil recordatorio de que ella reinaba en el lugar de los muertos. A pesar de su poder, no podía vencerla allí, donde ella podría beber del espíritu de cada alma de Niflheim. Sin embargo, no era necesario: no habría ninguna confrontación física ese día.

—No es una amenaza. Lo he visto. No perdamos el tiempo en apariencias sin sentido. Nuestra verdadera confrontación no se llevará a cabo aquí, sino en Asgard.

Hel apartó la vista de Odín y miró a la sombra de Balder.

—Tu padre quiere hablar contigo —dijo, y de pronto se había ido, disuelta entre niebla.

Balder miró a Odín con una mezcla de tristeza y resignación en su rostro.

Sin embargo, no se movió de su sitio. Odín se adelantó a su encuentro.

—El plazo es breve, hijo mío. Se acerca el Ragnarok.

—Sí... —dijo Balder distraídamente, su voz apagándose en la nada como el fantasma que era.

—Los ejércitos de los muertos se unirán a la lucha contra Asgard.

—Sí...

—Tú no estarás entre ellos. —Eso sacó a Balder de su estupor—. Tu mano no se alzaré contra los Aesir.

Una mirada de confusión cruzó su rostro.

—Hel es mi señora. He de cumplir sus órdenes. Me afirmó que mataría a los de mi propia especie.

—Eso no sucederá. No lucharás en el Ragnarok por ningún bando.

Balder estaba aún más confuso y desconcertado. Miró a su alrededor con ansiedad, sin duda en busca de la presencia tranquilizadora y soberana de Hel, pero ella no estaba allí.

—No puedo negarme a su voluntad.

A Odín le dolía ver a su hijo tan cautivo y lleno de conflictos.

—Sleipnir vendrá a por ti. Él te alejará de este lugar. Cumplirás un papel más importante que el de mero combatiente. —La aprehensión de Balder era palpable—. Lo entenderás cuando llegue el momento.

Odín extendió una mano y la colocó sobre el hombro de su hijo. A través de la ropa holgada, su carne era fría y se notaba vagamente insustancial.

—Te deseé buen viaje cuando fuiste enviado a las llamas, sabiendo que te vería sólo una vez más. Me despidió ahora de ti, sabiendo que nunca volveré a verte, pero sabiendo también que tu muerte servía a un propósito más elevado de lo que ahora puedes comprender.

Odín apretó de nuevo el hombro del fantasma de su hijo antes de dejar caer su brazo. Se dio la vuelta y salió de la cámara convocando a Sleipnir. Su trabajo había terminado y el resultado era inevitable. Apretó a Gungnir con fuerza. Muy pronto, la lanza vería más sangre y muerte de la que había visto jamás.

Capítulo veinticinco

El estanque especular de Freyja se onduló con el sonido de la llamada de Gjall. Pese a no ser del todo inesperada, se encontró consternada por la convocatoria. Toda vida estaba destinada a terminar algún día, lo sabía, y ni siquiera los dioses eran inmortales, pero el Ragnarok era diferente. No se trataba aquí del ciclo natural de la vida; era la muerte sin sentido de todas las cosas, el caos imponiéndose con fuerza a través de los Nueve Mundos. Terminaría con el equilibrio del universo y desterraría para siempre el orden para favorecer en su lugar un estado de confusión infinita. Los enemigos de los dioses no acababan de entender lo que lograban con el asalto de Asgard; o si lo hacían y aún así perseguían ese camino de destrucción, entonces habría que considerarlos como pura maldad.

Calmó las ondas como pudo y miró en la profundidades del estanque. Sólo conservaba la esperanza de encontrar una forma de evitar la innecesaria destrucción y la muerte que pronto lo pondría todo en peligro. No podía escuchar los sonidos —el estanque sólo le permitía contemplar imágenes—, pero las reverberaciones en el agua apuntaban a números incontables de zancadas atronadoras aplastando la tierra y propagando temblores y vacilaciones a través de Midgard.

Al dispersarse la neblina del estanque, el agua se convirtió en una ventana de cristal transparente hacia el mundo exterior: vio el movimiento de masas; vio a los gigantes —una legión tras otra de ellos— marchando hacia Bifrost.

Introdujo los dedos en el estanque y agitó el agua, alterando y disipando

la imagen. Tanto ella como los demás en Asgard sabían que los hijos de Jotunheim se alzarían un día contra los dioses, lo que señalaría el Ragnarok. Contemplar la masa concentrada de Jotunheim avanzando como un todo era una visión terriblemente impresionante, pero, pese a todo, no era conocimiento nuevo.

Tampoco era impensable que ni siquiera una multitud como la de Jotunheim pudiera vencer a Asgard. Los gigantes se enfrentarían a legiones de einherjar, guerreros veteranos cuyo único propósito era combatir a los enemigos de los dioses durante el Ragnarok. Después de luchar sin fin, estarían ansiosos de que se les diera rienda suelta para derramar la sangre de enemigos auténticos. Las valquirias también estarían allí, descendiendo sobre sus corceles fantasmales y robando vida tras vida con sus espadas, feroces y espectrales. Los gigantes probablemente sabían poco acerca de ellas, y las damas guerreras les causarían sin duda bajas considerables, pues aunque los gigantes eran fuertes, estaban firmemente hechos de carne y sangre. Y luego, por supuesto, estaban los propios dioses.

Los Vanir tejerían hechizos como jamás se habían visto, provocando que algunos gigantes murieran a medio camino, que otros atacaran a sus propias filas, que la tierra misma se alzase contra ellos. Entonces los colosos se enfrentarían a sus enemigos más terribles, los propios Aesir, que acudirían cubiertos de acero brillante, cada dios un ejército en sí mismo. Arrasarían a los gigantes por miles, pero incluso entonces el resultado sería incierto, pues la masa de Jotunheim era vasta, temible su poder e intrépida la ira y la furia de su raza.

Pero había sin duda otros que buscarían la destrucción de Asgard. A medida que se arremolinaban las aguas adivinatorias de su estanque reflectante, Freyja entonó las runas sagradas que cambiaron la escena y le permitieron ver lo que hasta ahora estaba oculto.

Una vez más, la niebla del agua comenzó a limpiarse y calmarse, produciendo imágenes tanto de lugares como de épocas distantes. Ni siquiera la diosa Vanir tenía en algunas ocasiones la certeza de cuándo o de dónde procedían. A veces no estaba siquiera segura de que la escena sucediera como se le mostraba. Sin embargo, por lo general había una verdad que extraer del

estanque y ella no empeoraría las cosas por intentar verla.

Las aguas se oscurecieron al formarse la escena. Freyja frunció el ceño un instante antes de entender que era la imagen de un lugar lóbrego y que el estanque en sí no había oscurecido. Dentro de la negrura había un número incontable de círculos blancos. Flotaban misteriosamente en movimientos espasmódicos, a veces deteniéndose un momento para aparecer de repente arriba o abajo, a veces acelerando. Todos se movían aproximadamente en la misma dirección, pero competían por su posición en el río de oscuridad. Así era como ella los veía: círculos blancos flotando en un río negro.

Mientras los miraba, se percató de otros movimientos que a veces iban acompañados de breves destellos blancos —aunque no eran circulares— y siempre por debajo de los innumerables círculos flotantes. Mirando más profundamente pudo distinguir líneas y arrugas en los círculos. Le perturbó descubrir que eran caras demacradas y fantasmales y que los cuerpos miserables y podridos a los que pertenecían estaban instalados en la oscuridad inferior, que comenzó a desarrollarse para que pudiera ver las formas desgarbadas entre sus sombras.

Dentro del estanque, hasta donde podía ver, se extendían los ejércitos de Niflheim, más vastos incluso que la masa que se aproximaba constantemente desde Jotunheim. Se concentró en la imagen y la amplió para ver de cerca los rostros y los cuerpos individuales de la estantigua, que avanzaba lenta e implacable. En sus facciones había un hambre que le repugnaba.

Algunos de los muertos estaban cubiertos de carne podrida, mientras que otros eran poco más que osamentas; algunos no tenían miembros; otros no eran más que una casa de huesos con una fina capa de piel parda estirada con fuerza sobre ella. La mayoría habían sido ancianos cuando murieron, reclamados tranquilamente en sus camas. Los más inquietantes eran los pequeños, que Freyja no había distinguido al principio: miles y miles de ellos tambaleándose hacia adelante y atrás con rostros que asomaban muy por debajo de la línea general de los círculos fantasmales. Otros gateaban. Y algunos ni siquiera podían hacerlo, sino que simplemente se impulsaban hacia delante, arrastrando sus vientres vacíos por el suelo frío de Niflheim.

Pese a que Freyja había visto morir a un sinnúmero de niños y lo había

aceptado como parte del ciclo de las cosas, se sintió horrorizada ante aquellos pequeños demonios arrancados de los pechos de sus madres para ser arrojados a la oscuridad y tristeza de Niflheim, donde tendrían que lidiar con todas las demás almas miserables que permanecían en el vacío y la desesperación de ese mundo. No podía negar la injusticia de un universo que denegaba a los seres humanos hasta la más mínima oportunidad en la vida, pero también sabía perfectamente que no había ningún árbitro de la justicia.

Mientras miraba a aquel ejército maldito que se aproximaba pesadamente hacia Asgard con la única intención de propagar la muerte y la destrucción, sintió una punzada por la crueldad del destino que primero sesgaba la vida a un bebé para luego enviar su sombra a matar y destruir.

Harta de la imagen, metió la mano en el estanque y lo removió, alterando los círculos fantasmales y creando imágenes grotescas y distorsionadas donde el negro se mezclaba con el blanco y las caras se alargaban hasta romperse. La escena desapareció.

Se echó hacia atrás y sintió una desesperación que amenazaba con apoderarse de ella. Los gigantes serían reforzados por los ejércitos de Niflheim, compuestos por todos los seres de los Nueve Mundos que habían muerto a lo largo de la historia, y aquellos enormes números se encontrarían pronto en los campos de Asgard para lanzar un sangriento ataque contra los dioses. Aunque eran poderosos, Freyja no sabía si los dioses serían capaces de derrotar a todas las fuerzas combinadas que se habían acumulado en su contra. Todos habían temido la venida del Ragnarok y habían conservado la esperanza de que se evitaría, pero al parecer no sería así.

Con el peso aplastante de la desesperación, se levantó y dio media vuelta para irse.

Se giró al captar con el rabillo del ojo un destello. El estanque se arremolinaba, volviéndose carmesí y naranja, alternando y cambiando tonalidades que se mezclaban y separaban. Se tiñó por completo de colores, pero había algo más: comenzó a irradiar calor, algo que nunca antes había hecho. Incluso el calor parecía contener algo más, algo siniestro que ella no sabía nombrar.

La terrible curiosidad venció a la aprensión que sentía. Se acercó. El

estanque seguía girando cada vez más agitado. Aparecieron dos puntos de color rojo, ambos juntos y aproximadamente del mismo tamaño y forma pero aparentemente hechos de llama. Crecieron en tamaño e intensidad como si fueran ojos que se hubieran abierto. De hecho, se sentía como si la estuvieran mirando. Pero más allá había una presencia maligna, una entidad de otro lugar que le devolvía la mirada a través del agua.

Sintió el miedo atenazándola. Su estanque nunca había sido utilizado por nadie salvo ella y sólo bajo sus órdenes. Odín era capaz de comunicar de vez en cuando algún gesto o mirada a través de las imágenes, pero aún así estaba claro que sólo era consciente de ser observado; no intentaba controlar las visiones mismas ni podría haberlo hecho. Aquel ser del otro lado que utilizaba el agua para observarla irradiaba un ansia de destrucción. Un apetito destructivo más intenso de lo que ella hubiera sentido jamás.

Freyja trató de alejarse, obligando a su cuerpo a que se marchara, pero estaba como atado al estanque y a la fuerza magnética del ser. Abrió la boca para pronunciar las runas sagradas, pero ningún sonido escapó de sus labios. El pánico empezó a atravesarla cuando una tercera mancha roja apareció, por debajo y entre los dos ojos, y se intensificó cuando se alargó hasta adquirir las dimensiones de una boca. Una sonrisa malévola grabada en lo que parecía ser un rostro de llamas.

Tensando los músculos intentó forzar la voz para susurrar las palabras que acabarían con la visión del estanque. No sabía si el hechizo funcionaría incluso si pudiera decirlo, pero el poder de aquella entidad estaba goteando desde el estanque, reptando hacia sus aposentos, por lo que sintió la urgencia de evitar que cruzara hacia Asgard. No estaba segura de si lo estaba imaginando o no, pero le parecía como si el estanque se estuviera hinchando. Tuvo la certeza cuando vio los delgados hilillos de agua que se extendían por el borde y avanzaban hacia ella dispuestos en tonalidades cambiantes de naranja, rojo y amarillo.

Un gemido quedo, apenas detectable pero lleno de amenaza, coincidió con el avance de las hebras de agua. El gemido creció mientras reverberaba a través de su cuerpo, dejando en su interior ecos que empezaron a agitarla, restos del sonido que la llenaron de dolor como pequeños gusanos que

perforaran su carne.

La imagen del rostro del estanque se había ido aclarando y, al hacerlo, las llamas se habían oscurecido para parecerse más a la carne. En el momento en que reconoció aquel rostro experimentó una oleada de fuerza que le permitió liberarse del cautiverio del estanque. Pronunció rápidamente las runas pues sintió aquella presencia intentando atraparla otra vez. Las hebras inquisitivas habían perdido su cohesión, y el agua, ahora libre del control del ser, se derramaba por el suelo de piedra.

Freyja se incorporó y huyó de la habitación mientras el estanque se oscurecía y las imágenes desaparecían, dejando sin embargo un residuo que mancharía cualquier imagen que le siguiera. No importaba, pues sabía que jamás usaría el estanque de nuevo, no sólo por haber albergado a una presencia maligna sino porque nunca habría otra oportunidad para ello. El tiempo era breve e incluso ahora el Ragnarok se cernía sobre ellos.

Todas las dudas sobre el final la abandonaron mientras corría por los pasillos vacíos de su fortaleza. Tenía que hablar con Odín, aunque tal vez él ya lo supiera. Pronto sería evidente para todo Asgard y después Vanaheim y Alfheim, seguidos por Midgard y sus reinos circundantes. Para cuando todos advirtieran lo que venía hacia ellos, sería demasiado tarde.

Había sido sorprendente ver el rostro en su estanque, y más aún sentir su influencia a pesar de la distancia entre ellos, pero lo más inquietante era el segundo rostro, el que ella siempre había temido que les condujera a la destrucción y al caos. Loki había parecido más seguro, más lleno de poder y de odio que nunca.

Más amenazante todavía que los ejércitos combinados de Jotunheim y Niflheim era la destrucción total que Surt representaba, aquel cuya existencia era en parte sólo leyenda. De alguna manera, Loki había hecho manifestarse a la leyenda y le había dado forma corpórea a una fuerza de la naturaleza. Todavía peor: Surt era poco más que una extensión del propio Loki y ahora, con ese poder en sus manos, su victoria bien podría ser inevitable.

Los siervos fueron convocados y enviados rápidamente a Odín. Se preguntó si alguno de aquellos preparativos serviría de algo. Cuando Loki entrara en Asgard portando el poder de Surt, era poco probable que nada

llegara a sobrevivir.

Loki rebosaba de poder obsceno.

Estaba en el puente de un barco enorme que navegaba sin necesidad de agua o de viento, pues lo impulsaban las presencias fantasmales de los ejércitos de Niflheim. Se dirigía a Asgard.

Fenrir estaba junto a él. Loki podía sentir la ira que emanaba de su hijo, su deseo de vengarse de los que le habían hecho daño. Más abajo, se deslizaba con paso firme la enorme masa de Jormungand, cuyo estruendo y destrucción se propagaban a muchas millas de distancia en todas direcciones. La de los gigantes era una inteligencia básica, instintiva, llena de anhelo por la devastación de sus enemigos aunque no pudieran articularla en tales términos. La tercera hija de Loki permanecía en la fortaleza con Balder, su esclavo. Ella veía la batalla desde lejos, apreciando la muerte de cada dios que fuera enviado a Niflheim para ser su siervo.

Surt se revolvió en su interior, expectante ante la hecatombe venidera. Su único propósito era la destrucción y Loki podía sentirlo débil y vagamente, erizándose contra él, desesperado por romper el yugo con el que lo retenía. Si pudiera, destruiría todo lo que tocara. Loki lo mantendría a raya, lo utilizaría en contra de los dioses y, cuando ya se hubieran ido todos, lo dejaría suelto en Muspelheim, donde podría ser contenido. Sabía que no podía aferrarse a él para siempre, pero era lo suficientemente fuerte para poseerlo durante el tiempo que le llevara causar estragos entre los Aesir y sus aliados.

Los ejércitos de Niflheim —más numerosos incluso que los de Jotunheim— le presionaban con su ansia de sumar a otros a sus filas. Los había contenido a propósito, aumentando su lujuria ante la masacre que vendría y también haciéndola coincidir con el asalto de los ejércitos de Jotunheim.

Los dioses, poderosos como eran, no serían capaces de resistir todas las fuerzas alineadas en su contra. Pronto se pasearía por los campos sangrientos de Asgard, los Aesir muertos o moribundos a su alrededor, y su venganza estaría completa.

El exuberante prado entre Bifrost y las imponentes torres de Asgard estaba lleno a derecha e izquierda con los ejércitos de los Aesir, una línea clara de guerreros que marcaban el punto más allá del cual no tolerarían enemigos. Aquél era el lugar donde partirían cráneos, seccionarían extremidades y abrirían entrañas hasta que todos los que querían destruirles estuvieran muertos a sus pies.

Al frente, en el centro exacto de la línea, estaba Odín, vestido con casco y malla grises, con Gungnir firmemente empuñada y con una capa del rojo de la sangre levantada tras él por el viento. Era el rostro sombrío de la muerte, más aún por su cuerpo esquelético. Sus cuervos sobrevolaban la zona, siendo sus ojos mientras esperaban a que los gigantes cruzaran Bifrost. Sus lobos aguardaban con impaciencia a su lado, deseosos de festín.

A su derecha, empequeñeciendo a todos los guerreros de los Aesir, estaba Thor, el Tronador. Tenía a Mjolnir agarrado en la mano y el relámpago crepitaba alrededor del poderoso martillo, como si el arma en sí anticipara la batalla que se acercaba. Los ojos de Thor estaban encendidos y brillaban con energía, su barba y su pelo rojos parecían hechos de fuego y su armadura daba la impresión de no poder contener su masa.

A la izquierda de Odín estaban el manco Tyr, con una espada en la mano que le quedaba y el escudo brillante atado al otro brazo, y Frey, vestido con una armadura de batalla Vanir pero con la espada todavía enfundada, más sereno y menos intensamente centrado, a diferencia de los Aesir a su alrededor. Junto a él estaba su hermana Freyja, vestida con una armadura similar pero con la espada desenvainada. Preparados para la batalla de manera tan similar, los gemelos eran difíciles de distinguir entre sí con sus delicadas facciones.

Distribuidos por toda la primera fila estaban los otros Aesir: Frigg, la madre de Balder y esposa de Odín; Magni y Modi, los hijos de Thor y Sif junto a la propia Sif; Ull el arquero, con su trabajado arco de tejo y sus flechas hechas con astas de hueso; Vali y Vidar, los hijos de Odín; Forseti, el hijo de Balder; Bragi, el poeta; Honir, liberado de su vínculo de guerra con los Vanir para fortalecer aún más los lazos entre los Vanir y los Aesir. Junto a

ellos, cientos de asgardianos, cada uno diestro y feroz en la batalla, cada uno deseando derramar sangre gigante.

Detrás de las primeras filas de los dioses estaban los einherjar. Los guerreros grotescos ansiaban la sangre todavía más que sus señores. Desde el momento en que cada uno de ellos llegó a Valhalla no habían hecho más que luchar. Cada día una letanía de batalla donde se ensangrentaban entre sí en anticipación del Ragnarok. Cada noche una fiesta donde los que había sobrevivido al día elevaban copas y tazones por los caídos. Y cada mañana todos se levantaban, los que habían sobrevivido y los que habían muerto, para luchar de nuevo. El ciclo se repetía cada día y siempre con el Ragnarok en el horizonte. Para eso habían sido llevados a Valhalla. Saboreaban la idea de que por fin podrían saciar su sed con la sangre de los enemigos de los dioses.

La valkirias estaban por todas partes, fantasmagóricas como sus monturas, diseminadas entre las legiones de los einherjar. Las doncellas no permanecían en un solo lugar sino que desaparecían y reaparecían entre los ejércitos concentrados. Cada una estaba armada con una espada y un arco, y podían participar tanto en atroz combate cuerpo a cuerpo como sesgar al enemigo desde lejos con flechas espectrales.

Los Aesir estaban acompañados por los ejércitos de los Vanir, los dioses místicos de Vanaheim que en algún momento habían sido sus más acérrimos adversarios. Ahora los dos grupos, aliados incómodos durante mucho tiempo, habían dejado a un lado todo rencor por las viejas heridas y se habían unido para enfrentarse al enemigo común que los amenaza a ambos. Traían con ellos sus hechizos y brujería, su dominio de todos los seres vivos. Habían sido enemigos temibles; ahora serían igualmente devastadores como aliados.

Y sin embargo todos estos ejércitos juntos sólo equivalían a una pequeña parte de los ejércitos de Jotunheim. Incluso ahora podían oír a los gigantes pisando fuerte sobre Bifrost, fila tras fila de enormes e imponentes criaturas del caos con la intención de destruirlo todo a su paso. Un malestar silencioso se propagó brevemente por los ejércitos, sólo para ser reprimido por la tranquila y concentrada ferocidad de los Aesir en la vanguardia. Aquellos dioses eran las anclas de las que todos los demás dependían. Su firmeza prestaba fuerza a los que les rodeaban.

Los ejércitos estaban en silencio. El tiempo para el ruido y la batalla y la muerte llegaría pronto. Por ahora, se mantenían firmes y esperaban.

La marcha de pies colosales sobre Bifrost era todo lo que Heimdall podía oír mientras permanecía en el borde del puente, a la espera de los gigantes, junto a sus escasas docenas de sirvientes. Las espadas estaban desenvainadas y los rostros eran sombríos y decididos. Juntos, formaron un muro que separaba el extremo de Bifrost de la llanura que conducía a Asgard. Los gigantes tendrían que romper ese muro para tener acceso y Heimdall no permitiría que eso sucediera mientras tuviera aliento en el cuerpo.

Los llevaba viendo durante leguas, mucho antes incluso de poner un pie en Bifrost, pero, al ir cerrando la distancia una legión tras otra de gigantes, pudo apreciar lo grandes que eran. Y los números eran aún más desalentadores: al aparecer las primeras moles a la vista del retén de Heimdall, éste oyó jadeos apenas audibles de la boca de los valientes guerreros, y la procesión tortuosa de enemigos abarcaba tanto la totalidad del puente como la tierra que conducía a él. Heimdall ni siquiera sabía que existían tantos gigantes y, pese a su carácter intrépido, era intimidatorio pensar que marchaban sobre Asgard.

A medida que la primera ola se acercaba, se armó de valor y apretó más fuerte su espada. Fuera cual fuese el resultado, al menos demostraría ser una batalla para que la cantaran los escaldos.

Había espacio suficiente en Bifrost para que los gigantes marcharan en filas de a diez. Puesto que el pequeño grupo de Heimdall estaba distribuido como ellos, hombro con hombro en cuatro filas, para los gigantes sería difícil flanquearlos a menos que rompieran efectivamente a través de las líneas de guerreros. Aunque probablemente serían capaces de hacerlo, les costaría muy caro, pues sus hombres cavarían con acero la carne gigante.

Se preguntó si sería capaz de detener a todos los ejércitos allí, en Bifrost, destrozando la totalidad de Jotunheim en una batalla gloriosa que le ganaría la envidia de todos los Aesir. Sonrió ante la idea. Remover las entrañas de Thor con los celos y negarle un papel en esa batalla sería sumamente

satisfactorio, pues siempre hubo competencia entre los Aesir para decidir quién era el guerrero más fuerte, audaz y feroz. Heimdall había presenciado la furia de Thor cuando se le impedía combatir, y tanto él como los demás se habían burlado bastante del Tronador. Si pudiera conseguirlo hoy...

Pese a lo divertida que era, descartó aquella idea. Si pretendía conservar su posición y mantener a los gigantes fuera de la tierra sagrada de Asgard, tendría que emplear toda su atención.

La primera línea de gigantes se acercaba. En su mayoría eran del mismo tamaño —al menos tan altos como un árbol—, pero había algunos que duplicaban esa altura y poseían además un aspecto todavía más bestial. Heimdall vio el peligro y examinó las caras de sus hombres.

—¡Manteneos firmes en la línea! —gritó—. ¡Mantened las filas selladas para que no puedan pasar! ¡Dejadme los grandes a mí! —Advirtió sus gestos serios y decididos y se giró hacia los gigantes. Se habían detenido, tomando la medida a la pequeña fuerza que se interponía entre ellos y Asgard. Estaban primitivamente armados con garrotes, martillos y puños desnudos, confiando en su tamaño descomunal para aplastar a sus enemigos. Heimdall observó las miradas de exceso de confianza: sonreían, se echaron a reír, e incluso señalaron con sorna a la pequeña fuerza que les hacía frente. Estaba claro que consideraban que aquélla era una batalla fácil y de conclusión inevitable.

Sin previo aviso, soltaron gritos de guerra que sacudieron el cielo y se lanzaron al ataque, blandiendo armas y puños en alto. El grupo de Heimdall se mantuvo firme y esperó el ataque.

La primera oleada de gigantes encontró el acero furioso de los asgardianos y la sangre salpicó al aire y bajó de nuevo como una espesa lluvia roja. La primera línea fue empujada hacia atrás por los golpes de puños y garrotes de los gigantes. Varios hombres cayeron, pero las filas de atrás subieron rápidamente y llenaron los agujeros, manteniendo la formación. Los hombres, aunque irremediabilmente superados en fuerza y número, compensaban sus deficiencias con furia y destreza.

Las primeras filas de asgardianos mutilaron piernas de gigantes con tajos amplios; las filas traseras apuñalaban las entrañas por medio de golpes cortos y rápidos; las manos y los dedos eran amputados al tratar de agarrar y

aplastar a los molestos insectos que los desafiaban. El impulso inicial de los gigantes los había llevado adelante con fuerza, y habían logrado que la línea de los de Asgard retrocediera, pero donde ésta resistía se convertía en un ensamblaje de puñaladas y acero mordiente que hacía sangrar allí donde golpeaban sus docenas de agujones.

Los gigantes trataron de retroceder, pero la fuerza de los cuerpos que empujaban detrás los devolvía a la línea mientras las espadas y hachas continuaban cortando y saizando todo lo que tocaban. Al caer, algunos rugiendo y gritando de dolor y amarga frustración, crearon una barrera para los que estaban detrás, y los asgardianos fueron capaces de utilizar esos cadáveres gigantes como barreras desde las que atacar. El fervor de los asgardianos aumentó al caer gigante tras gigante, y sus hojas mordieron más profundo, golpearon más fuerte y cortaron más rápido. Ese furor encolerizó a los gigantes que aún no habían logrado llegar a ellos pero que podían ver a esas pequeñas criaturas arrasando a sus hermanos. Redoblaron sus esfuerzos para alcanzarlos, empujando así cada vez más a los gigantes del frente entre los dientes lacerantes de los asgardianos.

Heimdall vigilaba a los más grandes mientras derribaba adversario tras adversario. Avanzaba y tiraba los cuerpos caídos a un lado, haciendo hueco para los demás. Había matado ya a dos de los más colosales, pero había muchos más atrás que podían alcanzar o incluso pasar por encima de los de la primera línea para meterse entre las filas asgardianas.

Cortó el brazo a un gigante por el codo y luego le hundió la espada en el costado hasta la empuñadura. Se roció de sangre mientras sacaba la espada y la criatura cayó sobre la pila de gigantes muertos. Heimdall sintió el suelo retumbar cerca y se volvió para enfrentarse a la amenaza, pero era demasiado tarde. El gigante lo recogió brutalmente con su mano tosca, haciéndole sentir y oír cómo se le rompían las costillas. Luego se lo llevó a la boca, decidido a comérselo o simplemente a partirlo por la mitad.

Luchó por soltar el brazo del arma del abrazo y, cuando el gigante se lo acercó a las fauces, lo apuñaló directamente en el ojo con su espada recién liberada. La criatura gritó e instintivamente dejó caer a Heimdall, pero él se aferró al acero con una mano mientras se daba la vuelta y lo agarraba también

con la otra. El gigante se sacudió violentamente y tropezó con los cadáveres de los caídos mientras Heimdall colgaba de la espada todavía incrustada en el ojo.

El coloso se desplomó de bruces y el impacto le introdujo el acero profundamente en el cerebro, matándolo al instante. Heimdall, sin embargo, quedó atrapado debajo y se estrelló contra el suelo, soportando el peso del enorme cadáver. Tras largos minutos, siguió sin levantarse.

La línea de asgardianos resistió, ajenos en su mayoría a todo salvo a la necesidad de cortar, acuchillar y apuñalar cualquier carne gigante que se acercara, sin saber de la caída de su líder. Sin embargo, varios de los gigantes más grandes avanzaron y retiraron los cuerpos, creando una abertura. Al entrar un gigante enorme en el agujero creado en la barrera, varios guerreros se apresuraron a cubrirlo con sus espadas destellantes. Hicieron cortes profundos en la pierna de su enemigo y fueron recompensados con un rugido de dolor e ira que fue seguido poco después por un pisotón del otro pie, que los aplastó en el suelo.

Las filas de atrás se adelantaron y atacaron al brutal gigante, pero la brecha fue suficiente para que algunos de los más pequeños la atravesaran y se enfrentaran a los hombres. A medida que los guerreros luchaban contra los gigantes más pequeños, que sin embargo se alzaban por encima de ellos, el descomunal coloso se agachaba y recogía un hombre tras otro, aplastando a unos con sus manos y derramando su sangre y sus vísceras con su puño apretado, arrancando las piernas de otros y mordiendo la cabeza de algunos más.

Finalmente la línea se rompió y los guerreros cayeron sobre los gigantes que intentaron sobrepasarla, pero se vieron obligados a luchar en dos frentes, pues la línea de gigantes continuaba presionando hacia adelante. Lucharon valientes y desesperados y muchos, muchos fueron los gigantes masacrados. Pero lentamente, uno a uno, los hombres fueron aplastados, golpeados, pisoteados, desmembrados e incluso devorados, y con cada muerte un guerrero tenía muchos más enemigos con los que lidiar.

Cuando el río de legiones ávidas de muerte atravesó el sangriento campo de batalla, nadie se detuvo a contemplar los cientos de colosos muertos ni las

pocas docenas de guerreros asgardianos que ahora no eran más que cadáveres dispersos y quebrados como manchas de sangre sobre el una vez exuberante campo. Ningún hombre sobrevivió y, pese al tránsito incesante de enemigos sobre la llanura, Heimdall no se movió del lugar donde había sido aplastado bajo el peso enorme del gigante.

Capítulo veintiséis

Los dos ejércitos, uno inmensamente superior al otro en número, se dispusieron frente a frente en una llanura esmeralda. Tyr no podía creer que existieran tantos gigantes: se extendían hasta donde alcanzaba la vista, masa tras masa, cada uno al menos el doble de alto que Thor y muchos tan grandes que hasta el propio Tronador apenas medía lo que sus pulgares.

Los ejércitos de Asgard estaban silenciosos y melancólicos, observando a sus enemigos a través del campo con rabia y resignación. Una vez que la batalla estuviera en marcha, dejarían volar los cantos de guerra y gritos de furia, pero, por el momento, reinaba el silencio. Los ejércitos de Jotunheim, como salvajes que eran, se entregaban en cambio con entusiasmo al comportamiento ruidoso y burlón. Se trataba tan sólo del prelude, de un intento de intimidar, por lo que no avanzaron todavía. Pero pronto lo harían y la sangre teñiría el campo de escarlata.

Aunque sabía que era imposible, Tyr buscó entre las filas cualquier signo de Fenrir. No lo vio, pero eso no quería decir que no estuviera allí. Sin embargo, no sentía la presencia de la bestia, y estaba bastante seguro de que la sentiría si el lobo estuviera cerca. Necesitaba encontrarse con ese enemigo en el campo de batalla y mataría a la totalidad de Jotunheim para llegar a él si era necesario. Ya no podía descansar sabiendo que Fenrir estaba en algún sitio burlándose de él y mofándose de su vieja herida.

En los momentos anteriores al comienzo de la carga sobre los ejércitos de Asgard se hizo súbitamente el silencio entre los gigantes. Los dioses y sus

aliados mantuvieron su posición con firmeza, empuñando el acero, sabiendo que las primeras filas de colosos serían las primeras de muchas en morir a sus manos. Era posible que hubieran superado al retén de Heimdall, pero ahora tenían delante a los dioses de la guerra y no tardarían en averiguar lo que significaba enfrentarse a ellos.

A medida que el ejército gigante se acercaba, Tyr notó algo en el cielo, justo por encima de la franja de árboles, que llamó parcialmente su atención a pesar de la inminente amenaza de los colosos. Era un brillo en el aire, seguido de la materialización de la nave más grande que había visto en su vida, flotando en lo alto, en la brisa. Todos los allí convocados se detuvieron un instante, incluso los gigantes, mientras el barco se hacía más plenamente corpóreo. Tyr sintió que lo recorría una mezcla de rabia y angustia: de pie al timón estaba Loki, aunque tenía algo distinto, y junto a él había un lobo enorme.

Había crecido mucho desde la última vez que Tyr lo había visto, pero aún así era, sin lugar a dudas, la misma bestia que había masticado su mano hacía muchos años. Tyr cerró más fuerte su puño y apretó la mandíbula. En aquellos últimos segundos antes del choque violento de los ejércitos, su sed de sangre se multiplicó por diez.

El breve respiro ante la aparición de la nave concluyó cuando los gigantes volvieron a la carga. Una oleada de temor recorrió los ejércitos de los dioses cuando todos los muertos provenientes de Niflheim cayeron en cascada de la nave justo en medio de ellos mientras la ola de gigantes se estrellaba contra las primeras filas.

El torrente de muertos fantasmales parecía interminable, pero las huestes combinadas de los einherjar y las valkirias les plantaron batalla. Las sombras del inframundo se abalanzaron sobre todos los rivales que encontraron, superando su falta de habilidad con la fuerza aplastante de sus números. Cada einherjar era acosado por diez o más de aquellas almas muertas que les arañaban, mordían y golpeaban con todas las armas que tenían, desde cuchillos y palos hasta hachas e incluso con los huesos desnudos de sus dedos. Se defendieron ferozmente: cada uno de los guerreros escogidos a mano para Odín estaba acostumbrado al dolor y a la lucha gracias a la

implacable rutina de batallar, morir y resucitar para luchar y perecer de nuevo. Escindieron las cabezas de las sombras con sus espadas, aplastaron sus cráneos y huesos con pesadas hachas a dos manos y con largas dagas les arrancaron las tripas que les quedaban.

Las valkirias entraban y salían de acción sobre sus pálidos corceles, apareciendo en un lugar con una hoja brillante para cortar brazos, piernas o cabezas, y luego apareciendo con la misma rapidez en otra parte para apuñalar a un enemigo en su cuenca ocular, enorme y vacía. Casi todas se mantuvieron ilesas gracias a su velocidad, pero no siempre pudieron evitar las manos y las garras de los muertos que las buscaban incesantes. Las valkirias, una vez que se volvían corpóreas para golpear, resultaban ser vulnerables al contraataque. Algunas fueron asaltadas en mitad de un tajo, el brazo con el que manejaban la espada inmovilizado bajo el peso de veinte o más demonios que las arrastraron al suelo, tirándolas de sus monturas y acumulando sobre ellas brazos batientes y dientes afilados. Las que así cayeron no se levantaron de nuevo, y sus corceles, privados de la dirección de sus doncellas guerreras, también fueron arrastrados y mutilados sin piedad.

Los dioses estaban fuertemente presionados por la multitud de gigantes que se les venía encima y ni siquiera pudieron ver los estragos que tenían lugar detrás de ellos. Cada uno de los dioses ya se encontraba rodeado por decenas de gigantes a los que había matado, pero los que quedaban eran innumerables. Mantuvieron la línea con fiereza, apoyados desde atrás por los einherjar, que apuñalaban y golpeaban con la saña nacida de una eternidad de luchas sangrientas, y por las valkirias, que aparecían de repente gritando para enviar sus espadas sobre la carne de un gigante y luego desaparecían con la misma rapidez para atacar a algún otro.

La espada de Tyr cortaba sin piedad a través de las piernas de un coloso, gruesas como árboles, haciéndole caer tambaleante junto a docenas de sus parientes sobre un suelo de sangre y lodo. Con la velocidad del rayo y movimientos precisos enviaba la espada dentro y fuera de los cuerpos de los enemigos que se aproximaban mientras esquivaba con facilidad sus torpes ataques. Un gigante todavía más grande usó un tronco a modo de porra para golpearle. Él se colocó a su derecha y lo esquivó justo en el momento exacto.

El árbol impactó a un gigante más pequeño directamente en el pecho, rompiéndole las costillas y enviándolo hacia atrás contra el suelo. Tyr lanzó un tajo alto y le arrancó la mano izquierda al gigante. Al grito de dolor y de ira le siguió una lluvia de sangre y la caída del tronco del árbol. El gigante se había estirado instintivamente, por lo que sus áreas vitales quedaron expuestas. Tyr apuñaló en la ingle a la criatura, que se dobló y cayó al suelo, sangrando y herida de muerte.

Oyó un gruñido detrás de él, un sonido más bestial que los producidos por los gigantes. Se dio la vuelta justo a tiempo, esquivando la acometida de una bestia salvaje de dientes afilados y rozándola con su espada, que dibujó una herida superficial en el bajo vientre de la criatura. Fue recompensado con un aullido de dolor y se giró una vez más, enfrentándose de cara a la bestia, deseoso de continuar con la lucha que había planeado durante tanto tiempo.

El ardor quedó rápidamente reemplazado por la decepción. Se trataba de una enorme criatura parecida a un lobo, con mandíbulas babeantes y músculos tensos bajo la piel manchada y negra, pero no era Fenrir.

Había oído historias sobre aquel engendro. Era Garm, una bestia inmunda que custodiaba la entrada —y la salida— de Niflheim. Criada por Hel, atacaba a cualquier cosa que pensara que podía matar, ya fuera dios o demonio. A medida que lo encaraba, las mandíbulas de la bestia se abrieron, derramando saliva caliente por el suelo. Se preguntó si habría alguna inteligencia tras aquellos ojos rojos, o si se trataba simplemente de pura hostilidad y rencor.

No tuvo mucho margen para reflexionar antes de que se lanzara contra él. Se hizo a un lado con destreza y anotó otro corte superficial en el sabueso. Por detrás, un gigante trató de agarrarlo y fue recompensado con su espada en la garganta, pero su atención se desvió lo suficiente para que Garm le hundiera las mandíbulas en la parte posterior de la pierna, haciéndole sentir rayos al rojo vivo atravesándole el cuerpo. Utilizando los enormes músculos de los hombros, Garm torció bruscamente la cabeza a la derecha y le arrancó a Tyr un trozo ensangrentado de pierna.

Tyr gritó, más de rabia que de sufrimiento, aunque le dolió casi tanto como cuando Fenrir le amputó la mano. Atacó, ignorando sus movimientos

normalmente precisos y calculados a causa de la ira y la furia. La hoja falló, pero el puño destrozó el hocico del perro y varios dientes rotos cayeron al suelo. Garm no reaccionó ante el dolor. En cambio, apretó con fuerza la mandíbula tras situarla alrededor del brazo de su atacante. El perro oyó y sintió el crujido de los huesos cuando sus dientes se clavaron en la carne del brazo de Tyr.

Garm no abrió las mandíbulas, sino que torció de nuevo con fuerza cuello y cabeza, levantando a Tyr del suelo y lanzándolo a tierra. Atrapado bajo el sabueso con el antebrazo todavía en las fauces de hierro de la bestia, se vio obligado a recurrir a tácticas de fuerza bruta para liberarse. Golpeó al sabueso una y otra vez con el extremo de metal de su brazo manco y con toda la contundencia que pudo reunir. Al principio, los ataques sólo enfurecieron al perro, que sacudió a Tyr y le provocó dolores que le recorrieron el cuerpo cada vez más intensamente y que le hicieron difícil golpear a la bestia con toda su fuerza.

Al cabo, fue capaz de colocar su pie bajo el cuerpo de Garm y empujar hacia arriba. El perro, perdiendo su punto de apoyo, aflojó involuntariamente los músculos de la mandíbula. Tyr rodó y se colocó sobre la criatura y le rompió una y otra vez el extremo metálico de su brazo manco contra el lateral del rostro. Aún así la bestia no cedió y el rasguño de sus garras se hundió a través de la armadura y el pecho de Tyr, dejándole profundos surcos sangrientos.

Ambos rodaron por el suelo sin que Garm soltara el brazo de Tyr, que ya estaba a punto de partirse en dos por la intensa y aguda presión de las mandíbulas del sabueso. Sangrando profusamente por la herida y lleno de intensa agonía ante cada giro y movimiento, Tyr cambió de estrategia. En lugar de tratar de liberar su brazo de la mandíbula de Garm, comenzó a forzarlo dentro del hocico de la bestia.

Garm, sorprendido por ese cambio repentino, liberó un poco la presión en el antebrazo, aunque los afilados colmillos aún se mantuvieron firmes en la carne de Tyr. Con nervios de acero, Tyr se inclinó y metió el codo en la garganta de Garm. Juntó el peso de su cuerpo y toda la fuerza que pudo concentrar y se apoyó contra la tráquea de la bestia. Garm luchó

salvajemente, hundiendo sus garras en Tyr y abriéndole surcos en la coraza y en el pecho, pero no pudo desembarazarse del dios o liberar la presión de su garganta.

Sangrando por las profundas heridas de su torso así como por los graves cortes de su ya inútil antebrazo, Tyr convocó cada pizca de energía que le quedaba y apretó aún más la garganta de Garm. Las convulsiones del sabueso aumentaron salvajemente durante unos instantes. Luego, el animal se calmó y finalmente se detuvo cuando la oscuridad desde donde había sido engendrado lo reclamó de nuevo.

Cubierto de sangre y sudor, más débil de lo que recordaba haber estado jamás, Tyr le abrió las fauces y retiró su brazo destrozado. Su mano colgaba lánguidamente al final y el hueso astillado y roto era visible en medio de carne desgarrada y sangre goteante.

Vio su espada tendida sobre el cadáver retorcido de un gigante y se acercó cojeando a reclamarla, sin entender que ya le era inservible. De pie sobre ella, se agachó para levantarla por instinto cuando la sombra cayó sobre él. Se giró para ver el ceño enojado de un gigante cubierto de sangre que aferraba un hacha enorme con cabeza de piedra. El hacha bajó demasiado rápido para que su cuerpo herido y exhausto pudiera esquivarlo. La cabeza de piedra encontró la carne y los huesos del dios con una fuerza irresistible y los aporreó hacia el suelo. Todavía algo consciente, Tyr volvió la cabeza y le pareció ver otro lobo en el borde de su visión, encaramado y observando con una sonrisa en su largo hocico. A continuación, el hacha cayó de nuevo sobre Tyr y borró su existencia de los Nueve Mundos.

El Tronador era un muro en sí mismo, apenas sin necesidad de ningún otro dios para mantener una línea contra los gigantes. Mjolnir brilló una y otra vez, dejando una estela de destrucción mientras surcaba a través de los cerebros de los gigantes, dejándolos caer al suelo y regresando a la mano de Thor justo a tiempo de romper piernas o aplastar costillas con movimientos arrolladores. Mientras luchaba, los truenos ensordecían a quienes lo rodeaban, desgarrando los tímpanos de amigos y enemigos por igual y

haciendo volar las manos en agonía a ambos lados de la cabeza. Los rayos caían de las nubes, reventando los cuerpos de algunos y abrasando la carne de docenas.

Incluso sin Mjolnir, Thor era una fuerza formidable. Capturó la maza de un gigante en mitad de un golpe y lo tiró al suelo sin soltar el arma. Levantó a otros que intentaron atacarle y luego los arrojó contra sus camaradas. Los puños de Thor rompieron los huesos de los gigantes, sus botas abrieron anchos surcos en el suelo y sólo con sus gritos hizo temblar a sus enemigos. No tuvo que luchar demasiado antes de que los gigantes se preguntaran si era siquiera posible derrotarlo.

Cautivados por su radiante energía, los guerreros muertos de Niflheim lo buscaron. Al romper la rodilla de un gigante y golpearle con Mjolnir en la cabeza mientras yacía en el suelo, se vio superado por un enjambre de muertos. Se vertieron sobre él como el oleaje, por cientos, cada uno débil y frágil pero compensando sus naturalezas mezquinas con cifras brutales. Derribaron a Thor y continuaron acumulándose sobre él, cada adversario mordiendo, arañando y golpeando todo lo que podía alcanzar, incluyendo a los demás guerreros muertos. En aquel ataque frenético, Thor quedó enterrado bajo la avalancha de guerreros caducos.

Un estallido violento abrió un túnel a través de los muertos; las extremidades y la carne salieron disparadas al liberarse Mjolnir. Todo un lateral de la pila se desplazó entonces y los muertos se derramaron por el suelo, cada uno luchando infructuosamente por recuperar la posición. De todas partes surgían violentamente los troncos y las diversas partes del cuerpo, haciendo que temblara el túmulo montañoso.

Por último, la pila de guerreros de Niflheim fue desplazada hacia adelante y la mayoría de ellos se vino abajo. Thor era ahora visible y estaba desgarrando guerreros muertos con sus propias manos, olvidándose de los ataques que se le adocenaban. Mjolnir regresó a su mano y lo hizo volar de nuevo. Golpeó a decenas de guerreros, abriendo agujeros a través de sus cuerpos, que se desplomaban incapaces de levantarse.

Cuando una vez más Mjolnir volvió a estar en su poder, Thor lo sostuvo en alto y el rayo salió del martillo en múltiples arcos, alcanzando a decenas

de guerreros, friendo su carne pútrida y desmembrando sus cuerpos. Cuando el humo se disipó, Thor estaba solo ante decenas de gigantes que todavía luchaban. Por primera vez tuvieron miedo.

El suelo se agitó y todos los que estaban cerca de Thor —decenas de gigantes y cientos de otros guerreros— fueron arrojados al suelo ante la fuerza del ataque. Durante un breve instante, el sol fue borrado del cielo por una enorme sombra que se cernía en las alturas. Thor se alzó rápidamente con la incertidumbre cubriendo su rostro una primera vez al girarse para ver el origen de la sombra.

Apenas tuvo tiempo para la impresionante visión de la descomunal serpiente antes de que se estrellara sobre él, atacándolo con las fauces primero y clavándolo en el suelo, que tembló varias leguas a la redonda y agitó el campo de batalla tan intensamente que todos los reunidos se preguntaron si realmente estaban experimentando el final en ese momento. Jormungand continuó hundiendo a Thor en la tierra, atrapado en la trampa de sus mandíbulas, hasta que la cola de la serpiente desapareció en el agujero que había creado.

Durante largos minutos, el campo de batalla se agitó como si sufriera un terremoto, arrojando a los combatientes al suelo igual que si fueran niños. El trueno rugió desde debajo de la tierra, aunque nadie sobre la superficie podía afirmar si era el propio Thor o era la presión brutal de la serpiente golpeando la roca y todo lo que yacía bajo la tierra de Asgard. La batalla prosiguió pero con inquietud. Los guerreros se enfrentaban a cada temblor subterráneo con la sospecha que en cualquier momento Jormungand podría alzarse del suelo y matarlos a todos a su paso.

Cerca de donde la serpiente se había clavado en el suelo surgió una violenta erupción de roca pulverizada que golpeó y mató a los combatientes más próximos e hirió a muchos otros. La siguió un gran penacho de polvo que oscureció la visión de todos en los alrededores inmediatos.

Cesó entonces la batalla, pues todo guerrero en el campo deseaba conocer el resultado de la lucha y si el Tronador había sido derribado al fin por la serpiente de Midgard. Los Aesir más próximos temían lo peor y valoraron las consecuencias de perder al guerrero más poderoso que habían visto los Nueve

Mundos. Sus temores se hicieron realidad cuando el polvo y la suciedad se asentaron y se distinguió la cabeza de la enorme serpiente sobresaliendo del agujero que había creado, sin ninguna señal visible de Thor.

Los vítores de los gigantes eran ensordecedores y la trascendencia de la pérdida pesaba en el alma de los asgardianos restantes como una piedra de molino. Lucharían, y los gigantes y los guerreros muertos caerían por miles, pero, por primera vez, la derrota no era sólo una posibilidad remota.

Pero los vítores se calmaron cuando los ejércitos del caos no notaron ningún movimiento de la serpiente. Su cabeza tan sólo reposaba allí, sus ojos sin párpados, abiertos aunque inmóviles. Se hizo el silencio cuando la cabeza empezó a moverse ligeramente y quedó claro que el movimiento no nacía de su propia voluntad. Algo la movía y todos los reunidos allí cayeron entonces en la cuenta de que Jormungand ya no estaba viva.

Debajo de la cabeza había una figura diminuta, minúscula en comparación con el enorme reptil. Pero aquella figura alzaba los brazos con la serpiente sobre su cabeza y el destello blanquiazulado de un relámpago se veía en sus ojos.

Fue el turno de los vítores asgardianos y, aunque su número era mucho menor, el sonido que brotó de sus labios eclipsó completamente al de los gigantes.

Thor arrojó lejos la cabeza de la serpiente, evidenciando ahora su cuello torcido y el cráneo roto. Con Mjolnir todavía en su puño, el Tronador se tambaleó nueve pasos hacia adelante y luego se desplomó de bruces en el polvo y permaneció inerte.

El Tuerto estaba cerca; Fenrir podía sentirlo a través de la muchedumbre. El lobo había atravesado a los einherjar con furia, despedazando torsos y extremidades para dejar tras de sí un rastro de sangre y desmembración, mientras en su piel quedaba una capa resbaladiza de sangre. Sabía que el Tuerto estaría cerca de sus apreciados guerreros y si el lobo mataba suficientes, tal vez Odín lo buscaría para su pesar.

Al merodear por los campos ensangrentados, atacando a víctimas

inocentes con sus mandíbulas de hierro cuando veía la oportunidad de matar a más de aquellos asgardianos, apareció súbitamente frente a él una doncella pálida, protegida con una armadura y blandiendo una espada ancha, que cargó con determinación contra su cabeza. Se agachó justo a tiempo y sintió el agujijón de la espada arrancándole la punta de una oreja.

Entonces Fenrir saltó como un resorte, más rápido de lo que debería ser capaz un animal de su tamaño, capturando a la doncella, desprevenida para el contraataque. Sus patas golpearon la coraza, tirándola del caballo, y sus descomunales mandíbulas se cerraron sobre la cabeza y partieron su cráneo como harían con un frágil huevo. Lo escupió y se volvió hacia el caballo asustado, desgarrando su garganta de un brutal mordisco. Los cadáveres del caballo y la doncella se desvanecieron en la nada mientras el lobo avanzaba a través del laberinto de muertos y curtidos guerreros.

Apartó un monte de gigantes exánimes con lanzas que sobresalían de sus gargantas y vio una figura demacrada y delgada que vestía de malla gris, tenía dos lobos a su lado y empuñaba una siniestra lanza de batalla que goteaba sangre coagulada. Parecía la muerte encarnada y Fenrir se preguntó cómo alguien podía rendir culto a aquel dios maligno que se aprovechaba de los débiles, que robaba bebés de los pechos de sus madres y que encadenaba y torturaba a los que amenazaban su tiranía. El Tuerto no iba a sobrevivir aquel día, pensó, y saboreó la idea de que sus mandíbulas pronto estarían en torno a su garganta.

Se encargaría primero de los lobos. Una presión rápida rompería la columna vertebral y después lanzaría sus cuerpos flácidos a los montículos de cadáveres a su alrededor. Luego trataría con El Tuerto y tendría siempre cuidado de su lanza. No subestimaría a ese dios: Fenrir se movería con cuidado, golpeándolo en el momento justo, eviscerándolo y engullendo sus entrañas mientras poco a poco moría a sus pies.

El dios le hizo frente. Sus lobos gruñeron y adoptaron una actitud salvaje, preparados para saltar a la orden de su amo. El Tuerto hizo algo extraño: colocó una mano sobre uno, calmándolo, y habló en voz baja al otro. Los lobos dejaron de gruñir y súbitamente se alejaron de su lado, desapareciendo en medio del caos que les rodeaba.

Cauteloso por si volvían, Fenrir avanzó lentamente mientras tomaba la medida al dios. El Tuerto simplemente se quedó allí, con la lanza apuntando hacia arriba y la base apoyada en el suelo a sus pies. Parecía completamente indefenso ante cualquier ataque.

Fenrir le gruñó:

—Mueres hoy.

—Sí —respondió.

Atento ante un posible truco, olfateó el viento para ver si alguno de los otros Aesir estaba cerca, planificando un ataque, y decidió que aunque fuera una trampa, un ataque rápido seguía siendo la mejor manera de abatir a Odín. Incluso si su carga inicial no tenía éxito, quedaría en una posición ventajosa y quizá quienquiera que esperara atacarle sería menos agresivo si estaba tan cerca de su líder. Apoyando sus garras sobre la hierba resbaladiza, se precipitó dando un salto hacia adelante.

El Tuerto cayó bajo su peso como un viejo arrugado. Sorprendido de que no hubiera ningún contraataque, Fenrir dudó durante el menor de los instantes, dándose de repente cuenta de que ése podría haber sido su plan, que podría haber sido atraído tan cerca para que Odín pudiera atravesarle con la lanza o lidiar con él mientras sus aliados le atacaban desde sus escondites.

Pero en ese breve instante de pausa y arrepentimiento no pasó nada. El dios estaba tendido bajo el lobo: sus patas contra el pecho y su aliento ardiente en el rostro. Por más perplejo que estuviera, no era capaz de ver ninguna razón por la que no debiera proseguir su ataque. Sus mandíbulas se cerraron en torno a la garganta de Odín y le arrancó un pedazo sangriento con una rápida sacudida de los músculos de su poderoso cuello.

El dios gimió de dolor y sus ojos le dieron vueltas en la cabeza, pero no ofreció resistencia. Mantuvo los brazos extendidos en el suelo, en una pose casi incitante. Desatado por el deseo de sangre, sus fauces se sumergieron de nuevo, destrozando la malla y abriendo surcos en el torso. La piel se rasgó, las costillas se partieron y la sangre le brotó por todas partes, pero aún así el Tuerto no intentó resistir o suplicar siquiera por su vida.

Envalentonado y frenético, Fenrir redobló sus esfuerzos, abriendo al dios en canal y engullendo grandes pedazos de él allí mismo, en medio del campo

de batalla. Cuando hubo terminado, la vida casi había desaparecido del dios, y la mayoría de sus entrañas estaba ahora dentro del lobo. Sin embargo, a pesar de que no duraría mucho, persistía en él una pequeña chispa de vida.

Fenrir le miró a los ojos. Odín musitó algo, pero el lobo no pudo oírlo. Más confundido que saciado, la venganza, que tanto tiempo había anhelado, se tornó amarga sin darse cuenta. Se volvió y dejó al viejo idiota morir solo.

Montada sobre Sleipnir, Freyja se encontró en la base de Yggdrasil. Estaba confundida y angustiada: no quería abandonar la batalla y dejar a los suyos a su suerte frente a los ejércitos del caos. Si a pesar de la aplastante adversidad se pudiera alcanzar la victoria, todos serían necesarios para entregar su último aliento defendiendo Asgard. Si tuvieran que perder, entonces quería morir con ellos, no escapar como una cobarde de la muerte y la destrucción. Ella no era uno de los Aesir, pero eso no quería decir que se escabullera de una batalla, y Odín lo sabía.

Todo iba tan bien como se podía esperar, probablemente porque ella parecía una amenaza menor que los Aesir, lo que jugaba a su favor, ya que era capaz de utilizar su magia para atacar desde lejos sin que sus enemigos se dieran cuenta de que era ella la que atacaba. Dejád que Thor y Tyr atrajeran a los gigantes con sus diestras armas; ella les ayudaría a matarlos sin que siquiera se dieran cuenta de que estaban siendo ayudados.

Odín había sido insistente. Lo había encontrado de repente junto a ella, durante una pausa en los combates a su alrededor. Había aparecido de la nada; Freyja ni siquiera sabía que estaba cerca.

Tomando su brazo suavemente, le había dicho:

—Sleipnir vendrá por ti. Tienes que ir con él.

Ella le había mirado con extrañeza.

—¿Dónde? ¿Por qué tengo que ir con tu caballo? —Supuso que era una estrategia de batalla y haría lo que él dijera, pero ansiaba conocer la razón para preparar mejor sus hechizos y ataques.

—Te llevará a Yggdrasil. Entrarás en el árbol y esperarás allí. Sabrás cuándo es hora de irse.

No podía creerlo.

—¡No puedo abandonar la batalla, mi señor! Estoy ayudando de maneras que nuestros enemigos ni siquiera sospechan. ¡Tenemos que estar todos aquí para ganar esta batalla! ¡La pérdida de mi brujería podría ser devastadora!

Odín la miró solemnemente, con calma.

—La batalla se perderá. Es un final inevitable. Eso no es lo importante. —La agarró suavemente del hombro—. Tienes que sobrevivir y hay otro que también debe sobrevivir. Cuando Sleipnir venga por ti, ve con él.

Incluso allí, en medio de toda la sangre y el caos, era imposible negar una orden del Alto. Freyja asintió sin decir palabra, cerrando los ojos por un momento. Cuando los abrió, vio que miraba por encima de su hombro.

—¿Qué es? ¿Qué es lo que ves?

—Mi muerte —dijo. Ella se giró para mirar, sin encontrar nada, y cuando se volvió de nuevo, Odín había desaparecido.

Sleipnir apareció poco después de la muerte de Thor. Como había prometido, se montó rápidamente en él. Sleipnir se marchó, impulsado por sus ocho poderosas patas, más deprisa de lo que cualquier ser viviente del campo de batalla pudiera correr.

Había visto a Yggdrasil desde lejos muchas veces, pero eran pocas las ocasiones que había estado cerca. Su asombroso tamaño producía un grito lleno de admiración incluso en alguien que, como Freyja, había existido durante millones de años. De pie en la base del Árbol del Mundo apenas podía ver otra cosa de tan abrumadoramente inmenso como era. Pensó en lo que debía ser para una pulga estar en la base de una montaña, pero se dio cuenta de que incluso esa comparación era insuficiente para apreciar la colosal naturaleza del árbol.

Desmontó y Sleipnir se detuvo un momento antes de volverse y galopar, dejando un penacho de polvo a su paso. Freyja se dirigió hacia el árbol.

Yggdrasil pareció encogerse mientras se acercaba. La corteza asumía las dimensiones normales de un gran árbol y sin embargo también conservaba de alguna forma su tamaño ilimitado. Ella no se lo cuestionó sino que simplemente alargó una mano para tocar la corteza caliente, que pulsaba de manera no muy diferente a lo que cabría esperar del cuerpo de un ser vivo.

También irradiaba una sabiduría silenciosa, una inteligencia primitiva que era inconfundiblemente distinta de todo lo que había experimentado antes.

Estaba intimidada por ese ente —porque sin duda era un ente— más viejo que los mismísimos Nueve Mundos. Yggdrasil hacía que incluso Odín pareciera joven y temerario. Sin embargo, también la atraía: sentía como si tuviera una cualidad ancestral que indicara crianza y... ¿amor? ¿Era ésa la sensación que irradiaba el árbol? No lujurioso, sino paternal, un sentimiento de protección total y seguridad.

Freyja se sintió impulsada hacia el árbol. Su mano se fundió con él, arrastrándola despacio hacia adentro. Podría haber resistido, pues no era un tirón obstinado sino más bien una marea cálida que la empujaba tiernamente. Ella no resistió la llamada y dio un paso adelante, aceptando la suave atracción. Vio cómo desaparecía su brazo, completamente sumergido en la madera del árbol. Luego dio otro paso y su cuerpo entero fue engullido. Su último pensamiento fue el vago reconocimiento de otro antes de que su conciencia fuera subsumida por el Árbol del Mundo.

Capítulo veintisiete

Loki contemplaba el campo de batalla con una satisfacción cada vez mayor. Sólo quedaba él en el barco. Legión tras legión de muertos cubrían el campo de batalla. A pesar de la enorme cantidad de guerreros que habían sido asesinados, quedaban tantos muertos de Niflheim que los que se habían perdido eran una gota en el mar. Eran como una plaga sobre los ejércitos de Asgard y ningún asgardiano podía siquiera escupir sin golpear a una docena.

A los gigantes también les iba bien. Aunque sus legiones no eran tan exhaustivas como las de los muertos, todavía eran al menos diez veces más numerosas que las del enemigo, y su tamaño y su fuerza, junto con su odio hacia Asgard, los hacía enemigos formidables.

Los dioses habían perdido a muchos y con cada muerte los guerreros restantes doblaban y redoblaban sus esfuerzos para luchar más fuerte y matar a más, por lo que estaban empezando a cansarse. A pesar de que su poder era legendario, ni siquiera los dioses eran incansables o invencibles. Habían arrasado innumerables ejércitos enemigos, pero nunca se habían enfrentado a tantos rivales interminables y furiosos como aquéllos.

Cuando Thor fue asesinado, desaparecieron las tímidas dudas de Loki y se convenció todavía más de que la existencia de Asgard sería pisoteada. Pensó que debería lamentar un poco la muerte de Jormungand, pero no lo hizo, sino que simplemente sintió euforia por el papel que su hijo había desempeñado en la muerte del Tronador, el más poderoso de todos los dioses. Hubo un momento muy breve en el que se preguntó por qué no sentía nada

cuando la cabeza de su hijo se levantó y fue arrojada por el moribundo Thor, pero aquella pregunta desapareció casi al instante para ser reemplazada por el creciente paladeo de la destrucción que se forjaba ante sus ojos.

El éxtasis se produjo cuando su otro hijo devoró a Odín, engullendo fragmentos del dios mientras su vida se filtraba poco a poco en la hierba. No se preocupó por la falta de oposición de Odín: simplemente se deleitó con la destrucción. El que lo había desterrado de Asgard, el que había despreciado todas sus contribuciones, el tuerto que también había tratado injustamente a Fenrir, ahora estaba siendo digerido en su estómago. Sólo las muertes de Frey y Freyja podrían siquiera empezar a proporcionarle el placer que sentía y, mientras examinaba los combates desde el cielo, vio a uno de los Vanir enzarzado en una batalla furiosa.

Saltó fuera de la proa del barco con su cuerpo en erupción e impactó en la tierra como un cometa. Cuando aterrizó, las llamas estallaron, incinerando a todos los que estaban alrededor, amigos y enemigos por igual. Frey, ubicado fuera del perímetro de las llamas, levantó la vista cuando redujo al último de sus atacantes no muertos. Loki sonrió al pensar lo que estaba por venir.

El dios Vanir esperó espada en mano mientras Loki se acercaba a él. El resto de los combatientes, en su mayoría muertos de Niflheim, sintieron la destrucción inherente a su líder flamígero y dejaron un amplio hueco a ambos. Pese a que sus conciencias eran simples y tenues, se percataron de que el dios Vanir era reclamado por el que los había traído hasta allí, y vieron que habría repercusiones si el asgardiano caía ante otro que no fuera su caudillo.

—No eres lo que eras —dijo Frey.

Loki sonrió.

—Soy el mismo, alguien que fue desterrado y perseguido y que sufrió por su amor a Asgard. Sólo vuelvo para pagar mis deudas.

—No —dijo Frey—. Está claro que saboreas estas muertes, que tu propósito ha trascendido la mera venganza y se ha convertido en puro caos y destrucción. Aunque nunca fuimos amigos, había una parte de ti que yo admiraba. Y aunque me daba cuenta de que tu orgullo y arrogancia te arrojarían a un camino oscuro, no podía haber previsto esto. Hay un mal en ti.

—Tratas de que pique un anzuelo —dijo Loki, sonriendo ferozmente—. Soy el mismo, pero también soy diferente. Mi voluntad y la venganza me han traído hasta aquí, pero llevo conmigo a alguien que finalmente traerá la muerte a todos en Asgard.

Los ojos de Frey se agrandaron.

—Surt. Has traído a Surt el negro hasta aquí.

Loki se rió.

—¡Yo soy Surt el negro! ¡Yo manejo su poder y os veré a todos barridos de este plano!

El rostro de Frey era más sombrío que antes.

—Eres un necio. Tu arrogancia te ha condenado también a ti. Nadie puede gobernar el poder de Surt. Te has convertido en el recipiente mediante el que saldrá de Muspelheim para extender la destrucción a los Nueve Mundos.

—Quizá —dijo Loki con calma—, pero será una destrucción que nunca verás. Con un gesto, la espada de Frey estalló en rugientes llamas. La mano y el brazo le ardieron hasta ennegrecerse y siseó de dolor, dejando caer el acero al suelo.

Frey cerró los ojos y comenzó a pronunciar las runas místicas, pero fue silenciado cuando la garra ardiente de Loki le apretó la garganta. Instintivamente, Frey trató de liberarse de la presa con sus manos, pero fue recompensado con carne chamuscada. Le faltaba el aliento, pero aún peor era el crepitar de su piel alrededor de la garganta, las llamas arrastrándose hasta su rostro y su cabello ahora encendido.

Loki se hizo más grande y, mientras asfixiaba al dios agonizante, lo levantó del suelo. Poco a poco todo Frey ardió en llamas y trató de gritar, pero la presa de hierro de Loki en su garganta no se lo permitió. Con la carne burbujeante y ennegrecida, tras largos minutos, dejó de luchar y reposó inerte en la mano del Astuto, que arrojó al suelo el cadáver carbonizado del Vanir, todavía humeante. Se volvió para ver de cerca el cuerpo del propio Odín.

Se acercó al difunto Padre de Todo, intentando saborear el dolor que Fenrir le había causado en los últimos momentos de su vida. Al inclinarse para mirarle a la cara, el ojo de Odín se abrió.

Loki dio un paso atrás. ¿Cómo podía estar vivo todavía? Aquellos despojos del dios, medio devorados y carentes de la mayoría de sus entrañas, increíblemente sobrevivían. Loki, recuperado ya de la conmoción inicial, se dio cuenta de que aunque Odín todavía viviera, no duraría mucho. Decidió que iba a permitir que el tuerto siguiera con vida mientras el resto de Asgard era destruido, para que pudiera contemplar lo que habían provocado sus decisiones.

Desvió la mirada y escuchó un débil murmullo. Se dio la vuelta y vio que la boca del Alto se movía y que su ojo le pedía que se acercase. Se inclinó para encontrarse cara a cara con él cuando una sensación de profundidad en el ojo de Odín lo cautivó. Clavó la mirada en él y, como mucho tiempo atrás, cuando contemplaba las profundidades del Pozo de Urd, vio neblinas arremolinadas que lentamente comenzaban a tomar forma. A pesar de la carnicería que aún se producía a su alrededor, a pesar de la venganza satisfecha por la masacre de los Aesir, no pudo desterrar la curiosidad que sentía mientras contemplaba la escena que tenía lugar en el ojo de Odín.

Parecía como si fuera atraído por el propio ojo, en el que era testigo de algún acontecimiento que se desplegaba ante él. Ya no permanecía inmóvil sobre los restos del cadáver del que una vez fue su padre, sino que ahora veía tres figuras distintas, dos pequeñas y una grande, tomando cuerpo frente a él.

Las formas comenzaron a perfilar detalles concretos: brazos, piernas y finalmente rostros. No los reconoció como caras que hubiera visto en su vida, pero no tenía dudas de su familiaridad. Una de las figuras se transformó en un hombre de aproximadamente su mismo tamaño y aspecto. Era apuesto y de buena constitución, pero los signos inequívocos del miedo se extendían por sus facciones. La segunda figura se convirtió en una mujer, hermosa pero aterrorizada, que agarraba a la tercera figura, un niño pequeño en edad de mamar.

Estaban en un espacio oscuro y cerrado y, por la forma en que se acurrucaban entre sí, era evidente que se estaban escondiendo de algo del exterior. Se formó una puerta, que se abrió con violencia. La figura que se recortaba en el umbral era absurdamente pequeña, del tamaño del crío, pero delgada y con las proporciones equivocadas para ser un niño. Loki

permaneció confundido unos instantes hasta que se percató de que el hombre, la mujer y el niño eran gigantes, pero no el intruso.

El niño empezó a llorar, un llanto agudo que la mujer trató de sofocar sin éxito. La pequeña figura de la puerta irradiaba tanta muerte y terror que Loki podía sentir las ondas que emanaban de ella, aunque supiera que aquello no era más que la sombra de una escena pasada largo tiempo atrás. La figura entró en la tenue luz de la habitación y Loki pudo verle el rostro.

No parecía el mismo que ahora. Su piel era más tersa, sin arrugas, y la barba era más corta y menos gris. Y aunque era delgado, Loki no lo habría descrito como marchito y demacrado. Sin embargo, el destello mortal en el único ojo era tan inconfundible como la sanguinaria lanza Gungnir que agarraba con fuerza en la mano.

Odín estaba vestido con una armadura empapada en sangre. Apenas se distinguían los contornos de lo que parecían ser cuerpos amontonados tras él antes de que esa parte de la escena se oscureciera. Levantó la mano libre y señaló a los dos gigantes. Habló, pero no había sonido en aquella escena y Loki no tenía necesidad de escuchar sus palabras para saber lo que decía. La mujer se apartó de él, dándole la espalda mientras adoptaba la postura de una madre protegiendo a su hijo. El hombre dio un paso hacia adelante, colocándose entre Odín y la mujer con el bebé. El Alto habló una vez más y Loki pudo ver el desafío en la cara del gigante.

Odín levantó a Gungnir y la arrojó con toda su fuerza. La lanza atravesó al gigante y a su mujer y los clavó en la pared. El hombre colgaba muerto del asta de Gungnir, pero la mujer, atrapada entre el marido y la pared, todavía se aferraba a la vida. La sangre manaba de su boca y ella trataba de mantener su abrazo sobre el niño, pero su fuerza desaparecía rápidamente.

Odín se acercó a ella y extendió los brazos para coger al niño, que cayó de los brazos moribundos su madre. Aunque era casi tan grande como el propio Odín, éste no tuvo problemas para sostenerlo. Lo dejó en el suelo a sus pies y le retiró la toca de la cabeza. Se arrodilló y miró fijamente a los ojos del niño y, al hacerlo, trazó símbolos brillantes con su dedo en el aire mientras recitaba las runas sagradas.

El llanto del niño se calmó y al cabo se calló por completo. El niño, sin

dejar de mirar a Odín y a medida que éste recitaba, se volvió más y más pequeño hasta que dejó de ser un gigante. Odín lo levantó con una mano y lo miró por última vez antes de volverse hacia la puerta y salir por donde había venido, produciendo con su marcha el desvanecimiento de la escena.

De nuevo en Asgard, Loki sintió una punzada en el estómago. En lo profundo de los recovecos de su memoria, recordaba la escena. Recordaba levantar la mirada hacia un rostro de un solo ojo y recordaba sentirse reconfortado. Era su primera memoria, a la que se había aferrado y en la que había basado su servicio hacia Odín. Su primer recuerdo consistía en mirar hacia arriba para ver el rostro del Padre de Todo y sentir una sensación de protección y seguridad.

Y era mentira.

El que lo había adoptado como uno de los suyos y lo había criado y guiado durante incontables siglos era el que había asesinado a sus verdaderos padres. Los había buscado expresamente. Y a él: Odín había matado a sus padres y a todo su pueblo sólo para poder llevarse a Loki a Asgard.

La ira intensificó las llamas de Surt cuando Loki se agachó y agarró el pelo de Odín. Colocó un pie sobre los restos andrajosos de su pecho y le arrancó la cabeza, que sostuvo con el brazo extendido frente a su rostro. Clavó su mirada de furia insatisfecha sobre el expoliador y manipulador.

El ojo de Odín seguía abierto y su boca aún se movía. Loki estaba seguro de que los murmullos eran balbuceos incoherentes de agonía, pero dejó la cabeza colgando allí mientras saboreaba la mirada angustiada.

—Bastardo —dijo—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me arrancaste de entre los míos sólo para arrojarme como un perro? ¿Es esto lo que buscabas? Todos los de tu raza están muertos o moribundos y Asgard será reducido a cenizas. ¿Es esto lo que tenías previsto que ocurriera? Sólo tú eres el culpable, y tus retorcidos planes han traído la muerte de todo cuanto conocías. Ojalá al menos uno de los Aesir sobreviva para que pueda ver lo vil que realmente eres.

Los murmullos de Odín parecían repetitivos, como si estuviera diciendo la misma palabra una y otra vez, pero Loki no podía distinguirla. Acercándose la cabeza, le dijo:

—¿Qué tratas de decir, tuerto? ¿Qué palabras finales podrías tener ahora para mí?

La boca de Odín se detuvo y el ojo se quedó fijo en un punto lejano más allá de Loki. Sorprendentemente, la cabeza sonrió mientras su atención regresaba hasta Loki. Abrió la boca una vez más, pronunciando una palabra definitiva que el Astuto escuchó claramente.

Loki frunció el ceño, preguntándose por qué Odín había dicho esa palabra. La pronunció en voz alta para sí mismo, reflexivamente, sintiéndola en la lengua:

—¿Heimdall? ¿Por qué qui...?

Loki se sintió empujado hacia delante y su respiración se escapó en un estallido violento. Sin soltar la cabeza de Odín, bajó la mirada para ver una cuarta de espada saliéndole del pecho. Aunque cada ligero movimiento propagaba llamaradas de intenso dolor por todo su cuerpo, giró la cabeza, desesperado por ver la cara de su atacante.

La espada lo atravesó aún más y captó un vislumbre fugaz del rostro ensangrentado de Heimdall antes de que el acero ascendiera con toda la fuerza que el guardián de Bifrost pudo reunir. La hoja se deslizó hacia arriba, destrozándole los huesos y desgarrándole las entrañas, y continuó su camino con mayor violencia, hendiendo el cuello de Loki y por último su cabeza, derramando su cerebro cuando la espada salió volando por la parte superior de su cráneo fracturado.

El guardián de Bifrost no tuvo sin embargo tiempo para saborear la muerte de su enemigo. Antes de que el cerebro de Loki pudiera siquiera tocar el suelo, Surt se liberó y hubo una gran explosión de fuego que deflagró en un instante. Heimdall y los restos de Odín fueron los primeros en arder, acompañados a continuación por aquellos que estaban en las inmediaciones, que fueron incinerados instantáneamente. La oleada de fuego siguió expandiéndose en grandes ondas recurrentes, cada una más potente que la anterior. El poder de Surt crecía con cada vida reclamada, con cada acto de destrucción individual.

En cuestión de segundos, toda vida en la llanura se extinguió: los muertos de Niflheim se convirtieron en pavesas y cenizas; la carne de todos los

gigantes fue asada y carbonizada antes de desintegrarse y caer al suelo; los asgardianos que quedaban y sus aliados, pese a ser pocos, eran resistentes y no murieron fácilmente, lo que sólo prolongó su sufrimiento sin que se salvaran. Y Fenrir, que incluso entonces estaba rasgando las gargantas y las extremidades de sus enemigos, se transformó en una bola de pelo ardiente y fue quemado vivo, aullando de agonía antes de sucumbir al fin.

Las altas torres de Asgard fueron reventadas primero por la acometida brutal del fuego antes de que la madera y la piedra se incendiaran y redujeran el reino a cenizas. Más allá de la propia ciudad, los bosques rugieron en llamas y sus habitantes fueron calcinados allí donde se encontraban.

El fuego continuó extendiéndose sin ofrecer un respiro a nadie. Alfheim ardió, Vanaheim ardió y Bifrost fue destrozado por las llamas. Los reinos superiores no fueron las únicas bajas: Midgard no se salvó y cada montaña, cada construcción, cada árbol, cada cosa mortal en ese mundo intermedio se convirtió en cenizas. Los enanos de Nidavellir ingenuamente se creyeron a salvo en sus fortalezas de montaña, pero sus cuevas actuaron como hornos y pereció toda la raza. Los elfos oscuros en Svartálfheim usaron sus poderosas magias y hechicerías para protegerse ellos y sus tierras, pero el poder incesante de Surt no pudo ser detenido.

Sentada en su trono en Niflheim, Hel sopesó sobriamente su error. Sabía que Surt destruiría Asgard y de hecho por eso había enviado a Loki a por él, pero no conocía el alcance de su poder. La muerte por fuego que dominaba los reinos superiores no le remitía nuevas almas a ella, pues las consumía por completo, una destrucción absoluta del cuerpo y del espíritu. Niflheim estaba vacío salvo por Hel. Había buscado a Balder después de sentir la muerte de Loki, pero no lo encontraba.

Reflexionó sólo un momento sobre la imposibilidad de que se hubiera liberado de ella, pero descubrió que su atención se desviaba ante la ola de luz y calor que comenzaba a rasgar su reino. Mirando por su alta ventana, vio que la niebla y la oscuridad de Niflheim se habían marchado. Las peñas y los valles negros, los ríos y los lagos oscuros se iluminaron como si el sol estuviera directamente encima de ellos, y entonces Hel se desvaneció cuando un muro de llamas que empujaba su fortaleza la barrió en el olvido a ella

y a todo lo que conocía.

Epílogo

Las llamas se apagaron pasado un tiempo, cuando consumieron todo lo que podía consumirse y nada quedaba más que cenizas. Ya no había Nueve Mundos: Asgard, Vanaheim, Alfheim, los reinos superiores; Midgard, Nidavellir, Svartálfheim, Jotunheim, los reinos intermedios; Niflheim, el inframundo y Muspelheim, el reino de fuego y destrucción que lindaba con todos los demás reinos. Todo había sido destruido y tan sólo sobrevivían fragmentos de los Nueve Mundos.

Yggdrasil, el árbol que siempre fue y siempre será, no había sido reclamado por el fuego; gravemente ennegrecido y chamuscado como estaba, seguía en pie. Sin embargo, no podía seguir adelante sin ninguna vida para alimentarlo. Incluso mientras las cenizas ardían, enviaba sus raíces por todas partes para recoger lo que quedaba y usar cualquier vida destruida en la nueva creación. La tierra se renovaba por encima de sus raíces, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

Desde lo alto de sus ramas dispersó semillas que flotaron a través del nuevo mundo que se estaba formando. Allá donde caía una semilla, se hundía en el suelo de nueva creación y aparecía un brote. Con el tiempo, de esos brotes nacerían los correspondientes árboles y frutos que prestarían su vida y su fuerza a la tierra que los rodeaba.

Sus hojas más elevadas, bailando entre el firmamento, se separaron y formaron en el cielo oscuro nubes que provocaron suaves lluvias sobre toda la tierra, humedeciendo los pocos incendios que quedaban y arrojando a los

terrenos riachuelos de vida que nutrieron a los brotes recién nacidos.

Yggdrasil dejó luego en libertad a quienes había albergado en su interior a salvo de las llamas. Sus números eran pocos y grandes su miedo y su confusión, pero ambas cosas cambiarían con el tiempo. Lo importante era que la vida comenzaba de nuevo e Yggdrasil continuaría presidiendo el universo, tal como siempre había hecho.

Freyja caminó por la hierba nueva y fresca, deleitándose con la suavidad de los tiernos brotes. Llegó al borde del precipicio y contempló el mar: el agua era más azul que cualquiera que hubiera visto antes y podía sentir el rocío de las olas que se estrellaban contra las paredes del acantilado. Tenía, como siempre, sentimientos encontrados.

No había podido adaptarse aún a ese nuevo mundo y añoraba a los que se habían ido para siempre, pero no podía evitar el asombro y la felicidad de ver cómo un nuevo mundo nacía ante sus propios ojos y cómo Yggdrasil creaba todos los días algo que no había existido. Antes no lo hubiera creído, pero ahora se humillaba ante la presencia de aquella entidad que era superior a los mismos dioses y se sentía bendecida por ser parte de aquel renacimiento.

Unos pasos suaves detrás le hicieron volver ligeramente la cabeza, aunque no necesitaba verlo para saber quién se acercaba.

—¿Han crecido los mares desde ayer? —dijo Balder con esperanza y una cálida curiosidad en su voz.

—Ven a mi lado y compruébalo por ti mismo, mi señor.

Él se rió en voz baja para sí al ocupar su lugar junto a ella.

—Aquí no necesitamos títulos. Ya no somos dioses.

—Como me recuerdas cada día —dijo, no sin amabilidad—, pero los hábitos no mueren fácilmente, y encuentro cierta... comodidad en su uso, un vínculo con lo que se ha perdido. No quiero olvidarlo jamás, incluso si lo que hemos ganado es mucho mayor.

Él asintió.

—Magni ha encontrado algo que nunca nos permitirá olvidar lo que hemos perdido.

Freyja se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Tienes que venir a verlo por ti misma.

Magni, el hijo de Thor, estaba de espaldas a Freyja en un claro de árboles jóvenes, bloqueando parcialmente con su cuerpo la visión de una gran roca a la que miraba intensamente. Con una sonrisa en el rostro, Balder y Freyja se acercaron y ella tocó ligeramente el brazo de Magni, que no se volvió pero gruñó a modo de saludo. Magni le recordaba a su padre tanto en tamaño como en forma, aunque le faltaba el salvajismo que impregnaba todo el ser de Thor. O por lo menos había desaparecido después de ser liberado del árbol.

Los ojos de la diosa se abrieron con sorpresa al ver el objeto en la roca.

—¿De dónde viene? —preguntó.

—Buena pregunta —respondió ásperamente Magni.

—La roca ya estaba aquí antes, pero no había nada en ella hasta esta mañana —añadió Balder—. Magni la encontró y me mandó llamar, tal vez pensando que sabía algo sobre esto. —Magni confirmó con una mirada lo que decía Balder—. Pero es un misterio para mí.

Freyja estaba agradablemente confundida. De hecho le parecía un presagio, una señal de que el pasado no se olvida y nunca sería olvidado.

—¿Significa esto que Thor pudo haber sobrevivido? —preguntó.

La respuesta de Magni fue rápida y al grano.

—No, mi padre está muerto.

—Entonces ¿qué...?

Balder habló:

—A pesar de toda su ferocidad, Thor era también un dios del renacer, pues la tormenta, no importa su violencia, siempre es portadora de lluvia benéfica para la tierra. Después de la destrucción, la vida siempre vuelve de algún modo. Quizá eso es lo que significa. —Miró a Magni—. ¿Has probado a levantarlo?

—No.

—¿Quieres probar?

Magni apartó su mirada de donde Mjolnir yacía en la gran roca.

—No está aquí para eso. No está aquí para ser esgrimido como un arma. —Volvió a mirar el legendario martillo de su padre, inmóvil como si estuviera recién forjado por los enanos—. Sólo mi padre podía blandir a Mjolnir. No voy a intentarlo.

Balder asintió.

—Entonces será nuestro símbolo y el centro de un pueblo nuevo que un día se convertirá en una gran ciudad. Se contarán historias en torno a esta roca sobre la valentía y la fuerza del Tronador, sobre el sacrificio del Padre de Todo, sobre la malicia del Embaucador. —Incluso mientras lo decía, se dio cuenta de que su enemistad contra Loki había desaparecido; narraría las historias de sus perfidias, pero lo haría sin veneno.

Ya no se encendía de rabia y odio por las fechorías de Loki, sino que sentía un cierto grado de dolor por el dios desterrado e incluso un poco de compasión. De alguna manera, el nuevo mundo le permitía ver el pasado con más claridad, sin la mancha de la emoción y la furia. Ahora veía a Loki como una parte necesaria del ciclo del universo.

Su padre, ahora lo sabía, había tenido aquello claro desde el principio y orquestó los sucesos de forma que no se pudiera evitar el Ragnarok, si es que de hecho era evitable. Tanto Odín como Loki habían desempeñado sus papeles, y Balder no mancillaría el nuevo mundo con pensamientos amargos acerca del pasado. No desenterraría lo que debía permanecer en reposo.

Puso una mano sobre el ancho hombro de Magni y la otra sobre la suave mejilla de Freyja. Ya no eran dioses, pero ese nuevo mundo no tenía necesidad de dioses.

Ahora era el tiempo de los hombres.



MIKE VASICH. Enseña inglés a estudiantes con talento y capacidad en los suburbios de Michigan. Este libro se inspira en las lecciones de sus clases sobre mitología nórdica y está dedicado a todos los alumnos que alguna vez dijeron: «¡Sr. V, debería escribir un libro!». Vive con su esposa y sus dos hijos, que estuvieron a punto de ser bautizados como Thor y Loki, y que provocan destrozos mayores que los que cualquier dios nórdico podría causar jamás.